La pirámide asesinada

Cristian Jacq

Titulo original: *La pyramide assassinée*

Córcega, 273–279, 08008 Barcelona (España)
Diseño cubierta de Ripio Arias (foto A.G.E. Fotostock)
Primera edición: febrero de 1995
Depósito Legal; B. 6.357–1995
ISBN 84–08–01410–2 ISBN 2–259–02566–8 editor Pión, París, edición original
Composición: Ormograf, S. A.
Papel: Offset Munken Book, de Munkedals AB
Impresión: Dúplex, S. A.
Encuadernación: Encuadernaciones Maro, S. A.
Printed in Spain – Impreso en España

Ved, ha sucedido lo que los ancestros habían predicho: ha proliferado el crimen, la violencia ha invadido los corazones, la desgracia atraviesa el país, corre la sangre, el ladrón se enriquece, se han apagado las sonrisas, los secretos han sido divulgados, los árboles han sido arrancados, la pirámide ha sido violada, el mundo ha caído tan bajo que unos cuantos insensatos se han apoderado de la realeza y los jueces han sido expulsados.

Pero recuerda el respeto de la Regla, de la justa sucesión de días, del feliz tiempo en que los hombres construían pirámides y hacían florecer vergeles para los dioses, de aquel tiempo bendito en que una sencilla estera satisfacía las necesidades de todos y los hacía felices.

Predicciones del sabio IPU-UR

PRÓLOGO

Una noche sin luna envolvía la gran pirámide con un manto de tinieblas. Furtivo, un zorro del desierto se introdujo en el cementerio de los nobles que, desde el más allá, seguían venerando al faraón. Unos guardas velaban sobre el prestigioso monumento donde sólo Ramsés el Grande penetraba, una vez al año, a rendir homenaje a Keops, su glorioso antepasado; el rumor afirmaba que la momia del padre de la más alta de las pirámides estaba protegida por un sarcófago de oro, cubierto a su vez de increíbles riquezas. ¿Pero quién se hubiera atrevido a atacar un tesoro tan bien defendido? Nadie, salvo el soberano reinante, podía cruzar el umbral de piedra y orientarse en el laberinto del gigantesco monumento. El cuerpo de élite destinado a protegerlo disparaba sus arcos sin mediar palabra; varias flechas habrían atravesado al imprudente o al curioso.

El reinado de Ramsés era feliz; rico y apacible, Egipto brillaba sobre el mundo. El faraón era considerado el mensajero de la luz, los cortesanos le servían con respeto, el pueblo glorificaba su nombre.

Los cinco conjurados salieron juntos de una cabaña de obreros donde se habían ocultado durante el día; cien veces habían repetido su plan con la certidumbre de que no habían dejado nada al azar. Si lo conseguían, antes o después se convertirían en los dueños del país, y le impondrían su marca.

Vestidos con una túnica de tosco lino, siguieron el altiplano de Gizeh, sin dejar de lanzar febriles miradas a la gran pirámide.

Atacar la guardia sería una locura. Otros habían intentado, antes, apoderarse del tesoro, pero nadie lo había conseguido.

Un mes antes, la gran esfinge había sido liberada de una ganga de arena acumulada por varias tormentas. El gigante cuyos ojos miraban al cielo gozaba de una débil protección. Su nombre, «estatua viva», y el terror que inspiraba bastaban para alejar a los profanos. El faraón con cuerpo de león tallado en la piedra calcárea en tiempos inmemoriales, la esfinge hacía que el sol se levantara y conocía los secretos del universo. Cinco veteranos formaban su guardia de honor. Dos de ellos, apoyados en el exterior del muro del recinto, frente a las pirámides, dormían a pierna suelta. No verían ni oirían nada.

El más esbelto de los conjurados escaló la muralla; de manera rápida y silenciosa estranguló al soldado que dormía junto al flanco derecho de la fiera de piedra, luego suprimió a su colega, apostado junto al hombro izquierdo.

Los otros conjurados se le unieron. Eliminar al tercer veterano sería menos fácil. El guarda y jefe se hallaba ante la estela de Tutmosis IV[1], de pie entre las patas delanteras de la esfinge, para recordar que ese faraón le debía su

[1] Tutmosis IV(1412-1402)se durmió al pie de la esfinge tras haber cazado leones en el desierto. En sueños, la esfinge le habló: si la desenterraba de la arena, sería rey. La promesa se cumplió, por ambos lados. La estela que relata el acontecimiento sigue en el lugar.

reinado. Armado con una lanza y un puñal, el soldado se defendería. Uno de los conjurados se quitó la túnica. Desnuda, se aproximó al guarda.

Pasmado, éste miró la aparición. ¿No sería la mujer uno de los demonios que, por la noche, merodeaban en torno a las pirámides para robar las almas? Ella se aproximaba sonriente. El veterano, aterrorizado, se levantó y blandió su lanza; el brazo le temblaba. Ella se detuvo.

–¡Retrocede, fantasma, aléjate!

–No te haré ningún daño. Deja que te prodigue mis caricias.

La mirada del jefe de la guardia permaneció fija en el cuerpo desnudo, blanca mancha en las tinieblas. Hipnotizado, dio un paso hacia él.

Cuando la cuerda se enroscó en su cuello, el veterano soltó la lanza, cayó de rodillas, intentó en vano aullar y se derrumbó.

–El camino está libre.

–Prepararé las lámparas.

Los cinco conjurados, frente a la estela, consultaron por última vez su plano y se alentaron a proseguir, pese al miedo que les atenazaba. Desplazaron la estela y contemplaron el vaso sellado que marcaba el emplazamiento de la boca del infierno, puerta de las entrañas de la tierra.

–¡No era una leyenda!

–Veamos si existe algún acceso.

Bajo el vaso, una losa provista de una anilla. Los cuatro no fueron demasiados para levantarla.

Un corredor estrecho, muy bajo y de empinada pendiente se hundía en las profundidades.

–¡De prisa, las lámparas!

En unas copas de dolerita[2], derramaron aceite de piedra, muy graso y fácil de inflamar. El faraón prohibía su uso y su comercio, pues el humo negro que desprendía su combustión enfermaba a los artesanos encargados de decorar templos y tumbas y ensuciaba techos y paredes. Los sabios afirmaban que aquel «petróleo»[3], como lo denominaban los bárbaros, era una sustancia nociva y peligrosa, una exudación maligna de rocas, cargada de miasmas. A los conjurados no les preocupaba.

Encorvados, golpeándose el cráneo con el techo de piedra calcárea, avanzaron a marchas forzadas por el estrecho pasillo que conducía a la parte subterránea de la gran pirámide. Nadie hablaba; todos tenían en mente la siniestra fábula según la cual un espíritu quebraba la nuca de quien intentara violar la tumba de Keops. ¿Cómo podían saber sí ese subterráneo no los alejaba de su meta? Se habían hecho circular falsos planos con el fin de extraviar a eventuales ladrones; ¿sería bueno el que ellos tenían?

Chocaron con un muro de piedra y lo golpearon con el cincel; por fortuna, los bloques eran bastante delgados y giraron sobre sí mismos. Los conjurados se introdujeron en una vasta cámara con el suelo de tierra batida, de tres metros y medio de altura, catorce de largo y ocho de ancho. En el centro había un pozo.

–La cámara baja... ¡Estamos en la gran pirámide!

Lo habían conseguido.

---

[2] Una de las piedras más duras, que los egipcios sabían trabajar sin romperla.

[3] Aunque conocieran el petróleo, los egipcios no favorecían su uso.

El corredor[4], olvidado desde hacía tantas generaciones, llevaba, efectivamente, de la esfinge al gigantesco monumento de Keops, cuya primera sala se hallaba a unos treinta metros por debajo de la base. Aquí, en esta matriz, evocación del seno de la tierra madre, se habían practicado los primeros ritos de resurrección.

Ahora tenían que introducirse por un pozo que se adentraba en la masa pedregosa y llegaba al corredor que se iniciaba más allá de los tres tapones de granito.

El más ligero trepó agarrándose a las asperezas de la roca y apoyándose con los pies; cuando llegó arriba, lanzó la cuerda que llevaba enrollada a la cintura. Uno de los conjurados estuvo a punto de desvanecerse por falta de aire; sus compañeros lo arrastraron hasta la gran galería para que recuperara el aliento.

La majestad del lugar los deslumbró. ¿Qué maestro de obras había sido tan insensato como para construir un dispositivo que comprendía siete hiladas de piedra? Con cuarenta y siete metros de largo y ocho metros y medio de altura, la gran galería, obra única por sus dimensiones y su situación en el propio corazón de una pirámide, desafiaba a los siglos. Ningún arquitecto, aseguraban los maestros de obra de Ramsés, volvería a realizar semejante proeza.

Uno de los conjurados, intimidado, pensó en renunciar; el jefe de la expedición le obligó a seguir empujándole violentamente por la espalda. Renunciar tan cerca del éxito hubiera sido estúpido; ahora podían felicitarse por la exactitud de su plano. Subsistía una duda: ¿habrían sido bajados los rastrillos de piedra entre el extremo superior de la gran galería y el comienzo del corredor de acceso a la cámara del rey? Si había sido así, no lograrían superar el obstáculo y se marcharían con las manos vacías.

–El paso está libre.

Amenazadoras, las cavidades destinadas a recibir los enormes bloques estaban vacías. Los cinco conjurados se inclinaron para entrar en la cámara del rey, cuyo techo estaba formado por nueve bloques de granito que pesaban más de cuatrocientas toneladas. La sala, con casi seis metros de alto, albergaba el corazón del imperio, el sarcófago del faraón reposaba en un suelo de plata que mantenía la pureza del lugar.

Vacilaron.

Hasta entonces se habían comportado como exploradores en un país desconocido. Sabían que habían cometido tres crímenes de los que tendrían que responder ante el tribunal del otro mundo, ¿pero no habían actuado, acaso, por el bien del país y del pueblo preparando la expulsión de un tirano? Si abrían el sarcófago, si lo despojaban de sus tesoros, violarían la eternidad, no de un hombre momificado, sino de un dios presente en su cuerpo de luz. Cortarían su último vínculo con una civilización milenaria para hacer surgir un nuevo mundo que Ramsés no aceptaría nunca.

Sintieron deseos de huir, aun experimentando una sensación de bienestar. El aire llegaba por dos canales excavados en las paredes norte y sur de la pirámide, una energía ascendía de las losas y les insuflaba una fuerza desconocida.

[4] La existencia de este corredor, mencionada por antiguas fuentes sigue siendo hipotética; hasta la fecha no se ha organizado ninguna campaña de excavaciones.

Así era, pues, cómo se regeneraba el faraón, absorbiendo el poder nacido de la tierra y de la forma del edificio.

–No queda tiempo.

–Marchémonos.

–Ni hablar.

Se aproximaron dos, luego el tercero, por fin los otros dos. Levantaron la tapa del sarcófago entre todos y la depositaron en el pavimento.

Una momia luminosa... una momia cubierta de oro, plata y lapislázuli, tan noble que los ladrones no pudieron aguantar su mirada. Con gesto rabioso, el jefe de los conjurados arrancó la máscara de oro. Sus acólitos se apoderaron del collar y del escarabajo del mismo metal, depositado en el emplazamiento del corazón, de amuletos en lapislázuli y de la azuela de hierro celestial, cincel de carpintero que servía para abrir la boca y los ojos en el otro mundo. Aquellas maravillas les parecieron casi irrisorias comparadas con el codo de oro que simbolizaba la ley eterna, de la que el faraón era el único garante, y, sobre todo, con un pequeño estuche en forma de cola de milano.

En su interior, el testamento de los dioses.

Por aquel texto, el faraón recibía Egipto como herencia y debía mantenerlo feliz y próspero. Cuando celebrara su jubileo se vería obligado a mostrárselo a la corte y al pueblo, como prueba de su legitimidad. Pero si era incapaz de enseñar el documento, se vería obligado a dimitir, antes o después.

Muy pronto, desgracias y calamidades se abatirían sobre el país. Al violar el santuario de la pirámide, los conjurados perturbaban la principal central de energía y turbaban la emisión del Ka, poder inmaterial que animaba cualquier forma de vida.

Los ladrones se apoderaron de una caja de lingotes de hierro celestial, metal raro y tan precioso como el oro. Serviría para completar la conjura.

Poco a poco, la injusticia se extendería por las provincias y circularían rumores contra el faraón, formando una destructora crecida.

No tenían más que salir de la gran pirámide, ocultar su botín y tejer su plan.

Antes de dispersarse, prestaron juramento: quien se cruzara en su camino sería suprimido. Era el precio de la conquista del poder.

CAPÍTULO PRIMERO

Tras una larga carrera consagrada al arte de curar, Branir disfrutaba de una apacible jubilación en su morada de Menfis.

El anciano médico era de complexión recia, ancho de pecho y enarbolaba una elegante cabellera plateada que coronaba un rostro severo en el que se leían la bondad y la abnegación. Su nobleza natural se había impuesto tanto a los grandes como a los humildes y no se recordaba ninguna circunstancia en la que nadie le hubiera faltado al respeto.

Hijo de un fabricante de pelucas, Branir había abandonado el hogar familiar para convertirse en escultor y dibujante; uno de los maestros de obra del faraón le había llamado al templo de Karnak. Durante un banquete de la cofradía, un tallador de piedra se había encontrado mal. Por instinto, Branir le había magnetizado arrancándole de una muerte segura. El servicio de salud del templo no había desdeñado tan precioso don, y Branir se había formado en el trato con reputados maestros antes de abrir su consultorio. Insensible a las solicitudes de la corte, indiferente a los honores, había vivido sólo para curar.

Sin embargo, si había abandonado la gran ciudad del norte para dirigirse a una pequeña aldea de la región tebana, no había sido a causa de su profesión. Tenía que cumplir otra misión, tan delicada que parecía condenada al fracaso; pero no renunciaría antes de haberlo intentado todo.

Cuando vio de nuevo su aldea, oculta en el centro de un palmeral, Branir hizo que su silla de manos se detuviera junto a un bosquecillo de tamariscos entremezclados, cuyas ramas llegaban al suelo. El aire y el sol eran suaves; observó a los campesinos mientras escuchaba la melodía de un flautista.

Un anciano y dos jóvenes rompían con la azada los terrones en los altos cultivos que acababan de irrigar. Branir pensó en la estación en la que el limo, depositado por la crecida, recibía las simientes que enterraban los rebaños de cerdos y corderos. La naturaleza ofrecía a Egipto inestimables riquezas preservadas por el trabajo de los hombres. Día tras día, una eternidad feliz fluía por las campiñas del país amado por los dioses.

Branir prosiguió su camino. Al entrar en la aldea se cruzó con una yunta de bueyes. Uno era negro, el otro blanco con manchas marrones. Sometidos al yugo de madera colocado en el nacimiento de sus cuernos, avanzaban con paso tranquilo. Ante una de las casas de tierra, un hombre en cuclillas ordeñaba a una vaca a la que había trabado las patas traseras. Su ayudante, un chiquillo, vertía la leche en una jarra.

Branir recordó, conmovido, el rebaño de vacas que había guardado; se llamaban «buen consejo», «pichón», «agua del sol» o «feliz inundación». El que la poseía era muy afortunado, una vaca encarnaba la belleza y la dulzura. Para un egipcio, no existía animal más seductor; con sus grandes orejas podía percibir la música de las estrellas colocadas, como él, bajo la protección de la

diosa Hator. «Qué soberbia jornada –solía cantar el vaquero–, el cielo me es favorable y mi tarea dulce como la miel»[5]. Algunas veces el vigilante de los campos le llamaba la atención para que se apresurara e hiciera avanzar el ganado en vez de holgazanear. Y como siempre, por lo general, las vacas elegían su camino sin apretar el paso. El anciano médico casi había olvidado estas sencillas escenas, esa monótona existencia y esa serenidad en lo cotidiano, donde el hombre era sólo una mirada entre otras; los gestos se repetían, siglo tras siglo, la crecida y el descenso marcaban el ritmo a las generaciones.

De pronto, una voz poderosa quebró la tranquilidad de la aldea.

El acusador público llamaba a la población al tribunal, mientras el jefe de querellas, encargado de la seguridad y de hacer respetar el orden, sujetaba a una mujer que gritaba su inocencia.

El tribunal de justicia se había instalado a la sombra de un sicómoro; lo presidía Pazair, un juez de veintiún años al que los ancianos concedían su confianza. Por lo general, los notables designaban a un personaje de edad madura, dotado de sólida experiencia, que respondía con sus bienes de sus decisiones, si era rico, y con su persona, si no tenía nada; de modo que los candidatos al cargo, aunque fuera el de un pequeño juez campesino, no abundaban demasiado. Cualquier magistrado cogido en falta era castigado con más severidad que un asesino; lo exigía una sana práctica de la justicia.

Pazair no había tenido elección; debido a su carácter firme y a su gran afición por la integridad, había sido elegido unánimemente por el consejo de ancianos. Aunque fuera muy joven, el juez daba pruebas de competencia estudiando cada caso con extremado rigor.

Bastante alto, más bien delgado, de cabellos castaños, con la frente amplia y alta, los ojos verdes estriados de marrón y viva la mirada, Pazair impresionaba por su seriedad; no le turbaban la cólera, ni los llantos, ni la seducción. Escuchaba, escrutaba, buscaba y sólo formulaba su decisión después de largas y meticulosas investigaciones. En la aldea se asombraban, a veces, ante tanto rigor, pero se felicitaban por su amor a la verdad y por su capacidad para resolver conflictos. Muchos le temían porque sabían que rechazaba el compromiso y se mostraba poco inclinado a la indulgencia; pero ninguna de sus decisiones había sido cuestionada.

A uno y otro lado de Pazair se habían sentado los ocho jurados: el alcalde, su esposa, dos campesinos, dos artesanos, una viuda de edad madura y el encargado del riego. Todos habían superado la cincuentena. El juez abrió la audiencia venerando a Maat[6], la diosa que encarnaba la Regla a la que debía intentar conformarse la justicia de los hombres; luego dio lectura al acta de la acusación contra la joven que el jefe de querellas sujetaba con firmeza frente al tribunal. Una de sus amigas le reprochaba haber robado una laya perteneciente a su marido. Pazair solicitó a la demandante que confirmara en voz alta su denuncia y a la acusada que presentara su defensa. La primera se expresó con ponderación, la segunda negó con vehemencia. De acuerdo con la ley vigente desde los orígenes, ningún abogado se interponía entre el juez y los protagonistas directamente afectados por un proceso.

---

[5] Este canto y el nombre de las vacas están inscritos en los bajorrelieves de las tumbas del Imperio Antiguo.

[6] Maat es simbolizada por una mujer sentada, con una pluma de avestruz en la cabeza; encarna la armonía celestial.

Pazair ordenó a la acusada que se calmara. La denunciante pidió la palabra para extrañarse de la negligencia de la justicia; ¿acaso no había contado los hechos, un mes antes, al escriba que ayudaba a Pazair sin obtener la convocación del tribunal? Se había visto obligada a presentar una segunda demanda. La ladrona había tenido tiempo de hacer desaparecer la prueba.

–¿Existe algún testigo del delito?

–Yo misma –respondió la demandante.

–¿Dónde se ocultó la laya?

–En casa de la acusada.

Esta negó de nuevo con un ardor que impresionó a los jurados. Su buena fe parecía evidente.

–La registraremos ahora mismo –afirmó Pazair.

Un juez debía transformarse en investigador para verificar personalmente, en los lugares incriminados, las afirmaciones y los indicios.

–¡No tenéis derecho a entrar en mi casa! –rugió la acusada.

–¿Confesáis?

–¡No! ¡Soy inocente!

–Mentir ante este tribunal es una falta grave.

–Es ella la que miente.

–En ese caso, su pena será severa. ¿Confirmáis vuestras acusaciones? –preguntó Pazair clavando los ojos en los de la demandante.

Ésta asintió.

El tribunal, conducido por el jefe de querellas, se desplazó a casa de la acusada. El mismo juez procedió al registro. Descubrió la laya en el sótano, envuelta en trapos y oculta tras unas jarras de aceite.

La culpable se derrumbó. De acuerdo con la ley, los jurados la condenaron a pagar a su víctima el doble de lo robado, es decir, dos layas nuevas. Además, la mentira con perjurio podía castigarse con trabajos forzados a perpetuidad, e incluso a la pena capital en un asunto criminal. La mujer se vería obligada a trabajar varios años en las tierras del templo local, sin beneficio personal alguno.

Antes de que se dispersaran los jurados, impacientes por dedicarse a sus ocupaciones, Pazair dictó una inesperada sentencia: cinco bastonazos para el escriba ayudante, culpable de que el asunto se hubiera demorado, ya que, de acuerdo con los sabios, el oído del hombre estaba en su espalda, escucharía la voz del bastón y, en el futuro, se mostraría menos negligente.

–¿Me concederá audiencia el juez?

Pazair se volvió intrigado. Aquella voz... ¿Sería posible?

–¡Vos!

Branir y Pazair se abrazaron.

–¡Vos, en el pueblo!

–Un regreso a los orígenes.

–Vayamos bajo el sicómoro.

Los dos hombres se sentaron en dos sillas bajas colocadas bajo el gran sicómoro donde los notables disfrutaban de la sombra. De una de las grandes ramas colgaba un odre lleno de agua fresca.

–¿Recuerdas, Pazair? Aquí te revelé tu nombre secreto, después de la muerte de tus padres. Pazair, «el vidente, el que discierne a lo lejos»... Cuando el consejo de ancianos te lo atribuyó, no andaba equivocado. ¿Qué más se le puede pedir a un juez?

–Fui circuncidado, la aldea me ofreció mi primer paño de función, tiré mis juguetes, comí pato asado y bebí vino tinto. ¡Qué hermosa fiesta!

–El adolescente se convirtió muy pronto en un hombre.

–¿Demasiado pronto?

–A cada uno le llega su momento. Tú eres juventud y madurez en el mismo corazón.

–Vos me educasteis.

–Sabes muy bien que no; te formaste tú solo.

–Me enseñasteis a leer y escribir, me permitisteis descubrir la ley y consagrarme a ella. Sin vos, habría sido un campesino y habría trabajado con amor mi tierra.

–Eres de otra naturaleza; la grandeza y la felicidad de un país dependen de la calidad de sus jueces.

–Ser justo... es un combate cotidiano. ¿Quién puede alardear de salir siempre vencedor?

–Lo deseas y eso es lo esencial.

–La aldea es un remanso de paz; este triste caso es algo excepcional.

–¿No te han nombrado vigilante del granero de trigo?

–El alcalde desea que me atribuyan el cargo de intendente de campo del faraón, para evitar conflictos durante las recolecciones. La tarea no me tienta; espero que fracase.

–No me cabe duda.

–¿Por qué?

–Porque te espera otro porvenir.

–Me intrigáis.

–Me han confiado una misión, Pazair.

–¿El palacio?

–El tribunal de justicia de Menfis.

–¿Acaso he cometido alguna falta?

–Al contrario. Desde hace dos años, los inspectores de los jueces campesinos hacen alagadores informes sobre tu comportamiento. Acabas de ser destinado a la provincia de Gizeh, para sustituir a un magistrado muerto.

–¡Gizeh está muy lejos de aquí!

–Varios días de barco. Residirás en Menfis.

Gizeh, el más ilustre de los parajes, Gizeh, donde se erguía la gran pirámide de Keops, el misterioso centro de energía del que dependía la armonía del país, inmenso monumento donde sólo el faraón reinante podía penetrar.

–Soy feliz en mi aldea; nací, crecí y trabajé aquí. Abandonarla sería un sacrificio excesivo.

–Apoyé tu nombramiento, pues creo que Egipto te necesita. No eres hombre que prefiera su egoísmo.

–¿Decisión irrevocable?

–Puedes negarte.

–Necesito pensarlo.

–El cuerpo del hombre es más grande que un granero de trigo; está lleno de innumerables respuestas. Elige la buena; que la mala permanezca encerrada.

Pazair caminó hacia la ribera; en aquel instante se decidía su vida. No tenía el menor deseo de abandonar sus costumbres, los tranquilos goces de la aldea y la campiña tebana para perderse en una gran ciudad. ¿Pero cómo dar una

negativa a Branir, el hombre que más veneraba? Se había jurado responder a su llamada, fueran cuales fuesen las circunstancias.

A orillas del río, un gran ibis blanco, cuya cabeza, cola y extremidades de las alas estaban teñidas de negro, se desplazaba con majestad. El magnífico pájaro se detuvo, zambulló en el barro su largo pico y dirigió su mirada hacia el juez.

–El animal de Thot te ha elegido –decretó con su voz áspera el pastor Pepi, quien estaba tendido entre las cañas– No tienes elección.

Con setenta años de edad, Pepi era un gruñón al que no le gustaba relacionarse. Permanecer solo con los animales le parecía el colmo de la felicidad. Negándose a obedecer las órdenes de nadie, manejaba su nudoso bastón con destreza y sabía ocultarse en los bosques de papiro cuando los agentes del fisco, como una bandada de gorriones, caían sobre la aldea. Pazair había renunciado a convocarle ante el tribunal. El anciano no permitía que se maltratara una vaca o un perro y se encargaba de corregir al torturador; por ello, el juez le consideraba como un ayudante de la policía.

–Contempla bien el ibis –insistió Pepi–; la longitud de sus pasos es de un codo, símbolo de la justicia. Que tu andadura sea recta y justa, como la del pájaro de Thot. Te marcharás, ¿no es cierto?

–¿Cómo lo sabes?

–El ibis viaja por el cielo hasta muy lejos. Él te ha designado.

El anciano se levantó. Su piel estaba curtida por el viento y el sol. Vestía sólo su paño de juncos.

–Branir es el único hombre honesto que conozco; no intenta engañarte ni perjudicarte. Cuando vivas en la ciudad, desconfía de los funcionarios, de los cortesanos y de los aduladores: llevan la muerte en sus palabras.

–No tengo ganas de abandonar la aldea.

–Y yo, ¿crees que me apetece ir a buscar la cabra que merodea?

Pepi desapareció entre las cañas.

El pájaro blanco y negro emprendió el vuelo. Sus grandes alas se abatieron de forma acompasada; se dirigía hacia el norte.

Branir leyó la respuesta en los ojos de Pazair.

–A principios del mes que viene tienes que estar en Menfis; te alojarás en mi casa antes de asumir tus funciones.

–¿Os marcháis ya?

–Ya no ejerzo, pero hay algunos enfermos que todavía necesitan mis servicios. También a mí me hubiera gustado quedarme.

La silla de manos desapareció entre el polvo del camino.

El alcalde interpeló a Pazair.

–Tenemos que examinar un asunto delicado; tres familias afirman poseer la misma palmera.

–Estoy al corriente; el litigio dura desde hace tres generaciones. Confiádselo a mi sucesor; si no consigue resolverlo, me encargaré de él cuando vuelva.

–¿Te vas?

–La administración me reclama en Menfis.

–¿Y la palmera?

–Dejad que crezca.

CAPÍTULO 2

Pazair comprobó la solidez de su bolsa de viaje, de cuero blanqueado, provista de dos varas de madera que se hundían en el suelo para mantenerla en pie. Cuando estuviera llena, se la pondría a la espalda, sostenida por medio de una ancha correa que le rodearía el pecho.

¿Qué meter, si no una pieza de tejido rectangular para hacer un paño nuevo, un manto y la indispensable estera de trama trenzada? Hecha de tiras de papiro cuidadosamente unidas entre sí, la estera servía de lecho, de mesa, de alfombra, de tapiz, de pantalla ante una puerta o una ventana y de envoltura para objetos preciosos; su postrer uso era el de un sudario para envolver el cadáver. Pazair había adquirido un modelo muy resistente, el más hermoso objeto de su mobiliario. Por lo que se refiere al odre, fabricado con dos pieles de cabra curtidas y cosidas juntas, mantendría el agua fresca durante horas y horas.

En cuanto la bolsa de viaje estuvo abierta, un bastardo del color de la arena se apresuró a olisquearla. *Bravo* tenía tres años y era muy fiel a su dueño. Era una mezcla de lebrel y perro salvaje; de altas patas y corto hocico, con unas orejas colgantes que se erguían al menor ruido y la cola enrollada sobre sí misma. Amante de los largos paseos, cazaba poco y prefería los platos cocinados.

–Nos vamos, *Bravo*.

El perro contempló la bolsa con ansiedad.

–Iremos a pie y en barco, hacia Mentís.

El perro se sentó sobre sus posaderas; esperaba una mala noticia.

–Pepi te ha preparado un collar; ha estirado muy bien el cuero y lo ha curtido con grasa. Es muy cómodo, te lo aseguro.

Bravo no parecía muy convencido. Aceptó, sin embargo, el collar rosa, verde y blanco provisto de clavos. Si un congénere o una fiera intentaba morderle en la garganta, el perro estaría protegido de un modo eficaz; además, el mismo Pazair había grabado la inscripción jeroglífica: «*Bravo*, compañero de Pazair.»

El juez le ofreció una comida de legumbres frescas que el perro degustó con avidez, sin dejar de mirar a su dueño por el rabillo del ojo. Sentía que no era momento de juegos ni distracciones.

Los habitantes de la aldea, con el alcalde a su cabeza, despidieron al juez; algunos lloraron. Le desearon buena suerte y le entregaron dos amuletos: uno representaba un barco y el otro unas vigorosas piernas; protegerían al viajero que, cada mañana, tendría que pensar en Dios para preservar la eficacia de los talismanes.

Pazair no tenía más que tomar sus sandalias de cuero, no para calzárselas sino para llevarlas en la mano; como sus compatriotas, caminaría con los pies desnudos y sólo utilizaría los preciosos objetos cuando entrara en una casa,

tras haberse lavado del polvo del camino. Comprobó la solidez de la tira que pasaba entre el primer y el segundo dedo del pie, y el buen estado de las suelas; satisfecho, abandonó la aldea sin volverse.

Cuando tomó el estrecho camino que serpenteaba por las colinas que dominaban el Nilo, un húmedo hocico tocó su mano derecha.

–¡*Viento del Norte*! Te has escapado... Debo devolverte a tu campo.

Pero el asno no quería hacerlo; inició el diálogo tendiendo la pata derecha, y Pazair la tomó[7]. El juez lo había librado de la venganza de un campesino que le golpeaba con el bastón porque había cortado la cuerda que le ataba a su estaca. *Viento del Norte* manifestaba una indiscutible inclinación hacia la independencia y la capacidad de llevar las más pesadas cargas.

Decidido a caminar hasta sus cuarenta años con sacos de cincuenta kilos dispuestos a uno y otro lado de su espinazo, *Viento del Norte* era consciente de valer tanto como una buena vaca o un hermoso ataúd. Pazair le había ofrecido un campo en el que sólo él tenía derecho a pacer; agradecido, el asno lo abonaba hasta la inundación. Dotado de un agudo sentido de la orientación, *Viento del Norte* nunca se había perdido por el dédalo de los senderos campesinos y solía desplazarse solo de un punto a otro para entregar géneros. Sobrio, plácido, sólo aceptaba dormir tranquilo junto a su dueño.

Viento del Norte se llamaba así porque, desde que nació, había levantado las orejas en cuanto soplaba la dulce brisa del septentrión, tan apreciada durante la estación cálida.

–Me voy muy lejos –repitió Pazair–; Menfis no te gustará.

El perro se frotó contra la pata derecha delantera del asno. *Viento del Norte* comprendió la señal de *Bravo* y se puso de lado, deseoso de recibir la bolsa de viaje. Pazair tomó dulcemente la oreja izquierda del cuadrúpedo.

–¿Cuál de los dos es más testarudo?

Pazair renunció a luchar; incluso otro asno habría abandonado el combate. *Viento del Norte*, responsable ya del equipaje, se puso orgullosamente en cabeza del cortejo y, sin equivocarse, tomó el camino más directo hacia el embarcadero.

Bajo el reinado de Ramsés el Grande, los viajeros recorrían sin temor senderos y caminos; caminaban con el espíritu libre, se sentaban y charlaban a la sombra de las palmeras, llenaban sus odres con el agua de los pozos, pasaban apacibles noches en el lindero de los cultivos o a orillas del Nilo, se levantaban y se acostaban con el sol. Se cruzaban con mensajeros del faraón y con funcionarios del correo; en caso de necesidad recurrían a las patrullas de policía. Estaba muy lejos la época en la que se oían gritos de espanto, en la que los bandoleros desvalijaban a los pobres o los ricos que osaban desplazarse. Ramsés hacía respetar el orden público, ya que sin él la felicidad no era posible[8].

Con paso firme, *Viento del Norte* inició la empinada pendiente que moría en el río, como si supiera de antemano que su dueño pensaba tomar el barco que zarpaba hacia Menfis. El trío se embarcó; Pazair pagó el precio del viaje con un pedazo de tela. Mientras los animales dormían, contempló Egipto, al que los

---

[7] La escena pertenece a un bajorrelieve. Animal del dios Set, dueño de la tempestad y del poder cósmico, el asno fue el auxiliar privilegiado del hombre en el antiguo Egipto.

[8] En el antiguo Egipto se viajaba mucho, utilizando sobre todo la autopista natural, el Nilo, pero también caminos campesinos y pistas del desierto. El faraón debía garantizar la seguridad de los viajeros.

poetas comparaban con un inmenso barco cuyas altas bordas estaban formadas por cadenas de montañas. Colinas y paredes rocosas, que llegaban hasta los trescientos metros, parecían proteger los cultivos. Mesetas, entrecortadas por valles más o menos profundos, se interponían a veces entre la tierra negra, fértil, generosa, y el desierto rojo por el que merodeaban peligrosas fuerzas.

Pazair sintió deseos de volver hacia atrás, a la aldea, y no volver a partir nunca más. Aquel viaje hacia lo desconocido le incomodaba y le quitaba cualquier confianza en sus posibilidades; el pequeño juez campesino perdía una tranquilidad que ningún ascenso le daría; sólo Branir había podido obtener su consentimiento; ¿pero no estaría arrastrándole hacia un porvenir que sería incapaz de dominar?

Pazair estaba pasmado.

Menfis, la mayor ciudad de Egipto, la «balanza de las Dos Tierras», capital administrativa, había sido fundada por Menes el unificador[9]. Mientras Tebas la meridional se consagraba a la tradición y al culto de Amón, Menfis la septentrional, situada en la confluencia del Alto y del Bajo

Egipto, se abría a Asia y a las civilizaciones mediterráneas.

El juez, el asno y el perro desembarcaron en el puerto de Perunefer, cuyo nombre significaba «buen viaje». Centenares de barcos mercantes, de muy distintos tamaños, atracaban en los muelles hormigueantes de actividad; se trasladaban las mercancías a inmensos depósitos, custodiados y gestionados con el mayor cuidado. A costa de un trabajo digno de los constructores del Imperio Antiguo, se había excavado un canal paralelo al Nilo que flanqueaba el altiplano donde habían sido levantadas las pirámides. De este modo, las embarcaciones navegaban sin riesgos y la circulación de productos y materiales podía realizarse en cualquier estación; Pazair advirtió que las paredes del canal habían sido revestidas por una obra de albañilería de ejem plar solidez.

El trío se dirigió hacia el barrio norte, dónde vivía Branir, atravesó el centro de la ciudad, admiró el célebre templo de Ptah, dios de los artesanos, y flanqueó la zona militar. Allí se fabricaban armas y se construían los barcos de guerra. Allí se entrenaban los cuerpos de élite del ejército egipcio, alojados en grandes cuarteles entre los arsenales llenos de carros, espadas, lanzas y escudos.

Tanto al norte como al sur, se alineaban graneros llenos de cebada, espelta y simientes diversas, junto a los edificios del Tesoro que contenían oro, plata, cobre, paños, ungüentos, aceite, miel y otros productos.

Menfis, demasiado extensa, aturdió al joven campesino. ¿Cómo orientarse por aquella maraña de calles y callejas, en aquella proliferación de barrios llamados «Vida de las Dos Tierras», «el Jardín», «el Sicómoro», «el Muro del Cocodrilo», «la Fortaleza», «las Dos Colinas» o «el Colegio de Medicina»? Mientras que *Bravo* no parecía muy seguro y no se separaba de su dueño, el asno proseguía su camino. Guió a sus dos compañeros por el barrio de los artesanos donde, en pequeños talleres que daban a la calle, trabajaban la

---

[9] Menes fue el primer faraón que unió las dos tierras, el Alto y el Bajo Egipto. Su nombre significa «fulano de tal» y «el establo».

piedra, la madera, el metal y el cuero. Pazair nunca había visto tanta alfarería, jarrones, piezas de vajilla y utensilios domésticos. Se cruzó con numerosos extranjeros, hititas, griegos, cananeos y asiáticos procedentes de distintos y pequeños reinos; relajados, charlatanes, se adornaban gustosamente con collares del loto, proclamaban que Menfis era un cáliz de frutas y celebraban sus cultos en los templos del dios Baal y de la diosa Astarté, cuya presencia toleraba el faraón.

Pazair se dirigió a una tejedora y le preguntó si iba en la dirección correcta; descubrió que el asno no le había inducido a error. El juez observó que las suntuosas villas de los nobles, con sus jardines y sus estanques, se mezclaban con las casitas de los humildes. Altos pórticos, vigilados por porteros, se abrían a florecidas avenidas, a cuyo extremo se ocultaban moradas de dos o tres pisos.

¡Por fin, la residencia de Branir! Era tan bonita, con sus blancos muros, su dintel decorado con una guirnalda de adormidera roja, sus ventanas adornadas con aciano de cálices verdes y amarillas flores de persea[10], que el juez se complació en admirar.

Una puerta daba a la calleja donde crecían dos palmeras que sombreaban la terraza de la pequeña mansión. Ciertamente, la aldea quedaba muy lejos, pero el anciano médico había conseguido preservar cierto perfume de campiña en el corazón de la ciudad.

Branir estaba en la ciudad.

–¿Has hecho un buen viaje?

–El asno y el perro tienen sed.

–Me ocuparé de ellos; aquí tienes una jofaina para lavarte los pies y un poco de pan sobre el que se ha colocado sal para desearte la bienvenida.

Pazair bajó a la primera estancia tomando un tramo de escalera; se recogió ante una pequeña hornacina que contenía las estatuillas de los antepasados. Luego descubrió la sala de recepción, sostenida por dos columnas coloreadas; contra las paredes se alineaban armarios y arcenes. En el suelo, esteras. Un taller, un cuarto de baño, una cocina, dos habitaciones y un sótano completaban el confortable interior.

Branir invitó a su huésped a subir las escaleras que conducían a la terraza, donde había servido bebidas frescas, acompañadas por dátiles envueltos en miel y algunos pasteles.

–Me he perdido –confesó Pazair.

–Lo contrario me habría sorprendido. Una buena cena, una noche de descanso y podrás afrontar la ceremonia de investidura.

–¿Mañana mismo?

–Los expedientes se acumulan.

–Me hubiera gustado acostumbrarme a Menfis.

–Tus investigaciones te obligarán a ello. Puesto que no has entrado, todavía, en funciones, aquí tienes un regalo.

Branir le ofreció el libro de enseñanza de los escribas. Le permitiría adoptar la actitud adecuada en cualquier circunstancia, gracias al respeto de la jerarquía. En la cumbre, los dioses, las diosas, los espíritus transfigurados en el más allá, el faraón y la reina; luego, la madre del rey, el visir, el consejo de

---

[10] Gran árbol cuyo fruto, muy apreciado por su dulzura, parecía un corazón y las hojas una lengua.

sabios, los altos magistrados, los jefes del ejército y los escribas de la mansión de los libros. Seguían una multitud de funciones que iban desde el director del Tesoro al encargado de los canales, pasando por los representantes del faraón en el extranjero.

–Un hombre de corazón violento sólo puede ser un agitador, al igual que un charlatán; si quieres ser fuerte, hazte el artesano de tus frases, moldéalas, pues el lenguaje es el arma más poderosa para quien sabe manejarlo.

–Añoro la aldea.

–La añorarás durante toda tu vida.

–¿Por qué me han destinado aquí?

–Tu propia conducta determina tu destino.

Pazair durmió poco y mal, con el perro a sus pies y el asno acostado a su cabecera. Los acontecimientos se encadenaban con excesiva rapidez y no le daban tiempo para recuperar su equilibrio; atrapado en un torbellino, no disponía ya de sus puntos de orientación habituales y, aunque le pesara, tenía que abandonarse a una aventura de desconocidos colores.

Despierto en cuanto amaneció, tomó una ducha, se purificó la boca con natrón[11], y desayunó en compañía de Branir, que le puso en manos de uno de los mejores barberos de la ciudad. Sentado en un taburete de tres patas ante su cliente, igualmente instalado, el artesano humedeció la piel de Pazair y la cubrió con una untuosa espuma. Sacó del estuche de cuero una navaja compuesta por una hoja de cobre y un mango de madera, manejándola con consumada habilidad.

Vestido con un paño nuevo y una ancha camisa diáfana, perfumada, Pazair parecía dispuesto a afrontar la prueba.

–Tengo la sensación de ir disfrazado –le confesó a Branir.

–La apariencia no es nada, pero no la desdeñes; lo importante es que sepas manejar el timón y que el fluir de los días no te aleje de la justicia, pues el equilibrio de un país depende de su práctica. Sé digno de ti mismo, hijo mío.

---

[11] El natrón es un compuesto natural de carbonato de sosa y bicarbonato de sosa.

CAPÍTULO 3

Pazair siguió a Branir, que le guió por el barrio de Ptah. Tranquilo por la suerte del asno y el perro, el joven lo estaba menos por lo que se refería a la suya.

No lejos del palacio habían sido construidos varios edificios administrativos cuyos accesos estaban controlados por soldados. El viejo médico se dirigió a un suboficial; tras haber escuchado su petición, desapareció por unos instantes y regresó acompañado por un alto magistrado, el delegado del visir.

–Me complace volver a veros, Branir; he aquí, pues, a vuestro protegido.

–Pazair está muy emocionado.

–Dada su edad, no es una reacción criticable. ¿Está dispuesto, sin embargo, a cumplir con sus nuevas funciones?

Pazair, sorprendido por la ironía del gran personaje, intervino secamente.

–¿Lo dudáis acaso?

El delegado frunció el entrecejo.

–Os lo arrebato, Branir; tenemos que proceder a la investidura.

La cálida mirada del anciano médico le dio a su discípulo el valor que todavía le faltaba; fueran cuales fuesen las dificultades, sería digno de él.

Pazair fue conducido a una pequeña estancia rectangular de paredes blancas y desnudas; el delegado le invitó a sentarse en una estera, en la posición del escriba, ante un tribunal compuesto por él mismo, el administrador de la provincia de Menfis, el representante del despacho de trabajo y uno de los servidores del dios Ptah que ocupaba un elevado puesto en la jerarquía sagrada. Los cuatro llevaban pesadas pelucas y amplios paños. Huraños, sus rostros no expresaban sentimiento alguno.

–Os halláis en el lugar de «la evaluación de la diferencia»[12] –declaró el delegado del visir, jefe de la justicia–. Aquí os convertiréis en un hombre distinto de los demás, destinado a juzgar a vuestros semejantes. Como vuestros colegas de la provincia de Gizeh, dirigiréis investigaciones, presidiréis los tribunales locales que se hallen bajo vuestra autoridad y os remitiréis a vuestros superiores cuando los asuntos superen vuestra competencia. ¿Os comprometéis a ello?

–Me comprometo.

–¿Sois consciente de que la palabra dada no puede recuperarse?

–Soy consciente de ello.

–Que este tribunal proceda de acuerdo con los mandamientos de la Regla juzgando al futuro juez.

El administrador de la provincia se expresó con voz grave y pausada.

–¿Qué jurados convocaréis para formar vuestro tribunal?

–Escribas, artesanos, policías, hombres experimentados, mujeres respetables, viudas.

---

[12] La expresión se utiliza en el Libro de los muertos para distinguir lo justo de lo injusto.

–¿De qué modo intervendréis en sus deliberaciones?
–No intervendré en modo alguno. Todos se expresarán sin ser influenciados, y respetaré cada opinión para formar mi juicio.
–¿En cualquier circunstancia?
–Excepto en una: si uno de los jurados es corrupto. Interrumpiré entonces el proceso para acusarle sin dilación alguna.
–¿Cómo actuaréis ante un caso de crimen? –preguntó el representante del despacho de trabajo.
–Haré una investigación preliminar, abriré un expediente y lo transmitiré al despacho del visir.
El servidor del dios Ptah colocó su brazo derecho sobre su pecho con el puño cerrado tocando su hombro.
–Ningún acto será olvidado en el juicio del más allá. Tu corazón será depositado en uno de los platillos de la balanza y confrontado con la Regla. ¿De qué modo se transmitió la ley que debes hacer respetar?
–Existen cuarenta y dos provincias y cuarenta y dos rollos de la ley. Pero su espíritu no fue escrito y no debe estarlo. La verdad sólo puede transmitirse oralmente, de la boca del maestro al oído del discípulo.
El servidor de Ptah sonrió, pero el delegado del visir todavía no estaba satisfecho.
–¿Cómo definís la Regla?
–El pan y la cerveza.
–¿Qué significa esta respuesta?
–La justicia para todos, grandes y pequeños.
–¿Por qué está simbolizada la Regla por una pluma de avestruz?
–Porque es el barquero entre nuestro mundo y el de los dioses; la pluma es la rectora, tanto el timón del pájaro como el del ser. La Regla, aliento de vida, debe permanecer en la nariz de los hombres y expulsar el mal de cuerpos y corazones. Si la justicia desapareciera, el trigo dejaría de crecer, los rebeldes tomarían el poder y ya no se celebrarían las fiestas.
El administrador de la provincia se levantó y colocó ante Pazair un bloque de piedra calcárea.
–Poned las manos sobre esta piedra blanca.
El joven lo hizo. No temblaba.
–Sea testigo de vuestro juramento; recordará siempre las palabras que habéis pronunciado y será vuestra acusadora si traicionáis la Regla.
El administrador y el representante del despacho de trabajo se colocaron a uno y otro lado del juez.
–Levantaos –ordenó el delegado del visir.
–He aquí vuestro anillo con el sello –dijo mientras le entregaba una placa rectangular soldada a un aro que Pazair se puso en el dedo corazón de su mano derecha. En la parte plana de la placa de oro se había escrito: «Juez Pazair.»
–Los documentos en los que pongáis vuestro sello tendrán valor oficial y comprometerán vuestra responsabilidad; no uséis a la ligera este anillo.

El despacho del juez estaba situado en el arrabal sur de Menfis, a medio camino entre el Nilo y el canal del oeste, y al sur del templo de Hator. El joven

campesino, que esperaba una imponente morada, quedó muy decepcionado. La administración sólo le había asignado una casa baja con dos pisos.

Sentado en el umbral había un ordenanza adormilado. Pazair le dio una palmada en el hombro; se sobresaltó.

–Quisiera entrar.

–El despacho está cerrado.

–Soy el juez.

–Lo dudo... Ha muerto.

–Soy Pazair, su sucesor.

–Ah, sois vos... El escribano Iarrot me dio vuestro nombre, es cierto. ¿Tenéis alguna prueba de vuestra identidad?

Pazair le mostró el anillo con el sello.

–Mi misión era vigilar el lugar hasta que llegaseis; ahora ha terminado.

–¿Cuándo veré a mi escribano?

–Lo ignoro. Debe resolver un problema delicado.

–¿Cuál?

–La leña para la calefacción. En invierno, hace frío; el año pasado, el Tesoro se negó a entregar madera a este despacho porque la demanda no había sido redactada en tres ejemplares. Iarrot ha ido al servicio de archivos para regularizar la situación. Os deseo buena suerte, juez Pazair; en Menfis no podréis aburriros.

Y el ordenanza desapareció.

Pazair empujó lentamente la puerta de sus nuevos dominios. El despacho era una estancia bastante grande, llena de armarios y arcones donde se guardaban rollos de papiro atados o sellados. En el suelo, una sospechosa capa de polvo. Ante aquel inesperado peligro, Pazair no vaciló. Pese a la dignidad de su función, tomó una escoba formada por largas fibras rígidas unidas en unas madejas que se sujetaban por dos séxtuples ligaduras de cordel; el mango era muy rígido y permitía un manejo flexible y regular.

Concluida la limpieza, el juez hizo inventario del contenido de los archivos: papeles del catastro, del fisco, informes varios, denuncias, extractos de cuentas y pagos de salarios en grano, en cestos o en tejido, cartas con listas de personal... Sus competencias se extendían a los más variados terrenos.

En el mayor de los armarios, el indispensable material del escriba; paletas vaciadas en su parte superior para recibir la tinta roja y la tinta negra, panes de tinta sólida, cubiletes, bolsas de pigmento en polvo, bolsas de pinceles, rascadores, gomas, trituradores de piedra, cordeles de lino, un caparazón de tortuga para proceder a las mezclas, un babuino de arcilla que evocaba a Thot, dueño de los jeroglíficos, fragmentos de calcáreo que servían de borrador, tablillas de arcilla, de calcáreo y de madera. El conjunto era de buena calidad.

En un cofrecillo de acacia había un objeto precioso: un reloj de agua. El pequeño recipiente troncocónico estaba graduado, en su interior, de acuerdo con dos escalas distintas, de doce muescas; el agua fluía por un agujero en el fondo del reloj, y medía así las horas. Sin duda, el escribano consideraba necesario velar por el tiempo pasado en su lugar de trabajo.

Se imponía una tarea. Pazair tomó un pincel de junco finamente cortado, mojó la punta en un cubilete lleno de agua y dejó caer una gota en la paleta que pensaba utilizar. Murmuró la plegaria que recitaban todos los escribas antes de escribir: «agua del tintero para tu ka, Imhotep»; así se veneraba al

creador de la primera pirámide, arquitecto, médico, astrólogo y modelo de quienes practicaban los jeroglíficos.

El juez subió al primer piso.

La vivienda oficial no había sido ocupada desde hacía mucho tiempo. El predecesor de Pazair, que prefería vivir en una casita en las afueras de la ciudad, había olvidado ocuparse de las tres habitaciones que estaban llenas de pulgas, moscas, ratones y arañas. El joven no se desalentó; se sentía con fuerzas para librar aquel combate. En el campo, era necesario, a menudo, desinfectar las viviendas y expulsar a los huéspedes indeseables.

Tras haberse procurado los ingredientes necesarios en las tiendas del barrio, Pazair se puso manos a la obra. Roció los muros y el suelo con el agua en la que había disuelto natrón, luego las espolvoreó con un compuesto de carbón pulverizado y de planta bebet[13], cuyo poderoso perfume alejaba insectos y miseria. Finalmente mezcló incienso, mirra, cinamomo[14] y miel e hizo una fumigación que purificara el local y le diera un olor agradable. Para adquirir aquellos costosos productos se había endeudado y había gastado la mayor parte de su próximo salario.

Agotado, desenrolló su estera y se tendió de espaldas. Algo le molestaba y le impedía dormir: el anillo del sello. No se lo quitó. El pastor Pepi no se había equivocado: ya no tenía elección.

---

[13] *Inula graveolens,* una de las variedades de helenio.

[14] Arbusto aromático, alguna de cuyas especies produce la canela; aquí es un aroma.

CAPÍTULO 4

El sol estaba ya alto en el cielo cuando el escribano Iarrot, con pesados pasos, llegó al despacho. Grueso, mofletudo, de tez rubicunda y con la cara enrojecida, nunca se movía sin acompasar su marcha con un bastón en el que estaba grabado su nombre y que le convertía en un personaje importante y respetado. En su satisfecha cuarentena, Iarrot era el colmado padre de una niña, motivo de todas sus preocupaciones. Cada día se peleaba con su esposa a causa de la educación de la chiquilla, a la que no quería contrariar por ningún motivo. La casa resonaba con sus disputas, cada vez más violentas.

Con gran sorpresa por su parte, un obrero mezclaba yeso con calcáreo pulverizado para hacerlo más blanco, verificaba la calidad del producto vertiéndolo en un cono de calcáreo y, luego, colmaba un agujero en la fachada de la vivienda del juez.

–Yo no he encargado ningún trabajo –dijo furibundo Iarrot.

–Yo sí; más aún, los ejecuto sin tardanza.

–¿Con qué derecho?

–Soy el juez Pazair.

–Pero... ¡sois muy joven!

–¿Y sois vos, acaso, mi escribano?

–En efecto.

–La jornada está ya muy avanzada.

–Cierto, cierto... Pero unos problemas familiares me han retrasado.

–¿Alguna urgencia? –preguntó Pazair sin dejar de enyesar.

–La denuncia de un constructor. Disponía de ladrillos, pero le faltaban asnos para el transporte. Acusa al arrendador de sabotear su obra.

–Ya está resuelto.

–¿De qué modo?

–Esta mañana he visto al arrendador. Indemnizará al constructor y transportará los ladrillos mañana mismo; hemos evitado un proceso.

–¿Sois también... yesero?

–Sólo un aficionado con pocas dotes. Nuestro presupuesto es bastante escaso; de modo que, en la mayoría de los casos, tendremos que arreglárnoslas. ¿Qué más?

–Os esperan para un censo de rebaños.

–¿No basta con el escriba especializado?

–El dueño de la propiedad, el dentista, Qadash, está convencido de que uno de sus empleados le roba. Pide una investigación; vuestro predecesor la retrasó tanto como le fue posible. A decir verdad, yo le comprendía muy bien. Si lo deseáis, encontraré argumentos para seguir difiriéndola.

–No será necesario. Por cierto, ¿sabéis manejar una escoba?

Y como el escribano permaneció mudo, el juez le tendió el precioso objeto.

A *Viento del Norte* no le disgustaba disfrutar de nuevo el aire de la campiña; el asno transportaba material para el juez con buen paso, mientras *Bravo* vagabundeaba a su alrededor, feliz cuando perseguía algún pájaro. De acuerdo con su costumbre, *Viento del Norte* había erguido sus orejas cuando el juez le había indicado que se dirigían a la propiedad del dentista Qadash, situada a dos horas de camino de la meseta de Gizeh, hacia el sur; el asno había tomado la dirección correcta.

Pazair fue muy bien recibido por el intendente de la propiedad, satisfecho de recibir por fin a un juez competente y deseoso de resolver un misterio que envenenaba la vida de los boyeros. Unos servidores le lavaron los pies y le ofrecieron un paño nuevo, comprometiéndose a limpiar el que llevaba; dos muchachuelos alimentaron al asno y al perro. Qadash fue avisado de la llegada del magistrado y, a toda prisa, hizo que levantaran un estrado coronado por un pórtico rojo y negro de columnitas lotiformes; Qadash, Pazair y el escriba de los rebaños se instalaron allí, protegidos del sol.

Cuando apareció el dueño de la propiedad, con un largo bastón en su mano derecha, seguido por los portadores de sus sandalias, su parasol y su sillón, unos músicos tocaron el tamboril y la flauta, y jóvenes campesinas le ofrecieron flores de loto.

Qadash era un hombre de unos sesenta años, con una abundante cabellera blanca; alto, de nariz prominente, sembrada de venillas violetas, frente baja y pómulos salientes, secaba a menudo sus ojos lagrimeantes. Pazair se extrañó por el color rojo de sus manos; no cabía duda, el dentista sufría de mala circulación sanguínea.

Qadash le miró con ojos suspicaces.

–¿Sois vos el nuevo juez?

–Para serviros. Es agradable comprobar que los campesinos están alegres cuando el dueño de la propiedad tiene el corazón noble y maneja con firmeza el bastón de mando.

–Joven, si respetáis a los mayores haréis carrera.

El dentista, que tenía dificultades al hablar, iba muy elegante. Mandil, corpiño de piel de felino, ancho collar de siete vueltas de perlas azules, blancas y rojas, y brazaletes en las muñecas le daban un aspecto orgulloso.

–Sentémonos –propuso.

Se acomodó en su sillón de madera pintada; Pazair ocupó un asiento cúbico. Ante él, al igual que ante el escriba de los rebaños, una mesilla baja destinada a recibir el material de escritura.

–Según su declaración –recordó el juez–, poseéis ciento veintiuna cabezas de vacuno, setenta corderos, seiscientas cabras y otros tantos cerdos.

–Exacto. En el último censo, hace dos meses, faltaba un buey. Y mis animales son de gran valor; el más flaco podría ser cambiado por una túnica de lino y diez sacos de cebada. Quiero que detengáis al ladrón.

–¿Habéis realizado una investigación?

–No es cosa mía.

El juez se volvió hacia el escriba de los rebaños, que estaba sentado en una estera.

–¿Qué escribisteis en vuestro registro?

–El número de los animales que me mostraron.

–¿A quién interrogasteis?

–A nadie. Mi trabajo consiste en anotar, no en preguntar.

Pazair no iba a sacar nada en claro. Irritado, sacó de su cesto una tablilla de sicómoro cubierta de una fina capa de yeso, un pincel de junco tallado, de veinticinco centímetros de largo, y un cubilete con agua donde preparó tinta negra. Cuando estuvo listo, Qadash hizo una señal al jefe de los boyeros para que comenzara el desfile.

Dando una palmada en el cuello del enorme buey que iba en cabeza, puso en marcha la procesión. El animal se movió con lentitud, seguido por sus pesados y plácidos congéneres.

–Espléndidos, ¿verdad?

–Felicitad a los cuidadores –recomendó Pazair.

–El ladrón debe de ser un hitita o un nubio –estimó Qadash–; hay demasiados extranjeros en Menfis.

–¿No es vuestro nombre de origen libio?

El dentista no pudo disimular su contrariedad.

–Vivo en Egipto desde hace mucho tiempo y pertenezco a la mejor sociedad; la riqueza de mi propiedad lo demuestra sin duda alguna. He curado a los más ilustres cortesanos, sabedlo, y permaneced en vuestro lugar.

Portadores de fruta, de manojos de puerros, de cestos llenos de lechugas y frascos de perfume acompañaban a los animales. Evidentemente, no se trataba de una simple verificación de censo. Qadash quería deslumbrar al nuevo juez mostrándole la magnitud de su fortuna.

Bravo se había deslizado silenciosamente bajo el sitial de su dueño y contemplaba el desfile de las cabezas de ganado.

–¿De qué provincia sois? –preguntó el dentista.

–Yo soy quien hace la investigación.

Dos bueyes uncidos pasaron ante el estrado; el de más edad se tendió en el suelo y se negó a avanzar. «Deja de hacerte el muerto», dijo el boyero; el acusado le miró con ojos temerosos, pero no se movió.

–Pégale –ordenó Qadash.

–Un momento –exigió Pazair mientras bajaba del estrado.

El juez acarició los lomos del buey, lo tranquilizó y, con la ayuda del boyero, intentó ponerlo en pie. El buey se levantó y Pazair regresó a su lugar.

–Sois muy sensible –ironizó Qadash.

–Detesto la violencia.

–¿No es necesaria, a veces? Egipto ha tenido que combatir contra el invasor, muchos hombres murieron por nuestra libertad. ¿Les condenaríais?

Pazair se concentró en el desfile de los animales; el escriba de los rebaños contaba. Al finalizar el censo, faltaba un buey con respecto a la declaración del propietario.

–¡Intolerable! –rugió Qadash, cuyo rostro se empurpuró–. Me roban en mi propia casa y nadie quiere denunciar al culpable.

–Vuestros animales deben estar marcados.

–¡ Naturalmente!

–Haced venir a los hombres que utilizaron las marcas.

Eran quince; el juez los interrogó uno tras otro y los aisló de modo que no pudieran comunicarse entre sí.

–Ya tengo a vuestro ladrón –anunció a Qadash.

–¿Cómo se llama?

–Kani.

–Pido la inmediata convocatoria de un tribunal.

Pazair aceptó. Eligió como jurados a un boyero, una pastora de cabras, al escriba de los rebaños y a uno de los guardas de la propiedad.

Kani, que no había intentado huir, se presentó libremente ante el estrado y aguantó la furiosa mirada de Qadash, que se mantenía a un lado. El acusado era un hombre pesado y recio, de piel oscura surcada por profundas arrugas.

–¿Reconocéis vuestra culpabilidad? –preguntó el juez.

–No.

Qadash golpeó el suelo con su bastón.

–¡Este bandido es un insolente! ¡Que sea inmediatamente castigado!

–Callaos –ordenó el juez–; si turbáis la audiencia, interrumpiré el procedimiento.

El dentista se apartó enojado.

–¿Habéis marcado un buey con el nombre de Qadash? –preguntó Pazair.

–Sí –respondió Kani.

–El animal ha desaparecido.

–Se me escapó. Lo encontraréis en un campo vecino.

–¿Por qué esa negligencia?

–No soy boyero, sino jardinero. Mi verdadero trabajo consiste en regar pequeñas parcelas de tierra; durante todo el día llevo en los hombros una pértiga y derramo sobre los cultivos el contenido de pesadas cántaras. Por la noche no puedo descansar; debo regar las plantas más frágiles, cuidar las regatas, reforzar las paredes de tierra. Si deseáis una prueba, examinad mi nuca; veréis las huellas de dos abscesos. Es la enfermedad del jardinero, no la del boyero.

–¿Por qué cambiasteis de oficio?

–Porque el intendente de Qadash se apoderó de mí cuando estaba entregando unas legumbres. Fui obligado a ocuparme de los bueyes y a abandonar mi huerto.

Pazair convocó a los testigos; se estableció la veracidad de las palabras de Kani. El tribunal lo absolvió; como indemnización, el juez ordenó que el buey fuera de su propiedad y que Qadash le entregara una importante cantidad de alimento a cambio de los días de trabajo perdidos.

El jardinero se inclinó ante el juez. Pazair pudo leer en sus ojos un profundo agradecimiento.

–Raptar a un campesino es una falta muy grave –recordó al dueño de la propiedad.

La sangre subió al rostro del dentista.

–¡No soy responsable! No estaba al corriente; que mi intendente sea castigado como merece.

–Ya conocéis la pena: cincuenta bastonazos y pérdida de su cargo, para ser de nuevo campesino.

–La ley es la ley.

El intendente no negó nada ante el tribunal; fue condenado y la sentencia se ejecutó sin demora.

Cuando el juez Pazair abandonó la propiedad, Qadash no fue a saludarle.

CAPÍTULO 5

Bravo dormía a los pies de su dueño, soñando en un festín, mientras *Viento del Norte*, disfrutando su forraje fresco, hacía de centinela a la puerta del despacho donde Pazair estaba consultando, desde el amanecer, los expedientes pendientes. El volumen de las dificultades no le abrumaba, al contrario; estaba decidido a recuperar el retraso y a no dejar nada de lado.

El escribano Iarrot llegó a media mañana con el rostro descompuesto.

–Parecéis abatido –observó Pazair.

–Una disputa. Mi mujer es insoportable; me casé con ella para que me preparara suculentos platos, y se niega a cocinar. La existencia está haciéndose imposible.

–¿Pensáis divorciaros?

–No, a causa de mi hija; quiero que sea bailarina. Mi mujer tiene otros proyectos que yo no acepto. Ni el uno ni el otro estamos dispuestos a ceder.

–Me temo que es una situación inextricable.

–También yo. ¿Fue bien vuestra investigación en casa de Qadash?

–Estoy dándole el último toque a mi informe: buey encontrado, jardinero absuelto e intendente condenado. A mi entender, el dentista también es responsable, pero no puedo probarlo.

–A ése no le toquéis; tiene contactos.

–¿Clientela acomodada?

–Ha cuidado las más ilustres bocas; las malas lenguas comentan que ha perdido el pulso y que es mejor evitarle si se desea conservar sanos los dientes.

Bravo gruñó; su dueño le interrumpió con una caricia.

Cuando se comportaba así, manifestaba una mesurada hostilidad. A primera vista, no apreciaba demasiado al escribano.

Pazair puso su sello en el papiro donde había consignado sus conclusiones sobre el caso del buey robado. Iarrot admiró aquella escritura fina y regular; el juez trazaba los jeroglíficos sin la menor vacilación, dibujaba con firmeza su pensamiento.

–¿No habréis puesto en cuestión a Qadash?

–Claro que sí.

–Es peligroso.

–¿Qué teméis?

–No... lo sé.

–Sed más preciso, Iarrot.

–La justicia es tan compleja...

–No lo creo así: a un lado la verdad, al otro la mentira. Si cedemos a esta última, aunque sólo sea por el grosor de una uña, la justicia ya no reina.

–Habláis así porque sois joven; cuando tengáis más experiencia, vuestras opiniones serán menos tajantes.
–Espero que no. En la aldea, muchos me oponían este argumento; creo que no tiene valor.
–Pretendéis ignorar el peso de la jerarquía.
–¿Acaso está Qadash por encima de la ley?
Iarrot soltó un suspiro.
–Parecéis inteligente y valeroso, juez Pazair; no finjáis no entenderlo.
–Si la jerarquía es injusta, el país corre hacia su perdición.
–Os aplastará, como a los demás; limitaos a resolver los problemas que se os sometan y confiad a vuestros superiores los asuntos delicados. Vuestro predecesor era un hombre sensato que supo evitar los escollos. Os han ofrecido un buen ascenso; no lo estropeéis.
–Me han nombrado para este puesto gracias a mis métodos; ¿por qué iba a cambiarlos?
–Aprovechad vuestra oportunidad sin perturbar el orden establecido.
–No conozco más orden que el de la Regla.
Harto, el escribano se golpeó el pecho.
–¡Corréis hacia un precipicio! Yo os he avisado.
–Mañana llevaréis mi informe a la administración de la provincia.
–Como queráis.
–Hay un detalle que me intriga; no dudo de vuestro celo, pero, ¿sois vos acaso todo mi personal?
Iarrot pareció molesto.
–En cierto modo, sí.
–¿Qué significa eso?
–Bueno, hay un tal Kem...
–¿Su función?
–Policía. Tiene que practicar las detenciones que vos decretéis.
–¡Papel fundamental, a mi entender!
–Vuestro predecesor no hizo detener a nadie; si sospechaba de un criminal, se remitía a una jurisdicción mejor provista. Y como Kem se aburre en el despacho, patrulla.
–¿Tendré el privilegio de conocerle?
–Viene de vez en cuando. No le abordéis por las bravas, tiene un carácter detestable. Me da miedo. No contéis conmigo para dirigirle una observación desagradable. «Restablecer el orden en mi propio despacho no será cosa fácil», pensó Pazair mientras advertía que pronto faltaría papiro.
–¿Dónde lo obtenéis?
–En casa de Bel-Tran, el mejor fabricante de Menfis.
Sus precios son muy altos, pero el material es excelente y no se gasta. Os lo aconsejo.
–Aclaradme una duda, Iarrot; ¿es un consejo del todo desinteresado?
–¡Pero cómo osáis!
–Me equivocaba.
Pazair examinó las demandas recientes; ninguna tenía un carácter grave o urgente. Luego pasó a las listas de personal que debía controlar y a los nombramientos que debía aprobar; un trivial trabajo administrativo que sólo requería ponerle su sello. Iarrot se había sentado sobre su pierna izquierda

doblada, y mantenía la otra ante sí; con una paleta bajo el brazo y un cálamo[15] tras la oreja izquierda, limpiaba los pinceles mientras observaba a Pazair.

–¿Hace mucho que estáis trabajando?

–Desde el amanecer.

–Es muy pronto.

–Una costumbre aldeana.

–¿Una costumbre... cotidiana?

–Mi maestro me enseñó que un solo día de negligencia era una catástrofe. El corazón sólo puede aprender si el oído permanece atento y la razón es dócil; ¿y qué mejor, para lograrlo, que las buenas costumbres? De lo contrario, el mono que duerme en nosotros comienza a bailar, y la capilla se ve privada de su dios.

El tono del escribano se ensombreció.

–No es una existencia agradable.

–Somos servidores de la justicia.

–Por cierto, mis horarios de trabajo...

–Ocho horas diarias, seis días laborables y dos de descanso, y dos meses de vacaciones gracias a las distintas fiestas[16]... ¿De acuerdo?

El escribano asintió. No hizo falta que el juez insistiera para que comprendiese que debería hacer ciertos esfuerzos por lo que a su puntualidad se refería.

Un breve expediente intrigó a Pazair. El guardián en jefe encargado de la vigilancia de la esfinge de Gizeh acababa de ser trasladado a los depósitos del puerto. Brutal revés en su carrera: el hombre debía haber cometido una falta grave. Pero ésta no se indicaba como solía hacerse. Y, sin embargo, el juez principal de la provincia había puesto su sello; ya sólo faltaba el de Pazair, porque el soldado vivía en su circunscripción. Una simple formalidad que hubiera debido realizar sin reflexión alguna.

–¿El puesto de guardián en jefe de la esfinge no es apetecible?

–No faltan los candidatos –admitió el escribano–, pero el actual titular los desalienta.

–¿Por qué?

–Es un soldado con experiencia, con una notable hoja de servicios y, además, un buen hombre. Vela por la esfinge con gran celo, aunque el viejo león de piedra sea lo bastante impresionante como para defenderse solo. ¿Quién va a pensar en atacarlo?

–Un puesto honorífico, por lo que parece.

–Así es, el guardián en jefe ha reclutado a otros veteranos para asegurarles una pequeña renta. Se encargan entre cinco de la vigilancia nocturna.

–¿Estáis al corriente de su traslado?

–Traslado... ¿Bromeáis?

–He aquí el documento oficial.

–Es muy sorprendente. ¿Qué falta ha cometido?

–Vuestro razonamiento es el mío; no se precisa.

–No os preocupéis; sin duda, es una decisión militar cuya lógica se nos escapa.

---

[15] Caña de extremo puntiagudo que servía para escribir.

[16] El ritmo de trabajo habitual de los trabajadores egipcios.

Viento del Norte lanzó un característico rebuzno: el asno advertía de un peligro. Pazair se levantó y salió. Se halló frente a frente con un enorme babuino sujetado por su dueño con una correa. De mirada agresiva, voluminosa cabeza, con el busto cubierto de una espesa pelambrera, el mono tenía una merecida reputación de ferocidad. No era extraño que una fiera sucumbiese a sus golpes y mordiscos, y algún león había huido al aproximarse una bandada de babuinos furiosos.

Su dueño, un nubio de abultados músculos, impresionaba tanto como el animal.

–Espero que lo sujetéis bien.

–Este babuino policía[17] está a vuestras órdenes, juez Pazair, igual que yo.

–Sois Kem.

El nubio asintió.

–Se habla de vos en el barrio; al parecer estáis agitándolo todo, para ser un juez.

–No me gusta vuestro tono.

–Tendréis que acostumbraros.

–De ningún modo. O me mostráis el respeto que se debe a un superior, o tendréis que dimitir.

Ambos hombres se desafiaron largo rato con la mirada. El perro del juez y el mono del policía hicieron lo mismo.

–Vuestro predecesor me dejaba libertad de movimiento.

–Pues no es mi caso.

–Os equivocáis; paseándome por las calles con mi babuino, disuado a los ladrones.

–Ya veremos. ¿Vuestra hoja de servicios?

–Será mejor que os avise de que tengo un negro pasado.

Pertenecía al cuerpo de arqueros encargado de custodiar una de las fortalezas del Gran Sur. Me alisté por amor a Egipto, como muchos jóvenes de mi tribu. Fui feliz durante varios años; sin desearlo, descubrí un tráfico de oro entre oficiales. La jerarquía no me escuchó; durante una riña, maté a uno de los ladrones, mi superior directo. En el proceso, fui condenado a que me cortaran la nariz. La que llevo ahora es de madera pintada. Ya no temo los golpes. Sin embargo, los jueces reconocieron mi lealtad; por ello me asignaron un puesto en la policía. Si deseáis verificarlo, mi expediente está en los archivos del despacho militar.

–Pues bien, vamos a ello.

Kem no esperaba esta reacción. Mientras el asno y el escribano custodiaban el despacho, el juez y el policía, acompañados por el babuino y el perro, que seguían observándose, se dirigieron hacia el centro administrativo de los ejércitos.

–¿Cuánto tiempo hace que residís en Menfis?

–Un año –respondió Kem–; añoro el Sur.

–¿Conocéis al responsable de la seguridad de la esfinge de Gizeh?

–Me he cruzado con él un par de veces.

–¿Os inspira confianza?

---

[17] Puede verse un impresionante babuino policía deteniendo a un ladrón en un bajorrelieve de Tepemankh que se conserva en el museo de El Cairo.

–Es un veterano célebre. Su reputación había llegado hasta mi fortaleza. Un cargo tan honorífico no se le confía a cualquiera.

–¿Tiene algún peligro?

–¡Ninguno! ¿Quién va a atacar la esfinge? Se trata de una guardia de honor cuyos miembros deben vigilar, sobre todo, que la arena no cubra el monumento.

Los transeúntes se apartaban ante el cuarteto. Todos conocían la rapidez de intervención del babuino, capaz de hundir sus colmillos en la pierna de un ladrón o de romperle el cuello antes de que su dueño interviniera. Cuando Kem y su mono patrullaban, las malas intenciones desaparecían.

–¿Conocéis la dirección de ese veterano?

–Habita una vivienda oficial, junto al cuartel principal.

–He tenido una mala idea; volvamos al despacho.

–¿Ya no deseáis verificar mi expediente?

–Yo quería consultar el suyo; pero no va a decirme nada más. Os espero mañana, al amanecer. ¿Cómo se llama vuestro babuino?

–Matón.

CAPÍTULO 6

Al ocaso, el juez cerró el despacho y fue a pasear con su perro por las orillas del Nilo. ¿Iba a obstinarse en aquel minúsculo expediente que podía cerrar poniéndole, simplemente, su sello? Atravesarse en un banal procedimiento administrativo no tenía ningún sentido. ¿Pero era, realmente, banal? Un campesino, en contacto con la naturaleza y los animales, desarrolla su intuición; Pazair experimentaba una sensación tan extraña, casi inquietante, que deseaba llevar a cabo una investigación, aunque fuera breve, para poder avalar sin remordimientos aquel traslado.

Bravo era juguetón, pero el agua no le gustaba. Trotaba bastante lejos del río, por el que pasaban barcos de carga, esbeltos veleros y pequeñas barcas. Unos paseaban, otros hacían sus entregas, otros viajaban. El Nilo no sólo alimentaba Egipto sino que le ofrecía, también, una vía de circulación cómoda y rápida en la que vientos y corrientes se completaban de un modo milagroso. Grandes barcos, de experimentada tripulación, abandonaban Menfis para dirigirse al mar; algunos emprenderían largas expediciones a tierras lejanas. Pazair no los envidiaba; su suerte le parecía cruel, porque se los llevaba lejos de un país del que amaba cada parcela de tierra, cada colina, cada pista desértica, cada aldea. Todos los egipcios temían morir en el extranjero; la ley exigía que su cuerpo fuera repatriado para que viviera su eternidad junto a sus antepasados bajo la protección de sus dioses.

Bravo emitió una especie de lamento; un pequeño mono verde, ágil como la brisa, acababa de arrojarle agua en el trasero y le había mojado. Mortificado y vejado, el perro mostró los colmillos mientras se sacudía; el bromista, asustado, saltó a los brazos de su dueña, una joven de unos veinte años.

–No es malo –afirmó Pazair–, pero detesta mojarse.

–Mi mona merece su nombre: *Traviesa* no deja de gastar bromas, especialmente a los perros. Siempre intento, sin éxito alguno, que entre en razón.

La voz era tan dulce que tranquilizó a *Bravo*, que olisqueó la pierna de la propietaria de la mona y la lamió.

–¡*Bravo*!

–Dejadle; creo que me ha aceptado y me satisface.

–¿Aceptará *Traviesa* mi amistad?

–Acercaos para comprobarlo.

Pazair estaba paralizado: no se atrevía a avanzar. En la aldea, algunas muchachas merodeaban a su alrededor, sin que aquello le preocupase; obsesionado por los estudios y el aprendizaje de su oficio, desdeñaba amoríos y sentimientos. La práctica de la ley le había hecho madurar antes de tiempo pero, ante aquella mujer, se sentía desarmado.

Era hermosa.

Hermosa como una aurora de primavera, como un loto que florece, como una ola brillando en mitad del Nilo. Algo más baja que él, con los cabellos tirando a rubio, el rostro muy puro, de líneas tiernas, tenía una mirada directa y unos ojos de un azul estival. En su esbelto cuello llevaba un collar de lapislázuli; en sus muñecas y en sus tobillos, brazaletes de cornalina. Su vestido de lino dejaba adivinar unos pechos firmes y erguidos, unas caderas delgadas perfectamente modeladas y unas piernas largas y finas. Sus pies y sus manos eran un placer para la mirada por su delicadeza y su elegancia.

–¿Tenéis miedo? –preguntó intrigada.

–No, claro que no.

Acercarse a ella supondría contemplarla de cerca, respirar su perfume, tocarla casi... No tenía valor para hacerlo.

Comprendiendo que no se movería, la joven dio tres pasos en su dirección y le ofreció la pequeña mona verde. Con mano temblorosa le acarició la frente y Traviesa, con ágiles dedos, le rascó la nariz.

–Es su modo de identificar a un amigo.

Bravo no protestó. Entre el perro y la mona se había pactado una tregua.

–La compré en un mercado donde vendían productos de Nubia; parecía tan desgraciada, tan perdida, que no pude resistirlo.

En la muñeca izquierda llevaba un extraño objeto.

–¿Os intriga mi reloj portátil[18]? Me es indispensable para ejercer mi profesión. Me llamo Neferet y soy médico.

Neferet, «la bella, la perfecta, la cumplida»... ¿De qué otro modo podía llamarse? Su piel dorada parecía irreal; cada palabra que pronunciaba parecía uno de los cantos hechiceros que se escuchaban, al ocaso, en la campiña.

–¿Puedo preguntaros vuestro nombre?

No tenía perdón; al no presentarse, se mostraba de una condenable descortesía.

–Pazair... Soy uno de los jueces de la provincia.

–¿Nacisteis aquí?

–No, en la región tebana. Acabo de llegar a Menfis.

–¡También yo nací allí! –sonrió encantada–. ¿Vuestro perro ha terminado ya su paseo?

–¡No, no! Es infatigable.

–Caminemos, ¿os parece? Necesito tomar el aire; esta semana ha sido agotadora.

–¿Ejercéis ya?

–Todavía no; estoy terminando mi quinto año de aprendizaje. Primero aprendí farmacia y la preparación de remedios, luego actué como veterinaria en el templo de Dendara. Me enseñaron a verificar la pureza de la sangre de las bestias para el sacrificio, y a curar toda clase de animales, desde el gato al toro. Los errores eran duramente sancionados: con el bastón, como los muchachos.

A Pazair le dolió la idea del suplicio infligido a aquel cuerpo arrebatador.

–La severidad de nuestros ancianos maestros es la mejor educación –dijo ella–; cuando el oído de la espalda se abre, nunca más olvida la enseñanza. Luego fui admitida en la escuela de medicina de Sais, donde recibí el título de

---

[18] En Egipto se inventó el primer tipo de reloj de pulsera, una clepsidra portátil, reservada a los especialistas (astrónomos, médicos), para quienes el cálculo del tiempo era una necesidad.

«encargada de los que sufren», tras haber estudiado y practicado distintas especialidades: medicina de los ojos, del vientre, del ano, de la cabeza, de los órganos ocultos, de los líquidos disueltos en los humores, y cirugía.

–¿Y qué más exigen de vos?

–Podría ser especialista, pero es el escalón más bajo; me limitaré a ello si no soy capaz de ser generalista. El especialista ve sólo un aspecto de la enfermedad, una manifestación limitada de la verdad. Un dolor en un lugar preciso no significa que se conozca el origen del mal. Un especialista sólo puede establecer un diagnóstico parcial. El verdadero ideal del médico es ser generalista; pero la prueba es tan dura que la mayoría renuncia a ello.

–¿Cómo puedo ayudaros?

–Tendré que enfrentarme sola con mis maestros.

–¡Ojalá lo consigáis!

Cruzaron un parterre de acianos, donde *Bravo* retozó, y se sentaron a la sombra de un sauce rojo.

–He hablado mucho –se lamentó ella–; no suelo hacerlo. ¿Atraéis acaso las confesiones?

–Forman parte de mi oficio. Robos, pagos con retraso, contratos de venta, querellas familiares, adulterio, agresiones, tasas injustas, calumnias y otros mil delitos, ésa será mi labor cotidiana. Debo dirigir las investigaciones, comprobar las declaraciones, reconstruir los hechos y juzgar.

–¡Es abrumador!

–Vuestra profesión no lo es menos. Os gusta curar y a mí me gusta que se haga justicia; regatear esfuerzos sería una traición.

–Detesto aprovecharme de las circunstancias, pero...

–Hablad, os lo ruego.

–Uno de mis proveedores de hierbas medicinales ha desaparecido. Es un hombre tosco, pero honesto y competente; algunos colegas y yo lo hemos denunciado recientemente.

¿Podríais acelerar las investigaciones?

–Haré lo que esté en mi mano; ¿cuál es su nombre?

–Kani.

–¡Kani!

–¿Le conocéis acaso?

–Un intendente de la propiedad de Qadash le había alistado por la fuerza. Hoy, ya está absuelto.

–¿Gracias a vos?

–Yo investigué y juzgué.

Ella le besó en ambas mejillas.

Pazair, que no era de naturaleza soñadora, se creyó transportado a uno de los paraísos reservados a los justos.

–¿Qadash... el famoso dentista?

–El mismo.

–Fue un buen profesional, según dicen, pero debería haberse jubilado hace ya mucho tiempo.

La mona verde bostezó y se tumbó en el hombro de Neferet.

–Tengo que marcharme; he sido muy feliz hablando con vos. Sin duda, tendremos ocasión de volver a vemos; os agradezco de todo corazón que hayáis salvado a Kani.

No caminaba, danzaba; su paso era ligero, sus andares luminosos.

Pazair permaneció largo tiempo bajo el sauce rojo para grabarse en la memoria el menor de sus gestos, la más ínfima de sus miradas, el color de su voz.

Bravo posó la pata derecha sobre las rodillas de su dueño.

–Tú lo has comprendido... Estoy locamente enamorado.

CAPÍTULO 7

Kem y su babuino acudieron a la cita.

–¿Estáis decidido a llevarme a casa del guardián en jefe de la esfinge? –preguntó Pazair.

–A vuestras órdenes.

–Ese tono me disgusta tanto como el otro; la ironía no es menos corrosiva que la agresividad.

El nubio se sintió muy ofendido por la observación del juez.

–No tengo la intención de inclinarme ante vos.

–Sed un buen policía y nos entenderemos.

El babuino y su dueño miraron fijamente a Pazair; en los ojos de ambos se leía un furor contenido.

–En marcha.

Comenzaba la mañana y las calles se animaban; las amas de casa charlaban por los codos, algunos aguadores distribuían el precioso líquido y los artesanos abrían sus puestos. Gracias al babuino, la muchedumbre se apartaba.

El guardián en jefe vivía en una morada parecida a la de Branir, aunque menos coqueta. En el umbral, una niñita jugaba con una muñeca de madera; cuando vio al gran mono, se asustó y entró en su casa aullando. Su madre, enojada, salió en seguida.

–¿Por qué asustáis a la niña? ¡Apartad a vuestro monstruo!

–¿Sois la esposa del guardián en jefe de la esfinge?

–¿Con qué derecho me interrogáis?

–Soy el juez Pazair.

La seriedad del joven magistrado y la actitud del babuino hicieron que la matrona se calmara.

–Ya no vive aquí; mi marido también es un veterano. El ejército nos ha atribuido esta vivienda.

–¿Sabéis adonde ha ido?

–Su mujer parecía contrariada; me habló de una casa en el arrabal sur cuando me crucé con ella mientras estaba haciendo el traslado.

–¿No sabéis nada más preciso?

–¿Por qué iba a mentir?

El babuino tiró de su correa. La matrona retrocedió y chocó con la pared.

–¿Realmente nada?

–No, os juro que no.

Obligado a acompañar a su hija a la escuela de danza, el escribano Iarrot obtuvo autorización para abandonar el despacho a media tarde, no sin prometer que depositaría en la sede de la administración de la provincia los

informes de los asuntos tratados por el juez. En pocos días, Pazair había resuelto más problemas que su predecesor en seis meses.

Cuando el sol declinó, Pazair encendió varias lámparas; quería librarse, lo antes posible, de una decena de conflictos con el fisco, fallados todos ellos a favor del contribuyente. Todos salvo uno, que concernía a un transportista llamado Denes. El juez principal de la provincia había añadido de su puño y letra una nota al expediente: «Archívese sin dar curso.»

Acompañado por el asno y el perro, Pazair visitó a su maestro, a quien no había tenido tiempo de consultar desde su instalación. Por el camino se interrogó sobre el curioso destino del guardián en jefe que, tras haber abandonado un cargo prestigioso, perdía su vivienda oficial. ¿Qué ocultaba aquella cascada de problemas? El juez había solicitado a Kem que hallara la pista del veterano. Mientras no le hubiera interrogado, Pazair no aprobaría el traslado.

Bravo se rascó varias veces el ojo derecho con la pata izquierda; al examinarlo, Pazair advirtió una irritación muy clara. El anciano médico sabría cuidarlo.

La casa estaba iluminada. A Branir le gustaba leer por la noche, cuando se habían acallado los ruidos de la ciudad. Pazair empujó la puerta de entrada, bajó al vestíbulo, seguido por su perro, y se detuvo estupefacto. Branir no estaba solo. Dialogaba con una mujer cuya voz el juez reconoció en seguida. ¡Ella aquí!

El perro se deslizó entre las piernas de su dueño y pidió caricias.

–¡Entra, Pazair!

El juez, crispado, respondió a la invitación. Sólo tenía ojos para Neferet, sentada con las piernas encogidas ante el viejo maestro y manteniendo entre el pulgar y el índice un hilo de lino a cuyo extremo oscilaba un pequeño fragmento de granito tallado en rombo[19].

–Neferet, mi mejor alumna; el juez Pazair. Hechas las presentaciones, ¿aceptarás un poco de cerveza fresca?

–Vuestra mejor alumna...

–Ya nos conocemos –dijo ella divertida.

Pazair dio las gracias a su suerte; verla de nuevo le colmaba.

–Neferet va a enfrentarse muy pronto con la última prueba antes de poder ejercer su arte –recordó Branir–; por eso repasamos los ejercicios de radiestesia que le impondrán para ayudarla a hacer su diagnóstico. Estoy convencido de que será una excelente médico, porque sabe escuchar. Quien sabe escuchar actuará bien. Escuchar es lo mejor de todo, no hay mejor tesoro. Sólo el corazón nos lo ofrece.

–¿No es, acaso, el conocimiento del corazón el secreto del médico? –preguntó Neferet.

–Es el que te revelarán si te consideran digna.

–Quisiera descansar.

–Debes hacerlo.

Bravo se rascó el ojo; Neferet lo advirtió.

–Creo que está malo –dijo Pazair.

El perro se dejó examinar.

---

[19] Un péndulo. Se conocen también varas de zahori y sabemos que algunos faraones, como Seti I, fueron grandes radiestesistas capaces de encontrar agua en el desierto.

–No es grave –concluyó–; un simple colirio lo curará.

Branir se lo procuró en seguida. Las afecciones oftálmicas eran frecuentes y no faltaban los remedios. La acción del producto fue rápida; el ojo de *Bravo* se deshinchó mientras la joven le acariciaba. Por primera vez, Pazair se sintió celoso de su perro. Buscó un medio para detenerla y tuvo que limitarse a saludarla cuando se marchó.

Branir sirvió una excelente cerveza, fabricada la víspera.

–Pareces cansado; no debe de faltarte trabajo.

–He topado con un tal Qadash.

–El dentista de las manos rojas... Un hombre atormentado y más vengativo de lo que parece.

–Le creo culpable del rapto de un campesino.

–¿Pruebas sólidas?

–Simple presunción.

–Sé riguroso en tus gestiones, pues tus superiores no te perdonarán la inexactitud.

–¿Dais con frecuencia lecciones a Neferet?

–Le transmito mi experiencia pues tengo confianza en ella.

–Nació en Tebas.

–Es hija única de un fabricante de cerrojos y una tejedora; la conocí tratándola. Me hizo mil preguntas y alenté su naciente vocación.

–Una mujer médico... ¿No encontrará muchos obstáculos?

–Y también enemigos; pero su valor no es menor que su dulzura. El médico-jefe de la corte espera su fracaso, y ella lo sabe.

–¡Un adversario de importancia!

–Es consciente de ello; una de sus cualidades más importantes es la tenacidad.

–¿Está... casada?

–No–

–¿Prometida?

–Que yo sepa, no hay nada oficial.

Pazair pasó la noche en blanco. No dejaba de pensar en ella, de escuchar su voz, de respirar su perfume, de esbozar mil y una estrategias para volver a verla, sin encontrar una solución satisfactoria. Y caía sin cesar en la misma angustia: ¿le sería indiferente? No había percibido en ella impulso alguno, sólo un distante interés por su función. Incluso la justicia adquiría un sabor amargo; ¿cómo seguir viviendo sin ella, cómo aceptar su ausencia? Pazair no hubiera creído nunca que el amor era semejante torrente capaz de arrastrar los diques e invadir todo el ser.

Bravo percibió el desasosiego de su dueño; con la mirada le transmitió un afecto que, lo advirtió perfectamente, no le bastaba. Pazair se reprochó hacer desgraciado a su perro; hubiera preferido que le bastara aquella amistad desprovista de sombras, pero no sabía resistirse a los ojos de Neferet, a su rostro limpio, al torbellino hacia el que le arrastraba.

¿Cómo actuar? Si callaba, se condenaba a sufrir; si le declaraba su pasión, se arriesgaba a un rechazo y a la desesperación. Tenía que convencerla, seducirla, ¿pero de qué armas disponía un pequeño juez de barrio sin fortuna? El amanecer no apaciguó sus tormentos, pero le incitó a aturdirse con su rol de

magistrado. Dio de comer a *Bravo* y *Viento del Norte* y les confió el despacho, convencido de que el escribano llegaría con retraso. Provisto de un cesto de papiro que contenía tablillas, estuche para pinceles y tinta preparada, tomó la dirección de los almacenes del puerto.

Varios barcos estaban en los muelles; los marinos los descargaban dirigidos por un contramaestre. Tras haber apoyado una tabla en la proa, utilizaban pértigas que llevaban en los hombros, a las que ataban, con cuerdas, sacos, cestos y serones, luego bajaban por el plano inclinado. Los más robustos llevaban pesados paquetes en la espalda.

Pazair se dirigió al contramaestre.

–¿Dónde puedo encontrar a Denes?

–¿Al patrón? ¡Está en todas partes!

–¿Le pertenecen, acaso, los almacenes?

–Los almacenes no, pero sí muchos barcos. Denes es el transportista más importante de Menfis y uno de los hombres más ricos de la ciudad.

–¿Tendré oportunidad de hablar con él?

–Sólo se desplaza cuando llega un barco mercante muy grande... Id al almacén central. Uno de sus navíos acaba de atracar.

La enorme embarcación, de un centenar de codos de longitud, podía transportar más de seiscientas cincuenta toneladas. Era de fondo plano y se componía de numerosas tablas perfectamente cortadas y ensambladas como ladrillos; las de la tablazón del casco eran muy gruesas y estaban unidas con correas de cuero. Una vela de considerables dimensiones había sido izada sobre un mástil trípode, desmontable y sólidamente atirantado. El capitán ordenaba quitar el enrejado de cañas, amarrado a proa, y largar el ancla redonda.

Cuando Pazair quiso subir a bordo, un marino le impidió el paso.

–No pertenecéis a la tripulación.

–Juez Pazair.

El marino se apartó; el juez recorrió la pasarela y trepó hasta la cabina del capitán, un cincuentón desabrido.

–Me gustaría ver a Denes.

–¿El patrón, a estas horas? ¡Ni hablar!

–Tengo una denuncia legal.

–¿Sobre qué?

–Denes percibe una tasa sobre la descarga de barcos que no le pertenece, eso es ilegal e inicuo.

–¡Ah, la vieja historia! Es un privilegio del patrón admitido por la administración; cada año, por pura costumbre, se presenta una denuncia. No tiene importancia: podéis echarla al río.

–¿Dónde vive?

–En la villa más grande, detrás de los almacenes, a la entrada del barrio de los palacios.

Sin su asno, Pazair tuvo ciertas dificultades para orientarse; sin el babuino del policía tuvo que enfrentarse con el grupo de comadres en plena discusión alrededor de los vendedores ambulantes.

La inmensa villa de Denes estaba rodeada de altos muros y la entrada, monumental, era custodiada por un portero provisto de un bastón. Pazair se presentó y solicitó ser recibido. El portero llamó a un intendente para que presentara la solicitud y fue a buscar al juez diez minutos más tarde.

No tuvo la oportunidad de disfrutar de la belleza del jardin, del encanto del lago de recreo y de la suntuosidad de los parterres floridos, pues fue conducido directamente ante Denes, que estaba desayunando en una vasta sala de cuatro pilares, con los muros decorados con escenas de caza.

El transportista debía de tener unos cincuenta años, era un hombre robusto, de complexión recia, cuyo rostro cuadrado, más bien basto, se adornaba con un fino collar de barba blanca. Sentado en un profundo sitial con patas de león, se hacía ungir con aceite fino por un solícito servidor, mientras otro le hacía la manicura, un tercero le peinaba, un cuarto le frotaba los pies con ungüento perfumado y un quinto le anunciaba el menú.

–¡Juez Pazair! ¿Qué os trae por aquí?

–Una denuncia.

–¿Habéis desayunado ya? Yo, todavía no.

Denes despidió a los servidores del aseo; entraron inmediatamente dos cocineros que llevaban pan, cerveza, un pato asado y pasteles de miel.

–Servíos.

–Os lo agradezco.

–Un hombre que no se alimenta bien por la mañana no puede tener un buen día.

–Se ha hecho una acusación muy seria contra vos.

–¡Me extraña!

La voz de Denes carecía de nobleza; a veces se elevaba hacia el agudo, revelando un nerviosismo que contrastaba con la reserva del personaje.

–Percibís una tasa inicua sobre las descargas y se sospecha que cobráis un impuesto ilegal a los ribereños de ambos embarcaderos del Estado, que utilizáis con frecuencia.

–¡Antiguas costumbres! No os preocupéis. Vuestro predecesor no le daba más importancia que el juez principal de la provincia. Olvidadlo y comed un filete de pato.

–Mucho me temo que será imposible.

Denes dejó de masticar.

–No tengo tiempo para esas cosas. Hablad con mi esposa; ella os demostrará que os esforzáis inútilmente.

El transportista dio unas palmadas. Apareció el intendente.

–Llevad al juez al despacho de la señora Nenofar.

Denes se concentró en su desayuno.

La señora Nenofar era una mujer de negocios. Escultural, entrada en carnes, petulante, vestida a la última moda. Llevaba una peluca negra de trenzas, tan pesada como imponente, un pectoral de turquesas, un collar de amatistas, brazaletes de plata muy costosos y una rejilla de cuentas verdes sobre su largo vestido. Era propietaria de vastas y productivas tierras, de varias casas y de una veintena de granjas, dirigía un equipo de agentes comerciales que vendían muchos productos en Egipto y en Siria. Además, ejercía como controladora de los almacenes reales, inspectora del Tesoro e intendente de las telas de palacio. Había sucumbido a los encantos de Denes, mucho menos rico que ella, y como lo consideraba un mal administrador, le había puesto a la cabeza del transporte de mercancías. De ese modo, su marido viajaba mucho, mantenía

una abundante red de relaciones y se entregaba a su placer favorito, la interminable discusión en torno a un buen vino.

Miró con desdén al joven juez que se atrevía a aventurarse en su feudo. Le había llegado el rumor de que aquel campesino ocupaba el puesto del magistrado, recientemente fallecido, con quien mantenía excelentes relaciones. Sin duda, le hacía una visita de cortesía: excelente ocasión para meterle en cintura.

No era guapo, pero tenía buen aspecto; el rostro era fino y serio, la mirada profunda. Nenofar advirtió, descontenta, que no se inclinaba ante ella como un inferior haría ante un grande.

–¿Habéis sido destinado a Menfis?

–Eso es.

–Felicidades. El puesto os augura una brillante carrera.¿De qué deseáis hablarme?

–Se trata de una tasa que se cobra indebidamente y...

–Estoy al corriente, y el Tesoro también.

–¿Reconocéis pues el fundamento de la denuncia?

–Se presenta cada año y es anulada inmediatamente; dispongo de un derecho adquirido.

–No es conforme a la ley, y menos conforme aún con la justicia.

–Deberíais informaros mejor sobre la extensión de mis funciones; como inspectora del Tesoro, yo misma anulo este tipo de denuncia. Los intereses comerciales del país no deben padecer por un procedimiento tan anticuado.

–Os extralimitáis en vuestros derechos.

–¡Palabras vacías de sentido! No sabéis nada de la vida, joven.

–Absteneos, por favor, de cualquier familiaridad; ¿debo recordaros que estoy interrogándoos oficialmente?

Nenofar no tomó la advertencia a la ligera. Un juez, por modesto que fuera, no carecía de poderes.

–¿Estáis bien instalado en Menfis?

Pazair no respondió.

–Me han dicho que vuestra mansión no es muy agradable; como obligatoriamente vos y yo nos haremos amigos, podré alquilaros, por un precio módico, una agradable villa.

–Me limitaré a la vivienda que me ha sido atribuida.

La sonrisa se heló en los labios de Nenofar.

–Es una denuncia grotesca, creedme.

–Habéis reconocido los hechos.

–¡A fin de cuentas, no vais a contradecir a vuestra jerarquía!

–Si se equivoca, no vacilaré ni un instante.

–Tened cuidado, juez Pazair; no sois omnipotente.

–Lo sé.

–¿Estáis decidido a examinar esta denuncia?

–Os convocaré a mi despacho.

–Retiraos.

Pazair lo hizo.

Furiosa, la señora Nenofar irrumpió en los aposentos de su marido. Denes estaba probándose un nuevo paño de amplios faldones.

–¿Ya has domado al juececillo?

–¡Muy al contrario, imbécil! Es una verdadera fiera.

–Estás muy pesimista. Hagámosle algunos regalos.

–Inútil. En vez de pavonearte, encárgate de él. Tenemos que hacerle pasar por el aro en seguida.

CAPÍTULO 8

–Aquí es –declaró Kem.
–¿Estáis seguro? –preguntó Pazair estupefacto.
–No hay duda; esta casa es la del guardián en jefe de la esfinge.
–¿Por qué estáis tan seguro?
El nubio esbozó una sonrisa feroz.
–Gracias a mi babuino, las lenguas se han soltado. Cuando muestra los colmillos, los mudos hablan.
–Esos métodos...
–Son eficaces. Queríais resultados y los habéis conseguido.
Los dos hombres contemplaban el más miserable suburbio de la gran ciudad. Allí, el hambre se saciaba, como en todo Egipto, pero muchas viviendas estaban deterioradas y la higiene dejaba mucho que desear. Lo habitaban sirios que esperaban un trabajo, campesinos llegados para hacer fortuna en la ciudad y ya desencantados, viudas sin grandes recursos. El barrio, ciertamente, no se adecuaba al guardián en jefe de la más famosa esfinge de Egipto.
–Voy a interrogarle.
–El lugar no es muy seguro; no deberíais entrar solo.
–Como queráis.
Pazair advirtió sorprendido que a su paso se cerraban puertas y ventanas. La hospitalidad, tan cara al corazón de los egipcios, no parecía abundar en aquel enclave. El babuino, nervioso, avanzaba irregular. El nubio no dejaba de escrutar los techos.
–¿Qué teméis?
–Un arquero.
–¿Por qué van a atentar contra nuestra vida?
–Vos sois quien investigáis; si hemos desembocado aquí, significa que el asunto es turbio. Yo, en vuestro lugar, renunciaría.
La puerta, de madera de palma, parecía sólida; Pazair llamó.
Alguien se movió en el interior, pero no respondió.
–Abrid, soy el juez Pazair.
Se hizo el silencio. Forzar la entrada de un domicilio sin autorización era un delito; el juez consultó con su conciencia.
–¿Creéis que vuestro babuino...?
–Matón ha prestado juramento; su alimento lo proporciona la administración y debemos dar cuenta de sus intervenciones.
–La práctica difiere de la teoría.
–Afortunadamente –estimó el nubio.
La puerta no pudo resistir mucho los embates del gran simio, cuya potencia dejó estupefacto a Pazair; era agradable que Matón estuviera del lado de la ley.

Las dos pequeñas estancias estaban sumidas en la oscuridad a causa de las esteras que obstruían las ventanas. Suelo de tierra batida, un arcón para ropa, otro para vajilla, una estera para sentarse, un estuche de aseo: un conjunto modesto, pero limpio.

En una esquina de la segunda habitación se acurrucaba una pequeña mujer de cabellos blancos, vestida con una túnica marrón.

–No me peguéis –imploró–. No he dicho nada, ¡lo juro!

–Tranquilizaos, me gustaría ayudaros.

Ella aceptó la mano del juez y se levantó; de pronto, el horror llenó sus ojos.

–¡El mono! ¡Va a destrozarme!

–No –la tranquilizó Pazair–; pertenece a la policía. ¿Sois la esposa del guardián en jefe de la esfinge.

–Sí...

Su vocecilla apenas era audible. Pazair invitó a su interlocutora a sentarse en la estera y se sentó frente a ella.

–¿Dónde está vuestro marido?

–Se... se ha marchado de viaje.

–¿Por qué habéis abandonado vuestra vivienda oficial?

–Porque ha dimitido.

–Yo me encargo de regularizar su traslado –reveló Pazair–; los documentos oficiales no mencionan esa dimisión.

–Tal vez me haya equivocado.

–¿Qué ocurrió? –preguntó el juez con suavidad–. Sabed que no soy vuestro enemigo; si puedo seros útil, actuaré.

–¿Quién os envía?

–Nadie. Investigo por iniciativa propia, para no avalar una decisión que no comprendo.

Los ojos de la anciana se llenaron de lágrimas.

–¿Sois... sincero?

–Por la vida del faraón.

–Mi marido ha muerto.

–¿Estáis segura?

–Unos soldados me aseguraron que sería enterrado de acuerdo con los ritos, me ordenaron trasladarme e instalarme aquí. Cobraré una pequeña pensión hasta que mis días terminen, a condición de que me calle.

–¿Qué os dijeron sobre las circunstancias de su muerte?

–Un accidente.

–Averiguaré la verdad.

–¿Qué importancia tiene eso?

–Dejad que me encargue de vuestra seguridad.

–Me quedo aquí y esperaré la muerte. Partid, os lo suplico.

Nebamon, médico-jefe de la corte de Egipto, podía sentirse orgulloso de sí mismo. A pesar de ser un setentón, seguía siendo un hombre muy apuesto; la lista de sus conquistas femeninas seguiría creciendo durante mucho tiempo aún. Cubierto de títulos y de distinciones honoríficas, pasaba más tiempo en recepciones y banquetes que en su consulta, donde jóvenes y ambiciosos médicos trabajaban para él. Cansado del sufrimiento de los demás, Nebamon había elegido una especialidad divertida y rentable: la cirugía estética. Las

bellas damas deseaban hacer desaparecer algunos defectos para seguir siendo encantadoras y que sus rivales palidecieran de celos; sólo Nebamon podía devolverles la juventud y preservar sus encantos.

El médico-jefe pensaba en la magnífica puerta de piedra que, por un favor especial del faraón, adornaría la entrada de su tumba; el propio soberano había pintado las jambas de azul oscuro, para desesperación de los cortesanos que deseaban semejante privilegio. Adulado, rico, célebre, Nebamon cuidaba a príncipes extranjeros dispuestos a pagar honorarios muy elevados. Antes de aceptar su petición, llevaba a cabo largas investigaciones, y sólo aceptaba las consultas de pacientes que sufrían males benignos y fáciles de curar. Un fracaso habría perjudicado su reputación.

Su secretario particular le anunció la llegada de Neferet.

–Hacedla entrar.

La joven irritaba a Nebamon pues se había negado a pertenecer a su equipo, y esto le había ofendido. Deseaba vengarse. Si obtenía el derecho a ejercer, procuraría privarla de cualquier poder administrativo y alejarla de la corte. Algunos afirmaban que tenía un sentido innato de la medicina y que su don para la radiestesia le permitía ser rápida y precisa. De modo que le concedería una última oportunidad antes de iniciar las hostilidades y arrinconarla en una existencia mediocre. O le obedecía, o la destrozaría.

–¿Me habéis llamado?

–Tengo que haceros una proposición.

–Pasado mañana salgo hacia Sais.

–Estoy al corriente, pero vuestra intervención será breve.

Neferet era realmente muy hermosa; Nebamon soñaba en una amante tan joven y deliciosa para exhibirla en la mejor sociedad. Pero su nobleza natural y la claridad que de ella emanaba le impedían dirigirle algunos necios cumplidos, tan eficaces por lo general; seducirla sería una empresa difícil, pero especialmente excitante.

–Mi cliente es un caso interesante –prosiguió–: una burguesa de familia numerosa y más bien acomodada con una buena reputación.

–¿Qué le sucede?

–Un acontecimiento fausto: se casa.

–¿Es eso una enfermedad?

–Su marido tiene una exigencia: remodelar las partes de su cuerpo que le disgustan. Algunas líneas serán fáciles de modificar; quitaremos la grasa de aquí o de allá, de acuerdo con las instrucciones del esposo. Adelgazar los muslos, deshinchar las mejillas y teñir los cabellos será un juego de niños.

Nebamon no le dijo que había recibido, a cambio de su intervención, diez jarras de ungüentos y perfumes raros: una fortuna que excluía el fracaso.

–Vuestra colaboración me alegraría, Neferet; vuestra mano es muy segura. Además, redactaría un informe elogioso que os sería muy útil. ¿Aceptáis ver a mi paciente?

Había adoptado su tono más zalamero; sin dar tiempo a Neferet para contestar, introdujo a la señora Silkis.

Estaba asustada y ocultaba su rostro.

–No quiero que me miren –dijo con una vocecilla de niña aterrorizada–; ¡soy demasiado fea!

La señora Silkis tenía unas formas bastante generosas que ocultaba cuidadosamente bajo un amplio vestido.

–¿Cómo os alimentáis? –preguntó Neferet.
–No... no me fijo mucho.
–¿Os gustan los pasteles?
–Mucho.
–Pues comer algunos menos os sería beneficioso; ¿puedo examinar vuestro rostro?
La dulzura de Neferet venció las reticencias de Silkis; apartó sus manos.
–Parecéis muy joven.
–Tengo veinte años.
La cara rubicunda era, ciertamente, algo mofletuda, pero no inspiraba horror ni asco.
–¿Por qué no os aceptáis tal como sois?
–Mi marido tiene razón, ¡soy horrible! Debo gustarle.
–¿No es una sumisión excesiva?
–Es tan fuerte... ¡Y se lo he prometido!
–Convencedle de que se equivoca.
Nebamon sintió que la cólera le invadía.
–Lo nuestro no es juzgar los motivos de los pacientes
–intervino con sequedad–; nuestro papel consiste en satisfacer sus deseos.
–Me niego a hacer sufrir inútilmente a esta muchacha.
–¡Salid de aquí!
–Con mucho gusto.
–Os equivocáis al portaros así, Neferet.
–Creo ser fiel al ideal del médico.
–No sabéis nada y no obtendréis nada. Vuestra carrera ha terminado.

El escribano Iarrot tosió; Pazair levantó la cabeza.
–¿Algún problema?
–Una convocación.
–¿Para mí?
–Para vos. El decano del porche quiere veros de inmediato.
Pazair se vio obligado a obedecer, dejó el pincel y la paleta.
Ante el palacio real, como ante todos los templos, se había construido un porche de madera donde un magistrado administraba justicia. Escuchaba las quejas, distinguía la verdad de la iniquidad, protegía a los débiles y los salvaba de los poderosos.
El decano actuaba ante la residencia del soberano; el edículo, sostenido por cuatro pilares y adosado a la fachada, tenía la forma de un gran cuadrilátero, a cuyo fondo se hallaba la sala de audiencia. Cuando el visir se dirigía a casa del faraón nunca dejaba de hablar con el decano del porche.
La sala de audiencia estaba vacía. Sentado en un sitial de madera dorada, vestido con un mandil, el magistrado mostraba un rostro huraño. Todos conocían su firmeza de carácter y el vigor de sus palabras.
–¿Sois el juez Pazair?
El joven se inclinó con respeto; enfrentarse con el juez principal de la provincia le angustiaba. Aquella brutal convocatoria y aquel cara a cara no presagiaban nada bueno.
–Ruidoso inicio de carrera –consideró el decano–; ¿estáis satisfecho?

–¿Podré estarlo alguna vez? Mi más caro deseo sería que la humanidad se volviera prudente y los despachos de los jueces desaparecieran. Pero ese sueño infantil va diluyéndose.

–Oigo hablar mucho de vos, aunque haga poco tiempo que os instalasteis en Menfis. ¿Sois consciente de vuestros deberes?

–Son toda mi vida.

–Trabajáis mucho y rápidamente.

–No lo bastante para mi gusto. Cuando haya percibido mejor las dificultades de mi tarea, me mostraré más eficaz.

–Eficaz... ¿Qué significa ese término?

–Impartir la misma justicia a todo el mundo. ¿No es ese nuestro ideal y nuestra regla?

–¿Quién afirma lo contrario?

La voz del decano enronqueció. Se levantó y caminó de un lado a otro.

–No me han gustado vuestras observaciones sobre el dentista Qadash.

–Ya lo imagino.

–¿Dónde está la prueba?

–Mi informe dice que no la he obtenido; por eso no he iniciado ninguna acción contra él.

–Y en ese caso, ¿por qué esa inútil agresividad?

–Para llamar sobre él vuestra atención; vuestras informaciones son, sin duda, más completas que las mías.

El decano, furibundo, se inmovilizó.

–¡Tened cuidado, juez Pazair! ¿Insinuáis acaso que estoy ocultando un expediente?

–Nada más lejos de mí que semejante idea; si lo consideráis necesario, proseguiré mis investigaciones.

–Olvidad a Qadash. ¿Por qué perseguís a Denes?

–En su caso, el delito es flagrante.

–¿La denuncia formal presentada contra él no iba acompañada por una recomendación?

–«Archívese sin dar curso», en efecto; por eso me ocupéde ella en primer lugar. Me había jurado rechazar con la mayor energía este tipo de prácticas.

–¿Sabíais quién era el autor del... consejo?

–Un grande debe dar ejemplo y no aprovechar su riqueza para explotar a los humildes.

–Olvidáis las necesidades económicas.

–El día en que prevalezcan sobre la justicia, Egipto estará condenado a muerte.

La réplica de Pazair conmovió al decano del porche. También él, en su juventud, había formulado, con idéntico ardor, esta opinión. Luego habían llegado los casos difíciles, los ascensos, las necesarias conciliaciones, las componendas, las concesiones a la jerarquía, la edad madura...

–¿Qué le reprocháis a Denes?

–Ya lo sabéis.

–¿Consideráis que su comportamiento justifica una condena?

–La respuesta es evidente.

El decano del porche no podía revelar a Pazair que Denes acababa de pedirle que trasladara al joven juez.

–¿Estáis decidido a proseguir vuestra investigación?

–Lo estoy.

–¿Sabéis que puedo devolveros, inmediatamente, a vuestra aldea?

–Lo sé.

–¿Y la perspectiva no modifica vuestro punto de vista?

–No.

–¿Sois acaso inaccesible a cualquier tipo de razonamiento?

–Se trata sólo de una tentativa de influencia. Denes es un tramposo; goza de injustificables privilegios. Y puesto que el caso es de mi competencia, ¿por qué voy a dejarlo de lado?

El decano reflexionó. Por lo general, decidía sin vacilar, convencido de servir a su país; la actitud de Pazair le traía tantos recuerdos que se vio en el lugar de aquel joven juez deseoso de cumplir su función sin debilidades. El porvenir se encargaría de disipar sus ilusiones, ¿pero se equivocaba intentando lo imposible?

–Denes es un hombre rico y poderoso; su esposa es una afamada mujer de negocios. Gracias a ellos, el transporte de materiales se efectúa regular y satisfactoriamente; ¿por qué perturbarlo?

–No me coloquéis en el papel del acusado. Si Denes es condenado, los navíos mercantes no dejarán de subir y bajar por el Nilo.

Tras un largo silencio, el decano se sentó de nuevo.

–Haced vuestro trabajo como creáis oportuno, Pazair.

CAPÍTULO 9

Neferet meditaba desde hacía dos días en una estancia de la célebre escuela de medicina de Sais, en el delta, donde los futuros facultativos eran sometidos a una prueba cuya naturaleza nunca había sido revelada. Muchos fracasaban; en un país donde se vivía con frecuencia hasta los ochenta años, el servicio de salud quería reclutar elementos de valor. ¿Podría la muchacha realizar su sueño luchando contra el mal? Conocería muchas derrotas, pero no renunciaría a combatir el sufrimiento. Pero antes era preciso satisfacer las exigencias del tribunal médico de Sais. Un sacerdote le había traído carne seca, dátiles, agua y papiros médicos que ella había leído una y otra vez; algunas nociones comenzaban a enmarañarse. Inquieta unas veces, confiada otras, se había refugiado en la meditación contemplando el vasto jardín plantado de algarrobos[20], que rodeaba la escuela.

Mientras el sol se ponía, el guardián de la mirra, farmacéutico especializado en fumigación, fue a buscarla. La condujo al laboratorio y la puso ante varios colegas. Cada uno de ellos pidió a Neferet que ejecutara una receta, que preparara remedios, que evaluara la toxicidad de una droga, que identificara algunas sustancias complejas, que relatara detalladamente la recolección de algunas plantas, de la gomorresina y de la miel. Varias veces se sintió turbada y tuvo que recurrir a los recovecos de su memoria.

Concluido un interrogatorio de cinco horas, cuatro de los cinco farmacéuticos emitieron un voto positivo. El que se opuso explicó su actitud: Neferet se había equivocado en dos dosificaciones. Sin tener en cuenta su cansancio, exigió evaluar más aún sus conocimientos. Si se negaba, que abandonara Sais.

Neferet aguantó. Sin perder su habitual dulzura, sufrió los asaltos de su detractor. Fue él quien cedió primero.

Sin haber recibido la menor felicitación se retiró a su alcoba y se durmió en cuanto se tendió en la estera.

El farmacéutico que con tanta dureza la había puesto a prueba la despertó al amanecer.

–Tenéis derecho a continuar; ¿persistís?

–Estoy a vuestra disposición.

–Tenéis media hora para vuestras abluciones y vuestro desayuno. Os prevengo: la prueba que sigue es peligrosa.

–No tengo miedo.

–Pensadlo.

En el umbral del laboratorio, el farmacéutico reiteró su advertencia.

–No toméis a la ligera mis avisos.

---

[20] Este árbol da un fruto, la algarroba, una vaina que contiene un jugo azucarado y que, para los egipcios, encarnaba la dulzura por excelencia.

–No retrocederé.

–Como queráis; tomad esto.

Le entregó un bastón ahorquillado.

–Entrad en el laboratorio y preparad un remedio con los ingredientes que encontréis.

El farmacéutico cerró la puerta tras Neferet. En una mesa baja, redomas, copelas y frascos; en la esquina más alejada, bajo la ventana, un cesto cerrado. Se aproximó. Las fibras de la tapa estaban lo bastante separadas como para ver el contenido.

Retrocedió asustada.

Una víbora cornuda.

Su picadura era mortal, pero su veneno proporcionaba la base para remedios muy activos contra las hemorragias, los trastornos nerviosos y las enfermedades cardíacas. De modo que comprendió lo que el farmacéutico esperaba.

Tras haber normalizado su respiración levantó la tapa con una mano, que ya no temblaba. Prudente, la víbora no salió inmediatamente de su cubil; concentrada, inmóvil, Neferet la vio asomarse por el borde del cesto y reptar por el suelo. El reptil debía de medir un metro de largo y se desplazaba de prisa; los dos cuernos parecían brotar, amenazadores, de su frente.

Neferet apretó el bastón con todas sus fuerzas, se movió hacia la izquierda de la serpiente e intentó inmovilizar la cabeza con la horquilla. Por un instante, cerró los ojos; si fracasaba, la víbora treparía por el bastón y la mordería.

El cuerpo se agitaba furioso. Lo había conseguido.

Neferet se arrodilló y agarró la víbora por detrás de la cabeza. Le hizo escupir su precioso veneno.

En el barco que la llevaba a Tebas, Neferet no tuvo tiempo de reposar. Varios médicos la acosaron a preguntas sobre sus respectivas especialidades, que había practicado durante sus estudios.

Neferet se adaptaba a las nuevas situaciones; no vacilaba en las más imprevistas circunstancias, aceptaba los sobresaltos del mundo, las variaciones de los seres, y se interesaba poco en ella misma para percibir mejor las fuerzas y los misterios. La fortuna le gustaba, pero no le asqueaba la adversidad; la muchacha buscaba, a través de ella, un goce futuro enterrado en la desgracia.

En ningún momento sintió animosidad contra quienes la atormentaban; ¿acaso no estaban construyéndola, no le probaban la solidez de su vocación?

Ver de nuevo Tebas, su ciudad natal, fue un gran placer; el cielo le pareció más azul que en Menfis, el aire más suave. Algún día volvería para vivir allí, junto a sus padres, y se pasearía por la campiña de su infancia. Pensó en su mona, que había confiado a Branir, esperando que respetara a su anciano maestro y se mostrara menos bromista.

Dos sacerdotes de cráneo afeitado le abrieron las puertas del recinto; tras los altos muros se habían erigido varios santuarios. Allí, en los dominios de la diosa Mut, cuyo nombre significaba a la vez «madre» y «muerte», los médicos recibían su investidura.

El superior recibió a la muchacha.

–He recibido los informes de la escuela de Sais; si lo deseáis, podéis proseguir.

–Lo deseo.

–La decisión final no corresponde a los humanos. Recogeos, pues vais a comparecer ante un juez que no es de este mundo.

El superior puso una cuerda con trece nudos en el cuello de Neferet y le pidió que se arrodillara.

–El secreto del médico[21] –reveló– es el conocimiento del corazón. De él parten los visibles e invisibles vasos que van a todos los órganos y a todos los miembros. Por eso el corazón habla en todo el cuerpo; cuando auscultéis a un paciente, posando la mano en su cabeza, su nuca, sus brazos, sus piernas o en cualquier otro lugar del cuerpo, buscad primero la voz del corazón y sus pulsaciones. Aseguraos de que se mantiene firme en su base, de que no se aleja de su lugar, de que no se derrumba y de que late con normalidad. Sabed que algunos canales recorren el cuerpo y que por ellos circulan las energías sutiles al igual que el aire, la sangre, el agua, las lágrimas, el esperma o las materias fecales; velad por la pureza de los vasos y la linfa. Cuando llega la enfermedad revela un trastorno de la energía; escrutad la causa más allá de los defectos. Sed sincera con vuestros pacientes y dadles uno de los tres diagnósticos posibles: una enfermedad que conozco y trataré; una enfermedad con la que combatiré; una enfermedad contra la que no puedo hacer nada. Id hacia vuestro destino.

El santuario estaba silencioso. Neferet aguardaba sentada sobre sus talones, con las manos en las rodillas y los ojos cerrados. El tiempo ya no existía. Recogida, dominaba su ansiedad. ¿Cómo no tener confianza en la cofradía de los sacerdotes-médicos que, desde los orígenes de Egipto, consagraban la vocación de los curanderos?

Dos sacerdotes la levantaron; ante ella se abría una puerta de cedro que daba acceso a una capilla. Los dos hombres no la acompañaron. Ausente de sí misma, más allá del temor y la esperanza, Neferet penetró en una estancia oblonga, sumida en las tinieblas.

La pesada puerta se cerró a sus espaldas.

Inmediatamente, Neferet sintió una presencia; alguien estaba acurrucado en la oscuridad y la observaba. Con los brazos a lo largo del cuerpo y la respiración jadeante, la joven no se abandonó al terror. Había llegado sola hasta allí y sola se defendería.

De pronto, un rayo de luz descendió del techo del templo e iluminó una estatua de diorita, adosada a la pared del fondo. Representaba a la diosa Sekhmet de pie y caminando, la terrorífica leona que, cada fin de año, intentaba destruir a la humanidad a través de hordas de miasmas, enfermedades y gérmenes nocivos. Recorrían la tierra para extender la desgracia y la muerte. Sólo los médicos podían contrarrestar a la terrible divinidad, que era también su patrona; sólo ella les enseñaba el arte de curar y el secreto de sus remedios.

Ningún mortal, habían dicho con frecuencia a Neferet, contemplaba de frente a la diosa Sekhmet, so pena de perder la vida.

---

[21] El texto del «secreto del médico» era conocido por todos los facultativos y formaba la base de su ciencia.

Hubiera debido bajar los ojos, apartar la mirada de la extraordinaria estatua, del rostro de la leona furiosa[22], pero la afrontó.
Neferet miró a Sekhmet.
Rogó a la divinidad que descifrara en ella su vocación, que bajara a lo más profundo de su corazón y juzgara su (autenticidad. El rayo de luz se hizo mayor e iluminó la totalidad de la figura de piedra, cuya potencia abrumó a la muchacha.
El milagro se produjo: la terrorífica leona sonrió.

El colegio de los médicos de Tebas estaba reunido en una vasta sala con pilares; en el centro había un estanque.
El superior se acercó a Neferet.
–¿Tenéis la firme intención de curar a los enfermos?
–La diosa fue testigo de mi juramento.
–Lo que se recomienda a otro debe aplicarse primero a uno mismo.
El superior le ofreció una copa llena de un líquido rojizo.
–He aquí un veneno. Tras haberlo absorbido lo identificaréis y emitiréis vuestro diagnóstico. Si es exacto, podréis recurrir al antídoto adecuado. Si es erróneo, moriréis. La ley de Sekhmet habrá librado a Egipto de un mal médico.
Neferet aceptó la copa.
–Sois libre de negaros a beber y abandonar la asamblea.
La muchacha bebió el líquido de gusto amargo intentando descubrir su naturaleza.

La procesión fúnebre, seguida por las plañideras, siguió a lo largo del recinto del templo y se dirigió hacia el río. Un buey tiraba de la narria en la que reposaba el sarcófago.
Desde lo alto del templo, Neferet asistió al juego de la vida y la muerte.
Estaba agotada pero disfrutaba de las caricias del sol en su piel.
–Tendréis frío durante algunas horas más; el veneno no dejará ningún rastro en vuestro organismo. Vuestra rapidez y vuestra precisión han impresionado mucho a la asamblea de nuestros colegas.
–¿Me hubierais salvado de haberme equivocado?
–Quien cuida a otros debe ser implacable consigo mismo. En cuanto estéis restablecida, regresareis a Menfis para ocupar vuestro primer puesto. No faltarán emboscadas en vuestro camino. Una terapeuta tan joven y dotada despertará celos. No seáis ciega ni ingenua.
Unas golondrinas jugaban por encima del templo. Neferet pensó en su maestro Branir, el hombre que se lo había enseñado todo y a quien debía su vida.

[22] Los árabes no destruyeron esa estatua de Sekhmet porque les aterrorizaba. La llamaron «la ogresa de Kamak». Todavía se puede admirar en una de las capillas del templo de Ptah.

CAPÍTULO 10

A Pazair le resultaba cada vez más difícil concentrarse en su trabajo; en cada jeroglífico veía el rostro de Neferet.

El escribano le llevó una veintena de tablillas de arcilla.

–La lista de los artesanos contratados por el arsenal el mes pasado; debemos comprobar que ninguno tenga antecedentes judiciales.

–¿Cuál es el modo más rápido de saberlo?

–Consultar los registros de la gran prisión.

–¿Podéis ocuparos de ello?

–Sólo mañana; debo regresar pronto a casa pues organizo una fiesta por el aniversario de mi hija.

–Divertios, Iarrot.

Cuando el escribano se hubo marchado, Pazair leyó de nuevo el texto que había redactado para convocar a Denes y comunicarle las bases de la acusación. Sus ojos se velaron. Fatigado, dio de comer a *Viento del Norte*, que se tendió ante la puerta del despacho, y paseó sin rumbo en compañía de *Bravo*. Sus pasos le llevaron hacia un barrio tranquilo, junto a la escuela de los escribas, donde aprendía su oficio la futura élite del país. Un portazo quebró el silencio, seguido por unos gritos y relentes de música en los que se mezclaban la flauta y el tamboril. Las orejas del perro se irguieron; Pazair se detuvo intrigado. La pelea se envenenaba; los golpes y los gritos de dolor siguieron a las amenazas. *Bravo*, que detestaba la violencia, se apoyó en la pierna de su dueño. A unos cien metros del lugar donde estaban, un joven que vestía hermosas ropas de escriba escaló el muro de la escuela, saltó a la calleja y corrió en su dirección hasta perder el aliento, declamando las palabras de una canción lasciva en honor de los ribaldos. Cuando pasó ante el juez, un rayo de luna iluminó su rostro.

–¡Suti!

El fugitivo se detuvo en seco y se volvió.

–¿Quién me llama?

–Salvo yo, el lugar está desierto.

–No lo estará por mucho tiempo; quieren despanzurrarme. ¡Ven, corramos!

Pazair aceptó la invitación. *Bravo*, loco de alegría, se unió a su cabalgata. Al perro le sorprendió un poco la resistencia de los dos hombres que, unos diez minutos más tarde, se detuvieron para recuperar el aliento.

–¿Eres Suti?

–¡Como tú eres Pazair! Un esfuerzo más y estaremos seguros.

El trío se refugió en un almacén vacío, junto al Nilo, lejos de la zona por donde patrullaban guardias armados.

–Esperaba que nos viéramos pronto, aunque en otras circunstancias.

–Pues éstas son muy divertidas, te lo aseguro. Acabo de evadirme de aquella prisión.

–¿Una prisión, la gran escuela de los escribas de Menfis?

–Me habría muerto de aburrimiento.

–Pues cuando dejaste la aldea, hace ya cinco años, querías ser un letrado.

–Habría inventado cualquier cosa para descubrir la ciudad, sólo sentí haberte abandonado a ti, mi único amigo entre aquellos campesinos.

–¿No éramos felices allí?

Suti se tendió en el suelo.

–Pasamos buenos momentos, tienes razón... Pero hemos crecido. Divertirse en la aldea, vivir la auténtica vida, ya no era posible. ¡Yo soñaba con Menfis!

–¿Y se ha hecho realidad tu sueño?

–Al principio fui paciente; aprender, trabajar, leer, escribir, escuchar la enseñanza que abre el espíritu, conocer todo lo que existe, lo que ha moldeado el creador, lo que Thot ha transcrito, el cielo con sus elementos, la tierra y su contenido, lo que ocultan las montañas, lo que arrastran las olas, lo que crece en los lomos de la tierra[23]... ¡Qué aburrimiento! Afortunadamente, pronto frecuenté las casas de cerveza.

–¿Los lugares de libertinaje?

–No seas moralista, Pazair.

–Te gustaban los escritos más que a mí.

–¡Ah, los libros y las máximas de la sabiduría! Hace cinco años que me torturan con ellos los oídos. ¿Quieres que juegue yo también al profesor?: «Ama los libros como a tu madre, nada los supera; los libros de los sabios son pirámides, el escritorio es su hijo. Escucha los consejos de los que saben más que tú, lee sus palabras, que se mantienen vivas en los libros; hazte un hombre instruido, no seas perezoso ni ocioso. Coloca el conocimiento en tu corazón.» ¿He recitado bien la lección?

–Es soberbia.

–¡Espejismos para niños!

–¿Qué ha ocurrido esta noche?

Suti soltó una carcajada. El muchacho revoltoso y agitado, el animador de la aldea, se había convertido en un hombre de impresionante aspecto. Con los cabellos largos y negros, el rostro franco, la mirada directa, voz alta, y parecía animado por un fuego devorador.

–Esta noche había organizado una fiestecita.

–¿En la escuela?

–¡Sí, en la escuela! La mayoría de mis condiscípulos son aburridos, tristes y sin personalidad; necesitaban beber vino y cerveza para olvidar sus queridos estudios. Hemos tocado música, nos hemos emborrachado, hemos vomitado y cantado. Los mejores alumnos se palmeaban el vientre adornándose con guirnaldas de flores.

Suti se irguió.

–Los festejos han disgustado a los vigilantes; han entrado con sus bastones. Me he defendido, pero mis compañeros me han denunciado. He tenido que huir. Pazair estaba aterrado.

–Te expulsarán de la escuela.

---

[23] Suti cita el inicio de uno de los libros de la sabiduría que leía y copiaba el aprendiz de escriba.

–¡Mucho mejor! No estoy hecho para ser escriba. No causar daño a nadie, no atormentar de corazón, no dejar a otro en la pobreza y el sufrimiento... ¡Dejo esta utopía para los sabios! ¡Quiero vivir una aventura, Pazair, una gran aventura!

–¿Cuál?

–No lo sé todavía... Sí, ya lo sé: el ejército. Viajaré y descubriré otros países, otros pueblos.

–Arriesgarás tu vida.

–Me será más preciosa después del peligro. ¿Por qué construir una existencia si la muerte va a destruirla? Créeme, Pazair, hay que vivir día a día y tomar el placer cuando se presente. Puesto que somos menos que una mariposa, sepamos al menos volar de flor en flor.

Bravo gruñó.

–Alguien se acerca; hay que marcharse.

–La cabeza me da vueltas.

Pazair tendió su brazo; Suti se agarró a él para levantarse.

–Apóyate en mí.

–No has cambiado, Pazair. Sigues siendo una roca.

–Eres mi amigo, soy tu amigo.

Salieron del almacén, lo rodearon y se metieron en un dédalo de callejas.

–No me encontrarán, gracias a ti.

El aire de la noche despejó a Suti.

–Yo ya no soy escriba. ¿Y tú?

–Apenas me atrevo a confesártelo.

–¿Acaso te busca la policía?

–No exactamente.

–¿Eres contrabandista?

–Tampoco.

–¡En ese caso, desvalijas a la pobre gente!

–Soy juez.

Suti se detuvo, tomó a Pazair por los hombros y le miró a los ojos.

–Estás burlándote de mí.

–Soy incapaz de hacerlo.

–Es cierto. Juez... ¡Por Osiris, es increíble! ¿Ordenas detener a los culpables?

–Tengo derecho a hacerlo.

–¿Un juez pequeño o grande?

–Pequeño, pero en Menfis. Te llevaré a mi casa; allí estarás seguro.

–¿Y no violarás la ley?

–No hay ninguna denuncia contra ti.

–¿Y si hubiera una?

–La amistad es una ley sagrada; si la traicionara, sería indigno de mi función.

Ambos hombres se congratularon.

–Siempre podrás contar conmigo, Pazair; lo juro por mi vida.

–No es más que una repetición, Suti; el día en que mezclamos nuestras sangres en la aldea nos hicimos algo más que hermanos.

–Dime... ¿tienes policías a tus órdenes?

–Dos. Un nubio y un babuino, tan temible el uno como el otro.

–Me dan escalofríos.

–Tranquilízate: la escuela de los escribas se limitará a expulsarte. Procura no cometer ningún delito grave; el asunto se me escaparía de las manos.

–¡Qué bueno es haberte encontrado, Pazair!

El perro saltaba alrededor de Suti, que le desafió a correr para mayor diversión del animal; Pazair se alegró de que se apreciaran. *Bravo* tenía buen juicio y Suti un gran corazón. Ciertamente, no aprobaba su modo de pensar ni su manera de vivir, y temía que le arrastrara a lamentables excesos; pero sabía que Suti pensaba lo mismo de él. Aliándose, podrían entresacar ciertas verdades de sus respectivos caracteres.

Como el asno no formuló opinión desfavorable, Suti cruzó el umbral de la morada de Pazair; no se demoró en el despacho, donde el papiro y las tablillas le trajeron malos recuerdos, y subió hasta el piso.

–No es un palacio –dijo–, pero el aire se puede respirar. ¿Vives solo?

–No del todo; *Bravo* y *Viento del Norte* están conmigo.

–Me refería a una mujer.

–Me abruma el trabajo y...

–¡Pazair, amigo mío! ¿Eres todavía un muchacho... inocente?

–Me temo que sí.

–¡Pues vamos a ponerle remedio! Por mi parte ya no es así. En la aldea fracasé por la vigilancia de algunas arpías. Pero Menfis es el paraíso. Hice el amor por primera vez con una pequeña nubia que había conocido ya más amantes que dedos tenía en ambas manos. Cuando el placer me invadió, creí morir de felicidad. Me enseñó a acariciar, a esperar que ella gozara y a recuperar fuerzas para dedicarlas a juegos en los que nadie pierde. La segunda fue la novia del portero de la escuela; antes de serle fiel, deseaba probar un muchacho apenas salido de la adolescencia; su gula me colmó. Tenía unos pechos magníficos y unas nalgas hermosas, como las islas del Nilo antes de la crecida. Me enseñó delicadas artes y gritamos juntos. Luego me divertí con dos sirias de una casa de cerveza... La experiencia no se reemplaza, Pazair; sus manos eran más suaves que un bálsamo e incluso sus pies sabían rozar mi piel para que se estremeciera.

Suti soltó de nuevo una ruidosa carcajada; Pazair fue incapaz de mantener una apariencia de dignidad y compartió la alegría de su amigo.

–Sin presumir, hacer la lista de mis conquistas sería tedioso. Es más fuerte que yo: no puedo prescindir del calor de un cuerpo de mujer. La castidad es una enfermedad vergonzosa que debe cuidarse con energía. Mañana mismo me ocuparé de tu caso.

–Bueno...

Un brillo malicioso animó la mirada de Suti.

–¿Te niegas?

–Mi trabajo, los expedientes...

–Nunca has sabido mentir, Pazair. Tú estás enamorado y te reservas para tu hermosa.

–Por lo general, yo formulo las acusaciones.

–¡No es una acusación! No creo en el gran amor, pero contigo todo es posible. Que seas a la vez un juez y amigo mío lo demuestra. ¿Cómo se llama esa maravilla?

–Yo... Ella no lo sabe. Es probable que me haga ilusiones.

–¿Casada?

–¡No lo dirás en serio!

–¡Claro que sí! En mi lista falta una buena esposa. No forzaré el destino porque tengo moral, pero si la oportunidad se presenta no la rechazaré.

–La ley castiga el adulterio.

–Siempre que lo descubra. En el amor, a excepción de los retozos, la primera cualidad es la discreción. No te torturaré acerca de tu prometida; lo descubriré todo por mí mismo y, si es necesario, te echaré una mano.

Suti se tendió en una estera, con un cojín bajo la cabeza.

–¿De verdad eres juez?

–Tienes mi palabra.

–En ese caso, tu consejo me será preciso.

Pazair esperaba una catástrofe de este tipo. Invocó a Thot con la esperanza de que la fechoría cometida por Suti fuera de su competencia.

–Una historia estúpida –reveló su amigo–. La semana pasada seduje a una joven viuda; tenía treinta años, de cuerpo flexible y labios sabrosos... Una infeliz maltratada por un marido cuya muerte fue una bendición. Se sintió tan feliz en mis brazos que me confió una misión comercial: vender un lechón en el mercado.

–¿La propietaria de una granja?

–Un simple corral.

–¿Y qué obtuviste a cambio del lechón?

–Éste es el drama: nada. Ayer por la noche asamos al pobre animal en nuestra fiestecita. Confío en mi encanto, pero la joven viuda es avara y valora mucho su patrimonio.

Si regreso con las manos vacías, puede acusarme de robo.

–¿Y qué más?

–Naderías. Algunas deudas aquí y allá; el lechón es mi mayor problema.

–Duerme tranquilo.

Pazair se levantó.

–¿Adonde vas?

–Bajo al despacho para consultar algunos expedientes; sin duda, podrá solucionarse.

CAPÍTULO 11

A Suti no le gustaba levantarse temprano, pero se vio obligado a salir de casa del juez antes de que amaneciera. El plan de Pazair, aunque comportara algunos riesgos, le parecía excelente. Su amigo había tenido que echarle una jarra de agua fría en la cabeza para que volviera en sí.

Suti llegó al centro de la ciudad, donde se preparaba el gran mercado; campesinos y campesinas acudían a vender los productos de las cosechas en un concierto de discusiones y regateos. Dentro de poco tiempo llegarían los primeros clientes. Se deslizó entre los aldeanos y se agachó a pocos metros de su objetivo, un cercado de aves de corral. El tesoro del que deseaba apoderarse estaba allí: un soberbio gallo, que los egipcios no consideraban el rey del corral, sino un ave más bien estúpida, demasiado imbuida de su importancia.

El joven aguardó a que la presa se pusiera a su alcance y, con un gesto rápido, se apoderó de ella apretándole el cuello para que no emitiera un inoportuno grito. La empresa era arriesgada; si le agarraban, las puertas de la cárcel se abrirían de par en par. Naturalmente, Pazair no le había designado al azar aquel comerciante; culpable de fraude, habría tenido que ofrecer a su víctima el valor de un gallo. El juez no había disminuido la pena, simplemente había modificado un poco el procedimiento. Puesto que la víctima era la administración, Suti la sustituía.

Con el gallo bajo el brazo, llegó sin problemas a la propiedad de la joven que alimentaba sus gallinas.

–¡Sorpresa! –anunció enseñándole el animal.

Ella se volvió encantada..

–¡Es soberbio! Has negociado bien.

–No fue fácil, lo confieso.

–Ya lo imagino: un gallo de ese tamaño vale por lo menos tres lechones.

–Cuando el amor te guía, sabes ser convincente.

La mujer dejó su saco de grano, agarró el gallo y lo puso entre las gallinas.

–Eres muy convincente, Suti; siento crecer en mí un dulce calor que deseo compartir contigo.

–¿Quién puede rechazar semejante invitación?

Se dirigieron hacia la alcoba de la viuda abrazados.

Pazair se encontraba mal; le abrumaba una languidez que le privaba de su habitual dinamismo. Embotado, lento, ni siquiera encontraba consuelo en la lectura de los grandes autores del pasado que, antaño, hechizaban sus veladas. Había conseguido ocultar su desesperación al escribano Iarrot, pero no consiguió disimularla ante su maestro.

–¿Acaso estás enfermo, Pazair?
–Simple fatiga.
–Tal vez debieras trabajar menos.
–Tengo la impresión de que me abruman a expedientes.
–Te ponen a prueba para descubrir tus límites.
–Pues ya han sido superados.
–No es seguro; supon que la causa de tu estado no sea el cansancio.
Pazair, huraño, no respondió.
–Mi mejor alumna lo ha conseguido –reveló el anciano médico.
–¿Neferet?
–Ha superado las pruebas, tanto en Sais como en Tebas.
–Pues ya es médico.
–Para alegría nuestra, en efecto.
–¿Dónde ejercerá?
–Primero en Menfis; la he invitado mañana por la noche a un modesto banquete para festejar su éxito. ¿Nos acompañarás?
–Denes ordenó que le dejaran ante el despacho del juez Pazair; la soberbia silla de manos, pintada de azul y rojo, había deslumbrado a los viandantes. La entrevista que se anunciaba, por delicada que fuera, tal vez sería menos molesta que el reciente enfrentamiento con su esposa. La señora Nenofar había tratado a su marido de incapaz, de corto de mollera y cabeza de gorrión[24]; ¿no se había revelado inútil su intervención ante el decano del porche? Afrontando la tempestad, Denes había intentado justificarse; por lo general, sus gestiones siempre resultaban exitosas. ¿Por qué no le había escuchado, esta vez, el viejo magistrado? No sólo no había trasladado al pequeño juez sino que, además, le autorizaba a enviarle una convocatoria formal, como a cualquier otro habitante de Menfis. A causa de la poca perspicacia de Denes, su esposa y él se veían reducidos al rango de sospechosos, sometidos a la venganza de un magistrado sin porvenir, recién llegado de una provincia con la intención de hacer respetar la ley al pie de la letra. Puesto que el transportista se mostraba tan brillante en sus discusiones de negocios, que utilizara su encanto con Pazair y lograra detener el procedimiento. La gran mansión había resonado largo rato con los gritos la señora Nenofar, que no soportaba que la contrariaran. Las malas noticias dañaban su tez.
Viento del Norte le cerró el paso. Cuando Denes quiso apartarle de un codazo, el asno enseñó los dientes. El transportista retrocedió.
–¡Apartad ese animal de mi camino! –exigió.
El escribano Iarrot salió del despacho y tiró del cuadrúpedo por la cola. Pero *Viento del Norte* sólo obedeció cuando oyó la voz de Pazair. Denes pasó lejos del asno para no manchar sus costosas ropas.
Pazair estaba inclinado sobre un papiro.
–Sentaos, os lo ruego.
Denes buscó asiento, pero ninguno le convenía.
–Admitid, juez Pazair, que me muestro conciliador al acudir a vuestra convocatoria.
–No teníais elección.

---

[24] El gorrión, debido a su perpetua agitación y su tendencia a pulular, era considerado uno de los símbolos del mal.

–¿Es indispensable la presencia de un tercero?

Iarrot se levantó dispuesto a largarse.

–Me gustaría salir antes. Mi hija...

–Escribano, anotad cuando os lo pida. Iarrot se acurrucó en una esquina de la estancia con la esperanza de que olvidaran su presencia. Denes no permitiría que le trataran así sin reaccionar. Si ejercía represalias contra el juez, el escribano sería arrastrado por la tormenta.

–Estoy muy ocupado, juez Pazair; vos no figuráis en la lista de las entrevistas que había concedido hoy.

–Pues vos figuráis en la mía, Denes.

–No deberíamos enfrentamos así; tenéis que resolver un pequeño problema administrativo y librarme de él en seguida. ¿Por qué no íbamos a entendemos?

El tono se hacía conciliador. Denes sabía ponerse a la altura de sus interlocutores y halagarlos. Cuando su atención disminuía, daba los golpes decisivos.

–Os equivocáis, Denes.

–¿Perdón?

–No estamos discutiendo una transacción comercial.

–Dejadme que os cuente una fábula: un chivo indisciplinado abandonó el rebaño donde estaba protegido; un lobo le amenazó. Cuando vio que las fauces se abrían, dijo: «Señor lobo, sin duda seré para vos un festín, pero antes soy capaz de distraeros. Por ejemplo, sé bailar. ¿No me creéis? Tocad la flauta y lo veréis. El lobo, juguetón, aceptó.

Mientras bailaba, el chivo avisó a los perros, que se arrojaron sobre el lobo y le obligaron a huir. La fiera aceptó su derrota; soy un cazador y he querido ser músico. Peor para mí[25].»

–¿Cuál es la moraleja de vuestra fábula?

–Cada uno debe permanecer en su lugar. Cuando se quiere desempeñar un papel que no se domina, se corre el riesgo de dar un paso en falso y lamentarlo amargamente.

–Me impresionáis.

–Lo celebro.

–¿Lo dejamos así?

–Por lo que a la fábula se refiere, sí.

–Sois más comprensivo de lo que imaginaba. No os pudriréis mucho tiempo en este miserable despacho. El decano del porche es un excelente amigo. Cuando sepa que habéis apreciado la situación con tacto e inteligencia, pensaráen vos para un puesto más importante. Y si me pide mi opinión, será muy favorable.

–Es agradable tener amigos.

–En Menfis es esencial; estáis en el buen camino.

La cólera de la señora Nenofar no estaba justificada; había temido que Pazair no fuera como los demás y se había equivocado. Denes conocía bien a sus semejantes; a excepción de algunos sacerdotes refugiados en los templos, no tenían otro objetivo que satisfacer sus intereses.

El transportista volvió la espalda al juez y se dispuso a salir.

–¿Adonde vais?

---

[25] La fábula era clásica. Esopo se inspiró en las fábulas egipcias, que tuvieron en La Fontaine su último avatar.

–A recibir un barco que llega del sur.
–No hemos terminado todavía.
El hombre de negocios se volvió.
–He aquí las bases de la acusación: cobro de una tasa inicua y de un impuesto no ordenado por el faraón. La multa será importante.
Denes palideció de cólera; su voz silbó.
–¿Os habéis vuelto loco?
–Anotad, escribano: injuria a magistrado.
El transportista se arrojó sobre Iarrot, le arrancó la tablilla y la aplastó con rabiosos pisotones.
–¡Tú, estáte quieto!
–Destrucción de material perteneciente a la justicia –observo Pazair–. Estáis agravando vuestro caso.
–¡Ya basta!
–Os entrego este papiro; encontraréis en él los detalles jurídicos y el montante de la pena. No reincidáis, de lo contrario os será abierto un expediente judicial en los registros de la gran prisión.
–¡Sólo sois un chivo y seréis devorado!
–En la fábula es el lobo el que pierde.
Cuando Denes cruzó el despacho, el escribano Iarrot se ocultó tras un arcón de madera.

Branir acababa de preparar un refinado manjar. Había retirado los ovarios de unos mújoles[26] hembras comprados en una de las mejores pescaderías de Menfis y, de acuerdo con la receta del caviar egipcio, los lavaba en agua ligeramente salada antes de prensarlos entre dos tablas y secarlos en una corriente de aire. La mojama sería suculenta. Asaría costillas de buey y las serviría con un puré de habas; higos y pasteles completarían el menú, sin olvidar un buen caldo procedente del delta. La casa estaba llena de guirnaldas de flores.
–¿Soy el primero? –preguntó Pazair.
–Ayúdame a disponer los platos.
–He atacado de frente a Denes; mi expediente es sólido.
–¿A qué le condenas?
–Una fuerte multa.
–Te has ganado un enemigo peligroso.
–He aplicado la ley.
–Sé prudente.
Pazair no tuvo tiempo de protestar; la visión de Neferet le hizo olvidar a Denes, al escribano Iarrot, el despacho y los expedientes. , Vestía un traje con tirantes de un azul muy pálido que dejaba sus hombros al desnudo, y se había pintado sus ojos con maquillaje verde. Frágil y tranquilizadora a la vez, iluminaba la morada de su anfitrión.
–Llego tarde.
–Al contrario –repuso Branir–; nos has dado tiempo para terminar la mojama. El panadero acaba de traerme pan tierno; podemos pasar a la mesa.

---
[26] Gran pescado comestible.

Neferet se había puesto en los cabellos una flor de loto; fascinado, Pazair no dejaba de contemplarla.

–Tu éxito me procura una gran alegría –confesó Branir–; puesto que eres médico, te ofrezco este talismán. Te protegerá como me ha protegido a mí; llévalo siempre encima.

–Pero... ¿y vos?

–A mi edad, los demonios no pueden hacer ya presa en mí.

Puso en el cuello de la joven una fina cadenita de oro de la que colgaba una magnífica turquesa.

–Esta piedra procede de las minas de la diosa Hator, en el desierto del Este; preserva la juventud del alma y el gozo del corazón.

Neferet se inclinó ante su maestro con las manos unidas en señal de veneración.

–Quisiera felicitaros también –dijo Pazair–, pero no sé cómo...

–El mero pensamiento me basta –afirmó ella sonriendo.

–No obstante, quiero ofreceros un modesto regalo.

Pazair le tendió un brazalete de cuentas coloreadas. Neferet se quitó la sandalia derecha, pasó la joya por su pie desnudo y adornó con ella su tobillo.

–Gracias a vos, me siento más hermosa.

Aquellas palabras encendieron en el juez una loca esperanza; por primera vez, tuvo la impresión de que ella advertía su existencia.

El banquete fue cálido. Relajada, Neferet relató los aspectos de su difícil recorrido que no debían mantenerse en secreto; Branir le aseguró que nada había cambiado. Pazair mordisqueó algo, pero devoraba a Neferet con la mirada y bebía sus palabras. En compañía de su maestro y de la mujer a la que amaba vivió una velada feliz, atravesada por los relámpagos de la angustia: ¿le rechazaría Neferet?

Mientras el juez trabajaba, Suti paseaba el asno y el perro, hacía el amor con la propietaria del corral, se lanzaba a nuevas conquistas más bien prometedoras y disfrutaba de la animación de Menfis. Era muy discreto, y no molestaba en absoluto a su amigo; desde su encuentro, no había dormido una sola vez en su casa. Pazair se había mostrado inconmovible en un solo punto; embriagado por el éxito de la operación «lechón», Suti había manifestado el deseo de repetirla. El juez se había opuesto con firmeza. Y puesto que su amante se mostraba generosa, Suti no había insistido.

El babuino apareció en la puerta. Era casi tan alto como un hombre, tenía cabeza de perro y colmillos de fiera. Los brazos, piernas y vientre eran blancos, y un pelaje teñido de rojo cubría sus hombros y su torso. Tras él, Kem, el nublo.

–¡Por fin habéis llegado!

–La investigación ha sido larga y difícil. ¿Ha salido Iarrot?

–Su hija está enferma. ¿Qué habéis obtenido?

–Nada.

–¿Qué quiere decir nada? ¡Es imposible!

El nubio se palpó la nariz de madera para asegurarse de que estaba bien colocada.

–He consultado a mis mejores informadores. No hay ninguna pista sobre la suerte del guardián en jefe de la esfinge. Me envían al jefe de policía, como si estuvieran aplicando con el mayor rigor una consigna.

–En ese caso, iré a ver a ese alto personaje.
–No os lo aconsejo; los jueces no le gustan.
–Intentaré mostrarme amable.

Mentmosé, el jefe de policía, poseía dos mansiones: una en Menfis, donde solía residir, y otra en Tebas. Era bajo, gordo, con la cara redonda, e inspiraba confianza; pero la nariz puntiaguda y la voz gangosa desmentían esa apariencia bonachona. Mentmosé era soltero, desde su más tierna edad, sólo había pensado en su carrera y en los honores; la suerte le había sonreído ofreciéndole un rosario de oportunas muertes. Cuando parecía destinado a la vigilancia de los canales, el responsable de la seguridad de su provincia se había roto el cuello al caer de una escalera; sin especial calificación, pero dispuesto a presentarse, Mentmosé había obtenido el puesto. Había sabido sacar un maravilloso partido del trabajo de su predecesor y en seguida se había forjado una excelente reputación. Otros se hubieran sentido satisfechos de aquel ascenso, pero la ambición le corroía; ¿cómo no iba a pensar en la dirección de la policía fluvial? Lamentablemente, un hombre joven y emprendedor estaba a su cabeza. A su lado, Mentmosé no salía bien parado. Pero el molesto funcionario había perecido ahogado en una operación rutinaria, dejando libre el campo a Mentmosé, que presentó en seguida su candidatura, apoyado por numerosas relaciones. Elegido en vez de competidores más serios pero menos maniobreros, había aplicado su fructífero método: apropiarse de los esfuerzos de los demás y obtener de ellos un beneficio personal. Soñaba con la cumbre de la jerarquía, inaccesible por completo, puesto que el jefe de la policía, en su más vigorosa edad, desbordaba de actividades y sólo obtenía éxitos. Su único fracaso fue un accidente de carro en el que murió aplastado por las ruedas. Mentmosé se presentó en seguida, a pesar de notorias oposiciones; con su habilidad para ponerse de relieve y haciendo valer sus hojas de servicio, había obtenido la victoria.

Instalado en la cima, Mentmosé se preocupaba, sobre todo, de permanecer en ella; se rodeaba pues de mediocres, incapaces de sustituirlo. En cuanto descubría una personalidad fuerte, la marginaba. Actuar en las sombras, manipular a los individuos sin que lo supieran y tramar intrigas eran sus pasatiempos favoritos.

Estaba estudiando unos nombramientos en el cuerpo de policía del desierto cuando su intendente le anunció la visita del juez Pazair. Por lo general, Mentmosé remitía a los pequeños magistrados a sus subordinados; pero éste le intrigaba. ¿No acababa, acaso, de arañar a Denes, cuya fortuna le permitía comprar a cualquiera? El joven juez se derrumbaría pronto, víctima de sus ilusiones, pero tal vez Mentmosé obtuviera ventajas de su agitación. Que tuviera la audacia de importunarle era buena prueba de su determinación.

El jefe de policía recibió a Pazair en la estancia de su mansión, donde exponía sus condecoraciones, collares de oro, piedras semipreciosas y bastones de madera dorada.

–Gracias por recibirme.
–Soy un devoto auxiliar de la justicia; ¿os gusta Menfis?
–Debo hablaros de un extraño asunto.

Mentmosé ordenó que sirvieran cerveza de primera calidad y le dijo a su intendente que no los molestaran.

–Explicaos.
–No puedo ratificar un traslado sin saber qué ha sido del interesado.
–Es evidente; ¿de quién se trata?
–Del antiguo guardián en jefe de la esfinge de Gizeh.
–Un puesto honorífico, si no me equivoco. Se reserva a los veteranos.
–En ese caso preciso, el veterano ha sido trasladado.
–¿Acaso ha cometido una falta grave?
–Mi expediente no lo menciona. Además, el hombre fue obligado a abandonar su vivienda oficial y a refugiarse en el barrio más pobre de la ciudad.
Mentmosé pareció contrariado.
–Es extraño, en efecto.
–Y hay algo más grave: cuando interrogué a su esposa, afirmó que su marido había muerto. Pero no ha visto el cadáver y no sabe dónde está enterrado.
–¿Por qué está convencida del fallecimiento?
–Unos soldados le comunicaron la triste noticia; también le ordenaron que callara si quería recibir una pensión.
El jefe de policía bebió lentamente una copa de cerveza; cuando esperaba hablar del caso Denes, descubría un enigma desagradable.
–Brillante investigación, juez Pazair; merecéis vuestra naciente reputación.
–Y pienso proseguir.
–¿De qué modo?
–Debemos encontrar el cuerpo y descubrir las causas de la muerte.
–No estáis equivocado.
–Vuestra ayuda me es indispensable; puesto que vos dirigís la policía de las ciudades y los pueblos, la del río y la del desierto, facilitaréis mis investigaciones.
–Por desgracia, es imposible.
–Me sorprendéis.
–Vuestros indicios son demasiado vagos; además, el núcleo del asunto son un veterano y algunos militares, es decir, el ejército.
–Ya lo he pensado; por ello solicito vuestra ayuda. Si sois vos quien exige explicaciones, la jerarquía militar se verá obligada a responder.
–La situación es más compleja de lo que imagináis; el ejército es muy puntilloso por lo que se refiere a su independencia con respecto a la policía. No suelo meterme en el terreno de los militares.
–Y, sin embargo, los conocéis bien.
–Rumores exagerados. Me temo que estáis tomando un camino peligroso.
–No puedo dejar sin explicación una muerte.
–Os apruebo.
–¿Qué me aconsejáis?
Mentmosé reflexionó largo rato. Aquel joven magistrado no retrocedería; manipularle no sería, sin duda, fácil. Sólo profundas investigaciones le permitirían conocer sus puntos débiles y utilizarlos en el momento oportuno.
–Dirigios al hombre que nombra a los veteranos para cargos honoríficos: el general Asher.

CAPÍTULO 12

El devorador de sombras[27] se desplazaba como un gato en la noche. Avanzaba pegado a las paredes, sin hacer ruido, evitando los obstáculos, y se confundía con las tinieblas. Nadie podía presumir de haberle descubierto. ¿Y quién podía sospechar de él? El más pobre de los barrios de Menfis estaba dormido. Aquí no había ni porteros ni celadores, como en las mansiones ricas. El hombre ocultó su rostro bajo una máscara de madera[28] en forma de chacal, con la mandíbula articulada, y se introdujo en la morada de la esposa del guardián en jefe de la esfinge.

Cuando recibía una orden no la discutía; hacía mucho tiempo que los sentimientos habían desaparecido de su corazón. Halcón humano[29] surgía de la oscuridad y de ella obtenía su fuerza.

La anciana se despertó sobresaltada; la horrible visión la dejó sin aliento. Lanzó un grito desgarrador y se derrumbó, muerta. El asesino no había tenido que utilizar un arma y disimular su crimen. Aquella charlatana ya no hablaría más.

El general Asher dio un puñetazo en la espalda del aspirante; el soldado se derrumbó en el polvoriento patio del cuartel.

–Los blandengues no merecen mejor suerte.

Un arquero salió de las filas.

–No había cometido falta alguna, general.

–Tú hablas demasiado; abandona inmediatamente el ejército. Quince días de riguroso arresto y una larga estancia en una fortaleza del Sur te enseñarán disciplina.

El general ordenó al pelotón que corriera durante una hora con arcos, carcajes, escudos y bolsas de alimento; cuando salieran de campaña, encontrarían condiciones más duras. Si uno de los soldados se sentía agotado y se detenía, le tiraba de los cabellos y le obligaba a proseguir. Quien reincidiese se pudriría en un calabozo.

Asher tenía bastante experiencia para saber que sólo una formación inmisericorde conducía a la victoria; cada sufrimiento padecido, cada gesto dominado daban al combatiente una oportunidad más de sobrevivir. Tras una completa carrera en los campos de batalla de Asia, Asher, héroe de resonantes hazañas, había sido nombrado intendente de los caballos, director de los reclutas y formador en el cuartel principal de Menfis. Con feroz gozo cumplía

---

[27] Traducción literal de la expresión egipcia que significa «asesino».

[28] Máscaras que llevaban los sacerdotes que desempeñaban el papel de dioses en las celebraciones rituales.

[29] Expresión egipcia que corresponde a nuestro «hombre lobo».

por última vez con el cargo; su nuevo nombramiento, que había sido hecho oficial la víspera, le dispensaría en adelante de aquel trabajo. Como mensajero del faraón en los países extranjeros, transmitiría las órdenes reales a las guarniciones de élite apostadas en las fronteras, se convertía en carrero de su majestad y desempeñaba el papel de abanderado, a su diestra.

Asher era de pequeña estatura y tenía un físico desagradable: cabello muy corto, hombros cubiertos de un pelo negro y áspero, amplio de hombros, piernas cortas y musculosas. Una cicatriz le cruzaba el pecho del hombro al ombligo, recuerdo de una espada que había estado a punto de arrebatarle la vida. Sacudido por una incontenible risa, había estrangulado a su agresor con las manos desnudas.

Su rostro, lleno de arrugas, parecía el de un roedor. Tras aquella última mañana, pasada en su cuartel favorito, Asher pensaba en el banquete organizado en su honor.

Se dirigía hacia las salas de ducha cuando un oficial de enlace le habló con la consideración debida.

–Perdonad que os moleste, general; un juez desea hablar con vos.

–¿Quién es?

–Nunca le había visto.

–Despedidle.

–Dice que es urgente y serio.

–¿Motivo?

–Confidencial. Sólo os concierne a vos.

–Traedlo.

Pazair fue acompañado hasta el centro del patio, donde estaba el general con las manos a la espalda. A su izquierda, algunos reclutas practicaban ejercicios de musculatura; a la derecha, un entrenamiento de tiro con arco.

–¿Cómo os llamáis?

–Pazair.

–Detesto a los jueces.

–¿Qué les reprocháis?

–Meten las narices en todas partes.

–Investigo una desaparición.

–No en los regimientos que están bajo mi mando.

–¿Ni siquiera en la guardia de honor de la esfinge?

–El ejército sigue siendo el ejército, incluso cuando se ocupa de sus veteranos. La guardia de la esfinge se ha llevado a cabo sin bajas.

–La esposa del ex guardián en jefe asegura que su marido ha muerto; sin embargo, la jerarquía me pide que regularice su traslado.

–¡Pues bien, regularizadlo! Las directrices de la jerarquía no se discuten.

–En este caso, sí.

El general rugió:

–Sois joven y sin experiencia. Largaos.

–No estoy a vuestras órdenes, general, y quiero saber la verdad sobre este guardián en jefe. ¿Fuisteis vos quien le nombró para el cargo?

–Tened mucho cuidado, juececillo: al general Asher no se le molesta.

–No estáis por encima de las leyes.

–Ignoráis quién soy yo. Un nuevo paso en falso y os aplasto como un insecto.

Asher abandonó a Pazair en medio del patio. Aquella reacción sorprendió al juez. ¿A qué se debía tanta vehemencia si no tenía nada que reprocharse?

Cuando Pazair cruzaba la puerta del cuartel, el arquero arrestado le llamó.

–Juez Pazair...

–¿Qué deseáis?

–Tal vez pueda ayudaros; ¿qué buscáis?

–Unas informaciones sobre el antiguo guardián en jefe de la esfinge.

–Su expediente militar está en los archivos del cuartel; seguidme.

–¿Por qué hacéis esto?

–Si descubrís algún indicio sólido contra Asher, ¿le inculparíais?

–Sin vacilar.

–Entonces, venid. El archivero es un amigo; él también detesta al general.

El arquero y el archivero mantuvieron un breve conciliábulo.

–Para consultar los archivos del cuartel –dijo este último–, necesitarías una autorización del despacho del visir.

Estaré ausente un cuarto de hora, el tiempo de ir a buscar mi comida a la cantina. Si estáis todavía en el local cuando vuelva, me veré obligado a dar la alerta. Cinco minutos para entender el sistema de archivo, tres más para dar con el rollo de papiro adecuado, y el resto para leer el documento, memorizarlo, devolverlo a su lugar y desaparecer.

La carrera del guardián en jefe era ejemplar: ni sombra de una mancha. El final del papiro ofrecía una información interesante; el veterano dirigía un grupo de cuatro hombres, los dos de más edad apostados en los flancos de la esfinge, los otros dos al pie de la gran rampa que llevaba a la pirámide de Kefrén, en el exterior del recinto. Puesto que conocía sus nombres, podía interrogarlos, y así daría, probablemente, con la clave del enigma. Kem, conmovido, entró en el despacho.

–Ha muerto.

–¿De quién habláis?

–De la viuda del guardián. Esta mañana he patrullado por el barrio; *Matón* ha advertido algo anormal. La puerta de la casa estaba entreabierta. He descubierto el cuerpo.

–¿Huellas de violencia?

–En absoluto. Ha muerto de vejez y de pena. Pazair solicitó al escribano que se asegurara de que el ejército se ocupaba de las exequias. De no ser así, el propio juez pagaría los gastos de los funerales. ¿Acaso, sin ser responsable de la muerte de la pobre mujer, no había turbado sus últimos instantes?

–¿Habéis avanzado? –preguntó Kem.

–Espero que de modo decisivo; sin embargo, el general Asher no me ha ayudado demasiado. He aquí los cuatro nombres de los veteranos puestos a las órdenes del guardián en jefe; obtened sus direcciones.

El escribano Iarrot llegó cuando el nubio se marchaba.

–Mi mujer me persigue –confesó Iarrot con aspecto de perro apaleado–; ¡ayer se negó a prepararme la cena! Si la cosa continúa así, me expulsará de su cama. Por fortuna, mi hija baila cada vez mejor.

Gruñón y malhumorado, clasificó de mala gana las tablillas.

–Antes de que se me olvide... me he ocupado de los artesanos que quieren trabajar en el arsenal. Sólo uno me intriga.

–¿Un delincuente?
–Un hombre que estuvo mezclado con un tráfico de amuletos.
–¿Antecedentes?
Iarrot adoptó un aire satisfecho.
–Podrían interesaros. Es un carpintero de ocasión; estaba empleado como intendente en las tierras del dentista Qadash.

Pazair estaba sentado junto a un hombre de poca estatura, bastante crispado en la sala de espera de Qadash, donde había sido admitido con ciertas dificultades. Sus cabellos y su bigote negros, cuidadosamente recortados, su piel mate, su rostro seco y alargado, lleno de pecas, le daban un aspecto sombrío y poco atractivo.
El juez le saludó.
–Penoso momento, ¿no es cierto?
El hombrecillo asintió.
–¿Sufrís mucho?
Respondió con un evasivo gesto de la mano.
–Es mi primer dolor de muelas –confesó Pazair–; ¿os ha tratado ya alguna vez un dentista?
Apareció Qadash.
–¡Juez Pazair! ¿Os encontráis mal?
–Sí, por desgracia.
–¿Conocíais a Chechi?
–No tengo este honor.
–Chechi es uno de los más brillantes científicos de palacio; no tiene rival en química. Por eso le encargo emplastos y empastes; precisamente acaba de ofrecerme una novedad. Tranquilizaos, no tardaré mucho.
Qadash, pese a su dificultad en el habla, se había mostrado atento, como si recibiera a un antiguo amigo. Si el tal Chechi seguía mostrándose tan poco locuaz, su entrevista con el facultativo iba a ser breve. De hecho, el dentista fue a buscar al juez diez minutos más tarde.
–Sentaos en este sillón articulado y echad la cabeza hacia atrás.
–Vuestro químico no es muy charlatán.
–Tiene un carácter más bien cerrado, pero es un hombre recto con el que se puede contar. ¿Qué os sucede?
–Tengo un dolor difuso.
–Veámoslo.
Qadash utilizó un espejo, en el que se reflejaba con un rayo de sol, para examinar la dentadura de Pazair.
–¿Os habían examinado ya?
–Una sola vez, en la aldea. Un dentista ambulante.
–Veo una caries minúscula. Consolidaré la muela con un empaste eficaz: resina de terebinto[30], tierra de Nubia, miel, polvo de amolar, colirio verde y fragmentos de cobre. Si se mueve, la fijaré al molar vecino con un hilo de oro... No, no será necesario. Tenéis una dentadura sana y sólida. En cambio, tened cuidado con vuestras encías. Os prescribo, contra la piorrea, un enjuague bucal

[30] El terebinto es un alfóncigo cuya resina se utilizaba en medicina y para ingredientes rituales.

compuesto de coloquíntida, goma, anís y frutos del sicómoro; lo dejaréis en el exterior toda una noche para que se impregne de rocío.

Os frotaréis las encías con una pasta compuesta por cinamomo, miel, goma y aceite. Y no olvidéis masticar apio a menudo. No sólo es una planta tónica y un buen aperitivo, sino que también fortalece los dientes. Ahora, seamos serios; vuestro estado no exigía una consulta urgente. ¿Por qué deseabais verme a toda costa?

Pazair se levantó satisfecho de escapar a los distintos instrumentos que el dentista solía utilizar.

–Vuestro intendente.

–Despedí a ese incapaz.

–Me refería al anterior.

Qadash se lavó las manos.

–Ya no lo recuerdo.

–Haced un esfuerzo.

–No, realmente...

–¿Sois coleccionista de amuletos[31]?

Aunque cuidadosamente purificadas, las manos del dentista seguían estando rojas.

–Tengo algunos, como cualquiera, pero no les doy demasiada importancia.

–Los más hermosos tienen gran valor.

–Sin duda alguna.

–A vuestro antiguo intendente le interesaban; incluso robó algunos ejemplares hermosos. De ahí mi preocupación: ¿fuisteis, acaso, su víctima?

–Cada vez hay más ladrones, porque cada vez hay más extranjeros en Menfis. Esta ciudad pronto dejará de ser egipcia. El visir Bagey, con su obsesión de probidad, es el gran responsable. El faraón confía tanto en él que nadie puede criticarle. Y vos menos que los demás, puesto que es vuestro jefe. Afortunadamente, vuestro modesto rango administrativo os evita verle.

–¿Tan terrorífico es?

–Intratable; los jueces que lo olvidaron tuvieron que dimitir, aunque todos habían cometido alguna falta. Al negarse a expulsar a los extranjeros por razones de justicia, el visir está pudriendo al país. ¿Habéis detenido a mi antiguo intendente?

–Intentaba que le contrataran en el arsenal, pero una comprobación de rutina ha sacado a la luz su pasado. En verdad es una triste historia; vendía amuletos robados en una fábrica, fue denunciado y despedido por el sucesor que vos elegisteis.

–¿Por cuenta de quién robaba?

–Lo ignora. Si tuviera tiempo, lo investigaría; pero no tengo ninguna pista y estoy muy ocupado. Lo esencial es que su poca delicadeza no os haya perjudicado. Gracias por vuestros cuidados, Qadash.

El jefe de la policía se había reunido en su casa con sus principales colaboradores; aquella sesión de trabajo no se mencionaría en ningún documento oficial. Mentmosé había estudiado sus informes sobre el juez Pazair.

---

[31] Figuritas, con frecuencia de cerámica, que representaban divinidades, símbolos como la cruz de la vida o el corazón, etc. Los egipcios solían llevarlas para protegerse de las fuerzas nocivas.

–No tiene vicios ocultos, no tiene pasión ilícita, no tiene amante, no tiene relaciones... ¡Estáis pintándome a un semidiós! Vuestras investigaciones han sido inútiles.

–Su padre espiritual, un tal Branir, vive en Menfis. Pazair va frecuentemente a su casa.

–Un anciano médico jubilado, inofensivo y sin ningún poder.

–En la corte se le escuchaba –objetó un policía.

–Eso fue hace mucho tiempo –dijo con ironía Mentmosé–. Ninguna existencia carece de sombras; y la de Pazair como cualquier otra.

–Se consagra a su oficio –afirmó otro policía–, y no retrocede ante personalidades como Denes o Qadash.

–Un juez íntegro y valeroso: ¿quién puede creer semejante fábula? Trabajad con más seriedad y traedme elementos verosímiles.

Mentmosé meditó junto al estanque donde le gustaba pescar. Tenía la desagradable sensación de no dominar una situación resbaladiza, de inciertos contornos, y temía cometer un error que empañara su fama.

¿Era Pazair un ingenuo extraviado en los meandros de Menfis o un carácter fuera de lo común, decidido a seguir el camino recto sin preocuparse por los peligros y los enemigos? En ambos casos, estaba condenado al fracaso.

Cabía una tercera posibilidad, muy inquietante: que aquel pequeño juez fuera el emisario de alguien más, de un retorcido cortesano que encabezara una maquinación de la que Pazair fuera, sólo, la parte visible. Furioso ante la idea de que un imprudente se atreviera a desafiarle en su propio terreno, Mentmosé llamó al intendente y le ordenó que preparara el caballo y el carro. Se imponía una caza de liebres en el desierto. Matar algunos animales aterrorizados le relajaría los nervios.

CAPÍTULO 13

La mano derecha de Suti subió por la espalda de su amante, le cosquilleó el cuello, bajó de nuevo y le acarició los lomos.

–Otra vez –suplicó ella.

El joven no se hizo de rogar. Le gustaba dar placer. Su mano se hizo más insistente.

–¡No..., no quiero!

Suti prosiguió; conocía los gustos de su compañera y los satisfacía sin contenerse. Ella fingió resistirse, se volvió y se abrió para acoger a su amante.

–¿Estás contenta con tu gallo?

–Las gallinas están encantadas. Eres una bendición, querido.

Colmada, la propietaria del corral preparó un sólido almuerzo y le arrancó la promesa de que volvería al día siguiente.

Al caer la tarde, tras haber dormido dos horas en el puerto, a la sombra de un carguero, se dirigió a casa de Pazair. El juez había encendido las lámparas. Estaba sentado en la postura del escriba, con el perro apoyado en su pierna izquierda, y escribía. *Viento del Norte* dejó pasar a Suti, que le gratificó con una caricia.

–Me temo que voy a necesitarte –dijo el juez.

–¿Alguna historia de amor?

–Es poco probable.

–¿No se tratará de manejos policiacos?

–Me temo que sí.

–¿Peligrosos?

–Es posible.

–Interesante. ¿Puedo saber más o tengo que lanzarme a ciegas?

–He tendido una trampa a un dentista llamado Qadash.

Suti soltó un silbido de admiración.

–¡Una celebridad! Sólo trata a los ricos. ¿De qué es culpable?

–Su comportamiento me intriga. Tendría que utilizar los servicios de mi policía nubio, pero está ocupado en otras cosas.

–¿Debo robar algo?

–¡Ni lo sueñes! Sólo tienes que vigilar si Qadash sale de su casa y si se comporta de un modo extraño.

Suti trepó a una persea desde la que veía la entrada de la mansión del dentista y el acceso a las dependencias. Aquella noche de descanso no le disgustaba; solo por fin, saboreaba el aire de la noche y la belleza del cielo. Cuando las lámparas se hubieron apagado y el silencio cubrió la gran morada, una silueta se deslizó al exterior utilizando la puerta de los establos. El hombre

se había cubierto con un manto; los cabellos canos y la silueta eran, efectivamente, los del dentista que Pazair le había descrito. Seguirle fue fácil. Qadash, aunque nervioso, caminó lentamente y no se volvió. Se dirigió hacia un barrio que estaba reconstruyéndose. Antiguos edificios administrativos, vetustos ya, habían sido derribados; un montón de ladrillos obstruía la calzada. El dentista rodeó una montaña de cascotes y desapareció. Suti la escaló con mucho cuidado de no hacer caer un ladrillo que revelara su presencia. Cuando llegó a la cumbre, descubrió una hoguera alrededor de la cual había tres hombres, entre ellos Qadash.

Se quitaron los mantos y aparecieron desnudos, salvo por el estuche de cuero que ocultaba su pene; pusieron tres plumas en sus cabellos. Blandiendo en cada mano un corto bastón arrojadizo, danzaban fingiendo enfrentarse. Los compañeros de Qadash, más jóvenes que él, doblaron de pronto las piernas y saltaron lanzando un grito bárbaro. Aunque tenía dificultades para seguir la cadencia, el dentista manifestaba mucho entusiasmo. La danza duró más de una hora; de repente, uno de los danzarines se arrancó el estuche de cuero y enseñó su virilidad, y en seguida fue imitado por sus amigos. Como Qadash mostraba signos de fatiga, le hicieron beber vino de palma antes de arrastrarle a un nuevo frenesí.

Pazair había escuchado el relato de Suti con la mayor atención.

–¡Qué extraño!

–No conoces las costumbres libias; este tipo de festejo es muy típico.

–¿Con qué objeto?

–Virilidad, fecundidad, capacidad de seducir... Bailando obtienen nuevas energías. Por lo que a Qadash se refiere, parecen difíciles de captar.

–Por lo tanto, nuestro dentista se siente disminuido.

–Por lo que he podido ver, no se equivoca. ¿Pero hay algo ilegal en su comportamiento?

–En principio, nada; pese a que afirma detestar a los extranjeros, no olvida sus raíces libias y se zambulle en costumbres que la buena sociedad, base de su clientela, desaprobaría con fuerza.

–¿Te he sido útil, al menos?

–Irremplazable.

–La próxima vez, juez Pazair, envíame a espiar una danza de mujeres.

Utilizando su fuerza de persuasión, Kem y el babuino policía habían recorrido en todas direcciones Menfis y sus suburbios para encontrar el rastro de los cuatro subordinados del guardián en jefe desaparecido.

El nubio aguardó a que el escribano se fuera para hablar con el juez. Iarrot no le inspiraba demasiada confianza. Cuando el gran simio entró en el despacho, *Bravo* se refugió bajo la silla de su dueño.

–¿Dificultades, Kem?

–He logrado las direcciones.

–¿Sin violencia?

–Ni rastro de brutalidad.

–Mañana mismo interrogaremos a los cuatro testigos.

–Todos han desaparecido.

Pazair dejó su pincel estupefacto. Cuando se había negado a avalar un documento administrativo banal, no había imaginado que estaría levantando la tapa de un caldero lleno de misterios.

–¿Alguna pista?

–Dos han ido a vivir al delta, otros dos a la región tebana. Tengo los nombres de las aldeas.

–Preparad vuestra bolsa de viaje.

Pazair pasó la velada en casa de su maestro. Cuando se dirigía hacia allí tuvo la impresión de que le seguían; demoró el paso, se volvió dos o tres veces, pero no vio a nadie.

Sin duda se había equivocado.

Sentado frente a Branir, en la florida terraza de la casa, degustó la cerveza fresca mientras escuchaba el aliento de la gran ciudad que se adormecía. Aquí y allá, unas luces denunciaban a los trasnochadores o a los escribas atareados. En compañía de Branir, el mundo se inmovilizaba; a Pazair le habría gustado retener como una joya aquel instante, mantenerlo en el hueco de sus manos e impedir que se disolviera en la negrura del tiempo.

–¿Ha recibido Neferet su destino?

–Todavía no, pero es inminente. Ocupa una habitación en la escuela de medicina.

–¿Quién lo decide?

–Una asamblea de facultativos, dirigida por el médico en jefe Nebamon. Neferet tendrá que encargarse, sola, de una función más bien cómoda, luego, con la experiencia, las dificultades aumentarán. Pero sigues pareciéndome sombrío, Pazair; diríase que has perdido la alegría de vivir.

Pazair resumió los hechos.

–Demasiadas coincidencias turbadoras, ¿no es verdad?

–¿Y tu hipótesis?

–Es muy pronto para formular una. Sin duda, se ha cometido una falta; ¿pero de qué naturaleza y de qué gravedad?

Estoy preocupado, tal vez sin razón; a veces, no sé si proseguir, pero no puedo comprometer mi responsabilidad, por mínima que sea, sin estar plenamente de acuerdo con mi conciencia.

–El corazón traza los planes y guía al individuo; por lo que al carácter se refiere, mantiene lo que se adquirió y preserva las visiones del corazón[32].

–Mi carácter no será débil; exploraré lo que he percibido.

–No pierdas nunca de vista la felicidad de Egipto, no te preocupes por tu bienestar. Si tu acción es justa, vendrá por añadidura.

–Si se admite la desaparición de un hombre sin revelarse, si un documento oficial equivale a una mentira, ¿no está amenazada la grandeza de Egipto?

–Tus temores son fundados.

–Si vuestro espíritu está con el mío, afrontaré los peores peligros.

–No te falta el valor; hazte más lúcido y aprende a evitar ciertos obstáculos. Atacarlos de frente sólo te procurará heridas. Rodéalos, aprende a utilizar la fuerza del adversario, sé flexible como el junco y paciente como el granito.

---

[32] Branir transmite a su discípulo las palabras de los sabios, recogidas en «enseñanzas» en forma de máximas.

–La paciencia no es mi fuerte.
–Edifícate como un arquitecto que trabaja sus materiales.
–¿Me desaconsejáis ir al delta?
–Ya has tomado tu decisión.

Soberbio en su vestido de lino plisado con flecos coloreados, con una artística manicura, altivo, Nebamon abrió la sesión plenaria que se celebraba en la gran sala de la escuela de medicina de Menfis. Una decena de afamados facultativos, ninguno de los cuales había sido considerado responsable de la muerte de un enfermo, debían confiar una primera misión a los jóvenes médicos recién aceptados. Por lo general, las decisiones, llenas de benevolencia, no eran objeto de discusión alguna. También esta vez, la tarea sería corta.
–Ahora, el caso Neferet –anunció un cirujano–. Elogiosas observaciones de Menfis, de Sais y de Tebas. Un elemento brillante, excepcional incluso.
–Sí, pero es una mujer –objetó Nebamon.
–¡No será la primera!
–Neferet es inteligente, lo admito, pero le falta energía; la experiencia puede hacer pedazos sus conocimientos teóricos.
–¡(Ha hecho, sin desfallecer, numerosas prácticas! –recordó un generalista.
–Las prácticas son tuteladas –indicó almibarado Nebamon–; ¿no perderá la cabeza cuando esté sola frente a los enfermos? Su capacidad de resistencia me preocupa; me pregunto sí no se habrá equivocado al elegir nuestro camino.
–¿Qué proponéis?
–Una prueba bastante dura y enfermos difíciles; si domina la situación, la felicitaremos. En caso contrario, podremos decidir.
Nebamon, sin levantar la voz, obtuvo el asentimiento de sus colegas. Reservaba a Neferet la más desagradable sorpresa de su reciente carrera; cuando estuviera destrozada la sacaría del arroyo y la acogería en su seno, agradecida y sumisa.

Aterrada, Neferet se aisló para llorar.
Ningún esfuerzo la asustaba; pero no esperaba convertirse en responsable de una enfermería militar donde se reunían los soldados heridos o enfermos que regresaban de África. Unos treinta hombres tendidos en esteras; unos respiraban con estertores, otros deliraban, otros, por fin, iban vaciándose. El responsable sanitario del cuartel no había dado directriz alguna a la muchacha, limitándose a dejarla allí. Obedecía órdenes.
Neferet se sobrepuso. Fuera cual fuese la razón de aquella jugarreta, debía cumplir con su deber y cuidar a aquellos infelices. Tras haber examinado la farmacia del cuartel recuperó la confianza. La tarea más urgente era aliviar los violentos dolores; machacó pues raíces de mandragora, fruto carnoso de largas hojas y flores verdes, amarillas y anaranjadas, para extraer una sustancia muy activa que servía, al mismo tiempo, de analgésico y de narcótico. Luego, lo mezcló con oloroso eneldo, jugo de dátiles, jugo de uva e hizo hervir el producto en vino; durante cuatro días consecutivos haría que los enfermos tomaran aquella poción.
Llamó a un joven recluta que limpiaba el patio del cuartel.

–Tú me ayudarás.
–¿Yo? Pero si...
–Te nombro enfermero.
–El comandante...
–Vete a verle en seguida y dile que si se niega a que me ayudes morirán treinta hombres.
El oficial aceptó; no le gustaba el cruel juego en el que se veía obligado a participar.
Al entrar en la enfermería, el aspirante estuvo a punto de desvanecerse; Neferet le reconfortó.
–Les sostendrás con cuidado la cabeza para que yo les haga beber el remedio. Luego los lavaremos y les limpiaremos el local.
Al principio cerró los ojos y contuvo la respiración; tranquilizado por la calma de Neferet, el enfermero novato olvidó su asco y se sintió satisfecho al ver que la poción actuaba de prisa. Estertores y gritos cesaron; varios soldados se durmieron.
Uno de ellos agarró la pierna derecha de la joven.
–Soltadme.
–De ningún modo, hermosa; una presa como tú no se deja escapar. Voy a darte placer.
El enfermero soltó la cabeza del paciente, que cayó pesadamente al suelo, y lo aturdió de un puñetazo; los dedos se ablandaron y Neferet se liberó.
–Gracias.
–¿No... no habéis tenido miedo?
–Claro que sí.
–Si lo deseáis, los anestesio a todos del mismo modo.
–Sólo si es necesario.
–¿Qué tienen?
–Disentería.
–¿Es grave?
–Una enfermedad que conozco y que puedo curar.
–En Asia beben agua corrompida; yo prefiero barrer el cuartel.
En cuanto se logró una perfecta higiene, Neferet administró a sus pacientes pociones a base de cilantro[33] para calmar los espasmos y purificar los intestinos. Luego machacó raíces de granado con levadura de cerveza, filtró el compuesto con un paño y lo dejó descansar toda una noche. El fruto amarillo, lleno de pepitas de un rojo brillante, procuraba un eficaz remedio contra la diarrea y la disentería.
Neferet trató los casos más agudos con un clister compuesto de miel, mucilago[34] fermentado, cerveza dulce y sal que inyectaba en el ano con un cuerno de cobre, cuya extremidad más fina tenía forma de pico. Cinco días de cuidados intensivos dieron excelentes resultados. Leche de vaca y miel, únicos alimentos autorizados, acabarían de poner en pie a los enfermos.
El médico en jefe Nebamon, de muy buen humor, visitó las instalaciones sanitarias del cuartel seis días después de que Neferet había entrado en funciones. Se declaró satisfecho y terminó su inspección por la enfermería donde habían sido aislados los soldados que habían contraído disentería

[33] Planta cuyo fruto, ya seco, proporciona un aroma.
[34] Sustancia vegetal que se utilizaba para espesar.

durante la última campaña de Asia. Con los nervios de punta, agotada, la muchacha le suplicaría que la destinara a otro puesto y aceptaría trabajar en su equipo.

Un recluta barría el umbral de la enfermería, cuya puerta estaba abierta de par en par. Una corriente de aire purificaba el local, vacío y recién encalado.

–He debido equivocarme –dijo Nebamon al soldado–;¿sabéis dónde trabaja la médico Neferet?

–Primer despacho a la izquierda.

La muchacha escribía nombres en un papiro.

–¡Neferet! ¿Dónde están los enfermos?

–Convaleciendo.

–¡Imposible!

–Aquí está la lista de los pacientes, la naturaleza de los tratamientos y la fecha de salida de la enfermería.

–¿Pero cómo...?

–Os agradezco que me hayáis confiado una tarea que me ha permitido verificar la validez de nuestra medicación.

Hablaba sin animosidad, con un brillo dulce en la mirada.

–Creo que me he equivocado.

–¿De qué estáis hablando?

–Me he portado como un imbécil.

–No es ésa la reputación que tenéis, Nebamon.

–Escuchadme, Neferet...

–Mañana mismo tendréis un informe completo; ¿tendréis la amabilidad de comunicarme, con la mayor rapidez posible, mi próximo destino?

Mentmosé estaba rabioso. En la gran mansión, ni un solo servidor se atrevería a moverse mientras no se hubiera apaciguado la fría cólera del jefe de policía.

En los momentos de máxima tensión su cráneo le picaba y se rascaba hasta hacerse sangre. A sus pies, jirones de papiro, miserables restos de los informes desgarrados de sus subordinados.

Nada.

Ningún indicio consistente, ninguna falta notoria, ningún inicio de malversación: Pazair se comportaba como un juez honesto y, por lo tanto, peligroso. Mentmosé no solía subestimar al adversario; éste pertenecía a una especie temible y no sería fácil de contrarrestar. Ninguna acción decisiva antes de haber respondido a una pregunta: ¿quién le manipulaba?

CAPÍTULO 14

El viento hinchaba la amplia vela del barco de un solo mástil que bogaba por las extensiones acuáticas del delta. El piloto manejaba el timón con habilidad y aprovechaba la corriente mientras sus pasajeros, el juez Pazair, Kem y su babuino policía, descansaban en la cabina construida en mitad de la embarcación. En el techo, su equipaje. A proa, el capitán sondeaba la profundidad por medio de una gran pértiga y daba órdenes a la tripulación. El ojo de Horus, dibujado a proa y a popa, protegía la navegación.

Pazair salió de la cabina y se acodó en la borda para contemplar un paisaje que descubría por primera vez. ¡Qué lejano estaba el valle, con sus cultivos aprisionados entre dos desiertos! Aquí, el río se dividía en brazos y en canales que irrigaban ciudades, aldeas, palmerales, campos y viñas; centenares de pájaros, golondrinas, abubillas, garzas blancas, cornejas, alondras, gorriones, cormoranes, pelicanos, ocas silvestres, patos, grullas, cigüeñas, cruzaban un cielo de color azul pálido, nuboso a veces. El juez tenía la sensación de contemplar un mar poblado de cañas y papiros; en las colinas que emergían, bosquecillos de sauces y acacias protegían blancas casas de una sola planta. ¿Se trataba acaso de la marisma primordial que mencionaban los antiguos autores, la encarnación terrestre del océano que rodeaba el mundo y del que surgía, cada mañana, el nuevo sol?

Dos cazadores de hipopótamos hicieron señas al barco para que cambiara de rumbo. Perseguían un macho herido que acababa de zambullirse y que podía reaparecer bruscamente haciendo zozobrar la embarcación, por muy grande que fuera. El monstruo se batiría con ferocidad.

El capitán no desdeñó la advertencia; tomó «las aguas de Ra», que formaban la rama más oriental del Nilo, hacia el nordeste. Cerca de Bubastis, la ciudad de la diosa Bastet simbolizada por un gato, se introdujo en el «canal del agua dulce», a lo largo del Uadi Tumilat, hacia los lagos amargos. El viento soplaba con fuerza; a la derecha, más allá de un estanque donde se bañaban los búfalos, había una aldea al abrigo de los tamariscos.

El barco atracó; tendieron una pasarela. Pazair, que no tenía piernas de marino, la franqueó titubeando. Cuando vieron al babuino, un grupo de niños emprendió la huida. Sus gritos alertaron a los campesinos, que salieron al encuentro de los recién llegados blandiendo horcas.

–No tenéis nada que temer; soy el juez Pazair y vengo acompañado por la policía.

Las horcas se inclinaron y el magistrado fue conducido ante el jefe de la localidad, un anciano desabrido.

–Me gustaría hablar con el veterano que regresó a su casa hace unas semanas.

–En esta tierra será imposible.

–¿Fallecido?
–Unos soldados transportaron su cuerpo. Lo enterramos en nuestro cementerio.
–¿Causa de la muerte?
–Vejez.
–¿Examinasteis el cadáver?
–Estaba momificado.
–¿Qué os dijeron los soldados?
–No fueron muy habladores.
Exhumar una momia hubiera sido un sacrilegio. Pazair y sus compañeros embarcaron de nuevo y partieron hacia el pueblo donde residía el segundo veterano.
–Tendréis que caminar por la marisma –precisó el capitán–; por esos parajes hay islotes peligrosos. Debo permanecer alejado de la orilla.
Al babuino no le gustaba el agua. Kem le habló largo rato y consiguió convencerle de que se aventurara por un camino abierto entre las cañas. El simio, inquieto, no dejaba de volverse y de mirar a diestro y siniestro. El juez caminaba delante, impaciente, hacia unas casitas agrupadas en la cima de la colina. Kem acechaba las reacciones del animal; seguro de su fuerza, no se comportaba así sin razón.
El babuino lanzó un grito estridente, empujó al juez y agarró la cola de un pequeño cocodrilo que serpenteaba en el agua lodosa. Cuando el saurio abría las fauces, lo tiró hacia atrás. «El gran pez», como le llamaban los ribereños, sabía matar por sorpresa a los corderos y cabras que iban a beber en las charcas.
El cocodrilo se debatió, pero era demasiado joven y pequeño para resistir el furor del cinocéfalo que le arrancó del barro y le lanzó a varios metros de distancia.
–Agradecédselo –dijo Pazair al nublo–. Estudiaré un ascenso.
El jefe del pueblo estaba sentado en una silla baja compuesta por un plano inclinado y un respaldo redondeado contra el que apoyaba la espalda. Bien arrellanado, a la sombra de un sicómoro, degustaba una copiosa comida compuesta por aves, cebollas y una jarra de cerveza que descansaban en un cesto de fondo llano.
Invitó a sus huéspedes a compartir las viandas. El babuino, cuya hazaña corría ya de boca en boca por toda la marisma, dio un buen mordisco a un muslo de pollo.
–Buscamos a un veterano que se retiró aquí al jubilarse.
–Lamentablemente, juez Pazair, sólo volvimos a verle en forma de momia. El ejército se encargó del transporte y pagó los gastos de sepultura. Nuestro cementerio es modesto, pero la eternidad es tan feliz como en cualquier otra parte.
–¿Os dijeron las causas de la muerte?
–Los soldados no fueron muy locuaces, pero insistí. Un accidente, al parecer.
–¿De qué clase?
–No sé nada más.
En el barco que le devolvía a Menfis, Pazair no ocultó su decepción.
–Fracaso total: el guardián en jefe desaparecido, dos de sus subordinados muertos y los otros dos, probablemente, momificados también.
–¿Renunciáis a un nuevo viaje?

–No, Kem; quiero salir de dudas.
–Me alegrará volver a ver Tebas.
–¿Qué impresión tenéis?
–Que todos esos hombres hayan muerto os impide descubrir la clave del enigma, y es una suerte.
–¿No deseáis conocer la verdad?
–Cuando es demasiado peligrosa, prefiero ignorarla. Ya me costó la nariz; ésta podría arrebataros la vida.

Cuando Suti regresó, al amanecer, Pazair ya estaba trabajando, con el perro a sus pies.
–¿No has dormido? Yo tampoco. Necesito descansar... Mi propietaria de corral me agota. Es insaciable y ávida de cualquier excentricidad. He traído tortas calientes; el panadero acaba de cocerlas.
Bravo fue el primero que se sirvió; los dos amigos desayunaron juntos. Aunque se cayera de sueño, Suti advirtió que Pazair estaba preocupado.
–O estás cansado o tienes serias preocupaciones; ¿tu inaccesible desconocido?
–No tengo derecho a hablar de ello.
–¿Secreto del sumario, incluso para mí? Debe ser realmente grave.
–Estoy estancado, Suti, pero tengo la seguridad de que he puesto el dedo en un asunto criminal.
–¿Con... un asesino?
–Es probable.
–Desconfía, Pazair; los crímenes son raros en Egipto. ¿No habrás pisado una serpiente? Te arriesgas a molestar a personajes importantes.
–Gajes del oficio.
–¿No es el crimen cosa del visir?
–Siempre que esté probado.
–¿De quién sospechas?
–Sólo estoy seguro de una cosa: unos soldados han dado su apoyo a una maquinación. Unos soldados que deben obedecer al general Asher.
Suti soltó un silbido de admiración.
–¡Apuntas muy alto! ¿Una conspiración militar?
–No lo excluyo.
–¿Con qué intención?
–Lo ignoro.
–Soy tu hombre, Pazair.
–¿Qué quieres decir?
–Enrolarme en el ejército no es un sueño. Pronto me convertiré en un excelente soldado, un oficial, tal vez un general. En cualquier caso, un héroe. Lo sabré todo sobre Asher. Si es culpable de algún delito me enteraré y, por lo tanto, también tú te enterarás.
–Demasiado peligroso.
–¡Al contrario, será excitante! Por fin la aventura que tanto deseaba. ¿Y si entre los dos salváramos Egipto? Quien dice conspiración militar dice toma del poder por una casta.
–Vasto proyecto, Suti; pero todavía no estoy seguro de que la situación sea tan desesperada.

–¿Qué sabes tú? ¡Déjame hacer!

Un teniente de los carros, acompañado por dos arqueros, se presentó en el despacho de Pazair a media mañana. El hombre era rudo y discreto.

–He sido comisionado para regularizar un traslado sometido a vuestra aprobación.

–¿No será el del ex guardián en jefe de la esfinge?

–Afirmativo.

–Me niego a poner mi sello mientras ese veterano no haya comparecido ante mí.

–Precisamente tengo la misión de llevaros al lugar donde se halla para cerrar el expediente.

Suti dormía a pierna suelta, Kem patrullaba y el escribano no había llegado todavía. Pazair desdeñó la impresión de peligro. ¿Qué cuerpo constituido, aunque fuera el ejército, se atrevería a atentar contra la vida de un juez? Aceptó subir en el carro del oficial tras haber acariciado a *Bravo*, cuya mirada era inquieta.

El vehículo atravesó los suburbios rápidamente, salió de Menfis, tomó una carretera que flanqueaba los cultivos y entró en el desierto. Allí presidían las pirámides de los faraones del Imperio Antiguo, rodeadas de magníficas tumbas donde pintores y escultores habían plasmado un genio sin igual. La pirámide escalonada de Saqqarah, obra de Djeser y de Imhotep, dominaba el paisaje; los gigantescos peldaños de piedra formaban una escalera que ascendía hacia el cielo, permitiendo al alma del rey subir al sol o bajar de él. Sólo la cima del monumento era visible, pues el recinto de resaltos, con una sola puerta permanentemente custodiada, lo aislaba del mundo profano. En el gran patio interior, el faraón viviría los ritos de regeneración cuando su potencia y su capacidad para gobernar estuvieran erosionadas.

Pazair respiró a pleno pulmón el aire del desierto, vivido y seco; le gustaba aquella tierra roja, aquel mar de rocas abrasadas y de rubia arena, aquel vacío lleno de la voz de los antepasados. Aquí, el hombre se despojaba de lo superfluo.

–¿Adonde me lleváis?

–Estamos llegando.

El carro se detuvo ante una casa de minúsculas ventanas, lejos de cualquier aglomeración; había varios sarcófagos apoyados en las paredes. El viento levantaba nubes de arena, ni un solo arbusto, ni una sola flor; a lo lejos, pirámides y tumbas. Una colina rocosa impedía ver los palmerales y los cultivos. En el lindero de la muerte, en el corazón de la soledad, el lugar parecía abandonado.

–Es aquí.

El oficial dio unas palmadas.

Pazair bajó del carro intrigado. El lugar era ideal para una emboscada y nadie sabía dónde se hallaba. Pensó en Neferet. Desaparecer sin haberle revelado su pasión sería un eterno fracaso.

La puerta de la casa se abrió chirriando. Un hombre flaco, de piel muy blanca, manos interminables y delgadas piernas se inmovilizó en el umbral. De su largo rostro destacaban unas cejas negras y espesas que se unían sobre la nariz; sus estrechos labios parecían carecer de sangre. En su delantal de piel de cabra había manchas oscuras.

Los ojos negros se clavaron en Pazair. El juez nunca había soportado una mirada como aquélla, intensa, glacial, cortante como una daga. La resistió.

–Djui es el momificador oficial –explicó el teniente de carro.

El interpelado inclinó la cabeza.

–Seguidme, juez Pazair.

Djui se apartó para dejar pasar al oficial, seguido del magistrado, que descubrió el taller de embalsamado donde, sobre una mesa de piedra, se momificaban los cuerpos. Ganchos de hierro, cuchillos de obsidiana y piedras aguzadas colgaban de las paredes; en unos estantes había botes de aceite y de ungüentos, y sacos llenos de natrón, indispensable para las momificaciones.

De acuerdo con la ley, el momificador tenía que vivir fuera de la ciudad. Pertenecía a una casta temida, formada por seres salvajes y silenciosos.

Los tres hombres bajaron los primeros peldaños de la escalera que llevaba a un inmenso sótano. Estaban desgastados y resbaladizos. La antorcha que llevaba Djui vaciló. En el suelo había momias de distinto tamaño. Pazair tuvo un sobresalto.

–He recibido un informe referente al ex guardián en jefe de la esfinge –explicó el teniente–. La petición os fue enviada por error. En realidad, murió en un accidente.

–Un accidente terrible, en verdad.

–¿Por qué lo decís?

–Porque mató, por lo menos, a tres veteranos, si no más.

El oficial se encogió de hombros.

–No estoy al corriente.

–¿Circunstancias del drama?

–Faltan los detalles. El guardián en jefe fue hallado muerto en el lugar y su cadáver fue traído aquí. Por desgracia, un escriba se equivocó; en vez de ordenar la inhumación, solicitó un traslado. Simple error administrativo.

–¿Y el cuerpo?

–He querido enseñároslo para poner fin a tan lamentable asunto.

–Momificado, claro.

–Claro.

–¿El cuerpo ha sido depositado en el sarcófago?

El teniente pareció desconcertado. Miró al momificador, que inclinó negativamente la cabeza.

–Por lo tanto, los últimos ritos no se han celebrado –concluyó Pazair.

–Es cierto, pero...

–Pues bien, mostradme la momia.

Djui acompañó al juez y al oficial hasta lo más profundo del sótano. Designó los despojos del guardián en jefe, de pie en una cavidad, envueltos en vendas. Llevaban un número escrito en tinta roja.

El momificador enseñó al teniente la etiqueta que se fijaría en la momia.

–Ya sólo queda poner vuestro sello –sugirió el oficial al magistrado.

Djui se mantenía a espaldas de Pazair. La luz vacilaba cada vez más.

–Que esta momia permanezca aquí, teniente, y en el mismo estado. Si desaparece o se degrada, os consideraré responsable.

CAPÍTULO 15

–¿Podríais indicarme el lugar donde trabaja Neferet?
–Pareces preocupado –observó Branir.
–Es muy importante –insistió Pazair–. Tal vez tenga una prueba material, pero no puedo explotarla sin la ayuda de un médico.
–La vi ayer por la noche. Ha detenido brillantemente una epidemia de disentería y curado a treinta soldados en menos de una semana.
–¿Soldados? ¿Qué misión le habían confiado?
–Una jugarreta impuesta por Nebamon.
–Le daré una paliza que recordará toda su vida.
–¿Se adecuaría esto a los deberes de un juez?
–Ese tirano merece ser condenado.
–Se ha limitado a ejercer su autoridad.
–Sabéis muy bien que no. Decidme la verdad: ¿a qué nueva prueba la ha sometido ese incapaz?
–Al parecer se ha enmendado; Neferet ocupa un cargo farmacéutico.

Junto al templo de la diosa Sekhmet, unos laboratorios[35] farmacéuticos trabajaban con centenares de plantas que servían de base para las preparaciones magistrales. Entregas diarias garantizaban el frescor de las pociones expedidas a los médicos de ciudades y campiñas. Neferet vigilaba la buena ejecución de las recetas. Comparado con su anterior función, se trataba de un retroceso; Nebamon se lo había presentado como una fase obligatoria y un tiempo de descanso antes de tratar, otra vez, enfermos. Fiel a su línea de conducta, la joven no había protestado.
A mediodía, los farmacéuticos abandonaron el laboratorio y se dirigieron a la cantina, se discutía de buen grado entre colegas, se hablaba de nuevos remedios, se lamentaban los fracasos. Dos especialistas conversaban con la sonriente Neferet; Pazair estuvo seguro de que estaban cortejándola.
Su corazón latió más aprisa; se atrevió a interrumpirles.
–Neferet.
Ella se detuvo.
–¿Me buscabais?
–Branir me ha hablado de las injusticias que habéis sufrido. Me indignan.
–He tenido la suerte de curar. Lo demás no tiene importancia.
–Vuestra ciencia me es indispensable.
–¿Os sentís mal?

---

[35] Cerca de los templos se hallaban los laboratorios encargados de experimentar y fabricar distintos tipos de remedio. Su estudio está todavía en pañales, debido a las dificultades de traducción de los términos técnicos.

–Una investigación delicada que exige la colaboración de un médico. Sólo el dictamen de un experto, nada más.

Kem conducía el carro con mano segura. Su babuino, en cuclillas, evitaba mirar el camino. Neferet y Pazair estaban uno junto a otro, con las muñecas fijadas con correas a la caja del vehículo para evitar una caída. Sus cuerpos se rozaban al azar de los baches. Neferet parecía indiferente, pero Pazair experimentaba un goce tan secreto como intenso. Deseaba que el corto viaje fuera interminable y la pista cada vez más mala. Cuando su pierna derecha rozó la de la muchacha, no la retiró; temía una reprimenda, pero no se produjo. Estar tan cerca de ella, oler su perfume, creer que aceptaba el contacto... El sueño era sublime.

Dos soldados montaban guardia ante el taller de momificación.

–Soy el juez Pazair. Dejadnos pasar.

–Tenemos órdenes estrictas: no puede entrar nadie. El lugar está requisado.

–No podéis oponeros a la justicia. ¿Olvidáis,, acaso que estamos en Egipto?

–Nuestras órdenes...

–Apartaos.

El babuino se enderezó y mostró los colmillos. De pie con la mirada fija y los brazos doblados, estaba dispuesto a saltar. Kem soltaba poco a poco la cadena.

Los dos soldados cedieron. Kem abrió la puerta de una patada.

Sentado sobre la mesa de momificación, Djui comía pescado seco.

–Acompañadnos –ordenó Pazair.

Kem y el babuino, desconfiados, registraron la oscura estancia, mientras el juez y la médico bajaban al antro, iluminados por Djui.

–¡Qué horrible lugar! –murmuró Neferet–. ¡Y a mí eme me gusta tanto la luz!

–Para seros franco, tampoco yo me siento muy cómodo.

Sin modificar sus andares de siempre, el momificador recomo el camino habitual.

La momia no había sido desplazada; Pazair comprobó que nadie la había tocado.

–Éste es vuestro paciente, Neferet. Le quitaré las vendas bajo vuestro control.

El juez lo hizo precavidamente; apareció un amuleto en forma de ojo puesto en la frente. En el cuello, una profunda herida provocada, sin duda, por una flecha.

–Es inútil seguir adelante; ¿qué edad pensáis que tenía el difunto?

–Unos veinte años –estimó Neferet.

Mentmosé se preguntaba cómo resolver los problemas de circulación que envenenaban la vida cotidiana de los menfitas: demasiados asnos, demasiados bueyes, demasiados carros, demasiados vendedores ambulantes, demasiados pasmarotes llenaban las callejas e impedían el paso Cada año redactaba decretos, más inaplicables unos que otros, y ni siquiera los sometía al visir. Se limitaba a prometer mejoras en las que nadie creía. De vez en cuando una redada policial calmaba los ánimos; despejaban una calle en la que se prohibía

el estacionamiento durante unos días, se imponían multas a losinfractores y, luego, las malas costumbres prevalecían de nuevo.

Mentmosé cargaba las responsabilidades en los hombros de sus subordinados y se guardaba muy mucho de proporcionarles medios para eliminar las dificultades; manteniéndose por encima del follón y zambullendo en él a sus colaboradores preservaba su excelente reputación.

Cuando se le anunció la presencia del juez Pazair en la sala de espera, salió de su despacho para saludarle. Consideraciones de este tipo le valían muchas simpatías.

El sombrío rostro del magistrado no presagiaba nada bueno.

–Tengo una mañana muy ocupada, pero estoy dispuesto a recibiros.

–Creo que es indispensable.

–Parecéis trastornado.

–Lo estoy.

Mentmosé se rascó la frente. Llevó al juez a su despacho e hizo salir a su secretario particular. Tenso, se sentó en una soberbia silla con patas de toro. Pazair permaneció de pie. –Os escucho.

–Un teniente de carros me llevó a casa de Djui, el momificador oficial. Me mostró la momia del hombre que busco.

–¿El ex guardián en jefe de la esfinge? ¡Ha muerto, entonces!

–Al menos eso intentaban hacerme creer.

–¿Qué queréis decir?

–Como los últimos ritos no se habían celebrado, desenvolví la parte superior de la momia bajo el control de la médico Neferet. El cuerpo es el de un hombre de unos veinte años herido mortalmente por una flecha. Evidentemente, no se trata del veterano.

El jefe de la policía pareció estupefacto.

–Es una historia inverosímil.

–Además –prosiguió el juez imperturbable–, dos soldados han intentado impedirme el acceso al taller de embalsamado. Cuando he salido habían desaparecido.

–¿Cómo se llama el teniente de carros?

–Lo ignoro.

–Seria laguna.

–¿No creeréis que me ha mentido?

A regañadientes, Mentmosé asintió.

–¿Dónde está el cadáver?

–En casa de Djui, y bajo su custodia. He redactado un detallado informe; incluirá los testimonios de la médico Neferet, del momificador y de mi policía, Kem.

Mentmosé frunció el entrecejo.

–¿Estáis satisfecho con él?

–Es ejemplar.

–Su pasado no habla en su favor.

–Me ayuda eficazmente.

–Desconfiad.

–Volvamos a la momia, ¿os parece?

El jefe de la policía detestaba este tipo de situación en la que no dominaba el juego.

–Mis hombres irán a buscarla y la examinaremos; es preciso descubrir su identidad.

–También será necesario saber si estamos ante una muerte a causa de un enfrentamiento militar o de un crimen.

–¡Un crimen! ¿No lo pensaréis realmente?

–Por mi parte, prosigo la investigación.

–¿En qué dirección?

–Debo mantener silencio.

–¿Desconfiáis de mí?

–Inoportuna pregunta.

–Estoy tan perdido como vos en este embrollo. ¿No deberíamos trabajar de perfecto acuerdo?

–La independencia de la justicia me parece preferible.

La cólera de Mentmosé hizo temblar los muros de los locales de la policía. Cincuenta altos funcionarios fueron sancionados aquel mismo día y privados de numerosas ventajas materiales. Por primera vez desde su acceso a la cumbre de la jerarquía policial no había sido informado de modo correcto. ¿Aquel desfallecimiento supondría que su sistema estaba condenado? No se dejaría derribar sin lucha.

Lamentablemente, el ejército parecía ser el instigador de unos manejos cuyas razones seguían siéndole incomprensibles. Avanzar por aquel terreno suponía unos riesgos que Mentmosé no correría; si el general Asher, a quien sus recientes ascensos hacían intocable, era el cabeza pensante, el jefe de la policía no tenía oportunidad alguna de derribarla.

Dejar las manos libres a aquel ínfimo juez presentaba numerosas ventajas. Sólo se comprometía él mismo y, con el ardor de la juventud, no tomaba demasiadas precauciones. Corría el riesgo de forzar puertas prohibidas e infringir leyes que ignoraba. Siguiéndole de cerca, Mentmosé explotaría, desde la sombra, los resultados de su investigación.

Mejor convertirle en un aliado objetivo, hasta el día en que dejara de necesitarlo.

Pero seguía existiendo una irritante pregunta: ¿por qué aquella puesta en escena? Su autor había subestimado a Pazair, convencido de que la extrañeza del lugar, su clima asfixiante y la opresiva presencia de la muerte impedirían al juez inclinarse sobre la momia y le obligarían a eclipsarse tras haber puesto su sello. El resultado obtenido había sido inverso; lejos de perder el interés por el asunto, el magistrado había percibido su magnitud.

Mentmosé intentó tranquilizarse: la desaparición de un modesto veterano, titular de un puesto honorífico, no podía, de todos modos, hacer temblar el Estado. Sin duda se trataba de un crimen común, cometido por un soldado que era protegido por un militar de alto rango, Asher o alguno de sus acólitos. Tendría que huronear en aquella dirección.

CAPÍTULO 16

El primer día de primavera, Egipto honró a los muertos y los antepasados. Al salir de un invierno que, sin embargo, había sido clemente, las noches se hicieron de pronto frescas a causa del viento del desierto que soplaba a ráfagas. En todas las grandes necrópolis, las familias veneraron la memoria de los desaparecidos depositando flores en las capillas de las tumbas, que daban al exterior.

Ninguna frontera infranqueable separaba la vida de la muerte; por ello los vivos banqueteaban con los fallecidos, cuya alma se encarnaba en la llama de una lámpara. La noche se iluminó celebrando el encuentro del aquí y el más allá. En Abydos[36], la ciudad santa de Osiris, donde se celebraban los misterios de la resurrección, los sacerdotes colocaron pequeñas barcas en la superestructura de las tumbas para evocar el viaje hacia el paraíso.

Tras haber encendido hogueras ante las mesas de ofrenda de los principales templos de Menfis, el faraón se dirigió hacia Gizeh. Como cada año, en la misma fecha, Ramsés el Grande se preparaba para entrar solo en la gran pirámide y para recogerse ante el sarcófago de Keops. En el corazón del inmenso monumento, el rey obtenía la potencia necesaria para unir las Dos Tierras, el Alto y el Bajo Egipto, y hacerlas prósperas. Contemplaría la máscara de oro del constructor y el codo del mismo metal, inspirador de su acción. Cuando llegase el momento, tomaría en sus manos el testamento de los dioses y lo mostraría al país, durante el ritual de su regeneración.

La luna llena iluminaba la llanura donde se levantaban las tres pirámides.

Ramsés cruzó la puerta del recinto de Keops, colocada bajo la protección de un cuerpo de élite. El rey iba vestido sólo con un sencillo paño blanco y un ancho collar de oro.

Los soldados se inclinaron y corrieron los cerrojos. Ramsés el Grande cruzó el umbral de granito y recorrió la calzada ascendente, cubierta de losas calcáreas. Pronto estaría ante la entrada de la gran pirámide, de la que solamente él conocía el mecanismo secreto, que revelaría a su sucesor. El rey vivía cada año con mayor intensidad ese encuentro con Keops y el oro de inmortalidad. Reinar sobre Egipto era una tarea exaltante, pero abrumadora; los ritos daban al soberano la energía indispensable. Ramsés trepó lentamente por la gran galería y penetró en la sala del sarcófago, ignorando todavía que el centro energético del país se había transformado en un estéril infierno.

En los almacenes del puerto era día de fiesta; los barcos se adornaban con flores, la cerveza corría a chorros, los marinos bailaban con mozas acogedoras, algunos músicos ambulantes divertían a la numerosa muchedumbre. Pazair,

---

[36] Abydos, en el Egipto Medio, donde todavía puede visitarse un admirable templo de Osiris.

tras un breve paseo con su perro, se alejaba de aquella agitación cuando una voz conocida le llamó.

–¡Juez Pazair! ¿Os marcháis ya?

El rostro gordo y cuadrado de Denes, adornado con una fina barba blanca, emergió de una masa de juerguistas. El transportista empujó a sus vecinos y se unió al magistrado.

–¡Qué hermosa jornada! Todo el mundo se divierte, se olvidan las preocupaciones.

–No me gusta el ruido.

–Sois demasiado serio para vuestra edad.

–Es difícil modificar el propio carácter.

–La vida se encargará de ello.

–Parecéis muy alegre.

–Los negocios son buenos, mis mercancías circulan sin retraso y mi personal me obedece al pie de la letra: ¿de qué puedo quejarme?

–Parece que no me guardáis rencor.

–Cumplíais con vuestro deber, ¿qué puedo reprocharos?

Y además, ha llegado la buena noticia.

–¿Cuál?

–Con ocasión de la fiesta, varias condenas menores han sido anuladas por palacio. Una antigua costumbre menfita, más o menos olvidada. He tenido la suerte de figurar entre los beneficiarios.

Pazair palideció. Le costó dominar su cólera.

–¿Cómo lo habéis conseguido?

–Ya os lo he dicho: ¡la fiesta, sólo la fiesta! En vuestro expediente de acusación omitisteis incluir que mi caso debía escapar a esta clemencia. Sed buen jugador: habéis ganado pero yo no he perdido.

Voluble, Denes intentaba hacerle compartir su jovialidad.

–No soy vuestro enemigo, Pazair. En los negocios se adquieren, a veces, malas costumbres. Mi mujer y yo consideramos que habéis tenido razón dándonos una buena lección; la tendremos en cuenta.

–¿Sois sincero?

–Lo soy; perdonadme, me esperan.

Pazair se había mostrado impaciente y vanidoso, su prisa por impartir justicia le había hecho desdeñar la letra. Contrito, el juez vio cómo le cerraba el paso un desfile militar que dirigía, triunfante, el general Asher.

–Os he convocado, juez Pazair, para daros noticias de mi investigación.

Mentmosé estaba seguro de sí mismo.

–La momia es la de un joven recluta muerto en Asia durante una escaramuza; el soldado fue alcanzado por una flecha y murió en el acto. Debido a una homonimia casi total, su expediente se confundió con el del guardián en jefe de la esfinge. Los escribas responsables afirman ser inocentes; en realidad, nadie pretendió engañaros. Imaginamos una conspiración donde sólo había un error administrativo. ¿Escéptico? Hacéis mal. He verificado todos los puntos.

–No dudo de vuestra palabra.

–Lo celebro.

–Sin embargo, el guardián en jefe sigue sin ser encontrado.

–Extraño, lo admito. ¿Y si se ocultara para escapar a un control del ejército?

–Dos veteranos que estaban a sus órdenes murieron durante un accidente...

Pazair había hecho hincapié en ese término. Mentmosé se rascó el cráneo.

–¿Hay algo sospechoso?

–El ejército sabría algo y os hubiera avisado.

–De ningún modo. Este tipo de incidentes no me conciernen.

El juez intentaba poner al jefe de policía entre la espada y la pared. Según Kem, era capaz de urdir esa maquinación para proceder a una vasta purga en su propia administración, donde algunos funcionarios comenzaban a criticar sus métodos.

–No dramaticemos la situación. Este asunto es una concatenación de circunstancias desafortunadas.

–Dos veteranos y la esposa del guardián en jefe han muerto, y él ha desaparecido. Ésos son los hechos. ¿No podríais solicitar a las autoridades militares que os comunicaran su informe sobre el... accidente?

Mentmosé miró la punta de su pincel.

–Esta gestión se consideraría inconveniente. Al ejercito no le gusta la policía y...

–Yo mismo me encargaré de ello.

Los dos hombres se saludaron de un modo glacial.

–El general Asher acaba de marcharse a una misión en el extranjero –dijo el escriba del ejército al juez Pazair.

–¿Cuánto tiempo tardará en regresar?

–Secreto militar.

–¿Y a quién debo dirigirme, en su ausencia, para obtener un informe sobre el accidente ocurrido recientemente junto a la gran esfinge?

–Sin duda puedo ayudaros. ¡Ah, casi lo olvidaba! El general Asher me confió un documento para que os lo hiciera llegar cuanto antes. Puesto que estáis aquí, os lo daré en propia mano. Firmaréis en el registro.

Pazair quitó el cordel de lino que mantenía enrollado el papiro.

El texto narraba las lamentables circunstancias que habían provocado la muerte del guardián en jefe de la esfinge de Gizeh y de sus cuatro subordinados a consecuencia de una inspección rutinaria. Los cinco veteranos habían subido a la cabeza de la gigantesca estatua para comprobar el buen estado de la piedra y señalar eventuales degradaciones debidas al viento de arena. Uno de ellos, por torpeza, había resbalado y arrastrado a sus compañeros a una mala caída. Los veteranos habían sido inhumados en sus aldeas de origen, dos en el delta y dos en el Sur. Por lo que a los despojos del guardián en jefe se refiere, dado el carácter honorífico de su cargo, se conservaba en una capilla del ejército y se beneficiaría de una larga y cuidada momificación. Cuando regresara de Asia, el propio general Asher dirigiría los funerales.

Pazair firmó el registro reconociendo que había recibido el documento.

–¿Deben iniciarse otras formalidades? –preguntó el escriba.

–No será necesario.

Pazair lamentaba haber aceptado la invitación de Suti. Antes de enrolarse, su amigo quería festejar el acontecimiento en la más célebre casa de cerveza de Menfis. El juez pensaba sin cesar en Neferet, en aquel rostro solar que

iluminaba sus sueños. Perdido entre los juerguistas, maravillados por el lugar, Pazair no se interesaba por las bailarinas desnudas, jóvenes nublas de formas esbeltas.

Los clientes estaban sentados en muelles almohadones. Ante ellos, jarras de vino y de cerveza.

–Las pequeñas no deben tocarse –explicó Suti radiante–; están aquí para excitamos. Tranquilízate, Pazair; la patrona proporciona un anticonceptivo de excelente calidad, compuesto de espinas de acacia pulverizadas, miel y dátiles.

Todos sabían que las espinas de acacia contenían ácido láctico que destruía el poder fecundante del esperma; ya en sus primeros retozos amorosos, los adolescentes utilizaban este sencillo medio de entregarse al placer.

Unas quince muchachas, cubiertas con un velo de lino transparente, salieron de las pequeñas habitaciones dispuestas alrededor de la sala central. Muy maquilladas, con los ojos puestos de relieve por los afeites, los labios pintados de rojo, una flor de loto en las cabelleras sueltas, pesados brazaletes en las muñecas y en los tobillos, se aproximaron a los conquistados huéspedes. Se formaron por instinto las parejas y desaparecieron en las pequeñas habitaciones, aisladas unas de otras por medio de cortinas.

Pazair, que había rechazado los ofrecimientos de dos encantadoras danzarinas, permaneció solo, en compañía de Suti que no quería abandonarle.

Apareció una mujer de unos treinta años, cuya única vestidura era un cinturón de conchas y cuentas coloreadas.

Entrechocaron cuando la muchacha bailó con un ritmo lento, mientras tocaba la lira. Fascinado, Suti se fijó en sus tatuajes: una flor de lis en el muslo izquierdo, cerca del pubis, y un dios Bes por encima del vello negro de su sexo, para alejar las enfermedades venéreas. Tocada con una pesada peluca de rizos claros, Sababu, la propietaria de la casa de cerveza, era más fascinante que la más bella de sus mozas. Doblando sus largas piernas depiladas, dio unos pasos lascivos antes de realizar una serie de movimientos sin perder el ritmo de la melodía. Ungida con ládano[37], difundía un perfume hechizador.

Cuando se aproximó a ambos hombres, Suti no pudo controlar su pasión.

–Me gustas –le dijo la mujer–, y creo que yo te gusto.

–No abandonaré a mi amigo.

–Déjale en paz; ¿no ves que está enamorado? Su alma no está aquí. Ven conmigo.

Sababu llevó a Suti a la más espaciosa de las habitaciones. Le hizo sentarse en una cama baja, cubierta de cojines multicolores, se arrodilló y le besó. Él quiso tomarla por los hombros, pero la mujer le apartó dulcemente.

–Tenemos toda la noche, no te apresures. Aprende a contener tu placer, a hacerlo crecer en tus entrañas, a saborear el fuego que circula por tu sangre.

Sababu se quitó el cinturón de conchas y se tendió boca abajo.

–Dame un masaje en la espalda.

Suti se prestó al juego unos instantes; la visión de aquel cuerpo admirable cuidado con la mayor atención y el contacto con aquella piel perfumada le impidieron contenerse por más tiempo. Percibiendo la intensidad de su deseo, Sababu ya no se opuso. Mientras la cubría de besos, Suti le hizo el amor.

[37] Aroma extraído de una gomorresina.

–Me has dado placer. No te pareces a la mayoría de mis clientes; beben demasiado y se vuelven blandos y nacidos.
–No rendir homenaje a tus encantos sería un pecado contra el espíritu.
Suti le acariciaba los pechos, atento a la menor de sus reacciones; gracias a las sabias manos de su amante, Sababu recuperaba sensaciones ya olvidadas.
–¿Eres escriba?
–Pronto seré soldado. Antes de convertirme en héroe, quería conocer las más dulces aventuras.
–En ese caso, debo ofrecértelo todo.
Con los labios, con pequeñas caricias de su lengua, Sababu hizo renacer el deseo de Suti. Se enlazaron y, por segunda vez, gozaron juntos, soltando un grito. Recuperaron el aliento mientras se miraban a los ojos.
–Me has seducido, dulce ariete, pues amas el amor.
–¿Hay más bella ilusión?
–Pero tú eres real.
–¿Cómo te convertiste en patrona de una casa de cerveza?
–Por desprecio hacia los falsos nobles y hacia los grandes, de hipócritas discursos. Están, como tú y yo, sometidos a la exigencia de su sexo y sus pasiones. Si supieras...
–Cuéntame.
–¿Quieres, acaso, robarme mis secretos?
–¿Por qué no?
Pese a su experiencia, pese a tantos cuerpos de hombres, hermosos o feos, Sababu no podía resistir las caricias de su nuevo amante. Despertaba en ella la voluntad de vengarse de un mundo que tan a menudo la había humillado.
–Cuando seas un héroe, ¿te avergonzarás de mí?
–¡Al contrario! Estoy convencido de que recibes a muchos notables.
–No te equivocas.
–¡Qué divertido debe de ser...!
Sababu colocó un dedo en los labios del joven.
–Sólo lo sabe mi diario íntimo. Gracias a él, me mantengo serena.
–¿Anotas los nombres de tus clientes?
–Sus nombres, sus hábitos, sus confidencias.
–¡Un verdadero tesoro!
–Si me dejan tranquila, no lo utilizaré. Cuando sea vieja, leeré de nuevo mis recuerdos.
Suti se tendió sobre ella.
–Sigo sintiendo curiosidad. Dime, al menos, un nombre.
–Imposible.
–Para mí, sólo para mí.
El joven besó sus pezones. Estremeciéndose, ella se arqueó.
–Pondría hablarte de un modelo de virtudes. Cuando divulgue sus vicios, su carrera habrá terminado.
–¿Cómo se llama?
–Pazair.
Suti se apartó del suntuoso cuerpo de su amante.
–¿Qué misión te han encargado?
–Hacer correr rumores.
–¿Le conoces?
–Nunca le he visto.

–Te equivocas.
–¿Cómo...?
–Pazair es mi mejor amigo. Esta noche está en tu casa, pero sólo piensa en la mujer de la que está enamorado y en la causa que defiende. ¿Quién te ordenó ensuciarle?
Sababu guardó silencio.
–Pazair es un juez –prosiguió Suti–, el más honesto de los jueces. Renuncia a calumniarle; eres lo bastante poderosa como para que nadie te inquiete.
–No te prometo nada.

CAPÍTULO 17

Sentados uno junto a otro a orillas del Nilo, Pazair y Suti asistieron al nacimiento del día. Vencedor de las tinieblas y de la monstruosa serpiente que había intentado destruirlo durante su viaje nocturno, el nuevo sol brotó del desierto, ensangrentó el río e hizo que los peces saltaran de júbilo.

–¿Eres un juez serio, Pazair?

–¿De qué me acusas?

–Un magistrado demasiado aficionado a lo picante puede tener el espíritu confuso.

–Tú me arrastraste a esa casa de cerveza. Mientras tú retozabas, yo pensaba en mis expedientes.

–Más bien en tu amada, ¿no es cierto?

El río brillaba. La sangre del alba estaba desapareciendo para dar paso a los oros de la mañana.

–¿Cuántas veces has ido a ese antro de placeres prohibidos?

–Tú has bebido, Suti.

–¿De modo que nunca habías visto a Sababu?

–Nunca.

–Y, sin embargo, estaba dispuesta a decir a quien quisiera escucharla que figuras entre sus mejores clientes.

Pazair palideció. Pensaba menos en su reputación de juez, manchada para siempre, que en la opinión de Neferet.

–¡La han sobornado!

–Eso es.

–¿Quién?

–Hemos hecho tan bien el amor que siente afecto por mí. Me ha hablado de la conspiración en la que estaba mezclada, pero no de quien la paga. A mi entender, es fácil de identificar; son los métodos habituales del jefe de la policía, Mentmosé.

–Me defenderé.

–Es inútil. La he convencido de que se calle.

–No soñemos, Suti. A la primera ocasión, nos traicionará, a ti y a mí.

–No estoy seguro de eso. Esa muchacha tiene moral.

–Permíteme que sea escéptico.

–En ciertas circunstancias, una mujer no miente.

–De todos modos, quiero hablar con ella.

Poco antes de mediodía, el juez Pazair se plantó ante la puerta de la casa de cerveza, en compañía de Kem y del babuino. Aterrorizada, una joven nubla se ocultó bajo los almohadones; una de sus colegas, menos miedosa, se atrevió a enfrentarse con el magistrado.

–Quiero ver a la propietaria.

–Sólo soy una empleada, y...
–¿Dónde está Sababu? No mintáis. Un falso testimonio os llevaría a la cárcel.
–Si os lo digo, me pegará.
–Si calláis, os acusaré de entorpecer la justicia.
–¡No he hecho nada malo!
–Todavía no os he acusado; decidme la verdad.
–Se ha marchado a Tebas.
–¿Una dirección?
–No.
–¿Cuándo volverá?
–Lo ignoro.

Por lo tanto, la prostituta había preferido huir y ocultarse.

A partir de ahora, el juez estaría en peligro al menor paso en falso. Desde las sombras se actuaba contra él. Alguien, Mentmosé sin duda, había pagado a Sababu para que le ensuciara. Si la prostituta cedía a la amenaza, no vacilaría en difamarle. El juez sólo debía su provisional salvación al poder de seducción de Suti.

A veces, estimó Pazair, echar una cana al aire no era del todo condenable.

Tras una larga reflexión, el jefe de la policía había tomado una decisión preñada de consecuencias: solicitar una audiencia privada al visir Bagey. Nervioso, había repetido varias veces su declaración ante un espejo de cobre para estudiar las expresiones de su rostro. Conocía, como todos, la intransigencia del primer ministro de Egipto. Avaro en palabras, a Bagey le horrorizaba perder el tiempo. Su función le obligaba a recibir cualquier queja, viniera de donde viniese, siempre que estuviera fundada. Importunos, falsificadores y mentirosos lamentaban amargamente sus gestiones. Frente al visir, cada palabra y cada actitud contaban.

Mentmosé fue a palacio a última hora de la mañana. A las siete, Bagey se había entrevistado con el rey; luego había dado directrices a sus principales colaboradores y consultado los informes procedentes de provincias. Más tarde se había abierto su audiencia cotidiana, durante la que se habían tratado los múltiples asuntos que los demás tribunales no habían podido resolver. Antes de un frugal almuerzo, el visir aceptaba algunas entrevistas privadas, cuando la urgencia las justificaba.

Recibió al jefe de la policía en un austero despacho, cuya desnuda decoración no reflejaba la grandeza de su cargo: silla con respaldo, estera, arcones para archivo y casilleros para papiros. Si Bagey no hubiera vestido una larga túnica de grueso tejido, de la que sólo salían los hombros, habría parecido un simple escriba. De su cuello colgaba un collar con un enorme corazón de cobre que evocaba su inagotable capacidad de recibir demandas y quejas.

El visir Bagey, de sesenta años, era un hombre de cuerpo rígido, alto, encorvado, con un rostro largo y devorado por una nariz prominente, los cabellos rizados y los ojos azules. No había practicado ningún deporte; su piel temía el sol. Sus manos, finas y elegantes, tenían el sentido del dibujo; tras haber sido artesano, se había convertido en profesor de la sala de escritura, luego en experto geómetra. Advertido por palacio, había sido nombrado geómetra en jefe, juez principal de la provincia de Menfis, decano del porche y,

finalmente, visir. Muchos cortesanos habían intentado, en vano, cogerle en falta; temido y respetado, Bagey pertenecía al linaje de los grandes visires que, desde Imhotep, mantenían Egipto en el recto camino. A veces se le reprochaba la severidad de sus sentencias y su inflexible aplicación, pero nadie discutía que fueran merecidas.

Hasta entonces, Mentmosé se había limitado a obedecer las órdenes del visir y a no disgustarle. Aquel encuentro le incomodaba.

El visir, fatigado, parecía dormitar.

–Os escucho, Mentmosé. Sed breve.

–No será tan sencillo...

–Simplificadlo.

–Varios veteranos murieron en un accidente al caer de la gran esfinge.

–¿Investigación administrativa?

–La hizo el ejército.

–¿Anomalías?

–No lo parece. No he consultado los documentos oficiales, pero...

–Pero vuestros contactos os han permitido conocer su contenido. Eso no es muy correcto, Mentmosé.

El jefe de la policía temía aquel ataque.

–Son antiguas costumbres.

–Habrá que modificarlas. Y, si no hay anomalías, ¿cuál es la razón de vuestra visita?

–El juez Pazair.

–¿Un magistrado indigno?

La voz de Mentmosé se hizo más gangosa.

–No hago acusación alguna, me preocupa su comportamiento.

–¿Acaso no respeta la ley?

–Está convencido de que la desaparición del guardián en jefe, un veterano de excelente reputación, se produjo en circunstancias anormales.

–¿Tiene pruebas?

–Ninguna. Tengo la sensación de que ese joven juez quiere sembrar cierta agitación para ir forjándose una reputación. Deploro esa actitud.

–Lo celebro, Mentmosé. Y, sobre el fondo del asunto, ¿cuál es vuestra opinión?

–No tiene mucho valor.

–Al contrario. Estoy impaciente por conocerla.

La trampa se había abierto de par en par.

Al jefe de la policía le horrorizaba comprometerse en un sentido u otro, por miedo a que le reprocharan una toma de posición clara.

El visir abrió los ojos. Su mirada, azul y fría, atravesaba el alma.

–Es probable que ningún misterio rodee la muerte de esos infelices, pero conozco mal el expediente y no puedo pronunciarme de modo definitivo.

–Si el propio jefe de la policía duda, ¿por qué no va a mostrarse dubitativo un juez? Su primer deber es no admitir las verdades fabricadas.

–Naturalmente –murmuró Mentmosé.

–No se nombra a un incapaz para un cargo en Menfis; sin duda, Pazair llamó la atención por sus cualidades.

–La atmósfera de una gran ciudad, la ambición, el manejo de poderes excesivos... ¿No soporta ese joven responsabilidades demasiado pesadas?

–Ya lo veremos –decidió el visir–; si es así, le destituiré. Mientras, dejemos que prosiga. Cuento con vos para ayudarle.

Bagey echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Convencido de que le observaba a través de sus entornados párpados, Mentmosé se levantó, se inclinó y salió, reservando la cólera para sus servidores.

Sólido, fornido, con la piel tostada por el sol, Kani se presentó en el despacho del juez Pazair poco después del alba. Se sentó ante la puerta cerrada, junto a *Viento del Norte*. Un asno era el sueño de Kani. Le ayudaría a llevar las pesadas cargas y aliviaría su espalda, torturada por el peso de las jarras de agua, vertidas una a una para regar el huerto. Como *Viento del Norte* abría de par en par sus orejas, le habló de las jornadas siempre iguales, de su amor por la tierra, del cuidado con que excavaba las acequias para el riego, del placer de ver crecer las plantas.

Sus confidencias fueron interrumpidas por Pazair, que se mantenía alerta.

–¿Kani... deseabais verme?

El jardinero inclinó la cabeza afirmativamente.

–Entrad.

Kani vaciló. El despacho del juez le asustaba, igual que la ciudad. Se sentía incómodo lejos del campo. Demasiado ruido, demasiados hedores nauseabundos, demasiados horizontes cerrados. Si su porvenir no hubiera estado en juego, jamás se habría aventurado por las callejas de Menfis.

–Me he perdido diez veces –explicó.

–¿Nuevos problemas con Qadash?

–Sí.

–¿De qué os acusa? ! –Quiero marcharme pero él se niega.

–¿Marcharos?

–Este año, mi huerto ha producido tres veces más legumbres que la cantidad fijada. En consecuencia, puedo convertirme en trabajador independiente.

–Es legal.

–Qadash lo niega.

–Describidme vuestro pedazo de tierra.

El médico en jefe recibió a Neferet en el sombreado parque de su suntuosa mansión. Sentado bajo una acacia florida, bebía vino rosado, fresco y ligero. Un servidor le abanicaba.

–¡Bella Neferet, qué feliz soy de veros!

La muchacha, vestida de un modo austero, llevaba una peluca corta, a la antigua.

–Venís muy severa hoy; ¿no está este vestido pasado de moda?

–Me habéis interrumpido en mi trabajo del laboratorio; me gustaría conocer la razón de vuestra convocatoria.

Nebamon ordenó a su servidor que se alejara. Seguro de su encanto, convencido de que la belleza del lugar agradaría a Neferet, estaba dispuesto a ofrecerle una última oportunidad.

–No os caigo simpático.

–Espero vuestra respuesta.

–Disfrutad de tan magnífica jornada, de este delicioso vino, del paraíso donde vivimos. Sois bella e inteligente, más dotada para la medicina que el más experimentado de nuestros facultativos. Pero no tenéis fortuna ni experiencia; si no os ayudo, vegetaréis en una aldea. Al principio, vuestra fuerza moral os permitirá superar la prueba; pero cuando llegue la madurez, lamentaréis vuestra pretendida pureza. Una carrera no se edifica sobre un ideal, Neferet.

Con los brazos cruzados, la muchacha contemplaba el estanque donde unos patos retozaban entre los lotos.

–Aprenderéis a amarme, a mí y a mi modo de actuar.

–Vuestras ambiciones no me conciernen.

–Sois digna de convertiros en la esposa del médico en jefe de la corte.

–Desengañaos.

–Conozco bien a las mujeres.

–¿Estáis seguro?

La zalamera sonrisa de Nebamon se crispó.

–¿Olvidáis, acaso, que soy dueño de vuestro porvenir?

–Está en manos de los dioses, no en las vuestras.

Nebamon se levantó, con el rostro grave.

–Dejad a los dioses y preocupaos de mí.

–No contéis con ello.

–Es mi última advertencia.

–¿Puedo regresar al laboratorio?

–Según los informes que acabo de recibir, vuestros conocimientos en farmacología son insuficientes.

Neferet no perdió los nervios; separó los brazos y miró a su acusador.

–Sabéis muy bien que es falso.

–Los informes son formales.

–¿Sus autores?

–Farmacéuticos que aprecian su cargo y merecen un ascenso por su atención. Si sois incapaz de preparar remedios complejos, no tengo derecho a integraros en un cuerpo de élite. Supongo que sabéis lo que eso significa. La imposibilidad de ascender en la jerarquía. Os estancaréis y no podréis utilizar los mejores productos de los laboratorios; dependen de mí y su acceso os será prohibido.

–Estáis condenando a los enfermos.

–Confiaréis vuestros pacientes a colegas más competentes que vos. Cuando la mediocridad de vuestra existencia sea demasiado pesada, os arrastraréis a mis pies.

La silla de manos de Denes le dejó ante la mansión de Qadash precisamente cuando el juez Pazair se dirigía al portero.

–¿Dolor de muelas? –preguntó el transportista.

–Problema jurídico.

–¡Mejor para vos! Yo tengo una desencarnadura. ¿Tiene problemas Qadash?

–Unos detalles que resolver.

El dentista de las manos rojas saludó a sus clientes.

–¿Por quién debo comenzar?

–Denes es vuestro paciente. Por mi parte, vengo a resolver el asunto de Kani.

–¿Mi jardinero?

–Ya no lo es. Su trabajo le da derecho a la independencia.

–¡Tonterías! Es mi empleado y seguirá siéndolo.

–Poned vuestro sello en este documento. –Me niego.

La voz de Qadash temblaba. –En ese caso, iniciaré un procedimiento contra vos.

Denes intervino.

–¡No nos pongamos nerviosos! Deja marchar al jardinero, Qadash; te procuraré otro.

–Es una cuestión de principios –protestó el dentista.

–¡Mejor es un buen arreglo que un mal proceso! Olvida a ese Kani.

Refunfuñando, Qadash siguió los consejos de Denes.

Letópolis era una pequeña ciudad del delta rodeada de trigales; su colegio de sacerdotes se consagraba a los misterios del dios Horus, el halcón de alas tan vastas como el cosmos. Neferet fue recibida por el superior, un amigo de Branir, al que no había ocultado su expulsión del cuerpo de médicos oficiales. El dignatario le dio acceso a la capilla que contenía una estatua de Anubis, dios con cuerpo de hombre y cabeza de chacal, que había revelado los secretos de la momificación y abría a las almas de los justos las puertas del otro mundo. Transformaba la carne inerte en cuerpo de luz. Neferet rodeó la estatua; sobre el pilar dorsal se había inscrito un largo texto jeroglífico, verdadero tratado de medicina consagrado al tratamiento de las enfermedades infecciosas y a la purificación de la linfa. Lo grabó en su memoría. Branir había decidido transmitirle un arte de curar al que Nebamon nunca tendría acceso.

La jornada había sido agotadora. Pazair se relajaba disfrutando de la paz del anochecer en la terraza de Branir. *Bravo*, que había vigilado el despacho, gozaba también de un merecido descanso. La luz agonizante atravesaba el firmamento y corría hasta las extremidades del cielo.

–¿Ha progresado tu investigación? –preguntó Branir.

–El ejército intenta impedirla. Además, conspiran contra mí.

–¿El instigador?

–¿Cómo no sospechar del general Asher?

–No tengas ideas preconcebidas.

–Un montón de documentos administrativos, que debo controlar, me impide moverme. Probablemente debo esa abundancia a Mentmosé. He renunciado al viaje que había previsto.

–El jefe de la policía es un personaje temible. Ha destruido muchas carreras para fortalecer la suya.

–Al menos he hecho feliz a alguien, al jardinero Kani. Ha abandonado Menfis y se ha instalado en el Sur como trabajador libre.

–Fue uno de mis proveedores de plantas medicinales. Un carácter difícil, pero le gusta su oficio. A Qadash no le habrá gustado tu intervención.

–Escuchó los consejos de Denes y se inclinó ante la ley.

–Prudencia obligada.

–Denes afirma haber aprendido la lección.
–Ante todo es un comerciante.
–¿Creéis en la sinceridad de su cambio?
–La mayoría de los hombres se comportan en función de sus intereses.
–¿Habéis visto a Neferet?
–Nebamon no suelta su presa. Le ha ofrecido el matrimonio.
Pazair palideció. *Bravo*, advirtiendo en seguida la turbación de su dueño, levantó los ojos hacia él.
–¿Y le ha... rechazado?
–Neferet es tierna y dulce, pero nadie la obligará a actuar contra su gusto.
–Le ha rechazado, ¿no es cierto?
Branir sonrió.
–¿Puedes imaginar siquiera una pareja formada por Nebamon y Neferet?
Pazair no ocultó su alivio. Tranquilizado, el perro volvió a dormirse.
–Nebamon quiere someterla –prosiguió Branir–. Apoyándose en falsos informes, ha decretado su incompetencia y la ha expulsado del cuerpo de médicos oficiales.
El juez apretó los puños.
–Atacaré esos falsos testimonios.
–No tienes ninguna posibilidad; muchos médicos y farmacéuticos están a sueldo de Nebamon y apoyarán sus mentiras.
–Debe estar desesperada...
–Ha decidido abandonar Menfis e instalarse en un pueblo, cerca de Tebas.

CAPÍTULO 18

–Nos vamos a Tebas –anunció Pazair a *Viento del Norte*.

El asno recibió la noticia con satisfacción. Cuando el escribano Iarrot advirtió los preparativos del viaje, se preocupó.

–¿Una larga ausencia?

–Lo ignoro.

–¿Dónde podré encontraros en caso de necesidad?

–Dejad que los expedientes esperen.

–Pero...

–E intentad ser puntual; vuestra hija no sufrirá por ello.

Kem vivía cerca del arsenal, en un edificio de dos pisos donde se habían dispuesto una decena de viviendas de dos y tres habitaciones. El juez había elegido el día de descanso del nubio esperando encontrarle en el nido.

El babuino, con la mirada fija, abrió la puerta.

La estancia principal estaba llena de cuchillos, de lanzas y hondas. El policía reparaba un arco.

–¿Vos aquí?

–¿Está lista vuestra bolsa?

–¿No habíais renunciado a desplazaros?

–He cambiado de opinión.

–A vuestras órdenes.

Suti había manejado la honda, la lanza, el puñal, la maza, el garrote, el hacha, el escudo rectangular de madera durante tres días con bastante destreza. Había demostrado la seguridad de un soldado veterano y despertó la admiración de los oficiales encargados de encuadrar a los futuros reclutas.

Tras el período de prueba, los candidatos a la vida militar habían sido reunidos en el gran patio del cuartel principal de Menfis. En uno de los lados estaban los compartimentos de los caballos, que contemplaban el espectáculo intrigados; en el centro, un enorme depósito de agua. Suti había visitado los establos, construidos sobre pavimento de guijarros cruzados por regueras que daban salida a las aguas residuales. Los jinetes y los conductores de carros cepillaban a sus caballos; bien alimentados, limpios, cuidados, gozaban de las mejores condiciones de existencia. El joven había apreciado también el alojamiento de los soldados, sombreado por una hilera de árboles.

Pero seguía siendo alérgico a la disciplina: Tres días de órdenes y ladridos de los mandos subalternos le habían hecho perder la afición a la aventura de uniforme. La ceremonia de reclutamiento se celebraba de acuerdo con reglas precisas; dirigiéndose a los voluntarios, un oficial intentaba convencerlos descubriendo los placeres que gozarían en las filas del ejército. Seguridad,

respetabilidad y jubilación confortable eran las principales ventajas. Unos abanderados levantaban los estandartes de los principales regimientos, dedicados a los dioses Amón, Ra, Ptah y Seth.

Un escriba real se disponía a anotar en su registro los nombres de los enrolados. Tras él se amontonaban serones llenos de vituallas; los generales ofrecerían un banquete durante el que se consumiría buey, aves, legumbres y fruta.

–La gran vida –murmuró uno de los compañeros de Suti.

–No para mí.

–¿Renuncias?

–Prefiero la libertad.

–¡Estás loco! Según el capitán, eres el mejor de la promoción. Te habrían dado un buen puesto para empezar.

–Busco la aventura, no el alistamiento.

–Yo en tu lugar lo pensaría.

Un mensajero de palacio que llevaba un papiro atravesó el gran patio con pasos presurosos. Mostró el documentó al escriba real. Éste se levantó y dio unas breves órdenes. En menos de un minuto, todas las puertas del cuartel estuvieron cerradas.

De entre los voluntarios brotaron algunos murmullos.

–Calma –exigió el oficial que había pronunciado el lenificativo discurso–. Acabamos de recibir instrucciones. Por decreto del faraón, todos estáis enrolados. Unos irán a los cuarteles de provincias, otros partirán mañana mismo a Asia.

–Estado de emergencia o guerra –comentó el compañero de Suti.

–Me importa un bledo.

–No hagas el idiota. Si intentas huir, te considerarán un desertor.

El argumento no carecía de peso. Suti evaluó sus posibilidades de saltar el muro y desaparecer en las callejas vecinas: nulas. Ya no estaba en la escuela de los escribas, sino en un cuartel poblado de arqueros y hombres hábiles con la lanza.

Uno a uno, los alistados, de buen o mal grado, pasaron ante el escriba real. Como los demás militares, había cambiado su agradable sonrisa por una expresión huraña.

–Suti... excelentes resultados. Destino: ejército de Asia. Serás arquero junto al oficial de cargo. Partida, mañana al alba. El siguiente.

Suti vio su nombre inscrito en una tablilla. Ahora, desertar se hacía imposible, a menos que permaneciera en el extranjero y no viera nunca más Egipto ni a Pazair. Estaba condenado a convertirse en héroe.

–¿Estaré a las órdenes del general Asher?

El escriba levantó sus ojos irritados.

–He dicho: el siguiente.

Suti recibió una camisa, una túnica, un manto, una coraza, grebas de cuero, un casco, un hacha pequeña de doble filo y un arco de madera de acacia, mucho más grueso en el centro. De un metro setenta de largo, difícil de tensar, el arma lanzaba flechas a sesenta metros en tiro directo y a ciento ochenta metros en tiro parabólico.

–¿Y el banquete?

–Aquí tienes pan, una libra de carne seca, aceite e higos –repuso el oficial de intendencia–. Come, saca agua de la cisterna y duerme. Mañana probarás el polvo.

En el barco que bogaba hacia el sur sólo se hablaba del decreto de Ramsés el Grande, ampliamente difundido por numerosos heraldos. El faraón había ordenado purificar todos los templos, inventariar todos los tesoros del país, evaluar el contenido de los graneros y las reservas públicas, doblar las ofrendas a los dioses y preparar una expedición militar a Asia.

El rumor había ampliado esas medidas anunciando un inminente desastre, disturbios armados en las ciudades, revueltas en las provincias y una nueva invasión hitita. Pazair, como los demás jueces, tenía que velar por el mantenimiento del orden público.

–¿No habría sido mejor quedarse en Menfis? –preguntó Kem.

–Nuestro viaje será breve. Los alcaldes de los pueblos nos dirán que los dos veteranos, víctimas de un accidente, fueron momificados e inhumados.

–No sois muy optimista.

–Cinco caídas mortales: ésa es la verdad oficial.

–Pero no la creéis.

–¿Y vos?

–¿Qué importa? Si estalla una guerra, volverán a llamarme.

–Ramsés defiende la paz con los hititas y los principa– dos de Asia.

–Nunca renunciarán a invadir Egipto.

–Nuestro ejército es demasiado fuerte.

–¿Por qué esa expedición y esas extrañas medidas?

–Estoy perplejo. Tal vez algún problema de seguridad interior.

–El país es rico y feliz, el rey goza del afecto de su pueblo, todos comen hasta satisfacer su hambre y los caminos son seguros. No nos amenaza ningún desorden.

–Tenéis razón, pero la opinión del faraón parece algo distinta.

El aire azotaba sus mejillas; con la vela arriada, el barco utilizaba la corriente. Decenas de embarcaciones circulaban por el Nilo, en ambos sentidos, obligando al capitán y a su tripulación a una permanente vigilancia.

A un centenar de kilómetros al sur de Menfis, una rápida embarcación de la policía fluvial los abordó ordenando detener su marcha. Un policía se agarró a un cabo y saltó a cubierta.

–¿Está el juez Pazair entre los pasajeros?

–Aquí estoy.

–Debo devolveros a Menfis.

–¿Por qué razón?

–Han presentado una denuncia contra vos.

Suti fue el último que se levantó y vistió. El responsable del barracón le acució para que recuperase su retraso.

El joven había soñado con Sababu, en sus caricias y besos. Ella le había ofrecido insospechados senderos de goce que estaba decidido a explorar de nuevo, sin aguardar demasiado.

Ante la envidiosa mirada de los demás reclutas, Suti montó a un carro de guerra, desde el que le llamaba un teniente de unos cuarenta años e impresionante musculatura.

–Sujétate bien, muchacho –recomendó con voz muy grave.

Suti apenas había tenido tiempo de pasar su muñeca izquierda por una correa cuando el teniente lanzó sus caballos a toda velocidad. El carro fue el primero que salió del cuartel y se dirigió hacia el norte.

–¿Has combatido ya, pequeño?

–Contra unos escribas.

–¿Los mataste?

–No lo creo.

–No te desesperes: voy a ofrecerte algo mucho mejor.

–¿Adonde vamos?

–¡Contra el enemigo y en cabeza! Atravesamos el delta, seguimos por la costa y nos cargamos al sirio y al hitita. A mi entender, ese decreto será bastante bueno. Hace mucho tiempo que no he pisoteado a uno de esos bárbaros. Tensa tu arco.

–¿No pensáis aminorar?

–Un buen arquero da en el blanco en las peores condiciones.

–¿Y si fallo?

–Cortaré la correa que te sujeta a mi carro morderás el polvo.

–Sois duro.

–Diez campañas en Asia, cinco heridas, dos veces el oro de los valientes como recompensa, felicitaciones del mismo Ramsés, ¿tienes bastante?

–¿No tengo derecho al error?

–O ganas o pierdes.

Convertirse en héroe iba a ser más difícil de lo previsto.

Suti respiró a fondo, tensó al máximo su arco, olvidó el carro, los traqueteos, el camino lleno de baches.

–¡Dale al árbol, ahí delante!

La flecha partió hacia el cielo, describió una graciosa curva y se clavó en el tronco de la acacia, a cuyos pies pasó el carro como una centella.

–¡*Bravo*, pequeño! Suti soltó un largo suspiro.

–¿De cuántos arqueros os habéis librado?

–¡Ya ni los cuento! Me horrorizan los aficionados. Esta noche, te invito a beber.

–¿En la tienda?

–Los oficiales y sus ayudantes tienen derecho al albergue

–¿Y... a mujeres? El teniente obsequió a Suti con un formidable puñetazo en la espalda.

–¡Eres todo un tipo, has nacido para el ejército! Tras el vino, haremos una juerga que nos vaciará las bolsas.

Suti besó su arco. La suerte seguía sin abandonarle.

Pazair había subestimado la capacidad de reacción de sus enemigos. Por una parte, querían impedir que abandonara Menfis e investigara en Tebas; por otra, arrebatarle su calidad de juez para interrumpir definitivamente sus investigaciones. Por lo tanto, era efectivamente un crimen, tal vez varios, lo que Pazair intentaba desentrañar.

Lamentablemente, era demasiado tarde.
Como temía, Sababu, criatura del jefe de la policía, le había acusado de libertinaje. La corporación de magistrados condenaría la disoluta existencia de Pazair, incompatible con su función.
Kem entró en el despacho con la cabeza gacha.
–¿Habéis encontrado a Suti?
–Ha sido alistado en el ejército de Asia.
–¿Se ha marchado?
–Como arquero en un carro de guerra.
–Mi único testigo de descargo y es inaccesible.
–Puedo sustituirle.
–Me niego, Kem. Demostrarán que no estabais en casa de Sababu y seréis condenado por falso testimonio.
–¡Me indigna ver cómo os calumnian!
–Hice mal al levantar el velo.
–Si nadie, ni siquiera un juez, puede proclamar la verdad, ¿cómo vivir entonces?
La pesadumbre del nubio era conmovedora.
–No renunciaré, Kem, pero no tengo ninguna prueba.
–Os cerrarán la boca.
–No callaré.
–Estaré a vuestro lado con mi babuino.
Los dos hombres se dieron un abrazo.

El proceso se celebró bajo el porche de madera levantado ante palacio dos días después del regreso del juez Pazair. La rapidez del procedimiento se explicaba por la personalidad del acusado; que un magistrado fuera sospechoso de haber violado la ley merecía un examen inmediato.
Pazair no esperaba indulgencia del decano del porche; quedó estupefacto, sin embargo, ante la magnitud de la conspiración cuando descubrió a los miembros del jurado; el transportista Denes, su esposa Nenofar, el jefe de la policía, Mentmosé, un escriba de palacio y un sacerdote del templo de Ptah. Sus enemigos tenían la mayoría, unanimidad tal vez si el escriba y el sacerdote eran comparsas.
El decano del porche estaba al fondo de la sala de audiencia, con el cráneo afeitado, el rostro huraño, y vestido con un mandil. A sus pies, un codo de madera de sicómoro evocaba la presencia de Maat. Los jurados estaban a su izquierda; a su derecha, un escribano. Detrás de Pazair, muchos curiosos.
–¿Sois el juez Pazair?
–Destinado a Menfis.
–¿En vuestro personal figura un escribano llamado Iarrot?
–Es cierto.
–Que comparezca la demandante.
¡Iarrot y Sababu, insólita alianza! De modo que había sido traicionado por su colaborador más cercano.
Pero no fue Sababu la que avanzó por la sala de audiencia, sino una morenita de corta estatura, robustas formas y rostro desagradable.
–¿Sois la esposa del escribano Iarrot?
–Lo soy –afirmó ella con voz agria y sin inteligencia.

–Habláis bajo juramento. Formulad vuestras acusaciones.

–Mi marido bebe cerveza, demasiada cerveza, sobre todo por la noche. Desde hace una semana me insulta y me pega ante nuestra hija. La pequeña tiene miedo. He recibido algunos golpes; un médico ha comprobado las marcas.

–¿Conocéis al juez Pazair?

–Sólo de nombre.

–¿Qué pedís al tribunal?

–Que mi marido y su jefe, responsable de su moralidad, sean condenados. Quiero dos vestidos nuevos, diez sacos de grano y cinco ocas asadas. El doble si Iarrot vuelve a pegarme.

Pazair estaba pasmado.

–Que comparezca el acusado principal.

Apesadumbrado, Iarrot obedeció. Con el rostro más rubicundo que de costumbre, torpe, presentó su defensa.

–Mi mujer me provoca, se niega a preparar las comidas. Le pegué sin querer. Una desgraciada reacción. Tienen que comprenderme: trabajo mucho con el juez Pazair, los horarios son implacables, la cantidad de expedientes que deben cursarse exigiría la presencia de otro escribano.

–¿Alguna objeción, juez Pazair?

–Estas afirmaciones no son exactas. Tenemos mucho trabajo, es cierto, pero he respetado la personalidad del escribano Iarrot, he admitido sus dificultades familiares y le he permitido horarios flexibles.

–¿Algún testigo a vuestro favor?

–La gente del barrio, supongo.

El decano del porche se dirigió a Iarrot.

–¿Debemos hacer que comparezcan? ¿Discutís la opinión del juez Pazair?

–No, no... Pero, de todos modos, la culpa no es mía.

–Juez Pazair, ¿sabíais que vuestro escribano pegaba a su esposa?

–No.

–Sois responsable de la moralidad de vuestro personal.

–No lo niego.

–Por negligencia, habéis omitido verificar las aptitudes morales de Iarrot.

–No he tenido tiempo.

–La única palabra exacta es negligencia.

El decano del porche tenía a Pazair a su merced. Preguntó a los protagonistas si deseaban tomar de nuevo la palabra; sólo la esposa de Iarrot, excitada, reiteró sus acusaciones.

El jurado se reunió.

Pazair tenía casi ganas de reír. ¿Cómo iba a imaginar que sería condenado por una querella doméstica? La abulia de Iarrot y la estupidez de su mujer eran unas trampas imprevisibles, aprovechadas por sus adversarios. Se respetarían las formas jurídicas y el joven juez sería apartado sin golpe de fuerza.

La deliberación duró menos de una hora.

El decano del porche, gruñendo como siempre, dio su resultado.

–Por unanimidad, el escribano Iarrot es reconocido culpable de mala conducta para con su mujer. Es condenado a ofrecer a la víctima lo que exige y a recibir treinta bastonazos. Si reincide, se decretará inmediatamente el divorcio a su costa. ¿Protesta el acusado contra la sentencia?

Feliz por salir tan bien librado, Iarrot ofreció la espalda al ejecutor del castigo. El derecho egipcio no bromeaba con los brutos que maltrataban a una mujer. El escribano gimió y lloriqueó; un policía se lo llevó a la enfermería del barrio.

–Por unanimidad –prosiguió el decano del porche–, el juez Pazair es declarado inocente. El tribunal recomienda que no despida a su escribano y le conceda la oportunidad de enmendarse.

Mentmosé se limitó a saludar a Pazair. Tenía prisa, debía actuar en otro jurado que juzgaba a un ladrón. Denes y su esposa felicitaron al magistrado.

–Era una acusación grotesca –dijo la señora Nenofar, cuyo vestido multicolor era la comidilla de todo Menfis.

–Cualquier tribunal os habría absuelto –declaró Denes enfático–. En Menfis necesitamos un juez como vos.

–Es cierto –reconoció Nenofar–. El comercio sólo se desarrolla en una sociedad apacible y justa. Vuestra firmeza nos impresionó mucho; a mi marido y a mí nos gustan los hombres valerosos. En adelante, os consultaremos si hay alguna duda jurídica en la dirección de nuestros negocios.

CAPÍTULO 19

Tras un rápido y tranquilo viaje, el barco que transportaba al juez Pazair, a su asno, a su perro, a Kem, al babuino policía y a alguos pasajeros llegó a la vista de Tebas.

Todos guardaron silencio.

En la orilla izquierda, los templos de Karnak y de Luxor desplegaban sus divinas arquitecturas. Tras los altos muros, a cubierto de las miradas profanas, un pequeño número de hombres y mujeres celebraban las divinidades para que permanecieran en la tierra. Acacias y tamariscos daban sombra a las hileras de carneros que llevaban a los pilonos, monumentales puertas que daban acceso a los santuarios.

Esta vez, la policía fluvial no había interceptado el barco. Pazair recuperaba con gozo su provincia de origen; desde su partida, había sufrido pruebas, se había endurecido y, sobre todo, había descubierto el amor. Ni un solo instante olvidaba a Neferet. Perdía el apetito, tenía cada vez más dificultades para concentrarse; por la noche, permanecía con los ojos abiertos esperando verla aparecer en la oscuridad. Ausente de sí mismo, se sumía poco a poco en un vacío que le devoraba desde el interior. Sólo la mujer amada podría curarle, ¿pero sabría identificar su enfermedad? Ni los dioses ni los sacerdotes le devolverían el gusto por la vida, ningún triunfo disiparía su dolor, ningún libro le apaciguaría.

Tebas, donde se ocultaba Neferet, era su última esperanza.

Pazair ya no creía en su investigación. Desengañado, sabía que la conspiración había sido perfectamente construida. Fueran cuales fuesen sus sospechas, no llegaría a la verdad. Justo antes de su marcha se había enterado de la inhumación de la momia del guardián en jefe de la esfinge. Como la misión del general Asher en Asia no tenía límite en el tiempo, las autoridades militares habían considerado oportuno no aplazar los funerales. ¿Se trataba del veterano o de un cadáver cualquiera? ¿Estaba vivo todavía, oculto en alguna parte, el desaparecido? Pazair permanecería por siempre en la duda.

El barco atracó poco antes del templo de Luxor.

–Nos observan –advirtió Kem–. Un joven, a popa. Es el último que embarcó.

–Perdámonos en la ciudad; veremos si nos sigue. El hombre no se separó de ellos.

–¿Mentmosé? –Probablemente. –¿Os libro de él?

–Tengo otra idea.

El juez se presentó en el puesto de policía principal, donde fue recibido por un funcionario obeso cuya mesa estaba llena de cestillos con frutas y pasteles.

–¿No habéis nacido en la región?

–Sí, en una aldea de la orilla oeste. Fui destinado a Menfis, donde tuve el privilegio de conocer a vuestro superior, Mentmosé.

–Y habéis regresado.
–Una corta estancia.
–¿Reposo o trabajo?
–Me ocupo del impuesto de la madera[38]. Mi antecesor redactó sobre este punto capital unas notas oscuras e incompletas.
El obeso devoró algunas pasas.
–¿Falta combustible en Menfis?
–De ningún modo; el invierno ha sido clemente, no hemos agotado nuestras reservas de leña para calentarnos. Pero no me parece que el servicio rotativo de los podadores de ramas se lleve a cabo del modo correcto: demasiados menfitas y pocos tebanos. Quisiera consultar vuestras listas, aldea por aldea, para descubrir los fraudes. Algunos no tienen ganas de recoger leña, hojarasca y fibras de palma para llevarlas a los centros de selección y distribución. ¿No es hora ya de intervenir?
–Sin duda, sin duda.
Mentmosé había advertido, por correo, al responsable de la policía tebana de la llegada de Pazair, describiéndole como un juez temible, empecinado y demasiado curioso; en vez de aquel inquietante personaje, el obeso descubría a un magistrado puntilloso, preocupado por temas menores.
–La comparación de las cantidades del leña proporcionadas por el Norte y por el Sur es elocuente –prosiguió Pazair–; en Tebas no se cortan correctamente los tocones de los árboles secos. ¿Existe algún tráfico?
–Es posible.
–Tomad nota del objeto de mi investigación.
–Estad tranquilo.
Cuando el obeso recibió al joven policía encargado de seguir al juez Pazair le dio cuenta de la entrevista. Los dos funcionarios se pusieron de acuerdo: el magistrado había olvidado sus primeros motivos y se sumía en la rutina.
Aquella sensata actitud les evitaría muchas preocupaciones.

El devorador de sombras desconfiaba del mono y del perro. Sabía hasta qué punto los animales eran perceptivos y descubrían las perversas intenciones. Espiaba, por lo tanto, a Pazair y Kem desde buena distancia. Al abandonar su seguimiento, el otro, sin duda un policía de Mentmosé, le había facilitado la tarea. Si el juez se acercaba al objetivo, el devorador de sombras se vería obligado a intervenir; en caso contrario, se limitaría a observar. Las órdenes eran formales y nunca las desobedecía. No daba muerte sin necesidad evidente. Sólo la insistencia de Pazair había provocado la desaparición de la esposa del guardián en jefe.

Tras el drama de la esfinge, el veterano se había refugiado en la pequeña aldea de la orilla oeste, donde había nacido. Pasaría allí una tranquila jubilación, tras haber servido lealmente en el ejército. La tesis del accidente le convenía mucho. ¿Por qué entablar, a su edad, un combate perdido de antemano?

[38] La madera era un material bastante escaso en Egipto; por ello su valor no era desdeñable.

Desde su regreso, había reparado el homo de pan y hacía el oficio de panadero, para mayor satisfacción de los aldeanos. Tras haber librado el grano de sus impurezas pasándolo por el tamiz, las mujeres lo machacaban con la muela y lo aplastaban en un mortero con una maza de largo mango. Obtenían así una primera harina, tosca, que tamizaban varias veces para hacerla más fina. Humedeciéndola, preparaban una pasta consistente a la que se añadía levadura. Unas utilizaban una jarra de amplio cuello en la que amasaban la pasta, otras la disponían en una losa inclinada que facilitaba la salida del agua. Entonces intervenía el panadero, que cocía los panes más sencillos en las brasas y los más elaborados en un horno compuesto por tres losas verticales cubiertas por una losa horizontal bajo la que se encendía el fuego. Utilizaba también moldes agujereados para pasteles y placas de piedra en las que vertía la pasta, para preparar hogazas redondas, panes oblongos o tortas. Cuando los niños se lo pedían, dibujaba un ternero acostado, que ellos devoraban con apetito. Para la fiesta de Min, el dios de la fecundidad, cocía falos de dorada corteza y miga blanca que se consumían entre espigas de oro.

Había olvidado el estruendo de los combates y los gritos de los heridos; qué dulce le parecía el canto de la llama, cómo le gustaba la suavidad de los panes recién horneados. De su pasado militar le quedaba un carácter autoritario; cuando ponía a calentar las placas, apartaba a las mujeres y sólo toleraba a su ayudante, un robusto adolescente de quince años, su hijo adoptivo que iba a sucederle.

Aquella mañana, el muchacho se había retrasado. El veterano comenzaba a irritarse cuando unos pasos resonaron en el enlosado suelo del amasadero. El panadero se dio la vuelta.

–Voy a... ¿quién sois?

–Sustituyo a vuestro ayudante. Está con jaqueca.

–No vivís en la aldea.

–Trabajo con otro panadero, a media hora de aquí. El jefe del pueblo me ha hecho venir.

–Ayúdame.

Como el horno era profundo, el veterano tenía que meter la cabeza y el busto para introducir hasta el fondo el máximo de moldes y de panes; su ayudante le sujetaba por los muslos para echarlo hacia atrás al menor incidente.

El veterano se creía seguro. Pero aquel mismo día, el juez Pazair visitaría la aldea, conocería su verdadera identidad y le interrogaría. El devorador de sombras no tenía elección.

Agarró los dos tobillos, los levantó y, con todas sus fuerzas, lanzó al veterano al interior del horno.

La entrada del pueblo estaba desierta. Ni una mujer en el umbral de su puerta, ni un hombre dormitando bajo un árbol, ni una niña jugando con una muñeca de madera. El juez tuvo la certeza de que un acontecimiento anormal acababa de producirse. Pidió a Kem que no se moviera. El babuino y el perro miraban en todas direcciones.

Pazair avanzó rápidamente por la calle principal, flanqueada de casas bajas.

Alrededor del homo no faltaba ni un habitante. Gritaban, se empujaban, se invocaba a los dioses. Un adolescente explicaba por décima vez que al salir de

su casa, cuando se disponía a ayudar al panadero, su padre adoptivo, había perdido el sentido. Se reprochaba el horrendo accidente y derramaba cálidas lágrimas. Pazair se abrió paso entre la multitud.

–¿Qué ha ocurrido?

–Nuestro panadero acaba de morir de un modo horrible –repuso el jefe del pueblo–. Ha debido de resbalar y ha caído al interior del horno. Por lo general, su ayudante le sujetaba por las piernas para evitar este tipo de accidentes.

–¿Era un veterano que había regresado de Menfis?

–En efecto.

–¿Alguien ha presenciado el accidente?

–No. ¿Por qué esas preguntas?

–Soy el juez Pazair y venía a interrogar al infeliz.

–¿Sobre qué?

–No tiene importancia.

Una mujer histérica agarró a Pazair del brazo izquierdo.

–Los demonios de la noche le han matado porque había aceptado entregar pan, nuestro pan, a Hattusa, la extranjera que reina sobre el harén.

El juez la apartó sin brusquedad.

–Puesto que hacéis que la ley se aplique, vengad a nuestro panadero y detened a esa diablesa.

Pazair y Kem almorzaron en la campiña, junto a un pozo. El babuino peló con delicadeza unas cebollas dulces. Comenzaba a admitir, sin excesiva desconfianza, la presencia del juez. *Bravo* disfrutaba de pan fresco y pepinos, Viento del Norte masticaba avena.

El juez, nervioso, apretaba contra su pecho un odre de agua fresca.

–¡Un accidente y cinco víctimas! El ejército ha mentido, Kem. Su informe es falso.

–Es un simple error administrativo.

–Un crimen, un nuevo crimen.

–No hay pruebas. El panadero ha tenido un accidente. Ha ocurrido otras veces.

–Un asesino se nos ha adelantado, porque sabía que veníamos a la aldea. Nadie habría debido encontrar el rastro del cuarto veterano, nadie habría debido ocuparse del asunto.

–No sigáis. Habéis dado con un arreglo de cuentas entre militares.

–Si se renuncia a la justicia, reinará la violencia en vez del faraón.

–¿No es vuestra vida más importante que la ley?

–No, Kem.

–Sois el hombre más inquebrantable que he conocido nunca.

¡Cómo se equivocaba el nubio! Pazair no conseguía expulsar de su espíritu a Neferet, ni siquiera en aquellas dramáticas horas. A consecuencia de aquel episodio que le demostraba el fundamento de sus sospechas, habría tenido que concentrarse en su investigación; pero el amor, violento como el viento del sur, arrastraba su resolución. Se levantó y se apoyó en el pozo, con los ojos cerrados.

–¿Os sentís mal?

–Ya pasará.

–El cuarto veterano todavía estaba vivo –recordó Kem–; ¿qué ocurre con el quinto?

–Si pudiéramos interrogarle, descubriríamos el misterio.

–Su aldea, sin duda, no está lejos.
–Pero no iremos.
El nubio sonrió.
–¡Por fin sois razonable!
–No iremos porque nos siguen y nos preceden. El panadero ha sido asesinado a causa de nuestra llegada. Si el quinto veterano está todavía vivo, actuando de ese modo le condenaríamos a muerte.
–¿Qué proponéis?
–Todavía no lo sé. De momento, regresemos a Tebas. Él o los que nos espían creerán que abandonamos la pista.

Pazair examinó los resultados del impuesto sobre la madera del año precedente. El funcionario obeso abrió sus archivos y se sirvió un zumo de algarroba. Decididamente, aquel pequeño juez no tenía ninguna envergadura. Mientras cotejaba un montón de tablillas contables, el funcionario tebano escribió a Mentmosé una carta tranquilizadora. Pazair no provocaría tormenta alguna.
Pese a la confortable habitación que le ofrecieron, el juez pasó la noche en blanco, desgarrado entre la obsesión por ver de nuevo a Neferet y la necesidad de proseguir sus investigaciones. Verla de nuevo, aunque él le fuera indiferente. Proseguir las investigaciones cuando el asunto estaba ya enterrado.
Sufriendo por la angustia de su dueño. *Bravo* se tendió a su lado. Su calor le comunicaría la energía que necesitaba. El juez acarició a su perro pensando en los paseos a lo largo del Nilo, cuando era un joven despreocupado, convencido de que iba a llevar una apacible existencia en la aldea, donde las estaciones iban sucediéndose.
El destino se apoderó de él con la brutalidad y la violencia de una rapaz; si renunciaba a sus enloquecidos sueños, a Neferet, a la verdad, ¿no recuperaría la serenidad de antaño?
Mentirse sería inútil. Neferet iba a ser su único amor.
El alba le había procurado cierta esperanza. Un hombre podía ayudarle. Por lo tanto, se dirigió a los muelles de Tebas donde, cada día, se organizaba un gran mercado. En cuanto se desembarcaban los géneros, pequeños mercaderes los exponían en sus puestos. Hombres y mujeres vendían al aire libre los alimentos más variados, paños, ropas y mil y un objetos. Bajo el techo de juncos de un puesto, algunos marinos bebían cerveza mientras admiraban a las hermosas mujeres que buscaban novedades. Un pescadero, sentado ante un cesto de cañas trenzadas que contenía percas del Nilo, cambiaba dos hermosos ejemplares por un pequeño bote de ungüento; un pastelero trocaba pasteles por un collar y un par de sandalias, un verdulero habas por una escoba. En cada transacción, la discusión se animaba y acababa en una conciliación. Si se discutía el peso de las mercancías, se recurría a una balanza vigilada por un escriba.
Pazair le vio por fin.
Como suponía, Kani vendía en el mercado garbanzos, pepinos y puerros.
El babuino, tirando de la correa con inesperada violencia, se arrojó sobre un ladrón en el que nadie se había fijado. Estaba robando dos magníficas lechugas. El mono clavó sus colmillos en el muslo del delincuente. Aullando de

dolor, intentó, sin éxito, rechazar a su agresor. Kem intervino antes de que desgarrara sus carnes. El ladrón fue puesto en manos de dos policías.

–Sois mi protector –dijo el jardinero.

–Necesito vuestra ayuda, Kani.

–Dentro de dos horas lo habré vendido todo. Iremos a mi casa.

En el lindero del huerto, plantaciones de acianos, mandrágoras y crisantemos. Kani había hecho unos arriates muy regulares que delimitaban las parcelas; cada una de ellas contenía una legumbre, habas, guisantes, lentejas, pepinos, cebollas, puerros, lechugas, fenogreco. Al fondo de la parcela, un palmeral la protegía del viento; a la izquierda, una viña y un vergel. Kani entregaba la mayor parte de su producción al templo y vendía lo sobrante en el mercado.

–¿Estáis satisfecho de vuestro nuevo estado?

–El trabajo sigue siendo duro, muy duro, pero obtengo beneficios. El intendente del templo me aprecia.

–¿Cultiváis plantas medicinales?

–Venid.

Kani mostró a Pazair la obra de la que estaba más orgulloso: un bancal de simples, hierbas medicinales y plantas para los remedios. Salicaria, mostaza, pelitre, menta–poleo, manzanilla eran sólo algunos ejemplos.

–¿Sabéis que Neferet reside en Tebas?

–Os equivocáis, juez. Ocupa un cargo importante en Menfis.

–Nebamon la expulsó.

Una intensa emoción turbó la mirada del jardinero.

–Se ha atrevido... Ese cocodrilo se ha atrevido.

–Neferet ya no pertenece al cuerpo principal de médicos y no tiene acceso a los grandes laboratorios. Tendrá que conformarse con una aldea y enviará los enfermos más graves a algún colega más calificado.

Kani, rabioso, pisoteó la tierra.

–¡Es vergonzoso, injusto!

–Ayudadla.

El jardinero levantó unos ojos interrogadores.

–¿De qué modo?

–Si le proporcionáis plantas medicinales raras y costosas, sabrá preparar remedios y curará a sus pacientes. Lucharemos para que recupere su reputación.

–¿Dónde está?

–Lo ignoro.

–La encontraré. ¿Era ésta la misión que queríais confiarme?

–No.

–Hablad.

–Busco a un veterano de la guardia de honor de la esfinge. Ha vuelto a su casa, en la orilla oeste, para jubilarse. Se oculta.

–¿Por qué?

–Porque conoce un secreto. Si habla conmigo, está en peligro de muerte. Yo iba a entrevistarme con su colega, que se había hecho panadero; fue víctima de un accidente.

–¿Qué deseáis?

–Encontradlo. Luego, intervendré con la mayor discreción. Alguien me espía; si hago las investigaciones personalmente, el veterano será asesinado antes de que pueda hablarme.

–¡Asesinado!

–No oculto la gravedad de la situación ni el peligro corrido.

–Como juez, vos...

–No dispongo de pruebas y me ocupo de un caso archivado por el ejército.

–¿Y si os equivocarais?

–Cuando haya oído el testimonio del veterano, si sigue vivo, se disiparán las dudas.

–Conozco bien las aldeas y los pueblos de la orilla oeste.

–Os arriesgáis mucho, Kani. Hay alguien que no vacila en matar y perder su alma.

–Esta vez, dejadme a mí, juez.

Cada fin de semana, Denes daba una recepción para gratificar a los capitanes de sus navíos mercantes y a algunos altos funcionarios que, así, firmaban de mejor gana las autorizaciones para circular, cargar y descargar. Todos apreciaban el esplendor del vasto jardín, los estanques y la pajarera poblada de aves exóticas. Denes iba de uno a otro, dirigía una frase amable, se interesaba por la familia. La señora Nenofar presumía.

Aquella noche la atmósfera era menos alegre. El decreto de Ramsés el Grande había llenado de turbación a las élites dirigentes. Unos sospechaban que los otros tenían informaciones confidenciales y las guardaban para sí. Denes, rodeado por dos colegas cuyas empresas pensaba absorber tras haber comprado sus barcos, saludó a un huésped raro, el químico Chechi. Se pasaba la mayor parte de su existencia en el laboratorio más secreto del palacio y trataba poco con la nobleza. De pequeña estatura, rostro sombrío y huraño, se le consideraba competente y modesto.

–¡Vuestra presencia nos honra, querido amigo!

El químico esbozó una media sonrisa.

–¿Cómo van vuestros últimos experimentos? En boca cerrada no entran moscas, claro está, pero toda la ciudad habla de ellos. Al parecer, habéis conseguido una extraordinaria aleación que nos permitirá fabricar espadas y lanzas resistentes a cualquier choque.

Chechi, dubitativo, inclinó la cabeza.

–¡Claro, claro, secreto militar! Conseguidlo. Con lo que nos espera...

–Sed más preciso –exigió un invitado.

–¡Según el decreto del faraón, una buena guerra! Ramsés quiere aplastar a los hititas y libramos de los pequeños príncipes de Asia, dispuestos siempre a rebelarse.

–A Ramsés le gusta la paz –objetó un capitán de navío mercante.

–El discurso oficial por un lado, los actos por el otro.

–Es inquietante.

–¡En absoluto! ¿De qué va a tener miedo Egipto?

–¿No se murmura, acaso, que ese decreto revela un debilitamiento del poder? Denes rompió a reír.

–¡Ramsés es el más grande y seguirá siéndolo! No transformemos en tragedia un incidente menor.

–De todos modos, verificar las reservas de alimento...

La señora Nenofar intervino.

–La cosa está clara: preparación de un nuevo impuesto y reforma fiscal.

–Hay que financiar el nuevo armamento –añadió Denes–; si quisiera, Chechi nos lo describiría y justificaría la decisión de Ramsés. Las miradas convergieron en el químico. Chechi permaneció mudo. Como una hábil ama de casa, Nenofar condujo a sus invitados a un quiosco en el que les fueron servidos unos refrescos. Mentmosé, el jefe de la policía, tomó por el brazo a Denes y lo llevó aparte.

–Espero que vuestros problemas con la justicia hayan terminado.

–Pazair no insistió. Es más razonable de lo que imaginaba. Un joven magistrado lleno de ambición, sin duda;¿pero no es eso loable? Vos y yo conocimos este período antes de llegar a notables.

Mentmosé hizo una mueca.

–Su carácter de una pieza...

–Mejorará con el tiempo.

–Sois optimista.

–Realista. Pazair es un buen juez.

–¿Incorruptible a vuestro entender?

–Un incorruptible inteligente y respetuoso con quienes observan la ley. Gracias a hombres de ese temple, el comerció es próspero y el país apacible. ¿Qué más desear? Creedme, querido amigo: favoreced la carrera de Pazair.

–Precioso consejo.

–Con él no habrá malversaciones.

–Eso no es desdeñable, en efecto.

–Seguís reticente.

–Sus iniciativas me asustan un poco. No parece que los matices sean su fuerte.

–Juventud e inexperiencia. ¿Qué piensa el decano del porche?

–Comparte vuestra opinión.

–¡Ya lo veis!

Las nuevas que el jefe de la policía había recibido de Tebas, por correo especial, reforzaban la apreciación de Denes. Mentmosé se había angustiado sin ninguna razón. ¿No se preocupaba el juez del impuesto sobre la madera y de la sinceridad de los contribuyentes? Tal vez no hubiera debido avisar tan pronto al visir. Pero nunca se toman demasiadas precauciones.

CAPÍTULO 20

Largo paseo por la campiña en compañía de *Viento del Norte* y *Bravo*, consulta de expedientes en los despachos de la policía, establecimiento de una lista correcta de contribuyentes en el impuesto de la madera, inspección de las aldeas censadas, entrevistas administrativas con alcaldes y propietarios, así transcurrían las jornadas tebanas del juez Pazair, que concluían con una visita a Kani. Por la actitud del jardinero, con la cabeza inclinada hacia sus plantaciones, Pazair sabía que no había descubierto a Neferet ni al quinto veterano.

Transcurrió una semana. Los funcionarios a sueldo de Mentmosé le mandaban informes sin sorpresa alguna sobre las actividades del juez. Kem se limitaba a recorrer los mercados y detener a los ladrones. Pronto tendrían que regresar a Menfis. Pazair cruzó el palmeral, tomó un camino de tierra a lo largo del canal de riego y bajó por la escalera que llevaba al huerto de Kani. Cuando el sol comenzaba a declinar, se ocupaba de las plantas medicinales que exigían cuidados regulares y atentos. Dormía en una choza, tras haber regado parte de la noche. El huerto parecía desierto. Sorprendido, Pazair lo recorrió y, luego, abrió la puerta de la choza. Vacía. Se sentó en un murete, disfrutó de la puesta de sol. La luna llena plateó el río. Cuantos más minutos pasaban, más oprimía la angustia su corazón. Tal vez Kani había identificado al quinto veterano, tal vez le habían seguido, tal vez... Pazair se reprochó haber mezclado al jardinero en una investigación que le superaba. Si había sucedido alguna desgracia, se consideraría el principal responsable.

Cuando el fresco cayó sobre sus hombros, el juez no se movió. Esperaría hasta el alba y así sabría que Kani no iba a regresar. Con los dientes prietos y los músculos doloridos, Pazair deploraba su ligereza.

Una barca cruzó el río.

El juez se levantó y corrió hacia la orilla.

–¡Kani!

El jardinero atracó, ató la barca a una estaca y subió lentamente por la pendiente.

–¿Por qué regresáis tan tarde?

–¿Tembláis?

–Tengo frío.

–El viento de primavera hace enfermar. Vayamos a la choza.

El jardinero se sentó en un tocón, con la espalda apoyada en las tablas, Pazair en un arcén de herramientas.

–¿El veterano?

–No hay pista alguna.

–¿Habéis corrido peligro?

–En ningún momento. Compro plantas raras aquí y allá, intercambio confidencias con los ancianos.

Pazair hizo la pregunta que le quemaba los labios.

–¿Neferet?

–No la he visto, pero conozco el lugar donde reside.

El laboratorio de Chechi ocupaba tres grandes estancias en el sótano de un cuartel anejo. El regimiento que se alojaba allí sólo agrupaba soldados de segunda clase, destinados a trabajos de explanación. Todos creían que el químico trabajaba en palacio mientras proseguía sus verdaderas investigaciones en aquel discreto marco. Aparentemente, ninguna vigilancia especial; pero quien intentara introducirse en la escalera que bajaba a las profundidades del edificio sería interceptado sin miramientos y duramente interrogado.

Chechi había sido reclutado por los servicios técnicos de palacio gracias a sus excepcionales conocimientos en el campo de la resistencia de materiales. Fundidor al comienzo, no dejaba de mejorar el tratamiento del cobre bruto indispensable para la fabricación de los cinceles para tallar la piedra. Gracias a sus éxitos y a su seriedad, no había dejado de ascender; el día en que proporcionó herramientas de sorprendente resistencia para modelar los bloques del templo «de los millones de años» de Ramsés el Grande[39], construido en la orilla oeste de Tebas, su reputación había llegado a oídos del rey.

Chechi había convocado a sus tres principales colaboradores, hombres de edad madura y científicos experimentados. Unas lámparas, cuyas mechas no humeaban, iluminaban el sótano. Chechi, lento y meticuloso, ordenaba los papiros en los que había anotado sus últimos cálculos. Los tres técnicos, incómodos, aguardaron. El silencio del químico no presagiaba nada bueno, aunque fuera poco locuaz. Aquella súbita e imperativa convocatoria no entraba en sus costumbres. El hombrecillo de negro bigote volvía la espalda a sus interlocutores.

–¿Quién se ha ido de la lengua?

Nadie respondió.

–No repetiré la pregunta.

–No tiene sentido alguno.

–En una recepción, un notable ha hablado de aleaciones y nuevas armas.

–¡Imposible! ¡Os han mentido!

–Yo estaba allí. ¿Quién se ha ido de la lengua?

Mutismo, de nuevo.

–No tengo la posibilidad de hacer una incierta investigación. Aunque las informaciones que han corrido son incompletas y, por lo tanto, inexactas, se ha roto la confianza.

–Es decir...

–Es decir, que estáis despedidos.

[39] Se trata del Ramesseum, el templo funerario de Ramsés II, en la orilla oeste de Tebas, cuya función es ofrecer «millones de años» en el más allá al ka del faraón.

Neferet había elegido la aldea más pobre y más retirada de la región tebana. Situada al límite del desierto, mal irrigada, tenía un número anormalmente alto de enfermedades de piel. La muchacha no estaba triste ni abatida; haber escapado de las garras de Nebamon la alegraba, aunque hubiera cambiado su libertad por una carrera prometedora. Curaría a los más pobres con los medios de que dispusiera, y se contentaría con una existencia solitaria en el campo. Cuando un barco sanitario bajara por el río hacia Menfis, iría a ver a su maestro Branir. Conociéndola, no intentaría hacerle cambiar de opinión.

Al día siguiente de su llegada, Neferet había curado al personaje más importante de la población, un especialista en cebar ocas, que sufría de arritmia cardíaca. Un largo masaje y una manipulación vertebral le dejaron como nuevo. Sentado en el suelo, junto a una mesa baja en la que se habían depositado albóndigas de harina sacadas de un recipiente de agua, empuñaba una oca por el cuello. El ave se debatía, pero el técnico no la soltaba e introducía suavemente la pasta en su gaznate, acompañando la operación con palabras afectuosas. Cebada, la oca se bamboleaba como si estuviera ebria; luego, se lanzaba a un paseo digestivo. El cebado de las grullas exigía más atención, pues los hermosos pájaros hacían volar las albóndigas. Por lo que a los hígados se refiere, estaban entre los más famosos de la región.

Gracias a aquella primera curación, considerada milagrosa, Neferet se había convertido en la heroína del lugar. Los campesinos le habían pedido que les aconsejara para luchar contra los enemigos de las cosechas y los vergeles, en especial langostas y grillos; pero la joven había preferido luchar contra otra plaga que le parecía la causa de las infecciones cutáneas que afectaban tanto a los niños como a los adultos: las moscas y los mosquitos. Su abundancia se explicaba por la presencia de una charca de agua estancada que no había sido drenada desde hacía tres años. Neferet ordenó que la desecaran, recomendó a los aldeanos que desinfectaran sus casas y curó las picaduras con grasa de oropéndola y unciones de aceite fresco.

Sólo le preocupaba el caso de un anciano de gastado corazón; si su estado empeoraba, sería necesario hospitalizarle en Tebas. Algunas plantas raras le habrían evitado aquella molestia. Mientras estaba a su cabecera, un chiquillo la avisó de la presencia de un extranjero que hacía preguntas sobre ella.

¡Nebamon no la dejaba en paz ni siquiera allí! ¿De qué iba a acusarla ahora, cómo pretendería rebajarla? Tenía que ocultarse. Los aldeanos callarían, el emisario del médico en jefe se marcharía.

Pazair advirtió que sus interlocutores mentían; a pesar de su mutismo, el nombre de Neferet les era familiar. Replegado sobre sí mismo, con las casas amenazadas por el desierto, el poblado temía una intrusión; la mayoría de las puertas se cerraron.

Despechado, se disponía a abandonar el lugar cuando vio a una mujer dirigiéndose hacia las pedregosas colinas.

–¡Neferet!

Ella se volvió intrigada. Le reconoció y volvió sobre sus pasos.

–Juez Pazair... ¿Qué estáis haciendo aquí?

–Deseaba hablar con vos.

Tenía luz en los ojos. El aire del campo había bronceado su piel. Pazair quería revelarle sus sentimientos, traducir lo que sentía, pero fue incapaz de pronunciar la primera palabra de su declaración.

–Vayamos a la cima de aquella colina.

La habría seguido hasta el fin del mundo, hasta el fondo del mar, hasta el corazón de las tinieblas. Caminar a su lado, sentarse junto a ella, escuchar su voz eran goces embriagadores.

–Branir me lo ha contado. ¿Deseáis denunciar a Nebamon?

–Sería inútil. Muchos médicos le deben su carrera y testimoniarían contra mí.

–Los acusaré de falso testimonio.

–Son demasiados y Nebamon os impedirá actuar.

Pese al dulce calor de la primavera, Pazair temblaba. No pudo contener un estornudo.

–¿Enfriamiento?

–He pasado la noche fuera esperando que Kani regresara.

–¿El jardinero?

–Fue él quien os encontró. Vive en Tebas y explota su propio huerto. Tenéis suerte, Neferet: produce plantas medicinales y sabrá cultivar las más raras.

–¿Montar un laboratorio, aquí?

–¿Por qué no? Vuestros conocimientos farmacológicos os lo permiten. No sólo curaréis enfermedades graves, sino que recuperaréis también vuestra reputación.

–No me apetece emprender esta lucha. Mi condición actual me basta.

–No echéis a perder vuestros dones. Hacedlo por vuestros enfermos.

Pazair estornudó por segunda vez.

–¿Y no seréis vos el primer interesado? Los tratados afirman que la coriza quiebra los huesos, destroza el cráneo y ahueca el cerebro. Debo evitar ese desastre.

Su sonrisa, en la que la bondad excluía la ironía, le encantó.

–¿Aceptáis la ayuda de Kani?

–Es testarudo. Si ha tomado ya la decisión, ¿como puedo oponerme? Pero ocupémonos de la urgencia: el resfriado es una afección seria. Jugo de palma en vuestra nariz y, si resiste, leche de mujer y goma olorosa.

El resfriado resistió y aumentó. Neferet hizo entrar al juez en la modesta morada que ocupaba en el centro de la aldea. La tos hizo su aparición y ella le recetó rejalgar, sulfuro natural de arsénico, que el pueblo denominaba «el que ensancha el corazón».

–Intentemos interrumpir la evolución. Sentaos en esta estera y no os mováis.

Impartía sus directrices sin levantar la voz, tan tierna como su mirada. El juez esperó que los efectos del resfriado fueran duraderos para permanecer el mayor tiempo posible en aquella modesta estancia. Neferet mezcló rejalgar, resina, hojas de plantas desinfectantes, y lo machacó todo hasta convertirlo en una pasta que después calentó. La extendió sobre una piedra y la puso ante el juez. Luego lo cubrió con un bote invertido, con un agujero en el fondo.

–Tomad esta caña –dijo al paciente–, colocadla en el agujero y aspirad, unas veces por la boca y otras por la nariz. La fumigación os aliviará.

Un fracaso no hubiera disgustado a Pazair, pero la medicación resultó eficaz. La congestión se atenuó, respiraba mejor.

–¿Ya no hay estremecimientos?
–Una sensación de fatiga.
–Os recomiendo, durante algunos días, un alimento rico y más bien graso: carne roja, aceite fresco en los alimentos. Sería conveniente algo de reposo.
–Tendré que renunciar a él.
–¿Qué os trae por Tebas?
Tuvo ganas de gritar: «¡Vos, Neferet, sólo vos!», pero las palabras no salieron de su garganta. Estaba seguro de que ella advertía su pasión, aguardaba que le ofreciera la posibilidad de expresarla, no se atrevía a quebrar su serenidad con una locura que, sin duda, la muchacha desaprobaría.
–Tal vez un crimen, tal vez varios crímenes.
La sintió turbada por un drama que no le concernía.
¿Tenía derecho a mezclarla en un asunto cuya naturaleza real él mismo ignoraba?
–Tengo total confianza en vos, Neferet, pero no deseo importunaros con mis preocupaciones.
–¿No debéis guardar secreto?
–Hasta que formulo conclusiones.
–Asesinatos... ¿Éstas son vuestras conclusiones?
–Mi íntima convicción.
–¡Hace tantos años que no se ha cometido ningún crimen!
–Cinco veteranos que componían la guardia de honor de la gran esfinge murieron al caer de cabeza durante una inspección. Accidente: ésta es la versión oficial del ejército. Ahora bien, uno de ellos se ocultaba en una aldea de la orilla oeste donde trabajaba de panadero. Me hubiera gustado interrogarle, pero esta vez estaba realmente muerto. Un nuevo accidente. El jefe de la policía hace que me sigan, como si fuera culpable de hacer una investigación. Estoy perdido, Neferet. Olvidad mis confidencias.
–¿Deseáis renunciar?
–Siento una ardiente afición a la verdad y la justicia. Si renunciara, me destruiría.
–¿Puedo ayudaros?
Una fiebre distinta llenó los ojos de Pazair.
–Si pudiéramos hablar, de vez en cuando, tendría más valor.
–Un resfriado puede tener consecuencias secundarias que es mejor vigilar de cerca. Serán necesarias nuevas consultas.

CAPÍTULO 21

La noche en el albergue había sido tan alegre como agotadora. Lonchas de buey asado, berenjenas a la crema, pasteles a voluntad y una soberbia libia de cuarenta años que había huido de su país para distraer a los soldados egipcios. El teniente de carro no había mentido a Suti: un hombre solo no le bastaba. Él, que se creía el más enérgico de los amantes, había tenido que arriar bandera y pasar el testigo a su superior. La libia, risueña e inflada, adoptaba las posiciones más inverosímiles.

Cuando el carro prosiguió su ruta, Suti abrió los ojos con dificultad.

–¡Hay que saber prescindir del sueño, muchacho! No olvides que el enemigo ataca cuando estás cansado. Una buena noticia: ¡somos la vanguardia de la vanguardia! Los primeros golpes serán nuestros. Si querías convertirte en héroe, tienes suerte.

Suti apretó el arco contra su pecho.

El carro avanzó a lo largo de los Muros del rey[40], formidable línea de fortalezas construidas por los soberanos del Imperio Medio y mejoradas, sin cesar, por sus sucesores; verdadera gran muralla cuyas distintas construcciones estaban conectadas entre sí por medio de señales ópticas y que impedía cualquier tentativa de invasión por parte de los beduinos y los asiáticos. Desde las orillas del Mediterráneo hasta Heliópolis, los Muros del rey albergaban, al mismo tiempo, guarniciones permanentes, soldados especializados en la vigilancia de fronteras y aduaneros. Nadie entraba ni salía de Egipto sin haber dado su nombre y el motivo del viaje; los comerciantes precisaban la naturaleza de sus mercancías y pagaban una tasa. La policía rechazaba a los extranjeros indeseables y sólo entregaba salvoconductos tras un atento examen de los expedientes, debidamente refrendados por un funcionario de la capital, encargado de la inmigración. Como proclamaba la estela del faraón: «Quien cruza esta frontera se convierte en uno de mis hijos.»

El teniente presentó sus papeles al comandante de una fortaleza cuyos muros de doble pendiente, con seis metros de altura, estaban rodeados de fosos. En las almenas, arqueros; en los torreones, vigías.

–Se ha reforzado la guardia –advirtió el oficial–. Realmente, tienen cara de enchufados.

Diez hombres armados rodearon el carro.

–Bajad –ordenó el jefe de puesto.

–¿Bromeáis?

–Vuestros papeles no están en regla.

El teniente tomó las riendas dispuesto a lanzar sus caballos a galope tendido. Lanzas y flechas le apuntaron.

–Bajad inmediatamente.

---

[40] Conjunto de fortificaciones que defendían la frontera nordeste de Egipto.

El teniente se volvió hacia Suti.
–¿Qué te parece, pequeño?
–Tenemos mejores combates en perspectiva.
Pusieron pie a tierra.
–Falta el sello del primer fortín de los Muros del rey –advirtió el jefe de puesto–. Media vuelta.
–Vamos con retraso.
–El reglamento es el reglamento.
–¿Podemos discutir?
–En mi despacho, pero no tengáis esperanza alguna.
La entrevista fue de corta duración. El teniente salió corriendo del local administrativo, saltó sobre las riendas y lanzó el carro por el camino de Asia.
Las ruedas chirriaron, levantando una nube de polvo.
–¿Por qué tanta prisa? Ahora estamos en regla.
–Más o menos. Le he dado fuerte, pero el muy idiota podría despertar antes de lo previsto. Este tipo de tozudos tiene la cabeza dura. Yo mismo he regularizado nuestros papeles. En el ejército, pequeño, hay que saber improvisar.
Las primeras jornadas de viaje fueron apacibles. Largas etapas, cuidados a los caballos, verificación del material, noches al aire libre, avituallamiento en los poblados donde el teniente se ponía en contacto con un mensajero del ejército o un miembro de los servicios secretos encargados de avisar al grueso de la tropa que nada impediría su avance.
El viento cambió, se hizo molesto.
–En Asia, las primaveras suelen ser frescas; ponte el manto.
–Parecéis inquieto.
–Se acerca el peligro. Lo huelo, como un perro.
–¿Comida?
–Nos quedan unas tortas, albóndigas de carne, cebollas y agua para tres días.
–Debería bastamos.
El carro entró en un pueblo silencioso.
En la plaza principal no había nadie. Suti sintió un nudo en el estómago.
–Nada de pánico, pequeño. Tal vez estén en los campos.
El carro avanzó muy lentamente. El teniente había empuñado una lanza y echaba a su alrededor aceradas miradas.
Se detuvo ante el edificio oficial donde se alojaban el intérprete y el delegado militar. Vacío.
–El ejército no recibirá informe. Sabrá que se ha producido un incidente grave. Rebelión evidente.
–¿Nos quedamos aquí?
–Prefiero seguir adelante. ¿Tú no?
–Depende.
–¿De qué, pequeño?
–¿Dónde está el general Asher?
–¿Quién te ha hablado de él?
–Su nombre es muy famoso en Menfis. Me gustaría servir a sus órdenes.
–Realmente tienes suerte. Tenemos que reunimos con él.
–¿Habrá evacuado este pueblo?
–De ningún modo.

–¿Quién, entonces?

–Los beduinos[41]. Los seres más viles, más fanáticos y más pérfidos. Correrías, saqueos, rehenes, ésa es su estrategia. Si no conseguimos exterminarlos, pudrirán Asia, la península entre Egipto y el mar Rojo, las provincias circundantes. Están dispuestos a aliarse con cualquier invasor, desprecian a las mujeres tanto como nosotros las amamos, escupen sobre la belleza y los dioses. No tengo miedo a nada, pero les temo, con sus barbas mal cortadas, sus tejidos enrollados en la cabeza y sus largas túnicas. Recuérdalo, pequeño: son cobardes. Golpean por la espalda.

–¿Habrán matado a todos los habitantes?

–Es probable.

–Así pues, el general Asher está aislado, separado del ejército principal.

–Es posible.

Los largos cabellos negros de Suti bailaban al viento.

Pese a su corpulencia y su poderoso torso, el joven se sentía débil y vulnerable.

–Y entre él y nosotros, ¿cuántos beduinos habrá?

–Diez, cien, mil...

–Me quedo con diez. Con cien, vacilaría.

–Pequeño, mil son para un verdadero héroe. ¿No me abandonarías?

El teniente azuzó los caballos. Galoparon hasta la entrada de un barranco flanqueado por abruptas paredes. Los matorrales, agarrados a la roca, se enmarañaban y dejaban sólo un estrecho paso.

Los caballos relincharon, encabritándose; el teniente los tranquilizó.

–Presienten la celada.

–También yo, pequeño. Los beduinos acechan en los matorrales. Intentarán cortar con sus hachas los jarretes de los caballos, hacernos caer, degollamos y arrancamos los testículos.

–El precio del heroísmo me parece muy alto.

–Gracias a ti, apenas correremos riesgos. Una flecha en cada matorral, cierta velocidad y ganaremos.

–¿Estáis seguro?

–¿Lo dudas? Pensar es malo. El teniente tiró de las riendas. A regañadientes, los caballos se lanzaron hacia el barranco. Suti no tuvo tiempo de sentir miedo. Tiró flecha tras flecha. Las dos primeras se perdieron en unos matorrales vacíos, la tercera se clavó en el ojo de un beduino que salió aullando de su escondrijo.

–¡Sigue, pequeño!

Con los cabellos de punta, la sangre helada, Suti apuntó a los matorrales girando a derecha e izquierda con una rapidez de la que se habría creído incapaz. Los beduinos caían, heridos en el vientre, en el pecho, en la cabeza.

Piedras y abrojos cerraban la salida del barranco.

–¡Agárrate bien, pequeño, vamos a saltar!

Suti dejó de disparar para asirse al borde de la caja. Dos enemigos a los que no había podido traspasar lanzaron sus hachas hacia los egipcios.

A todo galope, ambos caballos saltaron la barrera por su punto más bajo. Los abrojos les arañaron las patas, una piedra quebró los radios de la rueda

[41] Los beduinos fueron, con los libios, permanentes creadores de disturbios a quienes los egipcios combatieron desde las primeras dinas–tías. En la época antigua se los llamaba «andariegos de la arena».

derecha, otra abolló el costado derecho de la caja. Por un instante, el carro vaciló; con un último esfuerzo, los corceles franquearon el obstáculo.

El carro recorrió varios kilómetros sin detenerse. Traqueteado, aturdido, manteniendo a duras penas el equilibrio, Suti se agarró a su arco. Jadeantes, cubiertos de sudor, con los ollares espumeando, los caballos se inmovilizaron al pie de una colina.

–¡Teniente!

Con un hacha hundida entre los omoplatos, el oficial se derrumbó sobre las riendas. Suti intentó incorporarle.

–Recuérdalo, pequeño... los cobardes atacan siempre por la espalda...

–¡No os muráis, teniente!

–Ahora, tú eres el único héroe...

Sus ojos quedaron en blanco y dejó de respirar.

Suti estrechó largo tiempo el cadáver contra su pecho. El teniente no volvería a moverse, ya no podría alentarle, no intentaría de nuevo lo imposible. Estaba solo, perdido en un país hostil, él, el héroe cuyas virtudes sólo podía alabar un muerto.

Suti enterró al oficial, cuidando de grabar en su memoria aquel lugar. Si sobrevivía, vendría a buscar el cuerpo y lo llevaría a Egipto. Para un hijo de las Dos Tierras no había un destino más cruel que ser inhumado lejos de su país.

Volver hacia atrás era caer de nuevo en la trampa; avanzar suponía arriesgarse a topar con otros adversarios. Sin embargo, adoptó esta solución, esperando establecer con la mayor rapidez el contacto con los soldados del general Asher, suponiendo que no hubieran sido exterminados.

Los caballos aceptaron proseguir la ruta. Si le tendían una nueva emboscada, Suti no podría, a la vez, conducir el carro y manejar el arco. Con un nudo en la garganta, siguió un camino pedregoso que llevaba a una casa destartalada.

El joven puso pie a tierra y tomó una espada. Salía humo de una chimenea rudimentaria

–¡Salid de ahí!

En el umbral, una bribonzuela harapienta, con los cabellos sucios, blandía un tosco cuchillo.

–Tranquilízate y suelta el arma. La silueta parecía frágil, incapaz de defenderse. Suti no desconfió. Cuando estuvo junto a ella, la chiquilla se arrojó ; hacia delante e intentó hundirle la hoja en el corazón. La esquivó pero sintió una quemadura en el bíceps izquierdo. Desenfrenada, golpeó de nuevo. Suti la desarmó de una patada y la arrojó al suelo. De su brazo manaba sangre.

–Tranquilízate o te ato.

Se debatía como una furia. Él le dio la vuelta y la aturdió de un golpe en la nuca. Como héroe, sus relaciones con las mujeres tomaban mal aspecto. La llevó al interior de la casucha, cuyo suelo era de tierra batida. Piojosas paredes, mobiliario miserable, hogar cubierto de hollín. Suti depositó su pobre captura en una estera trenzada y le ató las muñecas y los tobillos con una cuerda.

La fatiga le abrumó. Se sentó de espaldas a la chimenea, con la cabeza hundida entre los hombros, y tembló con todo su ser. El miedo brotaba de su carne.

La mugre le asqueaba. Detrás de la casa había un pozo.

Llenó unas jarras, lavó su herida superficial y limpió la única habitación.

–También tú necesitas una limpieza. Roció a la muchacha, que despertó aullando. El contenido de una nueva jarra ahogó sus gritos. Cuando le quitó la ropa sucia, ella se retorció como una serpiente.

–¡No quiero violarte, idiota!

¿Advirtió sus intenciones? La muchacha se sometió. De pie, desnuda, pareció apreciar la ducha. Cuando él la secó, esbozó una sonrisa. Sus cabellos rubios le sorprendieron.

–Eres hermosa. ¿Alguien te ha besado ya?

Por su modo de abrir los labios y mover la lengua, Suti comprendió que no era el primero.

–Si me prometes ser buena, te desataré.

Sus ojos imploraron. Él desanudó la cuerda que inmovilizaba los pies, acarició sus pantorrillas, sus muslos y posó la boca en los dorados rizos de su sexo. Ella se tensó como un arco. Cuando sus manos estuvieron libres, le abrazó.

Suti había dormido diez horas sin soñar. Su herida le despertó, se levantó de un salto y salió de la choza.

La muchacha había robado sus armas y cortado las riendas del carro. Los caballos habían huido.

Ya no tenía arco, ni daga, ni espada, ni botas, ni manto. El carro quedaría allí, inútil, bajo el diluvio que caía desde media mañana. El héroe, reducido al rango de imbécil engañado por una bribona, ya sólo podía caminar hacia el norte.

Furioso, destrozó el carro a pedradas para que no cayera en manos del enemigo. Vestido con un simple paño y cargado como un borrico, Suti caminó bajo la constante lluvia. En una bolsa llevaba pan seco, un fragmento del pértigo con la inscripción jeroglífica que daba el nombre del teniente, unas jarras llenas de agua fresca y la estera agujereada.

Franqueó un collado, atravesó un bosque de pinos y bajó por una empinada pendiente que daba a un lago, lo rodeó siguiendo la orilla.

La montaña se hacía inhóspita. Después de pasar la noche al abrigo de una roca que le protegió del viento del este, trepó por un resbaladizo sendero y se aventuró por una región árida. Sus reservas de alimento se agotaron pronto. Comenzó a tener sed.

Cuando intentaba calmarla bebiendo de una charca unos sorbos de agua salobre, Suti oyó crujir las ramas. Varios hombres se acercaban. Reptando, se ocultó tras el tronco de un pino gigante.

Cinco hombres empujaban a un prisionero, con las manos atadas a la espalda. Su jefe, de corta estatura, le agarró por los cabellos y le obligó a arrodillarse. Suti estaba demasiado lejos para oír lo que decía, pero los gritos del hombre torturado quebraron pronto la tranquilidad de la montaña.

Uno contra cinco y sin armas... El joven no tenía ninguna posibilidad de salvar a aquel infeliz.

El torturador le molió a golpes, le interrogó, le pegó de nuevo y, luego, ordenó a sus acólitos que le arrastraran hacia una gruta. Tras un último interrogatorio, le degolló.

Cuando los criminales se hubieron alejado, Suti permaneció inmóvil más de una hora. Pensó en Pazair, en su amor por la justicia y el ideal; ¿cómo habría reaccionado ante aquella barbarie? Ignoraba que, tan cerca de Egipto, existiera un mundo sin leyes donde la vida humana no tenía ningún valor.

Se obligó a bajar hasta la gruta. Sus piernas vacilaban, los gritos del moribundo seguían resonando en su cabeza.

El supliciado había fallecido. Por su paño y su aspecto, el hombre era un egipcio, sin duda un soldado del ejército de Asher caído en manos de los rebeldes. Suti cavó una tumba con sus manos en el interior de la gruta.

Embrutecido, agotado, prosiguió su camino, poniéndose en manos del destino. Ya no tendría fuerzas para defenderse frente al enemigo.

Cuando dos soldados que llevaban casco le interpelaron, se derrumbó en la tierra húmeda.

Una tienda.

Un lecho, un almohadón bajo la cabeza, una manta.

Suti se incorporó. La punta de un cuchillo le obligó a tenderse.

–¿Quién eres?

El interrogador era un oficial egipcio de rostro marcado.

–Suti, arquero de carros.

–¿De dónde vienes? ,

Explicó sus hazañas.

–¿Puedes probar lo que dices? ;

–En mi bolsa hay un trozo del carro con el nombre de mi teniente.

–¿Qué ha sido de él?

–Los beduinos le mataron. Yo le enterré.

–¿Huíste?

–¡Claro que no! Con mis flechas alcancé a más de quince.

–¿Fecha de tu alistamiento?

–A comienzos de mes.

–¡Apenas quince días y ya eres un arquero de élite!

–Un don.

–Sólo creo en el entrenamiento. ¿Y si me dijeras la verdad?

Suti apartó la manta.

–Es la verdad.

–¿No habrás eliminado al teniente?

–¡Bromeáis!

–Una buena temporada en una mazmorra te hará poner en orden las ideas.

Suti corrió hacia el exterior. Dos soldados le agarraron por los brazos, un tercero le golpeó en el vientre y le derribó de un puñetazo en la nuca.

–Hemos hecho bien cuidando a ese espía. Hablará por los codos.

CAPÍTULO 22

En una mesa de una de las tabernas más concurridas de Tebas, Pazair dirigió su conversación hacia Hattusa, una de las esposas diplomáticas de Ramsés el Grande. Durante la negociación del tratado de paz con los hititas, el faraón había recibido a una de las hijas del soberano asiático como prenda de sinceridad. Colocada a la cabeza del harén de Tebas, la mujer vivía allí una lujosa existencia.

Inaccesible, invisible, Hattusa no era popular. Los comadreos la destrozaban; ¿acaso no practicaba la magia negra, no se unía por la noche con los demonios, no se negaba a mostrarse durante las grandes fiestas?

–Por su causa –declaró el propietario de la taberna–, el precio de los ungüentos se ha doblado.

–¿Por qué es responsable de eso?

–Sus damas de compañía, cuyo número aumenta, se maquillan durante todo el día. El harén utiliza una increíble cantidad de ungüentos de primera calidad, los compra caros y produce el alza de los precios. Y con el aceite sucede los mismo. ¿Cuándo nos libraremos de esa extranjera?

Nadie salió en defensa de Hattusa.

Una lujuriante vegetación rodeaba los edificios que componían el harén de la orilla este. Un canal cruzaba el paraje; la abundante agua irrigaba varios jardines reservados a las damas de la corte, viudas y ancianas, un gran vergel y un parque floral donde descansaban las hiladoras y las tejedoras. Como los demás harenes de Egipto, el de Tebas albergaba numerosos talleres, escuelas de danza, de música y de poesía, un centro de producción de hierbas aromáticas y productos de belleza; algunos especialistas trabajaban la madera, el esmalte y el marfil; se creaban soberbios vestidos de lino y se cultivaba el refinado arte de las composiciones florales. Siempre activo, el harén era también un centro educativo donde se formaban egipcios y extranjeros destinados a la alta administración. Junto a las elegantes, ataviadas con las más resplandecientes joyas, pasaban artesanos, maestros y gestores encargados de aprovisionar a las pensionistas en géneros frescos.

El juez Pazair se presentó por la mañana, muy pronto, en el palacio central. Su calidad le permitió atravesar la barrera de guardias y hablar con el intendente de Hattusa. Este recibió la petición del juez y la mostró a su patrona que, ante la sorpresa de su empleado, no la rechazó.

El magistrado fue introducido en una estancia de cuatro columnas, con los muros decorados con pinturas que representaban pájaros y flores. Un enlosado multicolor contribuía al encanto del lugar. Alrededor de Hattusa, sentada en un trono de madera dorada, revoloteaban dos peluqueras. Manejaban botes,

espátulas para el maquillaje y cajas para perfume, y concluían el aseo matinal con la operación más delicada, el ajuste de la peluca, a la que la más hábil añadía falsos mechones tras haber sustituido los bucles defectuosos.

Con treinta resplandecientes años, desdeñoso el ademán, la princesa hitita contemplaba su belleza en un espejo cuyo mango dorado reproducía un tallo de loto.

–¡Un juez en mi casa tan temprano! Estoy intrigada. ¿Cuál es el motivo de vuestra visita?

–Me gustaría haceros unas preguntas.

Ella dejó el espejo y despidió a las peluqueras.

–¿Os parece que mantengamos una entrevista a solas?

–Muy bien.

–¡Por fin un poco de distracción! La vida es tan aburrida en este palacio.

Con la piel muy blanca, las manos largas y finas y los ojos negros, Hattusa era a la vez atractiva e inquietante. Pícara, aguda, rápida, no tenía ningún tipo de indulgencia con sus interlocutores y se complacía burlándose de sus debilidades, defecto del habla, actitud torpe o imperfección física.

Miró atentamente a Pazair.

–No sois el hombre más apuesto de Egipto, pero una mujer puede enamorarse perdidamente de vos y seros fiel.

Impaciente, apasionado, entregado a un ideal... coleccionáis importantes defectos. Y sois tan serio, casi grave, hasta el punto de echar a perder vuestra juventud.

–¿Me permitís que os interrogue?

–¡Audaz pregunta! ¿Sois consciente de vuestra imprudencia? Soy una de las esposas del gran Ramsés y podría hacer que os destituyeran inmediatamente.

–Sabéis muy bien que no. Defendería mi causa ante el tribunal del visir y seríais convocada por abuso de autoridad.

–Egipto es un país extraño. Sus habitantes no sólo creen en la justicia sino que, además, la respetan y velan por su aplicación. Un milagro que no puede durar.

Hattusa tomó de nuevo el espejo para examinar, uno a uno, los rizos de su peluca.

–Si vuestras preguntas me divierten, las responderé.

–¿Quién os proporciona el pan fresco?

La hitita abrió unos ojos asombrados.

–¿Os preocupa mi pan?

–Más exactamente el panadero de la orilla oeste que deseaba trabajar para vos.

–¡Todo el mundo quiere trabajar para mí! Mi generosidad es conocida.

–Y, sin embargo, el pueblo no os aprecia demasiado.

–Es recíproco. El pueblo, aquí como en cualquier parte, es estúpido. Soy una extranjera y me siento orgullosa de seguir siéndolo. Decenas de servidores están a mis pies porque el rey me confió la dirección de este harén, el más próspero de todos.

–¿Y el panadero?

–Hablad con mi intendente, él os informará. Si ese panadero ha entregado pan, lo sabréis. ¿Tan importante es?

–¿Estáis enterada de un drama que se produjo junto a la esfinge de Gizeh?

–¿Qué ocultáis, juez Pazair?

–Nada esencial.

–Este juego me aburre, como la siesta, como los cortesanos. Sólo tengo un deseo: volver a mi casa. Sería divertido que los ejércitos hititas aplastaran a vuestros soldados e invadieran Egipto. ¡Una hermosa revancha, en verdad! Pero temo morir aquí, esposa del más poderoso de los reyes, un hombre al que sólo he visto una vez, el día de nuestra boda acordada por diplomáticos y juristas, para asegurar la paz y la felicidad de nuestros pueblos. ¿A quién le preocupó mi felicidad?

–Gracias por vuestra cooperación, alteza.

–Soy yo, y no vos, quien debe finalizar la entrevista.

–No quería ofenderos.

–Salid.

El intendente de Hattusa reveló que había encargado, efectivamente, panes a un excelente panadero de la orilla oeste; pero no se había efectuado ninguna entrega.

Perplejo, Pazair salió del harén. De acuerdo con sus costumbres, había intentado explotar el más pequeño indicio, sin temer importunar a una de las más grandes damas del reino.

¿Estaría comprometida, de un modo u otro, en la conspiración? Una nueva pregunta sin respuesta.

El adjunto al alcalde de Menfis abrió la boca angustiado.

–Relajaos –recomendó Qadash.

El dentista no había ocultado la verdad: era preciso arrancar el molar. Pese a intensivos cuidados, no había podido salvarlo.

–Abridla más.

En verdad, la mano de Qadash no era tan firme como antaño, pero seguiría demostrando su talento durante mucho tiempo. Tras una anestesia local, pasó a la primera fase de la extracción, fijando la tenaza a uno y otro lado del diente.

Impreciso, tembloroso, hirió la encía. Sin embargo, se empecinó. Los nervios le impidieron dominar la operación y se produjo una hemorragia que atacó las raíces. Se lanzó hacia una barrena cuyo extremo puntiagudo colocó en una cavidad practicada en un bloque de madera, le imprimió por medio de un arco un rápido movimiento de rotación e hizo brotar una chispa. En cuanto la llama fue suficiente, calentó una lanceta con la que cauterizó la herida del paciente.

Con la mandíbula dolorida e inflamada, el adjunto al alcalde salió de la consulta sin dar las gracias al dentista.

Qadash perdía así un cliente importante que no dejaría de denigrarle.

El facultativo se hallaba en la encrucijada. No aceptaba envejecer ni perder su habilidad. Ciertamente, la danza con los libios le confortaría y le devolvería una pasajera energía, pero ya no le bastaba. La solución, tan cercana, seguía estando muy lejos. Qadash debía utilizar otras armas, perfeccionar su técnica, demostrar que seguía siendo el mejor.

Lo que necesitaba era otro metal.

El transbordador zarpaba.

De un salto, Pazair consiguió llegar a las desiguales tablas de la embarcación de fondo plano en la que se amontonaban bestias y gente.

El transbordador efectuaba un incesante vaivén entre ambas orillas; pese a la brevedad del recorrido, se intercambiaban noticias y se concluían, incluso, algunos negocios.

El juez fue empujado por el trasero de un buey inquieto y chocó con una mujer que le daba la espalda.

–Perdonadme. Ella no respondió y ocultó el rostro con sus manos. Intrigado, Pazair la observó.

–¿No sois, acaso, Sababu?

–Dejadme en paz. Con un vestido oscuro, un chal marrón en los hombros y el peinado en desorden, Sababu parecía una mendiga.

–Tendríamos que hacemos algunas confidencias, ¿no?

–No os conozco.

–Recordad a mi amigo Suti. Él os convenció de que no me difamarais.

Asustada, la mujer se inclinó hacia el río, animado por una fuerte corriente. Pazair la sujetó del brazo.

–El Nilo es peligroso aquí. Podríais ahogaros.

–No sé nadar.

Unos chiquillos saltaron a la orilla en cuanto el transbordador atracó. Le siguieron asnos, bueyes y campesinos. Pazair y Sababu fueron los últimos en desembarcar. El juez no había soltado a la prostituta.

–¿Por qué me molestáis? Soy una simple sierva y...

–Vuestro método de defensa es ridículo. ¿No le dijisteis a Suti que yo era uno de vuestros fieles clientes?

–No comprendo.

–Soy el juez Pazair, recordadlo.

Ella intentó huir, pero él no aflojó la presa.

–Sed razonable.

–¡Me dais miedo!

–Intentabais deshonrarme.

Ella estalló en sollozos. Molesto, la liberó. Aunque fuese una enemiga, su angustia le conmovía.

–¿Quién os ordenó que me calumniarais?

–No lo sé.

–Mentís.

–Un subalterno se puso en contacto conmigo.

–¿Un policía?

–¿Cómo saberlo? Yo no hago preguntas.

–¿Cómo os pagan?

–Me dejan tranquila.

–¿Por qué me ayudáis?

Ella esbozó una pobre sonrisa.

–Tantos recuerdos y días felices... Mi padre era juez rural, yo le adoraba. Cuando murió, la aldea me horrorizaba y me fui a vivir a Menfis. De mala compañía en mala compañía, me convertí en puta. Una puta rica y respetada. Me pagan para que obtenga informaciones confidenciales sobre las personalidades que frecuentan mi casa de cerveza.

–¿Mentmosé, verdad?

–¿A vos qué os parece? Jamás me había visto obligada a ensuciar a un juez. Os he protegido por respeto a la memoria de mi padre. Si estáis en peligro, es cosa vuestra.
–¿No teméis represalias?
–Mis recuerdos me protegen.
–Suponed que a quien os paga le importa un pimiento esta amenaza.
Ella inclinó los ojos.
–Por eso he abandonado Menfis y me oculto aquí. Por vuestra causa lo he perdido todo.
–¿Fue el general Asher a vuestra casa?
–No.
–Se descubrirá la verdad, os lo prometo.
–Ya no creo en las promesas.
–Tened confianza.
–¿Por qué quieren destruiros, juez Pazair?
–Investigo un accidente que se produjo en Gizeh. Oficialmente, cinco veteranos de la guardia de honor encontraron allí la muerte.
–No han circulado rumores sobre este asunto.
La tentativa del juez había fracasado. O la mujer no sabía nada, o callaba.
De pronto se llevó la mano derecha al hombro izquierdo y lanzó un grito de dolor.
–¿Qué os pasa?
–Reumatismo agudo. A veces no puedo mover el brazo.
Pazair no vaciló. Ella le había ayudado, tenía que socorrerla.

Neferet curaba un borrico herido cuando Pazair le presentó a Sababu. Ella le había prometido al juez que ocultaría su identidad.
–He encontrado a esta mujer en el transbordador. Le duele el hombro. ¿Podéis aliviarla?
Neferet se lavó cuidadosamente las manos.
–¿Hace mucho?
–Más de cinco años –respondió Sababu agresiva–. ¿Sabéis quién soy?
–Una enferma a la que intentaré curar.
–Soy Sababu, prostituta y propietaria de una casa de cerveza.
Pazair palideció.
–Tal vez las causas de su mal sean la frecuencia de las relaciones sexuales y el trato con compañeros de dudosa higiene.
–Examinadme.
Sababu se quitó la túnica bajo la que iba desnuda.
¿Tenía Pazair que cerrar los ojos, volverse o desaparecer bajo tierra? Neferet nunca le perdonaría esa afrenta. ¡Cliente de una mujer de vida alegre, ésa era la revelación que le ofrecía! Sus negativas serían tan ridículas como inútiles.
Neferet palpó el hombro, recorrió con el índice la línea de un nervio, encontró los puntos de energía y comprobó la curva del omoplato.
–Es serio –concluyó–. El reumatismo es ya deformante. Si no os cuidáis, vuestros miembros se paralizarán.
Sababu perdió su altivez.
–¿Qué... qué me aconsejáis?

–En primer lugar, dejad de beber alcohol. Luego, tomad cada día esencia pura de corteza de sauce; finalmente, recibid diariamente una aplicación de bálsamo compuesto de natrón, aceite blanco, resina de terebinto, olíbano, miel y grasas de hipopótamo, cocodrilo, siluro y mújol[42].

–Son productos costosos y no dispongo de ellos.

–Tendréis que consultar con un médico, en Tebas.

Sababu volvió a vestirse.

–No tardéis –recomendó Neferet–; la evolución parece rápida.

Mortificado, Pazair acompañó a la prostituta hasta la entrada del pueblo.

–¿Sois libre?

–No habéis cumplido vuestra palabra.

–Quizás os sorprenda pero, a veces, me horroriza la mentira. Ante una mujer como ésa, es imposible disimular.

Pazair se sentó en el polvo, al borde del camino. Su ingenuidad le había llevado al desastre. Sababu, de un modo inesperado, había acabado cumpliendo su misión; el juez se sintió destrozado. ¡Él, el magistrado íntegro, cómplice de una prostituta, hipócrita y libertino para Neferet!

Sababu el hada buena, Sababu respetuosa con los jueces y la memoria de su padre, Sababu que no había vacilado en traicionarle a la primera ocasión. Mañana le vendería a Mentmosé, si no lo había hecho ya.

La leyenda afirmaba que los ahogados gozaban de la indulgencia de Osiris cuando comparecían ante el tribunal del otro mundo. Las aguas del Nilo los purificaban. Amor perdido, nombre mancillado, ideal devastado... El suicidio le atraía.

La mano de Neferet se posó en su hombro.

–¿Se ha curado vuestro resfriado?

No se atrevió a moverse.

–Lo siento mucho.

–¿Qué lamentáis?

–Esta mujer... Os juro que...

–Me habéis traído a una enferma, espero que se cure en seguida.

–Intentó arruinar mi reputación y afirma que ha renunciado a ello.

–¿Una prostituta de gran corazón?

–Ya lo he pensado.

–¿Quién va a reprocharoslo?

–Fui a casa de Sababu, con mi amigo Suti, para festejar su alistamiento en el ejército.

Neferet no apartó su mano.

–Suti es un ser maravilloso, de inagotable ardor. Adora el vino y las mujeres, quiere convertirse en un gran héroe, rechaza cualquier imposición. Él y yo somos el día y la noche. Mientras Sababu lo recibía en su alcoba, permanecí sentado, enfrascado en mi investigación. Os suplico que me creáis.

–Me preocupa un anciano. Tendría que lavarle y desinfectar su casa. ¿Queréis ayudarme?

[42] Siluro y mújol: dos peces del Nilo.

CAPÍTULO 23

–Levántate.

Suti salió de la prisión donde le habían encerrado. Sucio, hambriento, no había dejado de cantar canciones obscenas y de pensar en las maravillosas horas pasadas entre los brazos de las hermosas menfitas.

–Camina.

El soldado que le daba órdenes era un mercenario. Antiguo pirata[43], había elegido el ejército egipcio por la ventajosa jubilación que ofrecía a sus veteranos. Con la cabeza cubierta por un casco puntiagudo, armado con una corta espada, ignoraba los estados de ánimo.

–¿Eres tú el llamado Suti?

Como el joven tardara en responderle, el mercenario le golpeó el vientre. Se encorvó, pero no llegó a poner la rodilla en tierra.

–Eres orgulloso y fuerte. Parece que has combatido contra los beduinos. Yo no lo creo. Cuando se mata un enemigo, se le corta la mano y se la muestra al superior. A mi entender, huíste como un conejo.

–¿Con una pieza de mi carro?

–Producto de un saqueo. Vamos a comprobar si manejas el arco.

–Tengo hambre.

–Después veremos. Incluso sin fuerzas, un auténtico guerrero es capaz de combatir.

El mercenario llevó a Suti hasta el lindero de un bosque y le entregó un arco de considerable peso. En la parte frontal del núcleo de madera, un revestimiento de asta; en el dorso, corteza. La cuerda de tensión era un tendón de buey cubierto de fibras de lino, bloqueado por nudos en ambos extremos.

–Blanco a sesenta metros, en el roble, delante de ti. Tienes dos flechas para acertarle.

Cuando tensó el arco, Suti creyó que los músculos de su espalda se desgarraban. Puntitos negros bailaron ante sus ojos. Mantener la presión, colocar la flecha, apuntar, olvidar el envite, interiorizar el blanco, convertirse en el arco y la flecha, volar por los aires, clavarse en pleno árbol.

Cerró los ojos y disparó.

El mercenario dio algunos pasos.

–Casi en el centro.

Suti tomó la segunda flecha, tendió de nuevo el arco y apuntó al soldado.

–Eres imprudente.

El mercenario soltó su espada.

–He dicho la verdad.

–¡De acuerdo, de acuerdo!

---

[43] Los piratas del Mediterráneo abandonaban a veces su existencia aventurera para alistarse como mercenarios en el ejército egipcio.

El joven soltó la flecha, que se clavó en el blanco, a la derecha del anterior. El soldado suspiró.

–¿Quién te enseñó a manejar el arco?

–Es un don.

–Al río, soldado. Limpieza, vestido y almuerzo.

Con su arco preferido, de madera de acacia, con botas, un manto de lana, una daga, correctamente alimentado, lavado y perfumado, Suti compareció ante el oficial que mandaba la centuria de infantes. Esta vez le escuchó con atención y redactó un informe.

–Estamos aislados de nuestras bases y del general Asher. Éste acampa a tres jornadas de aquí con un cuerpo de élite. Envío dos mensajeros hacia el sur para que el ejército principal avance más de prisa.

–¿Una revuelta?

–Dos reyezuelos asiáticos, una tribu iraní y algunos beduinos coaligados. Su jefe es un libio exiliado, Adafi. Profeta de un dios vengador, ha decidido destruir Egipto y subir al trono de Ramsés. Para unos es una marioneta, para otros un loco peligroso. Le gusta golpear por sorpresa, sin tener en cuenta los tratados. Si nos quedamos aquí, pereceremos. Entre Asher y nosotros hay un fortín bien defendido. Lo tomaremos por asalto.

–¿Disponemos de carros?

–No, pero tenemos varias escalas y una torre sobre ruedas. Nos faltaba un arquero de élite.

Pazair había intentado hablarle diez o incluso cien veces. Se había limitado a levantar a un anciano, llevarle bajo una palmera, al abrigo del viento y del sol, limpiar su casa y ayudar a Neferet. Buscó un signo de desaprobación, una mirada cargada de reproches. Concentrada en su trabajo, ella parecía indiferente.

La víspera, el juez se había dirigido al jardín de Kani, cuyas investigaciones no habían tenido éxito. Prudente, había visitado, sin embargo, la mayoría de las aldeas y conversado con decenas de campesinos y artesanos. No había rastro de un veterano procedente de Menfis. Si el hombre residía en la orilla oeste, se ocultaba muy bien.

–Dentro de unos diez días, Kani os traerá un primer lote de plantas medicinales.

–El jefe del poblado me ha atribuido una casa abandonada, en el lindero del desierto; me servirá de gabinete médico.

–¿Agua?

–Conectarán una canalización en cuanto sea posible.

–¿Vuestra vivienda?

–Pequeña, pero limpia y agradable.

–Ayer Menfis, hoy este rincón perdido.

–Aquí no tengo enemigos. Allí era la guerra.

–Nebamon no reinará eternamente sobre la corporación de los médicos.

–El destino decidirá.

–Recuperaréis vuestro rango.

–¿Qué importa? He olvidado preguntaros por vuestro resfriado.

–El viento de primavera no me sienta bien.

–Es indispensable una nueva inhalación.

Pazair se sometió a ella. Le gustaba oírla preparar la pasta desinfectante, manipular el remedio y colocarlo en la piedra antes de cubrirla con un bote de fondo agujereado. Fueran cuales fuesen sus gestos, los saboreaba.

La habitación del juez había sido registrada de cabo a rabo. Incluso la mosquitera había sido arrancada, convertida en un ovillo y arrojada al suelo de madera. La bolsa de viaje estaba vacía, las tablillas y los papiros dispersos, la estera pisoteada, y el paño, la túnica y el manto desgarrados.

Pazair se arrodilló buscando un indicio.

El ladrón no había dejado rastro.

El juez hizo su denuncia al funcionario obeso, estupefacto e indignado.

–¿Sospechas?

–No me atrevo a formularlas.

–¡Por favor!

–Me han seguido.

–¿Habéis podido identificar al interfecto?

–No.

–¿Descripción?

–Imposible.

–Es una lástima. Mi investigación no será fácil.

–Lo comprendo.

–Al igual que los demás puestos de policía de la región, he recibido un mensaje para vos. Vuestro escribano os busca por todas partes.

–¿Motivo?

–No consta. Os pide que volváis a Menfis lo antes posible. ¿Cuándo os marcháis?

–Bueno... Mañana.

–¿Deseáis una escolta?

–Con Kem bastará.

–Como queráis, pero sed prudente.

–¿Quién se puede atrever a meterse con un juez?

El nubio había tomado un arco, flechas, una espada, un garrote, una lanza y un escudo de madera forrado con una piel de buey, es decir, el equipo clásico de un policía jurado, reconocido apto para llevar a cabo intervenciones delicadas. Al babuino le bastaban sus colmillos.

–¿Quién ha pagado estas armas?

–Los comerciantes del mercado. Mi babuino detuvo, uno a uno, a los miembros de una pandilla de ladrones que actuaba desde hacía más de un año. Los mercaderes han querido agradecérmelo.

–¿Habéis obtenido las autorizaciones de la policía tebana?

–Mis armas están inscritas y numeradas, estoy en regla.

–En Menfis hay algún problema, tenemos que regresar. ¿Se sabe algo del quinto veterano?

–En el mercado no hay ningún rumor. ¿Y vos?

–Nada.

–Ha muerto, como los demás.
–Y en ese caso, ¿por qué han registrado mi habitación?
–No me separaré de vos ni un minuto.
–Estáis a mis órdenes, recordadlo.
–Mi deber es protegeros.
–Si lo considero necesario. Aguardadme aquí, dispuesto a partir.
–Decidme, al menos, adonde vais.
–No tardaré.

Neferet estaba convirtiéndose en la reina de una aldea perdida de la orilla oeste de Tebas. Gozar de la permanente presencia de un médico era, para la pequeña comunidad, un regalo inestimable. La sonriente autoridad de la joven hacía maravillas; niños y adultos escuchaban sus consejos y ya no padecían la enfermedad. Neferet respetaba estrictamente reglas, de higiene que todo el mundo conocía, pero que a veces se desdeñaban: lavarse frecuentemente las manos, imperativo antes de cada comida, ducha cotidiana, lavarse los pies antes de entrar en una casa, purificación de la boca y los dientes, afeitado regular del pelo y corte de cabellos, utilización de ungüentos, cosméticos y desodorantes a base de algarroba. Tanto los pobres como los ricos utilizaban una pasta compuesta de arena y grasa, y añadiéndole natrón, limpiaba y desinfectaba la piel.
A instancias de Pazair, Neferet había aceptado pasear a orillas del Nilo.
–¿Sois feliz?
–Creo ser útil.
–Os admiro.
–Otros médicos merecerían vuestra estima.
–Debo abandonar Tebas. Me reclaman en Menfis.
–¿Por ese extraño asunto?
–Mi escribano no lo dice.
–¿Habéis progresado?
–Sigo sin encontrar al quinto veterano. Si hubiera ocupado un empleo estable en la orilla oeste, yo lo sabría. Mi investigación languidece.
El viento cambió, la primavera se hacía tierna y cálida.
Pronto soplaría el viento de la arena; durante varios días, obligaría a los egipcios a encerrarse en sus casas.
La naturaleza florecía por todas partes.
–¿Volveréis?
–Lo antes posible.
–Os noto inquieto.
–Han registrado mi habitación.
–Un medio para disuadiros.
–Creyeron que poseía un documento esencial. Ahora saben que no es verdad.
–¿No corréis demasiados riesgos?
–Por culpa de mi incompetencia, cometo demasiados errores.
–Sed menos cruel con vos mismo; no tenéis nada que reprocharos.
–Quiero vencer la injusticia que padecéis.
–Me olvidaréis.
–¡Nunca!

Ella sonrió enternecida.

–Los juramentos de nuestra juventud se desvanecen con la brisa del anochecer.

–Los míos no.

Pazair se detuvo, se volvió hacia ella y le tomó las manos.

–Os amo, Neferet. Si supierais cómo os amo...

La inquietud veló su rostro.

–Mi vida está aquí, la vuestra en Menfis. El destino ha elegido.

–Mi carrera me importa un comino. Si me amáis, ¡qué importa el resto!

–No seáis infantil.

–Vos sois la felicidad, Neferet. Sin vos, mi existencia no tiene sentido.

La joven retiró suavemente sus manos.

–Debo pensarlo, Pazair.

Él sintió deseos de tomarla en sus brazos, de apretarla contra su pecho con tanta fuerza que nadie pudiera separarle. Pero no debía quebrar la frágil esperanza que iluminaba su respuesta.

El devorador de sombras asistió a la marcha de Pazair. Abandonaba Tebas sin haberse entrevistado con el quinto veterano y no se llevaba ningún documento comprometedor. El registro de su habitación había resultado estéril. Ni siquiera él había tenido éxito. Magra cosecha: el quinto veterano había permanecido en una aldea al sur de la gran ciudad. Aterrado por la trágica muerte de su colega, el panadero, había desaparecido.

Ni el juez ni el devorador de sombras habían conseguido localizarle.

El veterano se sabía en peligro. Por lo tanto, mantendría la boca cerrada. Tranquilizado, el devorador de sombras tomaría el próximo barco hacia Menfis.

CAPÍTULO 24

El visir Bagey sufría de las piernas. Las tenía pesadas, hinchadas, hasta el punto de que el tobillo desaparecía. Se calzaba con amplias sandalias de correas flojas, y no tenía tiempo para otros cuidados. Cuanto más permanecía sentado a su mesa, más aumentaba la hinchazón; pero el servicio del reino no toleraba descanso ni ausencia. Su esposa, Nedyt, había rechazado la gran mansión oficial que el faraón atribuía al visir. Bagey había estado de acuerdo, porque prefería la ciudad al campo. Vivían, pues, en una modesta casa del centro de Menfis, que la policía vigilaba día y noche. El primer ministro de las Dos Tierras gozaba de una seguridad perfecta; nunca, desde los orígenes de Egipto, un primer ministro había sido asesinado o sencillamente agredido. Colocado en el vértice de la jerarquía administrativa, no se enriquecía. Su misión prevalecía sobre su bienestar. A Nedyt le costaba soportar el ascenso de su marido; desfavorecida por unos rasgos bastos, su pequeña talla y una panza que no conseguía reducir, rechazaba la vida mundana y no comparecía en ningún banquete oficial. Añoraba la época en la que Bagey ocupaba un oscuro puesto, de limitadas responsabilidades. Regresaba pronto a casa, la ayudaba en la cocina y se ocupaba de sus hijos.

Mientras se dirigía a palacio, el visir pensó en su hijo y en su hija. Su hijo, artesano primero, se había hecho notar ante el maestro carpintero por su pereza. En cuanto fue informado, el visir había logrado que le excluyeran del taller e impuso un contrato como preparador de ladrillos crudos. Juzgando injusta la decisión, el faraón había advertido a su visir acusándole de excesiva severidad para con los miembros de su propia familia. Todo visir debía procurar no favorecer a los suyos, pero también el exceso contrario era condenable[44]. Así pues, el hijo de Bagey había ascendido un peldaño convirtiéndose en verificador de ladrillos cocidos. No tenía otra ambición; su única pasión era jugar a las damas en compañía de los muchachos de su edad. Su hija le daba más satisfacciones; compensaba un físico desagradable gracias a una gran seriedad en su comportamiento, y soñaba con entrar en el templo como tejedora. Su padre no la ayudaría en modo alguno; sólo sus propias cualidades le permitirían conseguirlo.

Fatigado, el visir abandonó su silla y se sentó en un sitial bajo, ligeramente curvado en el centro, formado por cuerdas y espinas de pescado. Antes de su cotidiana entrevista con el rey, tenía que tomar conocimiento de los informes procedentes de los distintos ministerios. Encorvado, con los pies doloridos, se obligó a concentrarse.

El secretario particular interrumpió su lectura.

–Siento molestaros.

---

[44] Se conoce el caso de un visir depuesto de sus funciones pues, por temor a ser acusado de favoritismo, se había mostrado injusto con sus parientes.

–¿Qué ocurre?

–Ha llegado un mensajero del ejército de Asia con un informe.

–Resumid.

–El regimiento de élite del general Asher ha sido aislado del grueso de nuestras tropas.

–¿Rebelión?

–El libio Adafi, dos reyezuelos asiáticos y algunos beduinos.

–¡Ellos otra vez! Nuestros servicios secretos se han dejado sorprender.

–¿Enviamos refuerzos?

–Consultaré inmediatamente con su majestad.

Ramsés ordenó que dos nuevos regimientos partieran hacia Asia y que el ejército principal acelerara su avance. El rey se tomaba muy en serio el asunto; si Asher había sobrevivido, tenía que eliminar a los rebeldes.

Desde la proclamación del decreto que había llenado de estupor a la corte, el visir no sabía ya hacia dónde volverse para que se aplicaran las directrices del faraón. Gracias a su rigurosa gestión, el inventario de las riquezas de Egipto y sus diversas reservas sólo tardaría unos meses; pero sus emisarios debían interrogar a los superiores de cada templo y a los gobernadores de cada provincia, redactar un importante volumen de informes y descubrir las inexactitudes. Las exigencias del soberano provocaban una sorda hostilidad; así pues, Bagey, considerado como el verdadero responsable de aquella inquisición administrativa, intentaba apaciguar muchas susceptibilidades y disipar la irritación de numerosos dignatarios.

Al anochecer, Bagey tuvo la confirmación de que sus consignas se habían ejecutado al pie de la letra. Al día siguiente haría doblar la guarnición de los Muros del rey, que ya estaban en alerta permanente.

En el campamento, la velada fue siniestra. Al día siguiente, los egipcios atacarían el fortín rebelde para romper su aislamiento e intentar establecer contacto con el general Asher. El asalto se anunciaba difícil. Muchos no regresarían a su país.

Suti cenaba con el soldado de más edad, un pendenciero natural de Menfis. Dirigiría las maniobras de la torre sobre ruedas.

–Dentro de seis meses –reveló–, me jubilaré. ¡Es mi última campaña de Asia, chiquillo! Toma, come ajos frescos. Te purgarán y evitarán que cojas frío.

–Estaría mejor con un poco de cilantro y vino rosado.

–¡El festín, después de la victoria! Normalmente, en este regimiento nos alimentan bien. El buey y los pasteles no escasean, las legumbres están pasablemente frescas y la cerveza es abundante. Antaño, los soldados robaban de aquí y de allá; Ramsés prohibió esas prácticas y expulsó del ejército a los desvalijadores. Yo no he robado a nadie. Me darán una casa en el campo, una parcela y una sirvienta. Pagaré pocos impuestos y transmitiré mi propiedad a la persona que yo elija. Tú tuviste razones para alistarte, chiquillo; tu porvenir está asegurado.

–Siempre que salga de este avispero.

–Demoleremos el fortín. Sobre todo, desconfía de tu izquierda. La muerte masculina procede de este lado, la femenina llega por la derecha.

–¿No hay mujeres entre el enemigo?

–¡Sí, y valientes!

Suti no olvidaría su izquierda ni su derecha; recordaría también la espalda, en memoria del teniente de carros.

Los soldados egipcios se lanzaron a una danza salvaje, haciendo girar sus armas por encima de sus cabezas, y alzándolas hacia el cielo para obtener un destino favorable y el valor de combatir hasta la muerte. Según las convenciones internacionales, la batalla se celebraría una hora después del alba; sólo los beduinos atacaban sin avisar.

El viejo soldado hincó una pluma en los largos cabellos negros de Suti.

–Es la costumbre, para los arqueros de élite. Evoca la de la diosa Maat; gracias a ella, tu corazón será firme y apuntarás bien.

Los infantes transportaban escalas; a su cabeza iba el antiguo pirata. Suti montó en la torre de asalto junto al viejo. Una decena de hombres la empujaron hacia el fortín. Los ingenieros habían aplanado a duras penas un camino de tierra por el que las ruedas de madera circularían sin excesiva dificultad.

–A la izquierda –ordenó el conductor.

El terreno se allanaba. Desde lo alto del fortín, los arqueros enemigos dispararon. Dos egipcios murieron, una flecha rozó la cabeza de Suti.

–Te toca a tí, chiquillo.

Suti tensó el arco revestido de asta; lanzadas en parábola, las saetas llegarían a más de doscientos metros. Con la cuerda tensada al máximo, se concentró y expiró soltando la flecha.

Un beduino, herido en pleno corazón, cayó de las almenas. Aquel éxito disipó el miedo de los infantes, corrieron hacia el enemigo.

Suti cambió de arma a unos cien metros del objetivo. Su arco de acacia, más preciso y menos fatigoso de manejar, le permitió hacer blanco siempre y despejar la mitad de las almenas. Los egipcios pudieron, muy pronto, apoyar sus escalas.

Cuando la torre estaba a unos veinte metros del objetivo, el conductor se derrumbó con una flecha en el vientre. La velocidad aumentó y la torre chocó contra el muro del fortín. Mientras sus camaradas saltaban a las almenas y se introducían en el bastión, Suti se preocupó por el viejo soldado. La herida era mortal.

–Una hermosa jubilación, chiquillo, ya verás... Yo he tenido mala suerte.

Su cabeza cayó sobre su hombro. Con un ariete, los egipcios derribaron la puerta; el antiguo pirata acabo de destrozarla con su hacha. Aterrados sus adversarios huyeron a la desbandada. El reyezuelo local salto a lomos de su caballo y pisoteó al oficial que le ordenaba rendirse. Furiosos, los egipcios se desmandaron y ya no dieron cuartel.

Mientras el fuego devastaba el fortín, un fugitivo harapiento escapo de la vigilancia de los vencedores y corrió hacia el bosque. Suti le alcanzó le agarró por la remendada túnica y la desgarró.

Una mujer joven y vigorosa. La bribona que le había robado.

Desnuda, siguió corriendo. Bajo las risas y los gritos de ánimo de sus hermanos de armas, Suti la inmovilizó en el suelo.

Loca de miedo, se agitó largo rato. Suti la levantó, le ató las manos y la cubrió con sus pobres ropas.

–Te pertenece –declaró un infante.

Los escasos supervivientes con las manos en la cabeza, habían abandonado arcos, escudos, sandalias y cantimploras. De acuerdo con las expresiones consagradas, perdían su alma, abandonaban su nombre y se vaciaban de su esperma. Los vencedores se apoderaron de la vajilla de bronce, de bueyes, asnos y cabras, incendiaron el cuartel, el mobiliario y los tejidos. Del fortín sólo quedaría un montón de piedras dislocadas y calcinadas.

El antiguo pirata se dirigió hacia Suti

El jefe ha muerto, el conductor de la torre también.

Eres el mas valeroso de todos nosotros y un arquero de élite. El mando es tuyo.

–No tengo experiencia alguna.

–Eres un héroe. Todos lo atestiguaremos; sin tí habríamos fracasado. Llévanos al norte.

El joven se sometió a la voluntad de sus camaradas. Les pidió que trataran correctamente a los prisioneros: Durante unos rápidos interrogatorios, afirmaron que el instigador de la revuelta, Adafi, no se hallaba en el fortín.

Suti se puso a la cabeza de la columna con el arco en la mano. A la derecha, su prisionera.

–¿Cómo te llamas?

–Pantera.

Su belleza le fascinaba. Huraña, con los cabellos rubios y los ojos ardientes, tenía un cuerpo soberbio y atractivos labios. Su voz era cálida, hechicera.

–¿De dónde procedes?

–De Libia. Mi padre era un acogotado vivo.

–¿Qué quieres decir?

–En una expedición, una espada egipcia le abrió el cráneo. Habría debido morir. Prisionero de guerra, trabajó como agricultor en el delta. Olvidó su lengua, su pueblo, se convirtió en egipcio. Le odié y no fui a sus funerales. ¡Y yo continué el combate!

–¿Qué nos reprochas?

La pregunta sorprendió a Pantera.

–¡Somos enemigos desde hace dos mil años! –exclamó.

–¿No sería conveniente concluir una tregua?

–¡Nunca!

–Intentaré convencerte.

El encanto de Suti no fue inoperante. Pantera aceptó levantar los ojos hacia él.

–¿Voy a ser tu esclava?

–En Egipto no existen los esclavos.

Un soldado lanzó un grito. Todos se arrojaron al suelo. En la cresta de una colina, la maleza se movía. Surgió una manada de lobos que observó a los viajeros y prosiguió su camino. Aliviados, los egipcios dieron gracias a los dioses.

–Me liberarán –afirmó Pantera.

–Cuenta sólo con tus propias fuerzas.

–A la primera ocasión, te traicionaré.

–La sinceridad es una rara virtud. Comienzo a apreciarte.

Huraña, la muchacha se encerró en su cólera.

Avanzaron durante dos horas por un terreno pedregoso, luego siguieron el lecho de un torrente seco.

Con la mirada clavada en los escarpados rocosos, Suti acechaba la menor señal de una presencia inquietante.

Cuando una decena de arqueros egipcios les cerraron el paso, supieron que se habían salvado.

Cuando Pazair se presentó en su despacho, hacia las once de la mañana, la puerta estaba cerrada.

–Id a buscar a Iarrot –ordenó a Kem.

–¿Con el babuino?

–Con el babuino.

–¿Y si está enfermo?

–Traédmelo de inmediato. No importa en qué estado.

Kem se apresuró.

Con la tez muy roja y los párpados hinchados, Iarrot se explicó gimiendo.

–Estaba descansando, a consecuencia de una indigestión. He tomado granos de comino con leche, pero las náuseas subsistían. El médico me ha prescrito una infusión de bayas de enebro y dos días de descanso.

–¿Por qué habéis inundado con vuestros mensajes a la policía tebana?

–¡Dos urgencias!

La cólera del juez desapareció.

–Explicaos.

–Primera urgencia: carecemos de papiro. Segunda urgencia: el control del contenido de los graneros que dependen de vuestra jurisdicción. De acuerdo con la nota de los servicios técnicos, falta la mitad de la reserva de trigo en el silo principal.

Iarrot bajó la voz.

–Un enorme escándalo en perspectiva.

Cuando los sacerdotes hubieron presentado los primeros granos de la recolección a Osiris y ofrecido pan a la diosa de las cosechas, una larga hilera de portadores de serones, que contenían el precioso género, se dirigió hacia los silos cantando: «Un feliz día ha nacido para nosotros.» Subían por las escaleras que llevaban al techo de los graneros, rectangulares unos, cilíndricos otros, y vertían allí sus tesoros por un tragaluz cerrado con una trampilla.

Una puerta permitía sacar el grano.

El intendente de los graneros recibió al juez con rara frialdad.

–El decreto real me obliga a controlar las reservas de grano.

–Un técnico lo ha hecho por vos.

–¿Sus conclusiones?

–No me las ha comunicado. Son sólo cosa vuestra.

–Haced que coloquen una escala en la fachada del granero principal.

–¿Debo repetirlo? Un técnico lo ha verificado ya.

–¿Os oponéis acaso a la ley?

El intendente se hizo más amable.

–Pienso en vuestra seguridad, juez Pazair. Trepar hasta allí arriba es peligroso. No estáis acostumbrado a este tipo de escalada.

–Entonces ignorabais que la mitad de vuestras reservas han desaparecido.

El intendente pareció estupefacto.

–¡Qué desastre!
–¿Explicación?
–Las plagas, sin duda alguna.
–¿Y no son vuestra principal preocupación?
–Me remito al servicio de higiene; ¡él es el culpable!
–La mitad de las reservas, es enorme.
–Cuando las plagas actúan...
–Poned la escalera.
–Es inútil, os lo aseguro. No es ésta la misión de un juez.
–Cuando haya puesto mi sello en el informe oficial, vos seréis el responsable ante la justicia.
Dos empleados acercaron una gran escalera y la apoyaron en la fachada del silo. Pazair, incómodo, trepó; los barrotes chirriaban, la estabilidad dejaba mucho que desear. A la mitad de su recorrido, vaciló.
–¡ Sujetadla! –reclamó.
El intendente miró a sus espalda como si intentara huir. Kem posó una mano en su hombro, el babuino se acercó a su pierna.
–Obedezcamos al juez –recomendó el nubio–. ¿No desearéis que se produzca un accidente?
Actuaron como contrapeso. Tranquilizado, Pazair siguió trepando. Llegó a la cima, ocho metros por encima del suelo, levantó un pestillo y abrió el tragaluz.
El silo estaba lleno hasta el borde.

–Es incomprensible –estimó el intendente–. El verificador os ha mentido.
–Hay otra hipótesis –consideró Pazair–: vuestra complicidad.
–¡Fui engañado, no os quepa duda!
–Me cuesta creeros.
El babuino soltó un gruñido y mostró sus colmillos.
–Detesta a los mentirosos –indicó el nubio.
–¡Sujetad a esa fiera!
–No puedo ejercer ningún control sobre él cuando un testigo lo irrita.
El intendente agachó la cabeza.
–Me prometió una buena retribución si avalaba su examen. Habríamos vendido el grano que aparentemente faltaba. Una hermosa operación a la vista. Pero el delito no ha tenido lugar, ¿podré conservar mi puesto?

Pazair trabajó hasta muy tarde. Firmó el acta de destitución del intendente, apoyándola con argumentos, y buscó en vano al verificador en las listas de funcionarios. Un nombre falso sin duda alguna. El robo de grano no era raro, pero la falta nunca había adquirido tamañas proporciones. ¿Era un acto individual, limitado a un silo de Menfis, o una corrupción generalizada? Esta última posibilidad justificaría el sorprendente decreto del faraón. ¿No contaba el soberano con los jueces para restablecer la equidad y enderezar los renglones torcidos? Si todos actuaban justamente, fuera su función modesta o importante, el mal desaparecería en seguida.
En la llama de la lámpara, el rostro de Neferet, sus ojos, sus labios. A aquellas horas, debía de estar durmiendo.
¿Estaría pensando en él?

CAPÍTULO 25

Pazair, acompañado por Kem y el babuino, tomó un rápido barco con destino a la mayor plantación de papiro del delta, explotada por Bel-Tran con licencia real. En el barro y las marismas, las plantas de pilosa umbela y tallo de sección triangular podían alcanzar una altura de seis metros y formar densas espesuras. Prietas unas contra las otras, las flores en forma de parasol coronaban el precioso vegetal. Con las raíces leñosas se fabricaban muebles, con las redes y la corteza, esteras, cestos, redes, cables, cuerdas e, incluso, sandalias y paños para los más pobres. Por su parte, la savia esponjosa, abundante bajo la corteza, recibía un tratamiento apropiado para convertirse en el famoso papiro que el mundo envidiaba a Egipto.

Bel-Tran no se limitaba al ciclo natural; de este modo, en su inmensa propiedad, había cultivado el papiro para desarrollar la producción y exportar parte de ella. Los verdeantes tallos significaban vigor y juventud en todo Egipto; el cetro de las diosas tenía la forma de un papiro, las columnas de los templos eran papiros de piedra.

En la espesura se había abierto un amplio camino; Pazair se cruzó con campesinos desnudos que llevaban a la espalda pesadas gavillas. Mascaban los brotes tiernos, absorbían el jugo y escupían la pulpa. Ante los grandes almacenes donde, en seco, se conservaba el material en cajas de madera o en jarras de terracota, los especialistas limpiaban las fibras seleccionadas cuidadosamente, antes de extenderlas sobre esteras o tablas. Las láminas, de una sección de cuarenta centímetros, se cortaban en sentido longitudinal y se disponían en dos capas superpuestas en ángulo recto. Una nueva categoría de técnicos cubría el conjunto con un lienzo húmedo y golpeaba largo tiempo con un mazo de madera. Y llegaba el delicado momento en que las franjas de papiro, una vez secas, debían pegarse unas a otras, sin aditivo alguno.

–Magnífico, ¿no es cierto?

El hombre rechoncho que se dirigía a Pazair tenía una cabeza redonda, lunar, y unos cabellos negros engominados con un cosmético. Manos y pies gordezuelos, pesado, parecía, sin embargo, muy dinámico, casi agitado.

–Vuestra visita me honra, juez Pazair; mi nombre es Bel-Tran. Soy el propietario de esta plantación.

Se subió el paño y se arregló la camisa de fino lino. Aunque se vistiera en casa de la mejor tejedora de Menfis, sus ropas parecían siempre demasiado pequeñas, demasiado grandes o demasiado anchas.

–Deseo compraros papiro.

–Venid a ver mis más hermosos especimenes.

Bel-Tran llevó a Pazair hasta el almacén donde conservaba sus ejemplares de lujo, rollos compuestos de una veintena de hojas. El fabricante abrió uno.

–Contemplad este esplendor, su fina trama, su soberbio color amarillo. Ningún competidor ha conseguido imitarme. Uno de los secretos es el tiempo de exposición al sol, pero hay muchos otros puntos importantes sobre los que mantendré la boca cerrada.

El juez tocó la punta del rollo.

–Es perfecto.

Bel-Tran no disimuló su orgullo.

–Lo destino a los escribas que copian las antiguas *sabidurías*[45] y las completan. La biblioteca de palacio me encarga una docena para el mes próximo. También proporciono ejemplares del Libro de los muertos que se depositan en las tumbas.

–Vuestros negocios parecen florecientes.

–Los son, siempre que se trabaje día y noche. No me quejo, mi oficio me apasiona. ¿No es esencial proporcionar un soporte para los textos y los jeroglíficos?

–Mi crédito es limitado, no tengo medios para comprar tan hermosos papiros.

–Tengo una calidad inferior, pero notable todavía. Solidez garantizada.

El lote convenía al juez, pero el precio seguía siendo demasiado elevado.

Bel-Tran se rascó la nuca.

–Me sois muy simpático, juez Pazair, y espero que sea reciproco. Aprecio la justicia porque es la clave de la felicidad. ¿Me concederíais la satisfacción de regalaros este lote?

–Soy sensible a vuestra generosidad, pero me veo obligado a rechazarlo.

–Permitidme que insista.

–Cualquier regalo, fuera cual fuese, sería calificado de corrupción. Si me concedéis pagarlo a plazos, será necesario notificarlo y registrarlo.

–¡Muy bien, de acuerdo! He oído decir que no vaciláis en atacar a los grandes comerciantes que no respetan la ley. Sois muy valeroso.

–Un simple deber.

–Últimamente, en Menfis, la moralidad de los negociantes tiende a bajar. Supongo que el decreto del faraón detendrá esta molesta evolución.

–Mis colegas y yo lo procuraremos, aunque conozco mal las costumbres menfitas.

–Os acostumbraréis pronto. En estos últimos años, la competencia entre mercaderes ha sido bastante enconada; no han vacilado en darse duros golpes.

–¿Los habéis recibido?

–Como los demás, pero peleo. Al principio, trabajaba como auxiliar contable en una gran propiedad del delta donde el papiro era mal explotado. Salario mínimo y muchas horas de trabajo. Le propuse ciertas mejoras al dueño de la propiedad, las aceptó y me ascendió al rango de contable. Habría vivido tranquilo si no me hubiera abrumado la desgracia.

Ambos hombres salieron del depósito y caminaron por la avenida bordeada de flores que llevaba a la mansión de Bel-Tran.

–¿Puedo ofreceros algo de beber? No es corrupción, os lo aseguro.

Pazair sonrió. Sentía que el fabricante tenía ganas de hablar.

–¿Qué desgracia fue ésa?

[45] Colección de máximas transmitidas de generación en generación.

–Una desdicha poco gloriosa. Me había casado con una mujer mayor que yo, originaria de Elefantina; nos llevábamos bien, pese a ciertas discusiones sin gravedad alguna. Yo regresaba tarde, ella lo aceptaba. Una tarde fui víctima de un malestar; probablemente, el cansancio. Me llevaron a casa. Mi esposa estaba en la cama con el jardinero. Sentí ganas de matarla, después de hacerla condenar por adulterio... pero el castigo es muy pesado[46]. Me limité a un divorcio, que fue decretado en seguida.

–Penosa prueba.

–Me sentí herido en lo más hondo, y me consolé trabajando dos veces más. El dueño de la propiedad me ofreció una tierra que nadie quería. Un sistema de irrigación que yo mismo concebí me permitió explotarla: unas primeras cosechas excelentes, precios correctos, clientes satisfechos... ¡y el beneplácito de palacio! Al convertirme en proveedor de la corte, me sentí colmado. Me atribuyeron las marismas que habéis atravesado.

–Felicidades.

–El esfuerzo se ve siempre recompensado. ¿Estáis casado?

–No.

–Yo intenté la aventura por segunda vez, y tuve razón. Bel-Tran tragó una pastilla compuesta de olíbano, juncia[47] y caña de Fenicia, mezcla que garantizaba el buen aliento.

–Voy a presentaros a mi joven esposa.

La señora Silkis, desesperada, temía la aparición de la primera arruga. Por eso se había procurado un aceite de fenogreco que hacía desaparecer las imperfecciones de la piel. El perfumista separaba las vainas y los granos, preparaba una pasta y la calentaba. En la superficie aparecían perlas de aceite. Prudente, Silkis se aplicó una máscara de belleza, formada por miel, natrón rojo y sal del norte, luego se frotó el resto del cuerpo con polvo de alabastro.

Gracias a la cirugía de Nebamon, su rostro y sus formas se habían adelgazado, de acuerdo con los deseos de su marido. Ciertamente, se consideraba todavía demasiado rechoncha y algo gruesa, pero Bel-Tran no le reprochaba sus desarrollados muslos. Antes de recibirle con un copioso almuerzo, se pasó ocre rojo por los labios, una crema suave en las mejillas y se puso maquillaje verde alrededor de los ojos. Luego se frotó el cuero cabelludo con una loción desinfectante, cuyos principales ingredientes, cera de abeja y resma, evitaban la aparición de canas.

El espejo le devolvió una imagen satisfactoria y Silkis se tocó con una peluca de pelo auténtico provista de mechones perfumados. Su marido le había regalado aquel pequeño tesoro en el nacimiento de su segundo hijo, un muchacho.

Su sirvienta la avisó de la llegada de Bel-Tran en compañía de un invitado.

Aterrada, Silkis cogió de nuevo el espejo. ¿Gustaría o sería criticada por culpa de un defecto en el que no se había fijado? Ya no tenía tiempo para maquillarse de otro modo o cambiarse de vestido.

Temerosa, salió de su habitación.

---

[46] El adulterio era considerado una falta grave, se trataba de una traición a la palabra dada, ya que el matrimonio se basaba en una mutua confianza.

[47] El olíbano es una resma parecida al incienso; la juncia una caña aromática.

–¡Silkis, querida! Te presento al juez Pazair, de Menfis. La joven sonrió, con una turbación y un pudor muy convenientes.
–Recibimos muchos compradores y técnicos –prosiguió Bel-Tran–, pero vos sois nuestro primer juez. Es un gran honor.
La nueva mansión del vendedor de papiros tenía una decena de estancias con poca luz. La señora Silkis temía el sol porque enrojecía su piel.
Una sirvienta, seguida por dos niños, una chiquilla pelirroja y un muchacho que se parecía a su padre, ofreció una cerveza. Saludaron al magistrado y corrieron gritando.
–¡Ah, los niños! Los adoramos, pero a veces son agotadores.
Silkis asintió inclinando la cabeza. Afortunadamente, sus partos se habían desarrollado sin dificultades y no habían estropeado su cuerpo, gracias a los grandes períodos de reposo. Disimulaba algunas redondeces rebeldes bajo un amplio vestido de lino de primera calidad, discretamente adornado con pequeños flecos rojos. Sus pendientes, compuestos por un aro y un calamón de marfil, habían sido importados de Nubia.
Pazair fue invitado a tomar asiento en una tumbona de papiro.
–¿Original, verdad? Me gustan las innovaciones –precisó Bel-Tran–. Si la forma gusta, la comercializaré.
El juez se extrañó ante la disposición de la casa, larga, muy baja y sin terraza.
–Tengo vértigo. Bajo este cobertizo estamos al abrigo del calor.
–¿Os gusta Menfis? –preguntó Silkis.
–Prefiero mi aldea.
–¿Dónde vivís?
–Encima de mi despacho. Los locales son algo exiguos; desde que entré en funciones, las investigaciones no faltan y los archivos se acumulan. Dentro de unos meses, viviré muy estrecho.
–Es un detalle de fácil arreglo –estimó Bel-Tran–. Una de mis mejores relaciones comerciales es responsable del archivo de palacio. Él distribuye los emplazamientos, en los almacenes del Estado.
–No me gustaría que se me concediera un privilegio.
–No lo será. Antes o después tendréis que hablar con él; pues bien, cuanto antes mejor. Os daré su nombre y vos os arregláis.
La cerveza era deliciosa; las grandes jarras destinadas a su conservación la mantenían fresca.
–Este verano –reveló Bel-Tran– abriré un almacén de papiro cerca del arsenal. Así la entrega a las administraciones será mucho más rápida.
–De ese modo os instalaréis en mi jurisdicción.
–Lo celebro. Si he juzgado bien vuestro temperamento, vuestros controles serán rigurosos y eficaces. De este modo, mi reputación se fortalecerá mucho. Pese a las ocasiones que se presentan, el fraude me horroriza; un día u otro te agarran con las manos en la masa. En Egipto los tramposos no gustan. Como dice el proverbio, la mentira no sirve de transbordador y no atraviesa el río.
–¿Habéis oído hablar de un tráfico de cereales?
–Cuando estalle el escándalo, las sanciones serán severas.
–¿Y a quién afectarán?
–Se murmura que parte de las cosechas almacenadas en los silos se desvía en beneficio de particulares. Son sólo rumores, pero insistentes.
–¿No ha investigado la policía?

–Sin éxito. ¿Aceptáis almorzar con nosotros?
–No quisiera ser inoportuno.
–Mi esposa y yo os acogemos con alegría.
Silkis inclinó la cabeza y ofreció al juez una sonrisa aprobadora.
Pazair apreció la excelencia de los manjares: hígado de oca, ensalada a las finas hierbas con aceite de oliva, guisantes frescos, granadas y pasteles, todo acompañado por un vino tinto del delta que databa del primer año del reinado de Ramsés el Grande. Los niños comieron aparte, pero exigieron pasteles.
–¿Pensáis fundar una familia? –le preguntó Silkis.
–Mis funciones me absorben –repuso Pazair.
–Una mujer y algunos niños, ¿no es ése el objetivo de la existencia? No existe mayor satisfacción –afirmó Bel-Tran.
Creyendo pasar desapercibida, la pelirroja sisó un pastel. Su padre la agarró de la muñeca.
–No habrá juegos ni paseo.
La niña rompió a llorar pataleando.
–Eres demasiado intransigente –protestó Silkis–. No es tan grave.
–¡Tener todo lo que se desea y robar, es lamentable!
–¿No hiciste lo mismo cuando eras niño?
–Mis padres eran pobres, nunca he robado nada a nadie y no admito que mi hija se comporte de ese modo.
La acusada lloró más aún.
–Llévatela, ¿quieres?
Silkis obedeció.
–¡Los avatares de la educación! Gracias a Dios, las alegrías son más numerosas que las penas.
Bel-Tran mostró a Pazair el lote de hojas de papiro que le destinaba. Propuso reforzarlas por los extremos y añadir algunos rollos de menor calidad y de color blancuzco; servirían de borrador.
Los dos hombres se saludaron calurosamente.

El calvo cráneo de Mentmosé se enrojeció revelando la cólera que dominaba a duras penas.
–¡Rumores, juez Pazair, sólo rumores!
–Pero vos lo investigasteis, sin embargo. –Rutina.
–¿Sin ningún resultado?
–¡Ninguno! ¿Quién va a atreverse a robar el trigo almacenado en un silo del Estado? ¡Es grotesco! ¿Y por qué os ocupáis de este asunto?
–Porque el silo está bajo mi jurisdicción. El jefe de la policía bajó un poco la voz.
–Es cierto, lo había olvidado. ¿Y vuestra prueba? –La más hermosa que pueda existir: un escrito. Mentmosé leyó el documento.
–El verificador hizo notar que la mitad de la reserva había sido utilizada... ¿qué hay de anormal en ello?
–El silo está lleno, yo mismo lo he comprobado.
El jefe de la policía se levantó, volvió la espalda al juez y miró por la ventana.
–La nota está firmada.

–Un nombre falso. No figura en la lista de los funcionarios acreditados. ¿No sois el mejor situado para encontrar a ese extraño personaje?

–Supongo que habréis interrogado al intendente de los graneros.

–Afirma que sólo ha visto dos veces al hombre con el que trata y que no conoce su verdadero nombre. ¿Son mentiras, desde vuestro punto de vista?

–Tal vez no.

Pese a la presencia del babuino, el intendente no había dicho nada más. Pazair creía pues en su sinceridad.

–¡Una verdadera conspiración!

–Es posible.

–Evidentemente, el intendente es su instigador.

–Desconfío de las evidencias.

–Confiadme a ese bandido, juez Pazair. Yo le haré hablar.

–Ni hablar.

–¿Qué proponéis?

–Una permanente y discreta guardia del silo; cuando el ladrón y sus acólitos vengan a buscar el grano, los cogeréis en flagrante delito, y obtendréis el nombre de todos los culpables.

–La desaparición del intendente los habrá puesto sobre aviso.

–Por eso debe seguir ocupando su puesto.

–Azaroso y complicado plan.

–Al contrario. Si tenéis algo mejor, me inclinaré.

–Haré lo necesario.

CAPÍTULO 26

La casa de Branir era el único reducto de paz donde se atenuaban los tormentos que oprimían a Pazair. Había escrito una larga carta a Neferet donde le declaraba de nuevo su amor y le suplicaba que respondiera con el corazón. Se reprochaba importunaría, pero no podía disimular su pasión. En adelante, su vida estaba en manos de Neferet.

Branir ofrecía flores al busto de los antepasados, en la primera estancia de su morada. Pazair se recogió a su lado. Acianos de cálices verdes y flores amarillas de persea luchaban contra el olvido y prolongaban la presencia de los sabios que vivían en los paraísos de Osiris.

Concluida la ceremonia, maestro y discípulo subieron a la terraza. A Pazair le gustaba aquella hora en la que la luz del día moría para renacer en la de la noche.

–Tu juventud se va como cuero desgastado. Fue feliz y tranquila. Ahora, tienes que llenar tu vida.

–Lo sabéis todo de mi.

–¿Incluso lo que te niegas a confiarme?

–Con vos, la cháchara es inútil. ¿Creéis que me aceptará?

–Neferet nunca hace comedia. Actuará de acuerdo con la verdad.

De vez en cuando, oleadas de angustia estrechaban la garganta de Pazair.

–Tal vez me he vuelto loco.

–Sólo hay una locura: desear lo que pertenece a otro.

–Olvido lo que me enseñasteis, construir la propia inteligencia para la rectitud, permaneciendo pausado y preciso, no preocuparse de la propia felicidad, actuar de modo que los hombres caminen en paz, se construyan los templos y los vergeles florezcan para los dioses[48]. Mi pasión me abrasa, y alimento su fuego.

–Así está bien. Va hasta el fondo de tu ser. Hasta el punto donde no puedas volver atrás. Y quiera el cielo que no te separes del recto camino.

–No desatiendo mis deberes.

–¿El caso de la esfinge?

–Callejón sin salida.

–¿Sin esperanzas?

–O echar mano al quinto veterano u obtener revelaciones sobre el general Asher gracias a Suti.

–Es muy poco.

–No renunciaré, aunque deba esperar varios años antes de obtener un nuevo indicio. No olvidéis que poseo la prueba de la mentira del ejército: cinco veteranos oficialmente muertos cuando uno de ellos se había hecho panadero en Tebas.

---

[48] Texto inscrito en las estelas de los sabios depositadas en el interior de los templos.

–El quinto está vivo –declaró Branir, como si lo tuviera a su lado–. No renuncies, la desgracia merodea.

Se hizo un largo silencio. La solemnidad del tono había conmovido al juez. Su maestro tenía dones de videncia; a veces, una realidad, invisible aún, se le imponía.

–Pronto dejaré esta casa –anunció–. Ha llegado la hora de residir en el templo para terminar allí mis días. El silencio de los dioses de Karnak llenará mis oídos, y dialogaré con las piedras de eternidad. Cada día será más sereno que el anterior, y me dirigiré hacia la gran edad que prepara para comparecer ante el tribunal de Osiris.

Pazair se rebeló.

–Necesito vuestras enseñanzas.

–¿Qué consejos puedo darte? Mañana tomaré mi bastón de vejez y caminaré hacia el Bello Occidente, de donde nadie regresa.

–Si he descubierto una enfermedad temible para Egipto y si me es posible combatirla, me será indispensable vuestra autoridad moral. Vuestra intervención podría resultar decisiva. Tened paciencia, os lo ruego.

–Sea como sea, esta casa te pertenecerá en cuanto me haya retirado al templo.

Chechi encendió el fuego con huesos de dátil y carbón vegetal, depositó en las llamas un crisol en forma de cuerno y las activó por medio de un fuelle. Intentó, una vez más, poner a punto un nuevo método para la fusión del metal vertiendo la colada en unos moldes especiales. Dotado de excepcional memoria, no anotaba nada por miedo a ser traicionado. Sus dos asistentes, mocetones robustos e infatigables, eran capaces de avivar el fuego durante horas y horas soplando en largos tallos huecos.

Pronto estaría lista el arma incansable; equipados con espadas y lanzas de una robustez a toda prueba, los soldados del faraón romperían los cascos y atravesarían las armaduras de los asiáticos.

Gritos y ruidos de lucha interrumpieron sus reflexiones. Chechi abrió la puerta del laboratorio y dio con dos guardias que sujetaban por los brazos a un hombre de edad madura, con los cabellos blancos y las manos enrojecidas; jadeaba como un caballo agotado, sus ojos lagrimeaban, su paño estaba desgarrado.

–Se ha introducido en el depósito de los metales –explicó uno de los guardias–. Cuando le hemos interpelado, ha intentado huir.

Chechi reconoció en seguida al dentista Qadash, pero no manifestó la menor sorpresa.

–¡Soltadme, brutos! –exigió el facultativo.

–Sois un ladrón –replicó el jefe de los guardias.

¿Qué locura se había apoderado de Qadash? Hacía mucho tiempo que soñaba en el hierro celeste para fabricar sus instrumentos quirúrgicos y ser de nuevo un dentista sin rival. Había perdido la cabeza por su beneficio personal, olvidando el plan de los conjurados.

–Enviaré a uno de mis hombres al despacho del decano del porche –anunció el oficial–. Necesitamos un juez inmediatamente.

So pena de despertar sospechas, Chechi no podía oponerse a esta gestión.

Importunado en mitad de la noche, el escribano del decano del porche no consideró necesario despertar a su jefe, bastante puntilloso en lo referente a sus horas de sueño. Consultó la lista de magistrados y eligió al último nombrado, un tal Pazair. Por ser el más bajo en la jerarquía, tenía que aprender su oficio.

Pazair no dormía. Soñaba con Neferet, la imaginaba a su lado, tierna y tranquilizadora, le habría hablado de sus investigaciones, y ella de sus pacientes. Llevando entre dos el peso de sus respectivos cargos, disfrutarían el sabor de una felicidad sencilla, renaciendo con cada sol.

Viento del Norte comenzó a rebuznar. *Bravo* ladró. El juez se levantó y abrió la ventana. Un guardia armado le mostró la orden emitida por el escribano del decano del porche. Con un corto manto en los hombros, Pazair siguió al guardia hasta el cuartel.

Ante la escalera que llevaba al sótano, dos soldados cruzaban sus lanzas. Las separaron para dejar pasar al juez, a quien Chechi recibió en el umbral de su laboratorio.

–Esperaba al decano del porche.

–Siento decepcionaros. He sido nombrado de oficio. ¿Qué os sucede?

–Una tentativa de robo.

–¿Algún sospechoso?

–El culpable ha sido detenido.

–Bastará con relatar los hechos, proceder a la inculpación y juzgarle inmediatamente.

Chechi pareció molesto.

–Debo interrogarle. ¿Dónde está?

–En el pasillo, a vuestra izquierda.

Sentado en un yunque y vigilado por un guardia armado, el culpable respingó al ver a Pazair.

–¡Qadash! ¿Qué estáis haciendo aquí?

–Paseaba cerca de este cuartel cuando he sido agredido y traído a la fuerza a este lugar.

–No es cierto –protestó el guardia–. Este hombre se ha introducido en un almacén, y le hemos interceptado.

–¡Mentira! Presento una demanda por agresión.

–Varios testigos os acusan –recordó Chechi.

–¿Qué contiene este almacén? –preguntó Pazair.

–Metales, sobre todo cobre.

Pazair se dirigió al dentista.

–¿Os falta acaso materia prima para vuestros instrumentos?

–Soy víctima de un malentendido.

Chechi se aproximó al juez y le murmuró unas palabras al oído.

–Como queráis.

Se aislaron en el laboratorio.

–Las investigaciones que estoy haciendo aquí exigen la mayor discreción. ¿Podríais organizar un proceso a puerta cerrada?

–De ningún modo.

–Hay casos particulares...

–No insistáis.

–Qadash es un dentista honorable y rico. No me explico su acción.

–¿De qué naturaleza son vuestras investigaciones?
–Armamento. ¿Comprendéis?
–No existe ley específica para vuestra actividad. Si Qadash es acusado de robo se defenderá como le parezca y vos compareceréis.
–¿Y tendré que responder a las preguntas? –Claro.
Chechi se acarició los pelos del bigote.
–En ese caso, prefiero no presentar denuncia.
–Tenéis derecho a ello.
–Lo hago en interés de Egipto. Unos oídos indiscretos, en el tribunal o fuera de él, serían una catástrofe. Os entrego a Qadash; desde mi punto de vista, no ha ocurrido nada. En cuanto a vos, juez Pazair, no olvidéis que estáis obligado al secreto.
Pazair salió del cuartel en compañía del dentista.
–No hay cargo alguno contra vos.
–¡Pero yo acuso!
–Testimonios desfavorables, presencia insólita en este lugar y a hora indebida, sospechas de robo... Es un lamentable expediente.
Qadash tosió, eructó y escupió.
–De acuerdo, abandono. –Yo no. –¿Cómo?
–Acepto levantarme en plena noche, investigar en no importa qué condiciones, pero no que me tomen por un imbécil. Explicaos u os acuso de injuria a un magistrado.
Las palabras del dentista se hicieron vacilantes.
–¡Cobre de primera calidad, con un grado de pureza perfecto! Sueño en él desde hace años.
–¿Cómo sabíais que existía este almacén?
–El oficial que supervisa el cuartel es un cliente.., charlatán. Presumió, y probé suerte. Antaño, los cuarteles no estaban tan bien custodiados.
–¿Habiais decidido robar?
–¡No, pagar! Habría cambiado el metal por varios bueyes gordos. A los militares les gustan mucho. Y mi material hubiera sido maravilloso, ligero, preciso. Pero ese bigotudo bajito, ¡qué frialdad...! Ha sido imposible pactar con él.
–No todo Egipto está corrompido.
–¿Corrupción? ¿Pero qué estáis imaginando? Si dos individuos efectúan una transacción, no son forzosamente traficantes. Tenéis una visión pesimista de la especie humana.
Qadash se alejó mascullando.
Pazair vagabundeó en la noche. Las explicaciones del dentista no le convencían. Un almacén de metales, un cuartel... ¡De nuevo el ejército! Aquel incidente, sin embargo, no parecía relacionarse con la desaparición de los veteranos, sino con la angustia de un dentista en decadencia que negaba el desfallecimiento de su mano.
Había luna llena. Según la leyenda, una liebre armada con un cuchillo habitaba en ella. Genio belicoso, cortaba la cabeza de las tinieblas. El juez la habría contratado, de buena gana, como escribano. El sol nocturno crecía y menguaba, se llenaba y se vaciaba de luz; la barca aérea llevaría sus pensamientos a Neferet.

El agua del Nilo era conocida por sus cualidades digestivas. Ligera, expulsaba del cuerpo los humores nocivos. Algunos médicos suponían que sus poderes curativos procedían de las hierbas medicinales que crecían en las orillas y transmitían sus virtudes a las aguas. Cuando comenzaba la crecida, se cargaba de partículas vegetales y de sales minerales. Los egipcios llenaban miles de jarras donde el precioso líquido se conservaba sin alterarse.

Sin embargo, Neferet comprobó las reservas del año pasado; cuando el contenido de un recipiente le parecía turbio, arrojaba en él una almendra dulce. Veinticuatro horas más tarde, el agua estaba transparente y deliciosa. Algunas jarras, con tres años de antiguedad, seguían siendo excelentes.

Tranquilizada, la joven observó el comportamiento del lavandero. En palacio, el cargo se atribuía a un hombre de confianza, pues la limpieza de los vestidos se consideraba esencial; en todas las comunidades, grandes o pequeñas, ocurría lo mismo. Tras haber lavado y escurrido la ropa, el lavandero tenía que golpearla con una paila de madera, sacudirla levantando mucho los brazos y tenderla en una cuerda colocada entre dos estacas.

–¿Estáis enfermo acaso?

–¿Por qué lo decís?

–Porque os falta energía. Desde hace algunos días, la ropa queda gris.

–¡Bueno! El oficio es difícil. La ropa manchada de las mujeres me horroriza.

–El agua no basta. Utilizad este desinfectante y este perfume.

Taciturno, el lavandero aceptó las dos redomas que le ofrecía el médico. Su sonrisa le había desarmado.

Para evitar los ataques de los insectos, Neferet hacía que se vertieran cenizas de madera en los almacenes de grano, eficaz y barato esterilizante. A pocas semanas de la crecida, salvaguardaría los cereales.

Cuando estaba inspeccionando el último compartimento del granero, recibió una nueva entrega de Kani: perejil, romero, salvia, comino y menta. Secas o pulverizadas, las hierbas medicinales servían de base para los remedios que Neferet prescribía. Las pociones habían aliviado los dolores del anciano y, feliz al permanecer junto a los suyos, su salud mejoraba.

Pese a la discreción de la médico, sus éxitos no pasaban desapercibidos; su reputación se propagó pronto, de boca en boca, y numerosos campesinos de la orilla oeste fueron a consultarla.

La joven no despidió a nadie y se tomó el tiempo necesario; tras agotadoras jornadas, pasaba parte de la noche preparando píldoras, unguentos y emplastos, ayudada por dos viudas, elegidas en función de su meticulosidad. Unas horas de sueño y, al alba, se organizaba la procesión de los pacientes.

No había imaginado así su carrera, pero le gustaba curar; ver cómo una expresión alegre aparecía en un rostro inquieto la recompensaba de sus esfuerzos. Nebamon le había hecho un favor obligándola a formarse en contacto con los más humildes. Aquí, los hermosos discursos de un médico mundano habrían fracasado. El labrador, el pescador, la madre de familia deseaban una curación rápida y con pocos gastos.

Cuando el cansancio la vencía, Traviesa, la pequeña mona verde que había traído de Menfis, la distraía con sus juegos. Le recordaba su primer encuentro con Pazair, tan entero, tan absoluto, inquietante y atractivo a la vez. ¿Qué mujer podría vivir con un juez que daba primacía a la vocación?

Diez hombres cargados con unos cestos depositaron su carga ante el nuevo laboratorio de Neferet. Traviesa saltó de uno a otro. Contenían corteza de

sauce, natrón, aceite blanco, olíbano, miel, resma de terebinto y distintas grasas animales en gran cantidad.

–¿Es para mí?

–¿Sois la doctora Neferet?

–Sí.

–Entonces os pertenecen.

–El precio de estos productos...

–Está pagado.

–¿Por quién?

–Nosotros nos limitamos a entregar. Firmadme un recibo.

Feliz y pasmada, Neferet escribió su nombre en una tablilla de madera. Podría ejecutar recetas complejas y tratar sola enfermedades graves.

Cuando Sababu cruzó la puerta de su morada, al ponerse el sol, no se extrañó.

–Os aguardaba.

–¿Lo habéis adivinado?

–La pomada antirreumática estará lista pronto. No falta ningún ingrediente.

Sababu, con la cabellera adornada con juncos olorosos y llevando a] cuello un collar de flores de loto de cornalina, va no parecía una mendiga. Una túnica de lino, transparente a partir del talle, ofrecía el espectáculo de sus largas piernas.

–Quiero que me cuidéis vos sólo vos. Los demás médicos son charlatanes y ladrones.

–¿No exageráis?

–Sé lo que me digo. Vuestro precio será el mío.

–Vuestro regalo es suntuoso. Dispongo de suficiente cantidad de productos costosos para tratar centenares de casos.

–Primero el mío.

–¿Habéis hecho fortuna?

–He reanudado mis actividades. Tebas es una ciudad más pequeña que Menfis, su espíritu es más religioso y menos cosmopolita, pero sus burgueses ricos aprecian también las casas de cerveza y sus hermosas pupilas. He reclutado algunas mujeres jóvenes, he alquilado una hermosa mansión en pleno centro de la ciudad, he dado al jefe de policía local lo necesario y he abierto las puertas de un establecimiento cuya fama crece con rapidez. ¡Tenéis la prueba ante vuestros ojos!

–Sois muy generosa.

–Desengañaos. Sólo quiero que me curéis bien.

–¿Seguiréis mis consejos?

–Al pie de la letra. Dirijo, pero ya no ejerzo.

–Pues no deben faltaros las solicitudes.

–Acepto dar placer a un hombre, pero sin contrapartida. Ahora soy inaccesible.

Neferet se había ruborizado.

–¡Doctora! ¿Os he escandalizado?

–No, claro que no.

–También vos dais mucho amor, ¿pero lo recibís?

–Esta pregunta no tiene sentido alguno.

–Ya sé: sois virgen. Feliz el hombre que sepa seduciros.

–Señora Sababu, yo...

–¿Señora, yo? ¡Bromeáis!

–Cerrad la puerta y quitaos el vestido. Hasta que estéis completamente curada, vendréis aquí cada día y os aplicaré el bálsamo.

Sababu se tendió en la losa de masaje.

–También vos, doctora, merecéis ser realmente feliz.

CAPÍTULO 27

Una fuerte corriente hacía peligroso el brazo del río. Suti levantó a Pantera y la puso sobre sus hombros.

–Deja de moverte. Si te caes, te ahogarás.

–Sólo quieres humillarme.

–¿ Quieres comprobarlo?

Ella se apaciguó. Con el agua hasta el pecho, Suti siguió un camino curvo, apoyándose en las grandes piedras.

–Súbete a mis espaldas y agárrate del cuello.

–Casi sé nadar.

–Ya te perfeccionarás más tarde.

El joven perdió pie, Pantera lanzó un grito. Mientras avanzaba, rápido y flexible, ella se agarró más aún.

–Sé más ligera y mueve los pies.

La angustia le oprimía. Una ola furiosa cubrió la cabeza de Suti, pero volvió a la superficie y llegó a la orilla.

Clavó una estaca, ató una cuerda y la lanzó a la otra orilla, donde un soldado la fijó sólidamente. Pantera habría podido huir. Los supervivientes del asalto y el destacamento de arqueros del general Asher cruzaron el obstáculo. El último infante, presumiendo de sus fuerzas, soltó la cuerda para divertirse. Con el peso de sus armas, chocó contra una roca que sobresalía y, aturdido, se hundió.

Suti se zambulló de nuevo.

Como si se alegrara de poder devorar dos presas en vez de una, la corriente se hizo más fuerte. Nadando bajo el agua, Suti descubrió al infeliz. Lo agarró con ambas manos por las axilas, detuvo su descenso e intentó ascender. El hombre recuperó el conocimiento, apartó a su salvador con un codazo en el pecho y desapareció en las profundidades del torrente. Con los pulmones ardiendo, Suti se vio obligado a abandonar.

–No eres responsable –afirmó Pantera.

–No me gusta la muerte.

–¡Era sólo un estúpido egipcio!

Él la abofeteó. Atónita, ella le dirigió una mirada de odio.

–¡Nadie me había tratado así nunca!

–Lástima.

–¿En tu país pegan a las mujeres?

–Tienen los mismos derechos y los mismos deberes que los hombres. Pensándolo bien, sólo merecías unos azotes.

Se levantó, amenazador.

–¡Retrocede!
–¿Lamentas tus palabras?
Los labios de Pantera siguieron cerrados.
El ruido de una cabalgata intrigó a Suti. Los soldados salían corriendo de las tiendas. Tomó su arco y su carcaj.
–Si quieres marcharte, lárgate.
–Me encontrarías y me matarías.
Él se encogió de hombros.
–¡Malditos sean los egipcios!
No se trataba de un ataque por sorpresa sino de la llegada del general Asher y sus tropas de élite. Las noticias circulaban ya. El antiguo pirata dio un abrazo a Suti.
–¡Estoy orgulloso de conocer a un héroe! Asher te concederá, por lo menos, cinco asnos, dos arcos, tres lanzas de bronce y un escudo redondo. No serás por mucho tiempo soldado raso. Eres valeroso, muchacho, y eso no es frecuente, ni siquiera en el ejército.
Suti estaba exultante. Por fin conseguía su objetivo. Ahora debería obtener informaciones del entorno del general y descubrir el fallo. No fracasaría, Pazair estaría orgulloso de él.
Un coloso que llevaba casco le interpeló.
–¿Eres tú Suti?
–El es –afirmó el antiguo pirata–. Nos ha permitido ocupar el fortín enemigo y ha arriesgado su vida para salvar a uno que se ahogaba.
–El general Asher te nombra oficial de carro. A partir de mañana nos ayudarás a perseguir a ese canalla de Adafi.
–¿Huye?
–Parece una anguila. Pero hemos aplastado la rebelión y acabaremos echando mano a ese cobarde. Decenas de valientes han perecido en las emboscadas que ha tendido. Mata por la noche, como la muerte rapaz, corrompe a los ¡jefes de tribu y sólo piensa en sembrar disturbios. Ven conmigo, Suti. El general quiere condecorarte personalmente.
Aunque ese tipo de ceremonias le horrorizaba, porque la vanidad de unos sólo aumentaba las fanfarronadas de los otros, Suti aceptó. Ver cara a cara al general le recompensaría por los peligros corridos.
El héroe pasó entre dos hileras de entusiastas soldados que golpeaban los escudos con el casco y gritaban el nombre del triunfador. De lejos, el general Asher no parecía un gran guerrero; bajo, encogido sobre si mismo, evocaba más al escriba acostumbrado a las astucias de la administración.
A diez metros de él, Suti se detuvo en seco.
En seguida le dieron un empujón por la espalda.
–¡Vamos, el general te espera!
–¡No tengas miedo, muchacho!
El joven avanzó, lívido. Asher dio un paso hacia él.
–Me alegra conocer al arquero cuyos méritos todos alaban. Oficial de carro Suti, te condecoro con la mosca de oro[49] de los valientes. Conserva esta joya; es la prueba de tu valor.

[49] Condecoración muy apreciada de la que se han encontrado algunos ejemplares. La mosca evocaba el carácter agresivo e insistente del buen soldado.

Suti abrió la mano. Sus camaradas le felicitaron. Todos querían ver y tocar aquella condecoración tan ambicionada.

El héroe parecía ausente. Su actitud se atribuyó a la emoción.

Cuando volvió a su tienda, tras haber bebido un poco, por autorización del general, Suti fue objeto de las burlas más subidas de tono. ¿Le reservaba la hermosa Pantera otros asaltos?

Suti se tendió de espaldas, con los ojos abiertos. No veía a la muchacha y ella, sin atreverse a hablarle, se hizo un ovillo en un rincón. ¿Acaso no parecía un demonio privado de sangre, ávido de la de sus víctimas?

El general Asher... Suti no podía olvidar ya el rostro del oficial superior, de aquel mismo hombre que había torturado y asesinado a un egipcio, a pocos metros de él.

El general Asher, un cobarde, un mentiroso y un traidor.

Pasando por entre los barrotes de una alta ventana, la luz de la mañana iluminó una de las ciento treinta y cuatro columnas de la inmensa sala cubierta, de una profundidad de cincuenta y tres metros y una anchura de ciento dos. Los arquitectos habían ofrecido al templo de Karnak el más vasto bosque de piedra del país, decorado con escenas rituales en las que el faraón hacía sus ofrendas a las divinidades. Los colores, vivos y tornasolados, sólo se revelaban a determinadas horas; era preciso vivir allí un año entero para seguir el recorrido de los rayos que desvelaban los ritos ocultos para los profanos, iluminando columna tras columna, escena tras escena.

Dos hombres charlaban mientras caminaban lentamente por la avenida central, flanqueada por lotos de piedra de abiertos cálices. El primero era Branir, el segundo el sumo sacerdote de Amón, un hombre de setenta años, encargado de administrar la ciudad sagrada del dios, velar por sus riquezas y mantener la jerarquía.

–Vuestra petición ha llegado a mis oídos, Branir. Vos, que a tantos jóvenes habéis guiado por el camino de la sabiduría, deseáis retiraros del mundo y residir en el templo interior.

–Ese es mi deseo. Mis ojos se debilitan y mis piernas protestan al caminar.

–La vejez no parece afectaros tanto.

–Las apariencias engañan.

–Vuestra carrera está muy lejos de haber terminado.

–He transmitido toda mi ciencia a Neferet y ya no recibo pacientes. Por lo que a mi casa de Menfis se refiere, la he legado ya al juez Pazair.

–Nebamon no ha alentado a vuestra protegida.

–La somete a dura prueba, pero ignora su verdadera naturaleza. Su corazón es tan fuerte como dulce es su rostro.

–¿No es Pazair originario de Tebas?

–En efecto.

–Vuestra confianza en él parece total.

–Le habita el fuego.

–La llama puede destruir.

–Domeñada, ilumina.

–¿Qué papel pensáis hacerle desempeñar?

–El destino se encargará de ello.

–Tenéis el sentido de los seres, Branir; un retiro prematuro privaría a Egipto de vuestro don.

–Aparecerá un sucesor.

–También yo pienso en retirarme.

–Vuestra carga es abrumadora.

–Cada día más, es cierto. Demasiada administración y escaso recogimiento. El faraón y su consejo aceptaron mi petición; dentro de unas semanas, ocuparé una pequeña morada en la orilla este del lago sagrado y me consagraré al estudio de los antiguos textos.

–Entonces seremos vecinos.

–Me temo que no. Vuestra residencia será mucho más suntuosa.

–¿Qué queréis decir?

–Habéis sido designado mi sucesor, Branir.

Denes y su esposa, la señora Nenofar, habían aceptado la invitación de Bel-Tran, aunque fuera un nuevo rico de ambición en exceso evidente. El calificativo de advenedizo le iba a las mil maravillas, subrayó ella. Sin embargo, el fabricante de papiro no era desdeñable; su don de gentes, su capacidad de trabajo y su competencia le hacían un hombre de porvenir. ¿No había recibido, acaso, el beneplacito de palacio, donde contaba con algunas amistades influyentes? Denes no podía permitirse olvidar a un comerciante de tanta envergadura. Así pues, había convencido a su esposa, muy contrariada, para que asistiera a la recepción que organizaba Bel-Tran para festejar la inauguración de su nuevo almacén en Menfis.

La crecida se anunciaba adecuada; los cultivos serían correctamente irrigados, todos saciarían su hambre y Egipto exportaría trigo hacia sus protectorados en Asia. Menfis la magnífica rebosaba riquezas.

Denes y Nenofar se desplazaron en una soberbia silla de manos de alto respaldo, provista de un taburete donde apoyaron los pies. Unos brazos esculpidos favorecían la comodidad y la elegancia del porte. Un baldaquino los protegía del viento y del polvo: dos parasoles de la claridad, cegadora a veces, del ocaso. Cuarenta porteadores avanzaban a paso rápido, ante la mirada de los ociosos. Los varales eran tan largos y tan alto el número de piernas que llamaban al conjunto «el ciempiés», mientras los servidores cantaban «preferimos la silla llena que vacía», pensando en los altos honorarios que percibirían a cambio de aquella excepcional prestación.

Deslumbrar al prójimo justificaba el gasto. Denes y Nenofar provocaron la envidia de la asamblea reunida en torno a Bel-Tran y Silkis. Que Menfis recordara, nunca se había visto tan bella silla de manos. Denes barrió los cumplidos con el dorso de su mano y Nenofar deploró la ausencia de dorados.

Dos escanciadores ofrecieron cerveza, y vino a los invitados; el todo Menfis de los negocios festejaba la admisión de Bel-Tran en el estrecho círculo de los hombres poderosos. A él le tocaba ahora empujar la entornada puerta y demostrar sus cualidades imponiéndose de modo definitivo. El juicio de Denes y de su esposa tendría un peso considerable; nadie había accedido a la élite de los negocios sin su asentimiento.

Bel-Tran, nervioso, saludó en seguida a los recién llegados y les presentó a Silkis, que había recibido la orden de no abrir la boca. Nenofar la miró con desdén. Denes observó los locales.

–¿Depósito o almacén de venta?
–Ambas cosas –respondió Bel-Tran–. Si todo va bien, ampliaré y separaré ambas funciones.
–Ambicioso proyecto.
–¿Os disgusta?
–La gula no es una cualidad comercial. ¿No teméis las indigestiones?
–Gozo de excelente apetito y digiero con facilidad.
Nenofar se apartó de la conversación, prefiriendo hablar con antiguos amigos. Su esposo comprendió que acababa de dictar su veredicto; Bel-Tran le parecía un individuo desagradable, agresivo y sin consistencia. Sus pretensiones se harían pedazos como una mala piedra calcárea.
Denes miró a su anfitrión.
–Menfis es una ciudad menos acogedora de lo que parece; pensadlo. En vuestra propiedad del delta, reináis sin discusión. Aquí sufriréis las dificultades de una gran ciudad y os agotaréis en una agitación inútil.
–Sois pesimista.
–Seguid mi consejo, querido amigo. Cada hombre tiene sus límites, no sobrepaséis los vuestros.
–Para seros franco, no los conozco todavía; por eso me apasiona la experiencia.
–Varios fabricantes y vendedores de papiro, instalados desde hace mucho tiempo en Menfis, dan una total satisfacción.
–Intentaré asombrarles ofreciendo productos de mejor calidad. –¿No es presunción?
–Confio en mi trabajo y no acabo de entender vuestras... advertencias.
–Pienso sólo en vuestro interés. Admitid la realidad Y evitaréis muchos problemas.
–¿No deberían bastaros los vuestros?
Los delgados labios de Denes palidecieron.
–Sed más preciso.
Bel-Tran se estrechó el cinturón de su largo paño, que tendía a resbalar.
–He oído hablar de infracciones y de procesos. Vuestras empresas ya no tienen un rostro tan atractivo como antaño.
El tono aumentó. Los invitados aguzaron el oído.
–Vuestras acusaciones son hirientes e inexactas. El nombre de Denes es respetado en todo Egipto, el de Bel-Tran es desconocido.
–Los tiempos cambian.
–Vuestros comadreos y vuestras calumnias ni siquiera merecen respuesta.
–Lo que tengo que decir lo declaro en la plaza pública. Dejo a los demás las insinuaciones y los trapicheos.
–¿Estáis acusándome?
–¿Acaso os sentís culpable? La señora Nenofar tomó a su marido del brazo.
–Ya nos hemos demorado bastante.
–Sed prudente –recomendó Denes ofendido–. Una mala cosecha y quedaréis arruinado.
–He tomado mis precauciones.
–Vuestros sueños son sólo quimeras.
–¿No seréis vos mi primer cliente? Estudiaré una gama de productos y precios para vos.
–Pensaré en ello.

La concurrencia estaba dividida. Denes había apartado, efectivamente, a los utopistas, pero Bel-Tran parecía seguro de su fuerza. El duelo iba a resultar apasionante.

CAPÍTULO 28

El carro de Suti avanzaba por un difícil camino a lo largo de una pared rocosa. Desde hacía una semana, las tropas de élite del general Asher perseguían, en vano, a los últimos rebeldes. Estimando que la región estaba pacificada, el general dio orden de regresar.

Suti, acompañado por un arquero, permanecía mudo. Con el rostro sombrío, se concentraba en la conducción del vehículo. Pantera gozaba de un trato de favor; viajaba montada en un asno, a diferencia de los demás prisioneros, condenados a marchas forzadas. Asher había concedido este privilegio al héroe de la campaña que concluía, y nadie se había opuesto. La libia dormía en la tienda de Suti, estupefacta ante la transformación del joven. Él, por lo general ardiente y expansivo, se había encerrado en una extraña tristeza. Sin poder soportarlo más, quiso conocer la razón.

–Eres un héroe, serás agasajado, te convertirás en un hombre rico y pareces un vencido. Explícate.

–Una prisionera no puede exigir nada.

–Te combatiré durante toda mi vida, siempre que estés en condiciones de luchar. ¿Has perdido las ganas de vivir?

–Trágate tus preguntas y calla.

Pantera se quitó la túnica.

Desnuda, echó hacia atrás sus rubios cabellos y danzó lentamente, girando sobre si misma, para poner de relieve todas las facetas de su cuerpo. Sus manos describían curvas, rozaban sus pechos, sus caderas, sus muslos. Ondeaba con la innata agilidad de las mujeres de su raza. Cuando avanzó, felina, él no reaccionó. Le quitó el paño, besó su torso y se tendió sobre él. Con alegría advirtió que el vigor del héroe no había desaparecido. Aunque no quería, la deseaba. La muchacha se deslizó a lo largo de su amante y, con sus cálidos labios, le besó.

–¿Qué será de mi?

–En Egipto serás libre.

–¿No me mantendrás a tu lado?

–Un solo hombre no te bastará.

–Hazte rico y lo soportaré.

–Como una mujer honrada, te aburrirías. No olvides que has prometido traicionarme.

–Me venciste y te venceré.

Siguió seduciéndole con su voz, de graves inflexiones y tonos acariciadores. Tendida boca abajo, con los cabellos en desorden y las piernas abiertas, le

llamaba. Suti la penetró con ardor, consciente de que aquella diablesa debía de utilizar la magia para reavivar así su deseo.

–Ya no estás triste.

–No intentes leer en mi corazón.

–Háblame.

–Mañana, cuando detenga el carro, baja del asno, acércate y obedéceme.

–La rueda derecha chirría –dijo Suti al arquero.

–No oigo nada.

–Yo tengo fino el oído. Este ruido anuncia una avería; mejor será verificarlo.

Suti ocupaba la cabeza de la columna. Salió del camino y colocó el carro frente a un sendero que se perdía en un bosque.

–Veámoslo.

El arquero obedeció. Suti puso una rodilla en tierra, examinó la rueda en cuestión.

–Malo –dijo–. Dos radios a punto de quebrarse.

–¿Puede repararse?

–Esperemos a que lleguen los carpinteros militares.

Estos marchaban a la cola de la columna, justo después de los prisioneros. Cuando Pantera bajó de su asno y se acercó a Suti, los soldados no se privaron de hacer comentarios obscenos.

–Sube.

Suti empujó al arquero, tomó las riendas y lanzó el carro a toda velocidad en dirección al bosque. Nadie había tenido tiempo de reaccionar. Petrificados, sus camaradas de combate se preguntaron por qué desertaba el héroe.

La propia Pantera confesó su pasmo.

–¿Te has vuelto loco?

–Tengo que cumplir una promesa.

Una hora más tarde, el carro se detuvo en el lugar donde Suti había enterrado al teniente asesinado por los beduinos. Pantera, horrorizada, asistió a la exhumación. El egipcio envolvió los despojos en un gran lienzo y lo ató por los extremos.

–¿Quién es?

–Un verdadero héroe que descansará en su tierra, junto a los suyos.

Suti no añadió que el general Asher, probablemente, no habría autorizado su acción. Cuando estaba terminando su fúnebre tarea, la libia gritó.

Suti se dio la vuelta, pero no pudo evitar que la zarpa de un oso le desgarrase el hombro izquierdo. Cayó, rodó sobre si mismo, intentó ocultarse detrás de una roca. De pie, con tres metros de altura, pesado y hábil a la vez, el plantígrado espumeaba. Hambriento y furioso, abrió las fauces y emitió un terrorífico rugido que hizo volar a los pájaros de los alrededores.

–¡Mi arco, pronto!

La libia arrojó el arco y el carcaj a Suti. No se atrevía a dejar la ilusoria protección del carro. Cuando el joven tomaba sus armas, la pata del oso se abatió de nuevo y le desgarró la espalda. Boca abajo, ensangrentado, dejó de moverse. Pantera soltó otro grito, atrayendo la atención del monstruo. Bamboleante, se dirigió hacia la muchacha, incapaz de huir.

Suti se arrodilló. Una neblina roja pasó ante sus ojos. Sacando fuerzas de flaqueza, tensó su arco y disparó hacia aquella masa parda. Herido en el

flanco, el oso se volvió, a cuatro patas, con las fauces abiertas, corrió hacia su agresor. Casi desvanecido, Suti disparó por segunda vez.

El médico en jefe del hospital militar de Menfis no tenía esperanzas. Las heridas de Suri eran tan profundas y numerosas que no debería estar vivo. Pronto cedería al sufrimiento.

El arquero de élite, según el relato de la libia, había matado al oso con una flecha en el ojo, sin poder evitar un postrer zarpazo. Pantera había arrastrado el cuerpo ensangrentado hasta el carro, izándolo al precio de un sobrehumano esfuerzo. Luego se había ocupado del sudario. Tocar un cadáver le repugnaba, ¿pero acaso Suti no había arriesgado su vida para llevarlo a Egipto?

Afortunadamente, los caballos se habían mostrado dóciles. Por instinto, habían recorrido el camino en sentido inverso guiando a la libia más que conducidos por ella. El cadáver de un teniente de carros, un desertor agonizante y una fugitiva extranjera, ése fue el curioso grupo que había interceptado la retaguardia del general Asher.

Gracias a las explicaciones de Pantera y a la identificación del teniente, los hechos se habían demostrado. El oficial, muerto en el campo del honor, había sido condecorado a título póstumo y momificado en Menfis; Pantera, colocada como obrera agrícola en una gran propiedad; Suti, felicitado por su valor y amonestado por su indisciplina.

Kem había intentado expresarse con medias palabras.

–¿Suti en Menfis? –se extrañó Pazair.

–El ejército de Asher ha regresado victorioso, la rebelión ha sido aplastada. Sólo falta el cabecilla, Adafi.

–¿Cuándo llegó Suti? –Ayer.

–¿Por qué no ha venido?

El nubio se apartó, incómodo.

–No puede moverse.

El juez se indignó.

–Sed más claro.

–Está herido.

–¿Gravemente?

–Su estado...

–La verdad.

–Su estado es desesperado.

–¿Dónde se encuentra?

–En el hospital militar. No os garantizo que esté todavía vivo.

–Ha perdido demasiada sangre –afirmó el médico en jefe del hospital militar–; operarle sería una locura. Dejémosle morir en paz.

–¿Esa es toda vuestra ciencia?

–No puedo hacer nada por él. El oso lo hizo trizas; su resistencia me deja estupefacto, pero no tiene ninguna posibilidad de vida.

–¿Puede transportársele? –Claro que no.

El juez había tomado una decisión: Suti no moriría en una sala común.

–Procuradme unas parihuelas.

–No moveréis a ese moribundo.

–Soy un amigo y conozco sus deseos: vivir en su aldea sus horas postreras. Si os seguís negando, seréis responsable ante él y ante los dioses.

El facultativo no se tomó la amenaza a la ligera. Un muerto descontento se convertía en aparecido, y los aparecidos ejercían su rabia sin piedad, incluso contra los médicos en jefe.

–Firmadme un documento de descargo.

Durante la noche, el juez puso en orden una veintena de expedientes menores que darían trabajo al escribano durante tres semanas. Si Iarrot tenía necesidad de ponerse en contacto con él, dirigiría su correspondencia al tribunal principal de Tebas. Pazair habría consultado de buena gana a Branir, pero éste estaba en Karnak preparando su retiro definitivo.

De madrugada, Kem y dos enfermeros sacaron a Suti del hospital y le transportaron a la cómoda cabina de una embarcación ligera.

Pazair permaneció a su lado, tomando su mano derecha entre las suyas. Por unos instantes, creyó que Suti despertaba y que sus dedos se contraían. Pero la ilusión se disipó.

–Sois mi última esperanza, Neferet. El médico militar se niega a operar a Suti. ¿Aceptáis examinarle?

La muchacha explicó a la decena de pacientes que aguardaban sentados al pie de las palmeras que una urgencia la obligaba a ausentarse. Kem, siguiendo sus directrices, tomó varios botes que contenían remedios.

–¿Y la opinión de mi colega?

–Las heridas infligidas por el oso son muy profundas.

–¿Cómo ha soportado vuestro amigo el viaje?

–No ha salido del coma. Salvo unos instantes, tal vez, en los que he sentido palpitar su vida.

–¿Es robusto?

–Sólido como una roca.

–¿Enfermedades graves? –Ninguna.

El examen de Neferet duró más de una hora. Cuando salió de la cabina, formuló su diagnóstico: «Un mal contra el que lucharé.»

–El riesgo es grande –añadió–. Si no intervengo, morirá. Si tengo éxito, tal vez viva.

Comenzó la operación a últimas horas de la mañana. Pazair le sirvió de ayudante y fue pasándole los instrumentos quirúrgicos que le pedía. Neferet había practicado una anestesia general utilizando una piedra silícea mezclada con opio y raíz de mandrágora; el conjunto, pulverizado, tenía que absorberse a pequeñas dosis. Cuando trabajaba en una herida, diluía el polvo en vinagre. De allí se desprendía un ácido que recogía en un cuerno de piedra para aplicarlo localmente y suprimir el dolor. Comprobó cuánto duraba la acción de los productos consultando su reloj de muñeca.

Con cuchillos y escalpelo de obsidiana, más cortante que el metal, hizo una incisión. Sus gestos eran precisos y seguros. Remodeló las carnes, aproximó los labios de cada herida cosiéndolos con una fina correa obtenida de un intestino bovino; los numerosos puntos de sutura fueron consolidados con vendas adhesivas, en forma de tela engomada.

Al cabo de cinco horas de operación, Neferet estaba agotada, Suti vivía.

Sobre las heridas más graves, la cirujano puso carne fresca, grasa y miel. A la mañana siguiente cambiaría los apósitos; compuestos por un tejido vegetal suave y protector, evitarían la infección y apresurarían la cicatrizacion.

Pasaron tres días. Suti salió del coma, bebió agua y tomó miel. Pazair no había abandonado su cabecera.

–¡Te has salvado, Suti, salvado!

–¿Dónde estoy?

–En un barco, cerca de nuestra aldea.

–Lo has recordado... Queria morir aquí.

–Neferet te ha operado, te curarás.

–¿Tu prometida?

–Una cirujano extraordinaria, y la mejor de los médicos.

Suti intentó levantar el busto; el dolor le arrancó un grito, se derrumbó.

–¡Sobre todo, no te muevas!

–Inmóvil, yo.

–Ten un poco de paciencia.

–Aquel oso me hizo trizas.

–Neferet te cosió, recuperarás las fuerzas.

Los ojos de Suti se pusieron en blanco. Aterrado, Pazair creyó que moría; pero estrechó su mano con violencia.

–¡Asher! Tenía que vivir para hablarte de ese monstruo.

–¡Cálmate!

–Debes conocer la verdad, juez, porque debes hacer respetar la justicia en este país.

–Te escucho, Suti, pero no te excites, te lo ruego.

La cólera del herido se apaciguó.

–Vi al general Asher torturando y asesinando a un oficial egipcio. Iba en compañía de asiáticos, de los rebeldes que afirma combatir.

Pazair se preguntó si la fiebre no hacía delirar a su amigo; pero Suti se había expresado pausadamente, aunque martilleara cada palabra.

–Tenias razón cuando sospechabas de él, yo te traigo la prueba que te faltaba.

–Un testimonio –rectificó el juez.

–¿No es suficiente?

–Lo negará.

–¡Mi palabra es tan buena como la suya!

–En cuanto puedas ponerte de pie, pensaremos una estrategia. No hables con nadie.

–Viviré. Viviré para ver a ese miserable condenado a muerte.

Un rictus de dolor deformó el rostro de Suti.

–¿Estás orgulloso de mi, Pazair?

–Tú y yo sólo tenemos una palabra.

En la orilla oeste, la reputación de Neferet crecía. El éxito de la operación dejó pasmados a sus colegas; algunos apelaron a la joven facultativa para tratar casos dificiles. Ella no se negó, siempre que la aldea que la había acogido tuviera primacía y pudiese obtener la hospitalización de Suti en Deir

el-Bahari[50]. Las autoridades sanitarias aceptaron; héroe de los campos de batalla, aquel hombre salvado por milagro se convertía en una gloria de la medicina.

El templo de Deir el-Bahari veneraba a Imhotep, el mayor terapeuta del Imperio Antiguo, a quien le estaba consagrada una capilla excavada en la roca. Los médicos se recogían allí y solicitaban la sabiduría de su antepasado, indispensable para la práctica de su arte. Algunos enfermos eran admitidos en aquel lugar magnífico a pasar su convalecencia; deambulaban bajo las columnatas, admiraban los relieves que narraban las hazañas de la reina-faraón Hatsepsut, y paseaban por los jardines para respirar la resma aromática de los árboles de incienso, importados del misterioso país de Punt, junto a la costa de los somalíes. Tubos de cobre conectaban las albercas a sistemas de drenaje subterráneo y transportaban un agua curativa, recogida en recipientes de cobre también; Suti vaciaría unos veinte diarios, evitando así infecciones y complicaciones postoperatorias. Gracias a su prodigiosa vitalidad, se curaría pronto.

Pazair y Neferet bajaban por la larga rampa florecida que unía entre sí las terrazas de Deir el-Bahari.

–Le habéis salvado.

–He tenido suerte, él también.

–¿Secuelas?

–Algunas cicatrices.

–Aumentarán su encanto. Un sol ardiente llegó al cenit. Se sentaron a la sombra una acacia, al pie de la rampa.

–¿Lo habéis pensado, Neferet?

Ella guardó silencio. Su respuesta le daría felicidad o desgracia. Bajo el calor de mediodía, la vida se había detenido. En los campos, los campesinos almorzaban al abrigo de chozas de cañas, donde luego harían una larga siesta. Neferet cerró los ojos.

–Os amo con toda mi alma, Neferet. Quisiera desposaros.

–Una vida juntos... ¿Somos capaces de hacerlo?

–No amaré a otra mujer.

–¿Cómo podéis estar seguro? Las penas de amor se olvidan pronto.

–Si me conocierais...

–Soy consciente de la gravedad de lo que hacéis. Y eso es lo que me asusta.

–¿Estáis enamorada de otro?

–No.

–No lo habría soportado.

–¿Celoso?

–Por encima de todo.

–Me imagináis como una mujer ideal, sin defectos, adornada con todas las virtudes.

–No sois un sueño.

–Pero me soñáis. Algún día despertaréis y quedaréis decepcionado.

–Os veo vivir, respiro vuestro perfume, estáis cerca de mí... ¿es una ilusión, acaso?

---

[50] En este lugar de la orilla occidental de Tebas, la célebre reina-faraón Hatsepsut construyó un gran templo que todavía hoy sigue visitándose.

–Tengo miedo. Si os equivocáis, si nos equivocamos, el sufrimiento será atroz.

–Nunca me decepcionaré.

–No soy una diosa. Cuando seáis consciente de ello, ya no me amaréis.

–Es inútil que intentéis desanimarme. Desde nuestro primer encuentro, desde el momento en que os vi, supe que seríais el sol de mi vida. Brilláis, Neferet; nadie puede negar la luz que emana de vos. Mi existencia os pertenece, lo queráis o no.

–Os engañáis. Tenéis que acostumbraros a la idea de vivir lejos de mí; vuestra carrera transcurrirá en Menfis, la mía en Tebas.

–¡Qué importa mi carrera!

–No traicionéis vuestra vocación. ¿Admitiríais que yo renunciara a la mía?

–Exigidlo y obedeceré.

–Ese no es vuestro temperamento.

–Mi ambición es amaros cada día más.

–¿No sois excesivo?

–Si os negáis a ser mi esposa, desapareceré.

–Me sometéis a una coacción indigna de vos.

–No es lo que pretendo. ¿Aceptáis amarme, Neferet? Ella abrió los ojos y le miró con tristeza.

–Engañaros sería indigno.

Y se alejó, ligera y graciosa. Pese al calor, Pazair estaba helado.

CAPÍTULO 29

Suti no era hombre para disfrutar largo tiempo la paz y el silencio de los jardines del templo. Como las sacerdotisas, aunque hermosas, no se encargaban de los enfermos y eran inaccesibles, sólo tenía contactos con un enfermero desabrido que cambiaba sus apósitos. Menos de un mes después de la operación, hervía de impaciencia. Cuando Neferet le examinó, no pudo contenerse.

–Ya estoy restablecido.

–No del todo, pero vuestro estado es notable. No ha cedido ningún punto de sutura, las heridas han cicatrizado, no se ha declarado ninguna infección.

–¡Así pues, puedo salir!

–A condición de que os cuidéis.

Sin poder resistirlo, la besó en ambas mejillas.

–Os debo la vida y no soy un ingrato. Si me llamáis, acudiré. ¡Palabra de héroe!

–Os llevaréis una jarra de agua curativa y beberéis tres copelas al día.

–¿Tengo prohibida la cerveza?

–Y también el vino, sólo pequeñas dosis.

Suti tendió los brazos e hinchó el pecho.

–¡Qué bueno es vivir de nuevo! Tantas horas de sufrimiento... Sólo las mujeres podrán borrarlas.

–¿No pensáis casaros con una?

–¡Que la diosa Hator me proteja de tal desastre! ¿Yo con una esposa fiel y una retahíla de mocosos agarrados a mi paño? Una amante, luego otra y otra más, ése es mi maravilloso destino. Ninguna se parece a la otra, todas tienen su secreto.

–Parecéis muy distinto de vuestro amigo Pazair –advirtió ella sonriendo.

–No os fiéis de su reservado aspecto: es un pasional, tal vez más que yo. Si se ha atrevido a hablaros...

–Se ha atrevido.

–No toméis a la ligera sus palabras.

–Me asustaron.

–Pazair amará sólo una vez. Pertenece a esa raza de hombres que se enamora locamente y mantiene su locura durante toda una vida. Una mujer no puede comprenderlo, pues necesita acostumbrarse, tomarse algún tiempo antes de comprometerse. Pazair es un torrente furioso, no un fuego de pajas; su pasión no cederá. Es torpe, demasiado tímido, apresurado, de una sinceridad absoluta. Ha rechazado los amoríos y las aventuras, pues sólo es capaz de un gran amor.

–¿Y si se engaña?

–Beberá hasta las heces su ideal. No esperéis la menor concesión.

–¿Admitís mis temores?
–En el amor, los argumentos razonables son inútiles. Os deseo que seáis feliz, sea cual sea vuestra decisión.
Suti comprendía a Pazair. La belleza de Neferet era luminosa.

Sentado al pie de una palmera, ya no se alimentaba. Con la cabeza apoyada en las rodillas, en postura de luto, ni siquiera distinguía el día de la noche. Los niños ya no le molestaban, pues parecía un bloque de piedra.
–¡Pazair, soy yo, Suti!
El juez no reaccionó.
–Estás convencido de que no te ama.
Suti se apoyó en un tronco, junto a su amigo.
–No habrá otra mujer, lo sé también. No intentaré consolarte, compartir tu desgracia es imposible. Sólo queda tu misión.
Pazair guardó silencio.
–Ni tú ni yo podemos permitir que Asher triunfe. Si renunciamos, el tribunal del otro mundo nos condenará a la segunda muerte, y no habrá justificación alguna para nuestra cobardía.
El juez permaneció inerte.
–Como quieras, muérete de inanición pensando en ella. Combatiré solo contra Asher.
Pazair salió de su embotamiento y miró a Suti.
–Te destruirá.
–A cada uno su prueba. Tú no soportas la indiferencia de Neferet; a mí, el rostro de un asesino me obsesiona durante el sueño.
–Te ayudaré.
Pazair intentó levantarse, pero la cabeza le daba vueltas; Suti le tomó de los hombros.
–Perdóname, pero...
–Me has recomendado a menudo no faltar a la palabra. Lo esencial es que te recuperes.

Los dos hombres tomaron el transbordador, tan cargado como de costumbre. Pazair había mordisqueado un poco de pan con cebolla. El viento le azotó el rostro.
–Contempla el Nilo –recomendó Suti–. Es la nobleza. Frente a él, somos mediocres.
El juez miró el agua clara.
–¿En qué piensas, Pazair?
–Como si lo ignoraras...
–¿Cómo puedes estar tan seguro de que Neferet no te ama? He hablado con ella y...
–Es inútil, Suti.
–Tal vez los ahogados sean beatificados, pero de todos modos se ahogan. Y prometiste acusar a Asher.
–Sin ti, renunciaría.
–Porque va no eres tú.
–Al contrario, ya sólo soy yo, y reducido a la peor de las soledades.

–Olvidarás.
–No lo comprendes.
–El tiempo es el único remedio.
–No borrará nada.
En cuanto el transbordador tocó la orilla, una ruidosa muchedumbre desembarcó, azuzando asnos, corderos y bueyes. Los dos amigos dejaron salir a la multitud, subieron una escalera y caminaron hasta el despacho del juez principal de Tebas. El servicio de correos no había recibido ningún mensaje para Pazair.
–Volvamos a Menfis –exigió Suti.
–¿Tanta prisa tienes?
–Estoy impaciente por ver a Asher. ¿Y si me resumieras tus investigaciones?
Con voz monocorde, Pazair relató las etapas de su gestión. Suti escuchaba atentamente.
–¿Quién te siguió? –No lo sé.
–¿Son los métodos del jefe de la policía?
–¿Por qué no?
–Antes de salir de Tebas, pasemos a ver a Kani.
Dócil, Pazair aceptó. Indiferente, se alejaba de la realidad. El rechazo de Neferet le corroía el alma.
Kani no trabajaba solamente en su jardín, provisto de varios sistemas de irrigación basculante. Una intensa actividad reinaba en la parcela de tierra consagrada a las legumbres. El hortelano se ocupaba de las plantas medicinales. Curtido, con la piel cada vez más arrugada, lentos los gestos, soportaba el peso de la gran pértiga, de cuyos extremos colgaban dos grandes recipientes llenos de agua. No concedía a nadie el privilegio de alimentar a sus protegidas.
Pazair le presentó a Suti. Kani le contempló.
–¿Amigo vuestro?
–Podéis hablar ante él.
–He proseguido mi sistemática búsqueda del veterano. Ebanistas, carpinteros, aguadores, lavanderos, campesinos... No olvido ninguna actividad. Un mínimo indicio: nuestro hombre fue por algunos días reparador de carros, antes de desaparecer.
–No tan mínimo –rectificó Suti–. ¡Significa que está vivo!
–Esperemos que si.
–¿Le habrán eliminado también?
–En cualquier caso, ha desaparecido.
–Proseguid –recomendó Pazair–. El quinto veterano está todavía en este mundo.

¿Existía más suave dulzura que la de los anocheceres tebanos, cuando el viento del norte llevaba el frescor a los cenadores y las pérgolas donde se bebía cerveza mientras se admiraba el ocaso? La fatiga de los cuerpos desaparecía, el tormento de las almas se apaciguaba, la belleza de la diosa del silencio se desplegaba por el rojizo occidente. Unos ibis atravesaban el crepúsculo.
–Mañana, Neferet, me voy a Menfis.
–¿Vuestro trabajo?

–Suti ha sido testigo de una fechoría. Por vuestra seguridad, prefiero no decir nada más.
–¿Tan acuciante es el peligro?
–Es cosa del ejército.
–Pensad en vos, Pazair.
–¿Os preocupa mi suerte?
–No seáis acerbo. Deseo mucho vuestra felicidad.
–Sólo vos podéis concedérmela.
–Sois tan absoluto, si...
–Venid conmigo.
–Es imposible. No me anima el mismo ardor que a vos; admitid que soy diferente, que la prisa me es ajena.
–Es todo tan sencillo: os amo y vos no me amáis.
–No, no todo es tan sencillo. El día no viene repentinamente después de la noche, ni una estación tras otra.
–¿Me dais alguna esperanza?
–Comprometerme seria mentir.
–Ya lo veis.
–Vuestros sentimientos son tan violentos, tan impacientes... No podéis exigir que responda a ellos con el mismo ardor.
–No intentéis justificaros.
–No veo claro en mí misma, ¿cómo puedo ofreceros una certeza?
–Si me voy, no volveremos a vernos nunca.
Pazair se alejó con paso lento, esperando unas palabras que nunca fueron pronunciadas.

El escribano Iarrot había evitado los errores graves al no asumir responsabilidades. El barrio estaba tranquilo, no se había cometido ningún delito importante. Pazair resolvió algunos detalles y se dirigió a casa del jefe de la policía, que había dejado una convocatoria.
Con voz gangosa, apresurado, Mentmosé parecía más sonriente que de ordinario.
–¡Querido juez! Celebro volver a veros. ¿Estabais de viaje?
–Un desplazamiento obligado.
–Vuestra jurisdicción permaneció muy tranquila; la reputación comienza a dar fruto. Se sabe que no transigís con la ley. Con todos los respetos, me parecéis cansado.
–No tiene importancia.
–Bueno, bueno...
–¿Y el motivo de vuestra convocatoria?
–Un asunto delicado y... lamentable. Seguí vuestro plan al pie de la letra, por lo que se refiere al silo sospechoso. Recordadlo: dudaba de su eficacia. Y, entre nosotros, no estaba equivocado.
–¿Ha huido el intendente?
–No, no... No puedo reprocharle nada. No estaba en su puesto cuando se produjo el incidente.
–¿Qué incidente?
–La mitad del contenido del silo fue robada durante la noche.
–¿Bromeáis?

–Desgraciadamente, no. Es la triste realidad.
–¡Pero vuestros hombres estaban vigilándolo!
–Si y no. Una riña, no lejos de los graneros, los obligó a intervenir con urgencia. ¿Quién podría reprochárselo? Cuando volvieron a la guardia, comprobaron el robo. ¡Es sorprendente, ahora el estado del silo corresponde al informe del intendente!
–¿Y los culpables?
–No hay pistas serias.
–¿Testigos?
–El barrio estaba desierto y la operación se ejecutó perfectamente. No será fácil identificar a los ladrones.
–Supongo que habéis puesto en el caso vuestros mejores elementos.
–Contad conmigo.
–Entre nosotros, Mentmosé, ¿qué opinión tenéis de mí?
–Bueno... Os considero un juez consciente de sus deberes.
–¿Me concedéis cierta inteligencia?
–¡Querido Pazair, os subestimáis!
–En ese caso, sabréis que no concedo crédito alguno a vuestra historia.

La señora Silkis, presa de una de sus frecuentes crisis de angustia, recibía los atentos cuidados de un especialista en trastornos síquicos, el intérprete de sueños. Su gabinete, pintado de negro, estaba sumido en la oscuridad. Cada semana, la mujer se tendía en una estera, le contaba sus pesadillas y solicitaba sus consejos.
El intérprete de sueños era un sirio instalado en Menfis desde hacía muchos años. Utilizando numerosos grimorios y claves de los sueños[51], adulaba a una clientela de damas nobles y burguesas acomodadas. Sus honorarios eran pues muy elevados; ¿acaso no proporcionaba un consuelo regular a pobres criaturas de espíritu frágil? El intérprete insistía en la ilimitada duración del tratamiento; ¿se dejaba alguna vez de soñar? Y sólo él podía dar el significado de las imágenes y los fantasmas que agitaban un cerebro adormilado. Muy prudente, rechazaba la mayoría de insinuaciones de sus pacientes carentes de afecto, y sólo cedía a algunas viudas, apetitosas todavía.
Silkis se roía las uñas.
–¿Os habéis peleado con vuestro marido?
–A causa de los niños.
–¿Qué falta han cometido?
–Mienten. ¡No es tan grave, a fin de cuentas! Mi marido se enfada, yo los defiendo, la cosa sube de tono.
–¿Os pega?
–Un poco, pero me defiendo.
–¿Está satisfecho de vuestra transformación corporal?
–¡Oh, sí! Lo tengo comiendo en mis manos... a veces, hace lo que quiero, siempre que no me meta en sus asuntos.
–¿Os interesa?
–En absoluto. Somos ricos, y eso es lo esencial.

---

[51] Algunas claves de los sueños han llegado hasta nosotros; indican la naturaleza de los sueños y les dan una explicación.

–Tras vuestra última pelea, ¿cómo os comportasteis?

–Como de costumbre. Me encerré en la habitación y grité. Luego me dormí.

–¿Largos sueños?

–Siempre las mismas imágenes. Vi primero una niebla que ascendía del río. Algo, un barco sin duda, intentaba atravesarla. Gracias al sol, la niebla se disipó. El objeto era un gigantesco falo que avanzaba ante él. Me aparté, quise refugiarme en una casa, a orillas del Nilo. No era un edificio, sino un sexo femenino que me atraía y asustaba al mismo tiempo.

Silkis jadeaba.

–Desconfiad –recomendó el intérprete–, según las claves de los sueños ver un falo anuncia un robo.

–¿Y un sexo femenino? –La miseria.

Desmelenada, la señora Silkis acudió sin demora al almacén. Su marido apostrofaba a dos hombres de rasgos colgantes y aspecto doliente.

–Perdona que te moleste, querido. ¡Es preciso tener cuidado, van a robarte y podemos quedar en la miseria!

–Tardía advertencia. Estos capitanes están diciéndome, como sus colegas, que no hay ningún barco disponible para transportar mis papiros del delta a Menfis. Nuestro almacén permanecerá vacío.

CAPÍTULO 30

El juez Pazair soportó la cólera de Bel-Tran.

–¿Qué esperáis de mí?

–Que intervengáis por impedimento a la libertad de circulación de mercancías. ¡Los pedidos no dejan de llegar, y no puedo satisfacerlos!

–En cuanto haya un barco disponible...

–No habrá ninguno.

–¿Malevolencia?

–Investigad, podréis probarlo. Cada día que pasa me acerca a la ruina.

–Volved mañana. Espero encontrar elementos concretos.

–No olvidaré lo que hacéis por mí.

–Por la justicia, Bel-Tran, no por vos...

La misión divertía a Kem y a su babuino más aún. Provisto de la lista de transportistas proporcionada por Bel-Tran, preguntaban las razones de su negativa.

Embrolladas explicaciones, lamentaciones, mentiras evidentes les dieron la seguridad de que el fabricante de papiro no se equivocaba. En el extremo de un almacén, a la hora de la siesta, Kem le echó el ojo a un contramaestre generalmente bien informado.

–¿Conoces a Bel-Tran?

–He oído hablar de él.

–¿No hay barcos disponibles para su papiro?

–Eso parece.

–Y, sin embargo, el tuyo está atracado, y vacío. El babuino abrió las fauces, sin emitir un solo sonido.

–¡Sujeta tu fiera!

–La verdad, y te dejaremos en paz.

–Denes ha alquilado todos los barcos durante una semana.

Al caer la tarde, el juez Pazair siguió el procedimiento reglamentario interrogando personalmente a los armadores, obligados a enseñarle sus contratos de alquiler.

Todos estaban a nombre de Denes.

De una chalana de vela, los marineros desembarcaban alimentos, jarras y muebles. Otro barco de carga se disponía a partir hacia el Sur. A bordo, pocos remeros; la casi totalidad de la embarcación, de casco macizo, estaba destinada a cabinas donde se almacenaban las mercancías. El timonel ocupaba ya su puesto; faltaba el hombre de proa. Con su larga pértiga, sondeada el fondo a intervalos regulares. En el muelle, entre el estruendo, Denes hablaba

con el capitán. Los marinos cantaban o se apostrofaban, unos carpinteros reparaban un velero, los talladores de piedra consolidaban un embarcadero.

–¿Puedo consultaros? –preguntó Pazair, que iba acompañado por Kem y su babuino.

–Más tarde, con mucho gusto.

–Perdonad que insista, pero tengo prisa.

–¡No hasta el punto de retrasar la partida de un barco!

–Precisamente, de eso se trata.

–¿Motivo?

Pazair desenrolló un papiro de más de un metro.

–Ésta es la lista de las infracciones que habéis cometido: alquiler forzado, intimidación a los armadores, tentativa de monopolio, trabas a la circulación de bienes.

Denes consultó el documento. Las acusaciones del juez se formulaban con precisión y de acuerdo con las normas.

–Niego vuestra interpretación de los hechos, es dramática y grandilocuente. He alquilado tantos barcos para destinarlos a unos transportes extraordinanos.

–¿Cuáles?

–Materiales diversos.

–Demasiado vago.

–En mi oficio, es bueno prever lo imprevisible.

–Bel-Tran es víctima de vuestra maniobra.

–¡Ya estamos! Se lo advertí: su ambición le llevará al fracaso.

–Para romper un monopolio de hecho, que es innegable, ejerzo el derecho de requisa.

–Como queráis. Tomad una harca cualquiera del muelle oeste.

–Vuestra embarcación me conviene.

Denes se colocó ante la pasarela.

–¡Os prohíbo tocarla!

–Prefiero no haber oído nada. Discutir la ley es un delito serio.

El transportista se suavizó.

–Sed razonable... En Tebas esperan este cargamento.

–Bel-Tran sufre un perjuicio del que sois autor; la justicia implica que le indemnicéis. Acepta no denunciaros para preservar vuestras relaciones futuras. A causa del retraso, sus reservas son enormes; apenas bastará este navío de transporte.

Pazair, Kem y el babuino subieron a bordo. El juez no sólo quería hacer justicia a Bel-Tran, sino que seguía también una intuición.

Varias cabinas construidas con tablas unidas y agujereadas para permitir la circulación del aire albergaban caballos, bueyes, carneros y terneras. Algunos estaban en libertad, otros atados a unas anillas fijadas en la cubierta. Los que tenían el pie marinero paseaban a proa. Otras cabinas, simples cuchitriles de delgada madera cubiertos con un techo, contenían taburetes, sillas y mesas.

A popa, una gran lona cubría una treintena de silos portátiles.

Pazair llamó a Denes.

–¿De dónde procede este trigo?

–De los almacenes.

–¿Quién os lo ha entregado?

–Consultad al contramaestre.

Interrogado, el hombre mostró un documento oficial con un sello indescifrable. ¿Por qué iba a extrañarle ese detalle cuando la mercancía era banal? Según las necesidades de una u otra provincia, Denes transportaba grano durante todo el año. Las reservas de los silos estatales evitaban las hambrunas.

–¿Quién ha dado la orden de transporte?

El contramaestre lo ignoraba. El juez se volvió hacia su patrono, que, sin vacilación alguna, le condujo hasta su oficina en el puerto.

–No tengo nada que ocultar –confesó Denes nervioso–. Ciertamente he intentado dar una lección a Bel-Tran, pero era sólo una broma. ¿Por qué os intriga mi cargamento?

–Secreto de sumario.

Los archivos estaban en orden. Denes, dócil, se apresuró a mostrar la tablilla que interesaba al juez.

La orden de transporte emanaba de Hattusa, princesa hitita, superiora del harén de Tebas, esposa diplomática de Ramsés el Grande.

Gracias al general Asher, la calma había vuelto a los principados de Asia. Una vez más, había demostrado su perfecto conocimiento del terreno. Dos meses después de su regreso, en mitad del estío, cuando una bienhechora crecida depositaba el limo fertilizante en ambas orillas, se había organizado en su honor una grandiosa ceremonia. ¿Acaso Asher no había conseguido un tributo compuesto por mil caballos, quinientos prisioneros, diez mil corderos, ochocientas cabras, cuatrocientos bueyes, cuarenta carros enemigos, centenares de lanzas, espadas, cotas de armas, escudos y doscientos mil sacos de cereales? Ante el palacio real se habían reunido los cuerpos de élite, la guardia del faraón y la policía del desierto, y representantes de los cua tro regimientos de Amón, Ra, Ptah y de Seth, incluyendo carros, infantería y arqueros. Ni un solo oficial había faltado a la llamada. El poderío militar egipcio desplegaba sus fastos y celebraba a su más condecorado oficial superior. Ramsés le entregaría cinco collares de oro y decretaría tres días de fiesta en todo el país. Asher se convertía en uno de los primeros personajes del Estado, brazo armado del rey y muralla contra la invasión.

Suti no estaba ausente de la fiesta. El general le había atribuido un nuevo carro para desfilar, sin obligarle a comprar la lanza y la caja, como la mayoría de los oficiales; tres soldados se encargarían de los dos caballos.

Antes del desfile, el héroe de la reciente campaña recibió las felicitaciones del general.

–Seguid sirviendo a vuestro país, Suti; os prometo un brillante porvenir.

–Mi alma está atormentada, general.

–Me asombráis.

–Mientras no hayamos hecho prisionero a Adafi, no dormiré tranquilo.

–En eso reconozco a un héroe brillante y generoso.

–Y me hago algunas preguntas... ¿Cómo ha podido escapar a pesar de nuestro peinado?

–El muy bribón es hábil.

–¿No juraría que adivina nuestros planes?

En la frente del general Asher apareció una arruga.

–Me habéis dado una idea... Que en nuestras filas hay un espía.

–Inverosímil.
–Ha ocurrido ya. Tranquilizaos: mi estado mayor y yo mismo nos interesaremos por el problema. Tened la seguridad de que el vil rebelde no seguirá libre mucho tiempo.
Asher palmeó la mejilla de Suti y, luego, se dirigió a otro valiente. Las insinuaciones, bastante insistentes sin embargo, no le habían turbado.
Por un instante, Suti se preguntó si no se habría equivocado; pero la horrible escena seguía muy viva en su memoria. Ingenuo, había esperado que el traidor perdiera su sangre fría.

El faraón pronunció un largo discurso, cuyas partes esenciales fueron repetidas por los heraldos en todas las ciudades y todas las aldeas. Jefe supremo de los ejércitos, garantizaba la paz y velaba por las fronteras. Los cuatro grandes regimientos, con veinte mil soldados, protegerían Egipto de cualquier tentativa de invasión. Carros e infantería, donde se habían alistado numerosos nubios, sirios y libios, estaban vinculados a la felicidad de las Dos Tierras, y la defenderían contra los agresores, aunque fueran antiguos compatriotas. El rey no toleraría ninguna falta a la disciplina, el visir ejecutaría sus consignas al pie de la letra.
A cambio de sus buenos y leales servicios, el general Asher era responsable de la instrucción de los oficiales encargados de encuadrar las tropas que efectuarían misiones de vigilancia en Asia. Su experiencia les sería preciosa. Abanderado ya a la diestra del rey, el general sería permanentemente consultado sobre las opciones tácticas y estratégicas.

Pazair abría un expediente, lo cerraba, clasificaba documentos ya clasificados, daba órdenes contradictorias a su escribano y olvidaba pasear a su perro. Iarrot no se atrevía a preguntarle nada, pues el juez respondía cualquier cosa.
Pazair soportaba, día tras día, los asaltos de Suti, cada vez más impaciente; ver a Asher en libertad se le hacía insoportable. El juez excluía toda precipitación, sin proponer nada en concreto, y arrancaba a su amigo la promesa de no intervenir de un modo insensato. Atacar al general a la ligera sólo llevaría al fracaso.
Suti advertía que Pazair no se interesaba mucho en su propósito; perdido en dolorosos pensamientos, iba ajándose poco a poco.
El juez había creído que su trabajo le aturdiría y le haría olvidar a Neferet. Pero, contrariamente, el alejamiento aumentaba su angustia. Consciente de que el tiempo lo agravaría más aún, decidió convertirse en una sombra. Tras haber dicho adiós a su perro y a su asno, salió de Menfis dirigiéndose al oeste, hacia el desierto líbico.
Cobarde, no había hablado con Suti, imaginando de antemano sus argumentos. Encontrar el amor y no poder vivirlo habían transformado su existencia en un suplicio.
Pazair caminó por la ardiente arena, bajo un sol de justicia. Subió a una colina y se sentó en una piedra, dirigiendo los ojos a la inmensidad. El cielo y la tierra se cerrarían sobre su cabeza, el calor le desecaría, las hienas y los buitres destruirían sus despojos. Desdeñando su sepultura, injuriaba a los

dioses y se condenaba a sufrir la segunda muerte, que excluía la resurrección; ¿pero una eternidad sin Neferet no sería el peor de los castigos?

Ausente de si mismo, indiferente al viento y a la mordedura de la arena, Pazair se sumió en la nada. Sólo el vacío, luz inmóvil... Desaparecer no era fácil. El juez no se movía, convencido de que se deslizaba hacia el sueño postrero.

Cuando la mano de Branir se posó en su hombro, no reaccionó.

–Un paseo fatigoso, a mi edad. Al regresar de Tebas, pensaba descansar; y me obligas a encontrarte en este desierto. Incluso con radiestesia, ha sido una dura tarea. Bebe un poco.

Branir tendió un odre fresco a su discípulo. Con mano temblorosa, éste lo agarró, puso el gollete entre sus labios exangües y bebió un trago.

–Negarme hubiera sido insultante, pero no os concederé nada más.

–Eres resistente, tu piel no se ha quemado y tu voz apenas tiembla.

–El desierto me arrebatará la vida.

–Te negará la muerte.

Pazair se agitó.

–Seré paciente.

–Tu paciencia será inútil, pues eres un perjuro.

El juez dio un respingo.

–Vos, maestro, vos...

–La verdad duele.

–¡No he faltado a mi palabra!

–Te falla la memoria. Cuando aceptaste tu primer puesto en Menfis, hiciste un juramento del que fue testigo una piedra. Contempla el desierto, a nuestro alrededor; la piedra se ha convertido en un millar, te recuerda el compromiso sagrado que aceptaste ante Dios, ante los hombres y ante ti mismo. Lo sabías, Pazair; un juez no es un hombre ordinario. Tu existencia ya no te pertenece. Destrúyela, devástala, no tiene importancia; el perjuro está condenado a errar entre las sombras rabiosas que se desgarran mutuamente.

Pazair desafió a su maestro.

–No puedo vivir sin ella.

–Debes cumplir tu función de juez.

–¿Sin alegría y sin esperanza?

–La justicia no se nutre de estados de ánimo, sino de rectitud.

–Olvidar a Neferet me es imposible.

–Háblame de tus investigaciones.

El enigma de la esfinge, el quinto veterano, el general Asher, el trigo tobado... Pazair reunió los hechos, no ocultó sus incertidumbres ni sus dudas.

–Tú, modesto magistrado, situado en lo más bajo de la escala jerárquica, estás a cargo de asuntos excepcionales que el destino te ha confiado. Sobrepasan tu persona y tal vez comprometan el porvenir de Egipto. ¿Serás lo bastante mediocre como para descuidarlos?

–Actuaré, puesto que así lo deseáis.

–Tu función lo exige. ¿Crees, acaso, que la mía es más ligera?

–Pronto gozaréis del silencio del templo cubierto.

–No de su silencio, Pazair, sino de su vida entera. Contra mi deseo, me han nombrado sumo sacerdote de Karnak.

El rostro del juez se iluminó.

–¿Cuándo recibiréis el anillo de oro?

–Dentro de unos meses.

Durante dos días, Suti había buscado a Pazair por todo Menfis. Lo sabia bastante desesperado como para poner fin a sus días.

Reapareció en su despacho, con el rostro quemado por el sol. Suti le arrastró a una formidable noche de bebida, poblada de recuerdos infantiles. Por la mañana, se bañaron en el Nilo, sin lograr disipar la jaqueca que palpitaba en sus sienes.

–¿Dónde te ocultabas? –Una meditación en el desierto. Branir me ha traído. –¿Qué has decidido realmente?

–Aunque la ruta sea apagada y gris, respetaré mi juramento de juez.

–Llegará la felicidad.

–Bien sabes que no.

–Combatiremos juntos. ¿Por dónde vas a comenzar?

–Tebas.

–¿A causa de ella?

–No volveré a verla. Tengo que aclarar un tráfico de trigo y encontrar al quinto veterano. Su testimonio será esencial.

–¿Y si ha muerto?

–Gracias a Branir, estoy seguro de que se oculta. Su varita de zahorí no se equívoca.

–Puede ser largo.

–Vigila a Asher, estudia sus hechos y sus gestos. Intenta encontrar un fallo.

El carro de Suti levantaba una nube de polvo. El nuevo teniente entonaba una canción obscena que alababa la infidelidad de las mujeres. Suti era optimista; aunque Pazair siguiera neurasténico, no traicionaría su palabra. A la primera ocasión, le haría conocer a una alegre doncella que disiparía su melancolía.

Asher no escaparía a la justicia. Suti debía impartir la suya.

El carro pasó entre los dos mojones que señalaban la entrada de la propiedad. El calor era tan pesado que la mayoría de los campesinos descansaban a la sombra. Ante la granja estaba desarrollándose un drama; un asno acababa de volcar su carro.

Suti se detuvo, saltó a tierra, apartó al arriero que blandía un bastón para castigar al animal. El teniente inmovilizó al aterrado cuadrúpedo, sujetándolo por las orejas, y lo tranquilizó acariciándolo.

–No debe golpearse a un asno.

–¿Y mi saco de grano? ¿No ves que lo ha tirado?

–No ha sido él –corrigió un adolescente.

–¿Quién entonces?

–La libia. Se divierte pinchándole el trasero con espinas.

–¡Ah, ésa! Merece diez veces unos buenos bastonazos.

–¿Dónde está?

–Junto al estanque. Si quieren agarrarla, trepa al sauce.

–Yo me encargo.

En cuanto se aproximó, Pantera se subió al árbol y se tendió en una gran rama.

–Baja.
–¡Vete! ¡Por tu culpa me han reducido a la esclavitud!
–Yo debiera estar muerto, recuérdalo, y vengo a liberarte. Tírate en mis brazos.
Ella no vaciló. Suti cayó hacia atrás, golpeó con fuerza el suelo e hizo una mueca. Pantera rozó con el dedo las cicatrices.
–¿Te rechazan las demás mujeres?
–Necesito una abnegada enfermera durante algún tiempo. Me darás masajes.
–Estás polvoriento.
–He ido muy de prisa, impaciente por verte.
–¡Mentiroso!
–Hubiera debido lavarme, tienes razón.
Se levantó, manteniéndola en sus brazos, y corrió hacia el estanque, donde se zambulleron besándose.

Nebamon se probaba unas pelucas de gala que le había preparado su peluquero. Ninguna le gustaba. Demasiado pesadas, demasiado complicadas. Cada vez era más difícil seguir la moda. Desbordado por las demandas de ricas damas deseosas de preservar sus encantos remodelando sus cuerpos, obligado a presidir comisiones administrativas y a apartar los candidatos a su sucesión, lamentaba la ausencia, a su lado, de una mujer como Neferet. Su fracaso le irritaba.
El secretario particular se inclinó ante él.
–He obtenido las informaciones que deseabais.
–¿Necesidades y miseria?
–No exactamente.
–¿Ha abandonado la medicina?
–Al contrario.
–¿Estás burlándote de mí?
–Neferet ha fundado un dispensario rural, un laboratorio, practica intervenciones quirúrgicas y ha obtenido el beneplácito de las autoridades sanitarias de Tebas. Su fama no deja de aumentar.
–¡Es insensato! No tiene fortuna alguna. ¿Cómo se procura los productos raros y costosos?
El secretario particular sonrió.
–Deberíais estar contento de mi.
–Habla.
–He seguido un extraño hilo. ¿Ha llegado a vuestros oídos la reputación de Sababu?
–¿No tenía una casa de cerveza, en Menfis?
–La más famosa. Abandonó de pronto el establecimiento, aunque era muy rentable.
–¿Qué relación tiene con Neferet?
–Sababu no es sólo una de sus pacientes, sino también su proveedora de fondos. Ofrece a la clientela tebana jóvenes y hermosas muchachas, obtiene beneficio de este comercio y hace que su protegida lo aproveche. ¿No es eso un insulto a la moral?
–Una médico financiada por una prostituta... ¡Ya es mía!

CAPÍTULO 31

–Vuestra reputación es halagueña –dijo Nebamon a Pazair–. La fortuna no os impresiona, no teméis atacar los privilegios; en resumen, la justicia es vuestro pan de cada día y la integridad vuestra segunda naturaleza.

–¿No es lo mínimo en un juez?

–Cierto, cierto... Por eso os he elegido.

–¿Debo sentirme halagado?

–Cuento con vuestra probidad.

A Pazair, desde su infancia, le caían mal los seductores de forzada sonrisa y actitudes calculadas. El médico jefe le irritaba en grado sumo.

–Está a punto de estallar un terrible escándalo –murmuró Nebamon de modo que el escribano no le oyera–. Un escándalo que podría desnaturalizar mi profesión y arrojar el oprobio sobre todos los médicos.

–Sed más explícito.

Nebamon volvió la cabeza hacia Iarrot.

Con el consentimiento del juez, el escribano se marchó.

–Las denuncias, los tribunales, la pesadez administrativa... ¿No podríamos evitar tan enojosas formalidades?

Pazair permaneció silencioso.

–Deseáis saber algo más, es muy normal. ¿Puedo contar con vuestra discreción?

El juez se dominó.

–Una de mis alumnas, Neferet, ha cometido faltas que yo he sancionado. En Tebas, hubiera debido observar una reservada prudencia y remitirse a colegas más competentes. Me ha decepcionado mucho.

–¿Nuevos errores? –Pasos en falso, cada vez más lamentables. Actividad incontrolada, prescripciones fuera de temporada, laboratorio privado.

–¿Es ilegal?

–No, pero Neferet no disponía de ningún medio material para instalarse.

–Los dioses le fueron favorables.

–Los dioses no, juez Pazair, una mujer de mala vida, Sababu, la patrona de una casa de cerveza procedente de Menfis.

Tenso, grave, Nebamon esperaba una reacción indignada.

Pazair parecía indiferente.

–La situación es muy inquietante –prosiguió el médico jefe–; un día u otro, alguien descubrirá la verdad y ensuciará a respetables facultativos.

–A vos, por ejemplo.

–Evidentemente, puesto que fui maestro de Neferet. No puedo seguir tolerando semejante riesgo.

–Lo lamento, pero no acabo de ver mi papel.

–Una intervención discreta, pero firme, suprimiría ese desagradable asunto. Como la casa de cerveza de Sababu pertenece a vuestro sector y ella trabaja en Tebas con una falsa identidad, no os faltarán motivos de inculpación. Amenazad a Neferet con graves sanciones si persiste en sus irrazonables empresas. La advertencia hará que regrese a una medicina rural a su medida. Naturalmente, no estoy solicitándoos una ayuda gratuita. Una carrera se construye; os ofrezco una estupenda ocasión de ascender en la jerarquía.
–Eso me conmueve.
–Sabía que nos entenderíamos. Sois joven, inteligente y ambicioso, a diferencia de tantos colegas vuestros, tan puntillosos con la letra de la ley que pierden el sentido común.
–¿Y si fracaso?
–Presentaré una denuncia contra Neferet, vos presidiréis el tribunal y elegiremos a los jurados. No deseo llegar a eso; mostraos persuasivo.
–No ahorraré esfuerzos.
Nebamon, relajado, se felicitaba por su gestión. Había juzgado bien al juez.
–Me satisface haber llamado a la puerta adecuada.
–Entre gente de calidad, es fácil allanar las dificultades.
Tebas, la divina, donde había conocido la felicidad y la desgracia. Tebas, la hechicera, donde el esplendor de los amaneceres se aliaba con la magia del ocaso. Tebas, la implacable, adonde el destino le llevaba en busca de una verdad huidiza como un lagarto aterrado.
La vio en el transbordador.
Ella regresaba de la orilla este, él cruzaba para dirigirse a la aldea donde la mujer ejercía. Pese a sus temores, ella no le rechazó.
–Mis palabras no eran ligeras. Este encuentro no debía de haberse producido nunca.
–¿Me habéis olvidado un poco?
–Ni un solo instante.
–Os torturáis.
–¿Qué importancia tiene eso para vos?
–Vuestro sufrimiento me entristece. ¿Creéis necesario aumentarlo viéndonos de nuevo?
–Hoy es el juez quien se dirige a vos, y sólo el juez.
–¿De qué se me acusa?
–De aceptar la generosidad de una prostituta. Nebamon exige que vuestras actividades se limiten a la aldea y que pongáis los casos graves en manos de vuestros colegas.
–¿Y si no?
–Si no, intentará que os condenen por inmoralidad y, por lo tanto, prohibiros ejercer.
–¿Es seria la amenaza?
–Nebamon es un hombre influyente.
–Escapé de él, y no admite que me resista.
–¿Preferís renunciar?
–¿Qué pensaríais vos de mi actitud?
–Nebamon cuenta conmigo para convenceros.
–Os conoce mal.
–Es una suerte para nosotros. ¿Tenéis confianza en mí?
–Sin ninguna reserva.

La ternura de su voz le encantó. ¿No estaba saliendo de la indiferencia, no le dirigía una nueva mirada, menos distante?

–No os preocupéis, Neferet. Os ayudaré.

La acompañó hasta la aldea, esperando que el camino de tierra no se acabara nunca.

El devorador de sombras se tranquilizó.

El viaje del juez Pazair parecía absolutamente privado. En vez de buscar al quinto veterano estaba cortejando a la hermosa Neferet.

Obligado a tomar mil precauciones a causa del nubio y de su mono, el devorador de sombras acabaría creyendo que el quinto veterano había fallecido de muerte natural o había huido tan lejos, hacia el sur, que nadie volvería a oír hablar de él. Sólo su silencio contaba.

Prudente, sin embargo, continuaría siguiendo al juez.

El babuino estaba intranquilo.

Kem escudriñó los alrededores, no advirtió nada anormal. Unos campesinos y sus asnos, obreros que reparaban los diques, aguadores. Y sin embargo, el mono policía venteaba un peligro.

Multiplicando su atención, el nubio se acercó al juez y a Neferet. Por primera vez apreciaba a su patrón. El joven magistrado estaba lleno de ideal y de utopía, era a la vez fuerte y frágil, realista y soñador; pero le guiaba la rectitud. Por sí solo no lograría suprimir la malignidad de la naturaleza humana, pero dificultaría su reinado. Y con eso, daría esperanzas a quienes sufrían injusticias.

Kem habría preferido que no se comprometiera en una aventura tan peligrosa donde, antes o después, sería destrozado; ¿pero cómo reprochárselo cuando tantos infelices habían sido asesinados? Mientras no se ofendiera la memoria de la gente sencilla, mientras un juez no concediera privilegios a los grandes a causa de su fortuna, Egipto seguiría brillando.

Neferet y Pazair no se hablaron. Él soñaba en un paseo como aquél, en el que, tomados de la mano, se limitaran a estar juntos. Sus pasos coincidían como los de una pareja unida. Estaba robando instantes de imposible felicidad, desgranaba un espejismo más precioso que la realidad.

Neferet caminaba de prisa, etérea; sus pies parecían rozar el suelo, se movía sin fatiga. El gozaba del inestimable privilegio de acompañarla y le habria propuesto convertirse en su servidor, oscuro y abnegado, si no estuviera obligado a seguir siendo juez para defenderla contra las tormentas que se anunciaban. ¿Estaba haciéndose ilusiones o ella se mostraba menos reticente para con él? Tal vez necesitaba aquel silencio compartido, tal vez se acostumbrara a su pasión, siempre que callara.

Entraron en el laboratorio donde Kani seleccionaba plantas medicinales.

–Una excelente cosecha.

–Y podría resultar inútil –deploró Neferet–; Nebamon quiere impedirme continuar.

–Si no estuviera prohibido envenenar a la gente...

–El médico jefe fracasará –afirmó Pazair–. Yo me interpondré.

–Es más peligroso que una víbora. También a vos os morderá.
–¿Nuevos elementos?
–El templo me ha confiado una gran parcela para explotarla. Me convierto en su proveedor oficial.
–Lo merecéis, Kani.
–No he olvidado nuestra investigación. He podido conversar con el escriba del censo; ningún veterano menfita ha sido contratado en los talleres o en las granjas desde hace seis meses. Los soldados jubilados deben advertir de su presencia, de lo contrario perderían sus derechos. Y sería condenarse a la miseria.
–Nuestro hombre tiene tanto miedo que la prefiere a una existencia a pleno día.
–¿Y si se hubiera exiliado?
–Estoy convencido de que se oculta en la orilla oeste.

Pazair era presa de contradictorios sentimientos. Por un lado, se sentía ligero, casi alegre; por el otro, sombrío y deprimido. haber visto a Neferet, sentirla más cercana, mas amistosa le devolvía la vida; admitir que nunca sería su esposa le desesperaba.
Luchar por ella, por Suti y por Bel-Tran le impedía rumiar sus pensamientos. Las palabras de Branir le habían puesto en su justo lugar; un juez de Egipto se debía a los demás.
En el harén de Tebas oeste era día de fiesta; se celebraba el victorioso regreso de la expedición de Asia, la grandeza de Ramsés, la paz asegurada y el renombre del general Asher. Tejedoras, músicos, danzarinas, especialistas en esmalte, educadoras, peluqueras, creadoras de composiciones florales paseaban por los jardines y charlaban degustando pastelillos. Bajo un quiosco al abrigo del sol se servía jugo de fruta. Se admiraban los atavíos, se sentían celos y se criticaba.
Pazair llegaba en mal momento; consiguió, sin embargo, aproximarse a la dueña del lugar, cuya belleza eclipsaba la de sus cortesanas. Dominando en alto grado el arte del maquillaje, Hattusa demostraba su desdén a las elegantes de imperfectos afeites. Rodeada por completo, lanzaba pullas a los aduladores.
–¿No seréis por casualidad el pequeño juez de Menfis?
–Si vuestra alteza me autoriza a molestarla en semejante momento, una entrevista privada me satisfaría.
–¡Qué buena idea! Esos actos sociales me aburren. Vayamos junto al estanque.
¿Quién era aquel magistrado de modesto aspecto que así conquistaba a la más inaccesible de las princesas? Probablemente, Hattusa había decidido jugar con él y, luego, tirarlo como una muñeca desarticulada. Las extravagancias de la extranjera eran incontables.
Lotos blancos y lotos azules se entremezclaban en la superficie del agua, rizada por una ligera brisa. Hattusa y Pazair se sentaron en unas sillas plegables colocadas bajo un parasol.
–Vamos a charlar mucho, juez Pazair. Prescindamos de las formalidades.
–Os lo agradezco.
–¿Os estáis aficionando a los esplendores de mi harén?

–¿Os resulta familiar el nombre de Bel-Tran?
–No.
–¿Y el de Denes?
–Tampoco. ¿Se trata de un interrogatorio?
–Necesito vuestro testimonio.
–Esa gente, que yo sepa, no forma parte de mi personal.
–Denes, el principal transportista de Menfis, ha recibido una orden emitida por vos.
–¡No me importa! ¿Creéis que me intereso por estos detalles?
–En el barco que debía descargar aquí, se había almacenado trigo robado.
–Me temo que no os comprendo.
–El barco, el grano y la orden de expedición con vuestro sello han sido incautados.
–¿Estáis acusándome de robo?
–Os agradecería una explicación.
–¿Quién os envía?
–Nadie.
–Actuáis por vuestra propia cuenta... ¡No os creo!
–Hacéis mal.
–De nuevo intentan perjudicarme y, esta vez, utilizan los servicios de un ínfimo juez, inconsciente y fácil de manipular.
–El ultraje a magistrado, aumentado con la calumnia, se castiga con algunos bastonazos.
–¡Sois un insensato! ¿Sabéis con quién estáis hablando?
–Con una dama del más alto rango, sometida a la ley como la más humilde de las campesinas. Pues bien, estáis implicada en una apropiación fraudulenta de cereales pertenecientes al Estado.
–Me importa un bledo.
–Implicada no significa culpable. Por eso aguardo vuestras justificaciones.
–No me rebajaré.
–Si sois inocente, ¿qué teméis?
–¡Osáis poner en duda mi honestidad!
–Los hechos me obligan.
–Habéis ido muy lejos, juez Pazair, demasiado lejos. Enojada, se levantó y caminó en línea recta. Los cortesanos se apartaron, inquietos ante una cólera cuyas consecuencias sufrirían.

El juez principal de Tebas, un hombre ponderado, de edad madura, amigo del sumo sacerdote de Karnak, recibió a Pazair tres días más tarde. Se tomó algún tiempo para examinar los documentos del expediente.
–Vuestro trabajo es muy notable, tanto en el fondo como en la forma.
–Puesto que está fuera de mi jurisdicción, os confío la tarea de proseguirlo. Si estimáis que mi intervención es necesaria, estoy dispuesto a convocar un tribunal.
–¿Cuál es vuestra íntima convicción? La existencia del tráfico de trigo está demostrada. Y Denes me parece libre de sospecha.
–¿El jefe de la policía?
–Sin duda está informado, ¿pero hasta qué punto?
–¿La princesa Hattusa?

–Se niega a darme la menor explicación.
–Es muy molesto.
–Su sello no puede borrarse.
–Cierto. ¿Pero quién lo puso?
–Ella misma. Se trata de su sello personal, el que lleva en el anillo. Como todos los grandes del reino, nunca se separa de él.
–Avanzamos por terreno peligroso. Hattusa no es muy popular en Tebas. Demasiado altiva, demasiado crítica, demasiado autoritaria. Aunque comparta la opinión general, el faraón está obligado a defenderla.
–Robar el alimento destinado al pueblo es un delito grave.
–Lo acepto, pero deseo evitar un proceso público que podría perjudicar a Ramsés. Según vuestras propias observaciones, por otra parte, la instrucción no ha concluido.
El rostro de Pazair se cerró.
–No os inquietéis, querido colega; como juez principal de Tebas, no tengo la intención de olvidar vuestro expediente entre un montón de archivos. Sólo quiero apuntalar la acusación, puesto que el demandante será el propio Estado.
–Os agradezco las explicaciones. Por lo que al proceso público se refiere...
–Sería preferible, lo sé; ¿pero queréis la verdad o la cabeza de la princesa Hattusa?
–No siento especial animosidad contra ella.
–Intentaré convencerla de que hable y le mandaré una convocatoria oficial si es preciso. Dejémosla decidir su destino, ¿os parece? Si es culpable, pagará.
El alto magistrado parecía sincero.
–¿Necesitaréis mi concurso?
–Por el momento no, y menos cuando os reclaman urgentemente en Menfis.
–¿Mi escribano?
–El decano del porche.

CAPÍTULO 32

La señora Nenofar no se serenaba. ¿Cómo había podido comportarse de un modo tan estúpido su marido? Como de costumbre, juzgaba mal a los hombres y había creído que Bel-Tran se inclinaría sin defenderse. El resultado era catastrófico: un proceso en perspectiva, un barco de carga incautado, una sospecha de robo y el triunfo de aquel joven cocodrilo.

–Un balance excelente.

Denes no se desconcertó.

–Toma más oca asada, es excelente.

–Nos llevas al deshonor y a la quiebra.

–Tranquilízate, la suerte cambia.

–¡La suerte, pero no tu estupidez!

–¿Qué importa un barco inmovilizado durante unos días? La carga ha sido transportada, pronto llegará a Tebas.

–¿Y Bel-Tran?

–No presenta denuncia. Hemos llegado a un acuerdo. No habrá guerra entre nosotros sino una cooperación en beneficio de nuestros respectivos intereses. No tiene entidad para ocupar nuestro lugar; la lección le ha sido provechosa. Incluso transportaremos parte de sus reservas a un precio correcto.

–¿Y la acusación de robo?

–Inadmisible. Documentos y testigos demostrarán mi inocencia. Además, no tengo arte ni parte. Hattusa me manipuló.

–¿Los cargos de Pazair?

–Molestos, lo admito.

–Por lo tanto, un proceso perdido, nuestra reputación manchada y algunas multas.

–No llegaremos a eso.

–¿Crees en los milagros?

–Si los organizo, ¿por qué no?

Silkis saltaba de alegría. Acababa de recibir un áloe, tallo de diez metros de alto, coronado de flores amarillas, anaranjadas y rojas. Su jugo contenía un aceite con el que frotaría sus partes genitales para evitar cualquier inflamación. Serviría también para cuidar la enfermedad de la piel que cubría las piernas de su marido de urticantes ronchas rojas. Además, Silkis le aplicaría una pasta compuesta por clara de huevo y flores de acacia.

Cuando Bel-Tran tuvo conocimiento de su convocación a palacio, se le declaró una crisis de prurito. Desafiando el mal, el fabricante de papiro acudió angustiado a las oficinas de la administración.

Mientras le esperaba, Silkis preparaba el bálsamo suavizante.

Bel-Tran regresó a primera hora de la tarde.
–No volveremos tan pronto al delta. Nombraré un responsable local.
–¿Nos han suprimido el beneplácito oficial?
–Al contrario. He recibido las más calurosas felicitaciones por mi gestión y por la ampliación de la empresa a Menfis. En realidad, en palacio seguían de cerca mis actividades desde hace dos años.
–¿Quién intenta perjudicarte?
–¡Pero... nadie! El superintendente de los graneros ha seguido mi ascenso preguntándose cómo reaccionaría ante el éxito. Y al verme trabajar cada vez más, me reclama a su lado.
Silkis estaba maravillada. El superintendente de los graneros fijaba los impuestos, los cobraba en especies, velaba por su redistribución a las provincias, dirigía un cuerpo de escribas especializados, inspeccionaba los centros provinciales de recaudación, reunía las listas de rentas raíces y agrícolas, y las enviaba a la Doble Casa blanca desde la que se gestionaban las finanzas del reino.
–A su lado... Quieres decir...
–Me han nombrado tesorero principal de los graneros.
–¡Es maravilloso!
Y se le arrojó al cuello.
–¿Seremos mas ricos todavía?
–Es probable, pero mis ocupaciones me exigirán más tiempo. Haré cortos viajes a provincias y seré obligado a satisfacer los deseos de mi superior. Tú te encargarás de los niños.
–Estoy tan orgullosa... Puedes contar conmigo.

El escribano Iarrot estaba sentado junto al asno, ante la puerta del despacho de Pazair a la que se habían puesto unos sellos.
–¿Pero quién se ha permitido...?
–El jefe de la policía en persona, por orden del decano del porche.
–¿ Motivo?
–Se ha negado a decírmelo.
–Es ilegal.
–¿Cómo resistirse? ¡No iba a combatir!
Pazair se dirigió en seguida a casa del alto magistrado, que le hizo aguardar más de una hora antes de recibirle.
–¡Por fin estáis aquí, juez Pazair! Viajáis mucho.
–Razones profesionales.
–¡Pues bueno, vais a descansar! Como habéis podido comprobar, quedáis suspendido de vuestras funciones.
–¿Por qué motivo?
–¡La despreocupación de la juventud! Ser juez no os coloca por encima de los reglamentos.
–¿Cuál he violado?
La voz del decano se hizo feroz.
–El del Fisco. No habéis pagado vuestros impuestos.
–¡No he recibido ningún aviso!
–Hace tres días os lo llevé personalmente, pero estabais ausente.
–Tengo tres meses para pagar.

–En provincias, pero no en Menfis. Aquí disponéis sólo de tres días. El plazo ha vencido.

Pazair estaba atónito.

–¿Por qué actuáis así?

– Por simple espeto a la ley. Un juez debe dar ejemplo, y no es ése vuestro caso.

Pazair contuvo el furor que le dominaba. Agredir al decano agravaría su situación.

–Estáis persiguiéndome.

–¡Nada de grandes palabras! Sean quienes sean, debo obligar a los morosos a ponerse en regla.

–Estoy dispuesto a pagar mi deuda.

–Veamos... dos sacos de grano.

El juez se sintió aliviado.

–Pero la multa es algo distinto. Digamos... un buey bien gordo.

Pazair se rebeló.

–¡Es desproporcionado!

–Vuestra función me impone la severidad.

–¿Quién está detrás de esto?

El decano del porche señaló la puerta de su despacho.

–Salid.

Suti se prometía galopar hasta Tebas, entrar en el harén y apretarle el gaznate a la hitita. De acuerdo con el análisis de Pazair, ¿quién si no podía ser el origen de aquella inverosímil sanción? La fiscalidad, por lo común, no se discutía. Las denuncias eran tan raras como los fraudes. Al atacar a Pazair de aquel modo y al utilizar la reglamentación de las grandes ciudades, lograba que el pequeño juez fuera reducido al silencio.

–No te aconsejo un escándalo. Perderías tu calidad de oficial y cualquier credibilidad durante el proceso.

–¿Qué proceso? ¡Ya no puedes organizarlo!

–Suti... ¿He renunciado, acaso?

–Casi.

–Casi, tienes razón. Pero ese ataque es demasiado injusto.

–¿Cómo puedes quedarte tan tranquilo?

–La adversidad me ayuda a reflexionar, tu hospitalidad también.

Como teniente de carros, Suti disponía de una casa de cuatro habitaciones, precedida de un jardín donde el asno y el perro de Pazair dormían a pierna suelta. Sin ningún entusiasmo, Pantera se encargaba de la cocina y la limpieza. Afortunadamente, Suti interrumpía con frecuencia las tareas domésticas para arrastrarla a juegos más divertidos.

Pazair no salía de su habitación. Rememoraba los distintos aspectos de sus principales expedientes, indiferente a los escarceos amorosos de su amigo y de su hermosa amante.

–Reflexionar, reflexionar... ¿Y qué sacas de tus teflexiones?

–Gracias a ti, tal vez podarnos progresar. Qadash, el dentista, intentó robar cobre en un cuartel donde el químico Chechi tiene un laboratorio secreto.

–¿Armas?

–Sin duda alguna.

–¿Un protegido del general Asher?

–Lo ignoto. Las explicaciones de Qadash no me han convencido. ¿Por qué merodeaba por aquel lugar? Según dice, le había informado el responsable del cuartel. Será fácil comprobarlo.

–Yo me encargo.

Pazair alimentó a su asno, paseó a su perro y almorzó con Pantera.

–Me dais miedo –confesó ella.

–¿Tan horroroso soy?

–Demasiado serio. ¿ Nunca os enamoráis?

–Más de lo que podéis imaginar.

–Mejor así. Sois diferente a Suti, pero sólo ve por vuestros ojos. Me ha hablado de vuestros problemas; ¿cómo pagaréis la multa?

–Francamente, eso es lo que me pregunto. Si es necesario, trabajaré en los campos durante unos meses.

–¡Un juez campesino!

–Crecí en una aldea. Tener que sembrar, labrar o cosechar no me asusta.

–Yo robaría. ¿No es el fisco el mayor de los ladrones?

–La tentación está siempre presente; por eso existen jueces.

–¿Vos sois honesto?

–Esa es mí ambición.

–¿Y por qué os acosan?

–Lucha de influencias.

–¿Hay acaso algo podrido en el reino de Egipto?

–No somos mejores que los demás hombres, pero somos conscientes de ello. Si existe la podredumbre, sanearemos.

–¿Vos solo?

–Suti y yo. Y si fallarnos, otros nos sustituirán.

Pantera apoyó en su puño un enfurruñado mentón.

–En vuestro lugar, me dejaría corromper.

–Cuando un juez traiciona, es un paso hacia la guerra.

–A mi pueblo le gusta combatir, al vuestro no.

–¿Es una debilidad?

Los ojos negros llamearon.

–La vida es un combate que quiero ganar, de cualquier modo y a cualquier precio.

Suti, entusiasta, vació la mitad de una jarra de cerveza.

Sentado a horcajadas en el murete del jardín, saboreaba los rayos del sol poniente. Pazair, sentado en la posición del escriba, acariciaba a *Bravo*.

–¡Misión cumplida! El responsable del cuartel se ha sentido halagado al recibir a un héroe de la última campaña. Además, es charlatán.

–¿Su dentadura?

–En excelente estado. Nunca ha sido paciente de Qadash.

Suti y Pazair se estrecharon la mano. Acababan de sacar a la luz una soberbia mentira.

–Pero eso no es todo.

–No me hagas sufrir.

Suti se pavoneaba.

–¿Tendré que suplicarte?

–Un héroe debe ser modesto en su triunfo. El almacén contenía cobre de primera calidad.
–Ya lo sabía.
–Pero ignorabas que Chechi, en cuanto terminaste de interrogarle, hizo trasladar una caja sin inscripción. Contenía material pesado, porque entre cuatro hombres la levantaron a duras penas.
–¿Soldados?
–La guardia destinada a la protección del químico.
–¿Destino?
–Desconocido. Ya lo sabré.
–¿Qué necesita Chechi para fabricar armas irrompibles?
–El material más raro y más caro es el hierro.
–Eso pienso yo también. Si tenemos razón, ése es el tesoro que Qadash ambicionaba, instrumentos para dentista de hierro... Creyó que gracias a ellos recobraría su habilidad. Nos falta saber quién le indicó el escondrijo.
–¿Cómo actuó Chechi durante vuestra entrevista?
–Discreción ante todo. No presentó denuncia.
–Bastante extraño; el arresto de un ladrón debería alegrarle.
–Lo que significa
–¡... que son cómplices!
–No tenemos pruebas.
–Chechi reveló la existencia del hierro a Qadash, que intentó robar una parte para su uso personal. Al fracasar Qadash, no tuvo ganas de mandar a su cómplice ante un tribunal en el que tendría que prestar testimonio.
–El laboratorio, el hierro, las armas... todo nos lleva al ejército.
–¿Pero por qué Chechi, tan poco parlanchín, iba a hacer confidencias a Qadash? ¿Y qué hace un dentista en una conspiración militar? ¡Es absurdo!
–Tal vez nuestra reconstrucción no sea perfecta, pero tiene algunas verdades.
–Estamos extraviándonos.
–¡No seas derrotista! El personaje clave es Chechi. Le espiaré día y noche, preguntaré en su entorno, perforaré el muro que ese sabio tan discreto y tan eficaz ha erigido a su alrededor.
–Si pudiera actuar...
–Ten un poco de paciencia.
Pazair levantó unos ojos llenos de esperanza.
–¿Tienes alguna solución?
–Vender mi carro.
–Te expulsarían del ejército.
Suti dio un puñetazo en el murete.
–¡Tenemos que sacarte de ahí, y pronto! ¿Sababu?
–¡Ni lo sueñes! ¡La deuda de un juez pagada por una prostituta! El decano me expulsaría.
Bravo extendió las patas y puso unos ojos confiados.

CAPÍTULO 33

A *Bravo* le horrorizaba el agua. Se mantenía pues a prudente distancia de la orilla; corría hasta perder el aliento, volvía sobre sus pasos, olisqueaba, se reunía con su dueño y volvía a marcharse. Los alrededores del canal de riego estaban desiertos y silenciosos. Pazair pensaba en Neferet e intentaba interpretar a su favor la menor señal; ¿no le había hecho sentir, acaso, una nueva inclinación o, al menos, no aceptaba escucharle? Detrás de un tamarisco se movió una sombra. *Bravo* no había advertido nada. Tranquilizado, el juez prosiguió su paseo. Gracias a Suti, la investigación había progresado; ¿pero seria capaz de ir más lejos? Un juez insignificante y sin experiencia estaba a la merced de su jerarquía. El decano del porche se lo había recordado del modo más brutal.

Branir había consolado a su discípulo. Si era necesario, cambiaría su casa para permitir al magistrado pagar su deuda. Ciertamente, la intervención del decano no debía tomarse a la ligera; testarudo, empecinado, gustaba de atacar a los jóvenes jueces para formar su carácter. *Bravo* se detuvo en seco con el hocico al viento.

La sombra salió de su escondite y caminó hacia Pazair. El perro gruñó, su dueño le sujetó por el collar.

–No tengas miedo, somos dos. Con el hocico, *Bravo* tocó la mano del juez. Una mujer.

Una mujer esbelta, con el rostro oculto por una tela oscura. Caminaba con paso seguro y se detuvo a un metro de Pazair.

Bravo se inmovilizo.

–No debéis temer nada –afirmó ella.

Y se quitó el velo.

–La noche es suave, princesa Hattusa, y propicia la meditación.

–Quería veros a solas, sin testigos.

–Oficialmente, estáis en Tebas.

–Muy perspicaz.

–Vuestra venganza ha sido eficaz.

–¿Mi venganza?

–Me han suspendido, como deseabais.

–No lo comprendo.

–No os burléis más de mi.

–Por el nombre del faraón, no he intervenido contra vos en nada.

–¿No fui demasiado lejos, según vuestras propias palabras?

–Me horrorizasteis, es cierto, pero me gusta vuestro valor.

–¿Reconocéis que mi gestión estaba justificada?

–Os bastará con una prueba: hablé con el juez principal de Tebas.

–¿Resultado?

–Conoce la verdad, el incidente está cerrado.
–No para mí.
–¿No os basta la opinión de vuestro superior?
–En el caso presente, no.
–Por eso estoy aquí. El juez principal suponía, con razón, que mi visita sería indispensable. Voy a confiaros la verdad, pero exijo vuestro silencio.
–No acepto ninguna coacción.
–Sois intratable.
–¿Esperáis algún compromiso?
–No me apreciáis demasiado, como la mayoría de vuestros compatriotas.
–Deberíais decir: de nuestros compatriotas. Ahora sois egipcia.
–¿Quién puede olvidar los orígenes? Me preocupa la suerte de los hititas traídos a Egipto como prisioneros de guerra. Algunos se integran, otros sobreviven con dificultad. Mi deber es ayudarles; por lo tanto, les he procurado trigo procedente de los silos de mi harén. Mi intendente me advirtió que nuestras reservas se agotarían antes de la próxima cosecha. Me propuso un arreglo con uno de sus colegas de Menfis, estuve de acuerdo. Soy pues la única responsable de esa transferencia.
–¿Estaba informado el jefe de la policía?
–Naturalmente. Alimentar a los más pobres no le pareció criminal.
¿Qué tribunal podía condenarla? Sólo la acusaría de una falta administrativa que, además, recaía en los dos intendentes. Mentmosé negaría, el transportista quedaría fuera del asunto y Hattusa ni siquiera comparecería.
–El juez principal de Tebas y su homólogo menfita han regularizado los documentos –añadió ella–. Si consideráis que el procedimiento es ilegal, sois libre de intervenir. No se ha respetado la letra, os lo concedo, ¿pero no es más importante el espíritu?
Le derrotaba en su propio terreno.
–Mis compatriotas más desfavorecidos ignoran el origen de los alimentos que reciben, y no deseo que lo sepan. ¿Me concederéis este privilegio?
–Creo que el expediente lo tratan en Tebas. Ella sonrío.
–¿Tenéis el corazón de piedra?
–Lo desearía.
Bravo, tranquilizado, comenzó a corretear olisqueando suelo.
–Una última pregunta, princesa; ¿habéis hablado con el general Asher?
Hattusa se puso rígida, su voz se hizo cortante.
–El día de su muerte, me alegraré. Que los monstruos del infierno devoren al asesino de mi pueblo.

Suti se daba buena vida. A consecuencia de sus hazañas y a causa de sus heridas, gozaba varios meses de reposo antes de incorporarse al servicio activo.
Pantera jugaba a la esposa sumisa, pero sus desenfrenos amorosos demostraban que su temperamento no se había suavizado. Cada noche recomenzaba la justa; a veces, radiante, la muchacha triunfaba y se lamentaba de la flojedad de su compañero. Al día siguiente, Suti le hacía solicitar gracia. El juego les fascinaba pues ambos obtenían placer y sabían provocarse utilizando, a las mil maravillas, sus cuerpos. Pantera repetía que nunca se enamoraría de un egipcio, y afirmaba detestar a los bárbaros.

Cuando él le anunció una ausencia indeterminada, la muchacha se le arrojó encima golpeándole. Él la pegó a la pared, abrió sus brazos y le dio el más largo beso de su existencia en común. Zalamera, la muchacha se agitó, frotándose contra Suti y provocando un deseo tan violento que la tomó de pie, sin liberarla.

–No te marcharás.

–Misión secreta.

–Si te vas, te mataré.

–Volveré.

–¿Cuándo?

–No lo sé.

–¡Mientes! ¿Cuál es esa misión?

–Secreta.

–No tienes misterios para mí.

–No seas pretenciosa.

–Llévame contigo, te ayudaré.

Suti no había contemplado esta posibilidad. Espiar a Chechi sería, sin duda, largo y aburrido; además, en ciertas circunstancias, dos no serían demasiado.

–Si me traicionas, te cortaré un pie.

–No te atreverás.

–Vuelves a equivocarte.

Encontrar el rastro de Chechi les había costado sólo unos días. Por la mañana trabajaba en el laboratorio de palacio, acompañado por los mejores químicos del reino. Por la tarde, se dirigía a un cuartel de las afueras, del que no salía antes del alba. Suti sólo había recogido elogios sobre su persona: trabajador, competente, discreto, modesto. Apenas si le reprochaban su mutismo y su recogimiento.

Pantera se aburrió en seguida. Ni movimiento ni peligro, debían limitarse a aguardar y a observar. La misión no tenía demasiado interés. El propio Suti se desanimó. Chechi no veía a nadie y se concentraba en su trabajo.

La luna llena iluminaba el cielo de Menfis. Acurrucada contra Suti, Pantera dormía. Sería su última noche de acecho.

–Ahí va, Pantera.

–Tengo sueño.

–Parece nervioso.

Huraña, Pantera miró.

Chechi cruzó la puerta del cuartel, se instaló a lomos de un asno y dejó caer blandamente sus piernas. El cuadrúpedo se puso en marcha.

–Pronto amanecerá, regresa al laboratorio.

Pantera parecía estupefacta.

–Para nosotros, se ha terminado. Chechi es un callejón sin salida.

–¿Dónde nació? –preguntó la muchacha.

–En Menfis, creo.

–Chechi no es egipcio.

–¿Cómo lo sabes?

–Sólo un beduino monta así en su asno.

El carro de Suti se detuvo en el patio del puesto fronterizo, situado junto a las marismas de la ciudad de Pithon. Confió sus caballos a un palafrenero y corrió a consultar al escriba de la inmigración.

Aquí era donde los beduinos que deseaban instalarse en Egipto sufrían un riguroso interrogatorio. En ciertos períodos no se autorizaba que pasara nadie. En numerosos casos, la petición formulada por el escriba a las autoridades de Menfis había sido rechazada.

–Teniente de carros Suti.

–He oído hablar de vuestras hazañas.

–¿Podrías informarme sobre un beduino que, sin duda hace mucho tiempo, tomó la nacionalidad egipcia?

–No es muy regular. ¿Motivo?

Suti, turbado, bajó la mirada.

–Un asunto sentimental. Si pudiera persuadir a mi antigua prometida de que no es un egipcio de nacimiento, creo que volvería a mi.

–Bueno... ¿Cómo se llama?

–Chechi.

El escriba consultó sus archivos.

–Sí, tengo un Chechi, es un beduino, de origen sirio. Se presentó en el puesto fronterizo hace quince años. La situación era bastante tranquila y le dejamos entrar.

–¿Nada sospechoso?

–Ningún antecedente turbio, no había participado en ninguna acción bélica contra Egipto. La comisión formuló un dictamen favorable tras tres meses de investigación. Tomó el nombre de Chechi y encontró trabajo en Menfis como obrero metalúrgico. Los controles efectuados durante los primeros cinco años de su nueva existencia no descubrieron irregularidades. Mucho me temo que vuestro Chechi haya olvidado sus orígenes.

Bravo dormía a los pies de Pazair. Con toda energía, pese a su insistencia, el juez había rechazado la oferta de Branir. Liquidar su morada habría sido demasiado triste.

–¿Estáis seguro de que el quinto veterano sigue vivo?

–Si estuviera muerto, lo habría sentido manejando mi varita de radiestesista.

–Como al refugiarse en la clandestinidad ha renunciado a su pensión, se ve obligado a trabajar para sobrevivir. Las investigaciones de Kani fueron metódicas y profundas, pero no dieron resultado.

Desde la terraza, Pazair contemplaba Menfis. De pronto, la serenidad de la gran ciudad le pareció amenazada, como si un solapado peligro planeara sobre ella. Si Menfis se veía afectada, Tebas cedería y, luego, el país entero. Presa de malestar, se sentó.

–¿También tú lo percibes?

–¡Qué horrible sensación! –Va aumentando.

–¿No seremos víctimas de una ilusión?

–Has sentido el mal en tu propia carne. Al comienzo, hace unos meses, creí que era una pesadilla. Pero volvió, cada vez más frecuente, cada vez más ominoso.

–¿De qué se trata?

–Una plaga cuya naturaleza ignoramos todavía.

El juez se estremeció. Su malestar cedía, pero su cuerpo no iba a olvidarlo.
Un caro se detuvo ante la casa. Suti descendió y trepó hasta el primer piso.
–¡Chechi es un beduino naturalizado! ¿No merezco una cerveza? Perdonadme, Branir, he olvidado saludaros.
Pazair sirvió a su amigo, que bebió un largo trago.
–He reflexionado mientras regresaba del puesto fronterizo. Qadash, un libio; Chechi, un beduino de origen sirio; Hattusa, una hitita. Los tres son extranjeros. Qadash se ha convertido en un honorable dentista, pero se entrega a danzas lúbricas con sus congéneres. A Hattusa, su nueva existencia no le gusta demasiado y conserva todo su afecto por su pueblo; Chechi, el solitario, se consagra a extrañas investigaciones. ¡Ahí tienes tu conspiración! A sus espalda, Asher. El los manipula.
Branir guardó silencio. Pazair se preguntó si Suti no acababa de dar con la solución al enigma que los angustiaba.
–Vas muy de prisa. ¿Cómo imaginar que existe un vinculo entre Hattusa y Chechi, entre ella y Qadash?
–El odio a Egipto.
–Hattusa detesta a Asher.
–¿Y tú qué sabes?
–Me lo dijo y lo creí.
–Despabila, Pazair, tus objeciones son infantiles. Sé objetivo y sacarás conclusiones sin vacilar. Hattusa y Asher. son las cabezas pensantes, Qadash y Chechi los ejecutores. Las armas que el químico prepara no están destinadas al ejército regular.
–¿Una sedición?
–Hattusa desea una invasión, Asher la organiza.
Suti y Pazair se volvieron hacia Branir, impacientes por oír su opinión.
–El poder de Ramsés no se ha debilitado. Una tentativa de este tipo me parece condenada al fracaso.
–¡Y, sin embargo, está preparándose! –consideró Suti–. Hay que actuar, matar la conspiración en el huevo. Si iniciamos una acción judicial, tendrán miedo al saberse desenmascarados.
–Si nuestra acusación es considerada sin fundamento y difamatoria, recibiremos una pesada condena y tendrán el campo libre. Debemos golpear con fuerza y tiento. Si tuviéramos con nosotros al quinto veterano, la credibilidad del general Asher recibiría un duro golpe.
–¿Aguardarás a que se produzca el desastre?
–Dame una noche para reflexionar, Suti.
–¡Tómate todo el año, si lo deseas! Ya no tienes capacidad para reunir un tribunal.
–Esta vez –dijo Branir–, Pazair ya no puede rechazar mi casa. Debe pagar sus deudas y recuperar en seguida su cargo.

Pazair caminó solo en la noche. La vida le agarraba por el cuello, le obligaba a concentrarse en los vericuetos de una conspiración cuya gravedad iba descubriendo hora tras hora, cuando sólo quería pensar en la mujer amada e inaccesible.
Renunció a la felicidad, no a la justicia.

Su sufrimiento iba madurándole; en lo más profundo de si mismo, una fuerza se negaba a extinguirse, una fuerza que pondría al servicio de los seres queridos.

La luna, «el combatiente», era un cuchillo que cortaba las nubes o un espejo que reflejaba la belleza de las divinidades. Solicitó su poder, rogando para que su mirada fuera tan penetrante como la del sol nocturno.

Su pensamiento volvió al quinto veterano. ¿Qué oficio ejercería un hombre deseoso de pasar desapercibido? Pazair enumeró las ocupaciones de los habitantes de Tebas oeste, y las eliminó una tras otra. Desde el carnicero al sembrador, todos se relacionaban con la población; Kani habría acabado obteniendo información.

Salvo en un caso.

Si, existía un oficio, tan solitario y tan visible al mismo tiempo, que resultaba la más perfecta de las máscaras.

Pazair levantó los ojos al cielo, bóveda de lapislázuli con mil puertas en forma de estrella por las que pasaba la luz. Si había logrado recogerla, sabría dónde encontrar al quinto veterano.

CAPÍTULO 34

El despacho atribuido al nuevo tesorero principal de los graneros era grande y luminoso; cuatro escribas especializados estarían constantemente a sus órdenes. Bel-Tran, vestido con un paño nuevo y una camisa de lino de manga corta que le sentaba muy mal, estaba radiante. Su éxito de negociante le había colmado, pero el ejercicio del poder público le atraía desde que sabía leer y escribir. A causa de su modesto nacimiento y su mediocre educación, le había parecido inaccesible. Pero el encarnizado trabajo había demostrado su valor a la administración, y estaba decidido a desplegar todo su dinamismo.

Tras haber saludado a sus colaboradores y subrayado su exigencia de orden y puntualidad, consultó el primer expediente que le confiaba su superior jerárquico: una lista de los contribuyentes morosos. Él, que pagaba sus impuestos con exactitud, la consultó con indiscutible diversión. Un terrateniente, un escriba del ejército, el director de un taller de carpintería y... ¡el juez Pazair! El verificador había anotado la magnitud de la demora, el montante de la multa, y el jefe de la policía personalmente había puesto los sellos en la puerta del magistrado.

A la hora del almuerzo, Bel-Tran se dirigió a casa del escribano Iarrot y le preguntó dónde residía el juez. En casa de Suti, el alto funcionario sólo encontró al teniente de carros y su amante; Pazair acababa de marcharse al puerto de las embarcaciones ligeras que se encargaban del trayecto entre Menfis y Tebas.

Bel-Tran alcanzó a tiempo al viajero.

–Conozco el drama que estáis viviendo.

–Un descuido por mi parte.

–¡Una escandalosa injusticia! La multa es grotesca comparada con la falta. Defendeos judicialmente.

–No tengo razón. El proceso durará mucho tiempo, ¿y qué voy a sacar? Una reducción de la multa y un montón de enemigos.

–El decano del porche no parece apreciaros demasiado.

–Acostumbra probar a los jueces jóvenes.

–Me ayudasteis en un momento difícil; me gustaría devolvéroslo. Dejadme pagar vuestra deuda.

–Me niego.

–¿Aceptaríais un préstamo? Sin interés, naturalmente. Autorizadme, al menos, a no obtener beneficios a costa de un amigo.

–¿Cómo voy a pagaros?

–Con vuestro trabajo. En mi nueva función de tesorero principal de los graneros, apelaré a menudo a vuestra competencia. Vos mismo calcularéis cuántas consultas equivalen a dos sacos de grano y un buey gordo.

–Nos veremos a menudo.

–Aquí están los títulos de propiedad de los bienes reclamados.
Bel-Tran y Pazair se dieron un abrazo.

El decano del porche preparaba la audiencia de la mañana siguiente. Un ladrón de sandalias, una herencia discutida, una indemnización por accidente. Casos simples que se resolverían en seguida. Le anunciaron una divertida visita.
–¡Pazair! ¿Habéis cambiado de profesión o venís a pagar vuestra deuda?
El magistrado se rió de su propia broma.
–La segunda proposición es la correcta.
–Muy bien, no os falta sentido del humor. La carrera no está hecha para vos; más adelante me agradeceréis mi severidad. Regresad a la aldea, casaos con una buena campesina, hacedle dos hijos y olvidaos de los jueces y de la justicia. Es un mundo demasiado complicado. Conozco a los hombres, Pazair.
–Os felicito por ello.
–¡Ah, entráis en razón!
–Aquí está mi pago.
El decano, atónito, consultó el acta de propiedad.
–Los dos sacos de grano han sido depositados ante vuestra puerta, el buey bien cebado se halla en los establos del fisco. ¿Estáis satisfecho?

Mentmosé tenía cara de pocos amigos. El cráneo rosado, los rasgos crispados, la voz gangosa; manifestó su impaciencia.
–Os recibo por simple corrección, Pazair. Hoy sois sólo un ciudadano fuera de la ley.
–Si fuera así, no me habría permitido importunaros.
El jefe de la policía levantó la cabeza.
–¿Qué significa eso?
–He aquí un documento firmado por el decano del porche. Estoy en regla con el fisco. Incluso ha considerado que mi buey bien cebado sobrepasaba la norma y me ha concedido un crédito sobre los impuestos del próximo año.
–¿Cómo habéis...?
–Os agradecería que ordenarais quitar en seguida los sellos de mi puerta.
–¡Naturalmente, querido juez, naturalmente! Sabed que os defendí en todo este desgraciado asunto.
–No lo he dudado ni un instante.
–Nuestra futura colaboración...
–Se anuncia bajo los mejores auspicios. Un detalle más: por lo que se refiere al trigo desviado, ya está todo arreglado. Estoy al corriente, pero vos lo estabais antes que yo.

Tranquilizado, de nuevo en funciones, Pazair embarcó en un rápido navío con destino a Tebas. Kem le acompañaba. El babuino, mecido, dormía apoyado en un bulto.
–Me sorprendéis –dijo el nubio–. Habéis escapado de una situación que habría destrozado a los más resistentes.
–Pura suerte.

–Exigencia, más bien. Una exigencia tan poderosa que los hombres y los acontecimientos se doblegan ante vos.

–Me atribuís poderes que no poseo.

Por las aguas del río, se acercaba a Neferet. El médico en jefe Nebamon pronto exigiría cuentas. La joven facultativa no restringiría sus actividades. El enfrentamiento era inevitable.

El barco atracó en Tebas al anochecer. El juez se sentó en la orilla, apartado de los viandantes. El sol declinaba, la montaña de occidente se enrojeció; al melancólico son de las flautas, los rebaños regresaron del campo.

El último transbordador sólo llevaba un reducido número de pasajeros. Kem y el babuino se mantuvieron a popa. Pazair se aproximó al barquero. Llevaba una peluca a la antigua que le ocultaba la mitad del rostro.

–Maniobrad lentamente –ordenó el juez.

El hombre mantuvo la cabeza inclinada sobre el timón.

–Tenemos que hablar; aquí estáis seguro. Responded sin mirarme.

¿Quién prestaba atención a un barquero? Todos tenían prisa por llegar a la otra orilla, discutían, soñaban, nadie dirigía una mirada al hombre encargado del transbordador. Se contentaba con poca cosa, vivía apartado, nunca se mezclaba con la población.

–Sois el quinto veterano, el único superviviente de la guardia de honor de la esfinge.

El barquero no protestó.

–Soy el juez Pazair y deseo saber la verdad. Vuestros cuatro camaradas han muerto, probablemente asesinados. Por eso os ocultáis. Sólo motivos de extrema gravedad pueden explicar semejante matanza.

–¿Quién va a demostrarme vuestra honestidad?

–Si hubiera querido suprimiros, habríais desaparecido ya. Tened confianza.

–Para vos es muy fácil...

–No lo creáis. ¿De qué monstruosidad fuisteis testigo?

–Éramos cinco... cinco veteranos. Custodiábamos la esfinge durante la noche. Una misión sin riesgo, por completo honorífica, antes de nuestra jubilación. Un colega y yo estábamos sentados en el exterior del recinto que rodea el león de piedra. Como de costumbre, nos habíamos dormido. Él oyó un ruido y despertó. Yo tenía sueño y le tranquilicé. Inquieto, insistió. Fuimos a ver, penetramos en el recinto y descubrimos el cadáver de un camarada, junto al flanco derecho, y luego, al otro lado, otro.

Se interrumpió con un nudo en la garganta.

–Y aquellos gemidos... ¡Todavía me parece oírlos! El guardián en jefe agonizaba entre las patas de la esfinge. De su boca manaba sangre, a duras penas podía expresarse.

–¿Qué dijo?

–Que había sido agredido, que se había defendido.

–¿Quién?

–Una mujer desnuda, varios hombres. Lo último que dijo fue: «Palabras extranjeras en la noche.» Mi camarada y yo estábamos aterrorizados. ¿Por qué tanta violencia...? ¿Era necesario alertar a los soldados encargados de la vigilancia de la gran pirámide? Mi colega se opuso, convencido de que tendríamos problemas. Tal vez, incluso, iban a acusarnos. Los otros tres veteranos habían muerto... Mejor era callar, fingir no haber visto nada, no

haber oído nada. Regresamos a nuestro puesto. Cuando la guardia diurna nos releyó, al amanecer, descubrió la matanza. Fingimos estar asustados.

–¿Sanciones?

–Ninguna. Nos jubilaron y nos enviaron a nuestras aldeas de origen. Mi camarada se hizo panadero, yo pensaba reparar carros. Su asesinato me obligó a ocultarme.

–¿Asesinato?

–Era extremadamente prudente, sobre todo con el fuego. Tuve la seguridad de que le habían empujado. El drama de la esfinge nos persigue. No nos creyeron. Están convencidos de que sabemos demasiado.

–¿Quién os interrogó en Gizeh?

–Un oficial superior.

–¿Se puso en contacto el general Asher?

–No.

–Vuestro testimonio será decisivo durante el proceso.

–¿Qué proceso?

–El general avaló un documento certificando que vos y vuestros cuatro compañeros habíais muerto en un accidente.

–Mejor así, ya no existo.

–Si yo os he encontrado, otros lo lograrán también. Testimoniad y seréis libre de nuevo.

El transbordador estaba atracando.

–No... No lo sé. Dejadme en paz.

–Es la única solución; por vos mismo y por la memoria de vuestros compañeros.

–Mañana por la mañana, en el primer paso, os daré mi respuesta.

El barquero saltó a la orilla y ató un cabo en una estaca.

Pazair, Kem y el babuino se alejaron.

–Vigilad a este hombre durante toda la noche.

–¿Y vos?

–Iré a dormir a la aldea más cercana. Volveré al amanecer.

Kem vaciló. La orden recibida le desagradaba. Si el barquero había hecho revelaciones a Pazair, el juez estaba en peligro. No podía encargarse de la seguridad de ambos.

Kem eligió a Pazair.

El devorador de sombras había asistido a la travesía del transbordador, bañado por los fulgores del poniente. El nubio a popa, el juez junto al barquero.

Extraño.

Uno junto a otro contemplaban la otra orilla. Sin embargo, los pasajeros eran poco numerosos, disponían de mucho espacio. ¿Por qué aquella proximidad, si no para conversar?

Barquero... La más visible y la menos notable de las profesiones.

El devorador de sombras se arrojó al agua y atravesó el Nilo dejándose llevar por la corriente. Cuando llegó a la otra orilla, permaneció largo tiempo oculto entre las cañas y observó los alrededores. El barquero dormía en una choza de tablas.

Ni Kem ni su babuino merodeaban por allí.

Esperó algún tiempo, se aseguró de que nadie vigilara la choza. Rápidamente, entró y pasó un lazo de cuero por el cuello del veterano, que se despertó sobresaltado.

–Si te mueves, eres hombre muerto.

El barquero no daba la talla. Levantó el brazo derecho en señal de sumisión. El devorador de sombras aflojó un poco la presa.

–¿Quién eres?

–El... el barquero.

–Una mentira más y te estrangulo. ¿Veterano?

–Sí.

–¿Destino?

–Ejército de Asia.

–¿Tu último destino?

–La guardia de honor de la esfinge.

–¿Por qué te ocultas?

–Tengo miedo.

–¿De quién?

–Lo... lo ignoro.

–¿Tienes un secreto? –¡Ninguno!

El lazo mordió sus carnes.

–Una agresión, en Gizeh. Una matanza. Atacaron la esfinge, mis camaradas murieron.

–¿El asaltante?

–No vi nada.

–¿Te ha interrogado el juez?

–Sí.

–¿Sus preguntas?

–Las mismas que las vuestras.

–¿Tus respuestas?

–Me ha amenazado con el tribunal, pero no he dicho nada. No quiero problemas con la justicia.

–¿Qué le has dicho?

–Que era un barquero, no un veterano.

–Excelente.

Apartó el lazo. Cuando el veterano, aliviado, se acariciaba su cuello dolorido, el devorador de sombras lo derribó de un puñetazo en la sien. Sacó el cuerpo de la choza, lo arrastró hasta el río y mantuvo la cabeza del barquero bajo el agua durante largos minutos. Luego dejó el cadáver flotando junto al transbordador.

En verdad, un simple ahogado.

Neferet preparaba una receta para Sababu. La prostituta se cuidaba seriamente y el mal mejoraba. Sintiéndose de nuevo vigorosa, liberada de los ardientes ataques de la artritis, había solicitado a su médico autorización para hacer el amor con el portero de su casa de cerveza, un joven nubio perfectamente sano.

–¿Puedo molestaros? –preguntó Pazair.

–Estaba concluyendo mi jornada.

Neferet tenía los rasgos descompuestos.

–Trabajáis demasiado.

–Una fatiga pasajera. ¿Noticias de Nebamon?

–No se ha manifestado.

–Una calma engañosa.
–Eso me temo.
–¿Y vuestra investigación?
–Avanza a grandes pasos, aunque fui suspendido por el decano del porche.
Pazair contó sus infortunios mientras ella se lavaba las manos.
–Estáis rodeado de amigos. Nuestro maestro Branir, Suti, Bel-Tran... tenéis mucha suerte.
–¿Os sentís sola acaso?
–Los aldeanos me facilitan la tarea, pero no puedo pedir consejo a nadie. A veces, es duro.
Se sentaron en una estera, frente al palmeral.
–Parecéis conmovido.
–Acabo de identificar a un testigo fundamental. Sois la primera persona en saberlo.
La mirada de Neferet no se desvió. Pazair leyó en ella atención, si no afecto.
–Pero pueden impediros progresar, ¿no es cierto?
–No me importa. Creo en la justicia como vos creéis en la medicina.
Sus hombros se tocaron. Petrificado, el juez contuvo la respiración. Como si no fuera consciente de aquel contacto furtivo, Neferet no se apartó.
–¿Llegaríais a sacrificar vuestra vida para obtener una verdad?
–Si fuera necesario, no vacilaría.
–¿Seguís pensando en mí?
–A cada instante.
Su mano rozó la de Neferet, se posó sobre ella, ligera, imperceptible.
–Cuando estoy cansada, pienso en vos. Suceda lo que suceda, parecéis indestructible y seguís vuestro camino.
–Es sólo una apariencia, la duda me atenaza a menudo. Suti me acusa de ingenuidad, para él sólo cuenta la aventura. En cuanto planea la costumbre, está dispuesto a cometer cualquier locura.
–¿Vos la teméis también?
–Es una aliada.
–¿Un sentimiento puede durar muchos años?
–Toda una vida si, más que un sentimiento, es un compromiso de todo el ser, la certidumbre de un paraíso, una comunión alimentada por los amaneceres y los ocasos. Un amor que se degrada no es más que una conquista.
Ella inclinó la cabeza hacia su hombro, los cabellos acariciaron su mejilla.
–Poseéis una extraña fuerza, Pazair.
Era sólo un sueño, fugaz como una luciérnaga en la noche tebana, pero iluminaba su vida.

Tendido de espaldas, con los ojos fijos en las estrellas, había pasado la noche en blanco en el palmeral. Intentaba preservar el breve instante en el que Neferet se había abandonado antes de despedirle y cerrar su puerta. ¿Significaba aquello que la muchacha sentía por él cierta ternura o revelaba una simple fatiga? Al pensar que ella aceptaría su presencia y su amor, aun sin compartir su pasión, se sentía tan ligero como una nube de primavera y tan ardiente como una incipiente crecida.
A pocos pasos, el babuino policía comía dátiles y escupía los huesos.

–¿Tú aquí? Pero...

La voz de Kem brotó a sus espaldas.

–He decidido velar por vuestra seguridad.

–¡Al río, rápido!

Nacía el día.

En la orilla había un grupo de gente.

–Apartaos –ordenó Pazair. Un pescador había sacado el cadáver del barquero que alejaba arrastrado por la comente.

–Tal vez no sabia nadar.

–Habrá resbalado.

Indiferente a los comentarios, el juez examinó aquel cuerpo.

–Es un crimen –declaró–. En su cuello se ve la marca de un lazo; en su sien derecha, la de un violento puñetazo. Ha sido estrangulado y golpeado antes de ahogarse.

CAPÍTULO 35

El asno, cargado de papiro, pinceles y paletas, guiaba a Pazair por los arrabales de Menfis. Si *Viento del Norte* se equivocaba Suti rectificaría; pero el cuadrúpedo hizo honor a su reputación. Kem y el babuino completaban el cortejo que se dirigía al cuartel donde actuaba Chechi. Era por la mañana, pronto, y el químico trabajaba en palacio; el camino estaba libre.

Pazair estaba furioso. El cadáver del barquero, llevado al puesto de policía más próximo, había sido objeto de un aberrante informe por parte de un tiranuelo local. Éste no admitía crimen alguno en su territorio por miedo a que le degradaran; en vez de aprobar las conclusiones del juez, había considerado que el barquero había muerto ahogado. A su entender, las heridas en la garganta y en la sien eran accidentales. Pazair había hecho constar argumentadas reservas.

Antes de partir hacia el norte sólo había visto unos momentos a Neferet. Numerosos pacientes la solicitaban desde primeras horas del día. Se habían limitado a triviales palabras y a un intercambio de miradas, en las que él había visto aliento y complicidad.

Suti estaba jubiloso. Su amigo se decidía, por fin, a actuar.

En el cuartel, muy apartado de los principales establecimientos militares de Menfis, no reinaba la menor animación. No había ni un solo soldado haciendo instrucción, ni un solo caballo adiestrándose

Suti, marcial, buscó al centinela que vigilaba la entrada. Nadie impedía el acceso al edificio, bastante deteriorado. Sentados en un murete de piedra, dos ancianos charlaban.

–¿Qué cuerpo de ejército reside aquí?

El de más edad soltó la carcajada.

–Regimiento de veteranos y lisiados, muchacho. Nos almacenan aquí antes de enviarnos a provincias. Se acabaron los caminos de Asia, las marchas forzadas y las raciones insuficientes. Pronto un huertecillo, una sirvienta, leche fresca y buenas legumbres.

–¿Y el ¡esponsable del cuartel?

–En el barracón, detrás del pozo.

El juez se presentó ante un fatigado oficial. Las visitas son bastante raras.

–Soy el juez Pazair y deseo registrar vuestros almacenes.

–¿Almacenes? No comprendo.

–Un tal Chechi ocupa un laboratorio en este cuartel.

–¿Chechi? No le conozco.

–Pazair describió al químico.

–Ah, ése! Viene por la tarde y pasa la noche aquí, es cierto. Ordenes superiores. Yo las cumplo.

–Abridme los locales.

–No tengo la llave.
–Acompañadnos.
Una sólida puerta de madera impedía el acceso al laboratorio subterráneo de Chechi. En una tablilla, Pazair anotó el año, el mes, el día y la hora de su intervención, así como una descripción de los lugares.
–Abrid.
–No tengo derecho a hacerlo.
–Yo os cubro.
Suti ayudo al oficial. Con una lanza forzaron el cerrojo de madera.
Pazair y Suti entraron. Kem y el babuino montaban guardia.
Hogar, hornillos, reserva de carbón vegetal y cortezas de palma, recipientes para fundición, útiles de cobre, el laboratorio de Chechi parecía bien equipado. Reinaban el orden la limpieza. Un rápido registro permitió a Suti echar llano a la misteriosa caja transferida de un cuartel a otro.
–Estoy excitado como un adolescente ante su primera cita.
–Un momento.
–¡No podemos detenernos tan cerca del objetivo!
–Redacto un informe: estado del lugar y emplazamiento del objeto sospechoso.
En cuanto Pazair dejó de escribir, Suti quitó la tapa de la caja.
–¡Hierro... lingotes de hierro! Y no un hierro cualquiera
Suti sopesó un lingote, lo palpó, lo humedeció con su saliva y lo rascó con la uña.
–No Procede de las rocas volcánicas del desierto del Este. Es el de la leyenda que nos contaban en la aldea ¡hierro celeste!
–Meteoritos –afirmó Pazair.
–Una verdadera fortuna.
–Con este hierro, los sacerdotes de la Casa de la Vida moldean las cuerdas metálicas que utiliza el faraón para subir al cielo. ¿Cómo puede estar en posesión de un simple químico?
Suti estaba fascinado.
–Conocía sus características, pero nunca imaginé que podría tenerlo entre las manos.
–No nos pertenece –recordó Pazair–. Es una pieza de convicción; Chechi tendrá que explicar su procedencia
En el fondo de la caja, una azuela de hierro. El instrumento de carpintero servía para abrir la boca y los ojos de la momia, cuando el cuerpo mortal, resucitado por los ritos, se transformaba en ser de luz.
Ni Pazair ni Suti se atrevieron a tocarlo. Si el objeto había sido consagrado, estaba cargado con poderes sobrenaturales.
–Somos ridículos –estimó el teniente de carros–. Sólo es metal.
–Tal vez tengas razón, pero yo no me arriesgaría
–¿Que propones?
Esperaremos a que llegue el sospechoso.

Chechi estaba solo.
Cuando vio abierta la puerta de su laboratorio, dio media vuelta en seguida e intentó huir. Chocó con el nubio que le empujó hacia el local. El babuino,

indiferente, mordisqueaba algunas pasas. Su actitud significaba que ningún aliado del químico merodeaba por los alrededores.

–No me disgusta veros de nuevo –dijo Pazair–. Parecéis aficionado a los traslados.

La mirada de Chechi se dirigió a la caja.

–¿Quién os ha permitido...?

–Registro.

El hombre del pequeño bigote controlaba bien sus reacciones. Permaneció tranquilo, glacial.

–El registro es un procedimiento excepcional –advirtió afectado.

–Como vuestra actividad.

–Es un anexo de mi laboratorio oficial.

–Os gustan los cuarteles.

–Preparo las armas del futuro; por eso he obtenido las autorizaciones del ejército. Verificadlo, comprobaréis que estos locales están censados y mis experimentos alentados.

–No lo dudo, pero no lo conseguiréis utilizando hierro celeste. Este material está reservado al templo, al igual que la azuela oculta en el fondo de esta caja.

–No me pertenece.

–¿Ignorabais su existencia?

–La han puesto aquí sin que yo lo supiera.

–Falso –intervino Suti–. Vos mismo ordenasteis su traslado. Pensabais que, en este rincón perdido, estaríais a salvo.

–¿Me espiabais?

–¿De dónde procede este hierro? –preguntó Pazair.

–Me niego a contestar a vuestras preguntas.

–En ese caso, estáis arrestado por robo, ocultación y obstrucción al desarrollo de una investigación.

–Negaré, y os lo desestimarán.

–Seguidnos u ordenaré al policía nubio que os ate las manos.

–No escaparé.

El interrogatorio obligó al escribano Iarrot a hacer horas suplementarias, mientras su hija, laureada en el curso de danza, daba una representación en la plaza principal del barrio. Malhumorado, no tuvo sin embargo que trabajar, pues Chechi no respondió a ninguna pregunta y se encerró en un estricto mutismo.

Paciente, el juez insistio.

–¿Quiénes son vuestros cómplices? Apoderarse de un hierro de esta calidad no es cosa de un solo individuo.

Chechi miró a Pazair a través de sus entornados párpados. Parecía tan inexpugnable como una fortaleza de los Muros del rey.

–Alguien os ha confiado este precioso material. ¿Con qué intención? Cuando vuestros experimentos resultaron positivos, despedisteis a vuestros colaboradores utilizando la tentativa de robo de Qadash para acusarlos de incompetencia. De ese modo, no habría control alguno de vuestras actividades. ¿Fabricasteis vos esta azuela o la habéis robado?

Suti habría golpeado de buena gana al mudo del bigote negro Pero Pazair lo habría impedido.

–Qadash y vos sois amigos desde hace mucho tiempo, ¿no es cierto? Conocía la existencia de vuestro tesoro e intentó robarlo. A menos que no hicierais esta comedia para parecer una víctima y alejar de vuestro laboratorio cualquier testigo molesto.

Sentado en una estela, con las piernas dobladas ante si, Chechi persistía en su actitud. Sabia que el juez no tenía derecho alguno a ejercer una violencia cualquiera.

–Pese a vuestro mutismo. Chechi, descubriré la verdad.

La predicción no conmovió al químico.

Pazair pidió a Suti que le atara las manos, le sujetara a una anilla fija en la pared.

–Lo siento, Iarot, pero debo pediros que vigiléis al sospechoso.

–¿Cuanto tiempo?

–Estaremos de regreso antes de que anochezca.

El palacio de Menfis era una entidad administrativa compuesta por decenas de servicios donde trabajaba una multitud de escribas. Los químicos dependían de un vigilante de los laboratorios reales, un hombre alto y delgado de unos cincuenta años, a quien sorprendió la visita del juez.

–Me ayuda el teniente de carros Suti, testigo de mis acusaciones.

–¿Acusaciones?

–Uno de vuestros subordinados, Chechi, está arrestado.

–¿Chechi? ¡Imposible! Se trata de un malentendido.

–¿Utilizan vuestros químicos hierro celeste?

–Claro que no. Es muy escaso y está destinado a los templos, sólo para fines rituales.

–¿Y cómo explicáis que Chechi posea una cantidad notable?

–Un malentendido.

–¿Está destinado a una tarea especial?

–Se relaciona directamente con los responsables del armamento y debe controlar la calidad del cobre. Permitidme que responda de la honorabilidad de Chechi, de su rigor como técnico y de su calidad humana.

–¿Sabíais que trabajaba en un laboratorio clandestino, instalado en un cuartel?

–Orden del ejército.

–¿Firmada por quién?

–Por un grupo de oficiales superiores que piden a ciertos especialistas que preparen nuevas armas. Chechi es uno de ellos.

–Pero no estaba prevista la utilización de hierro celeste.

–Debe haber una explicación sencilla.

–El sospechoso se niega a hablar.

–Chechi nunca ha sido muy charlatán; su temperamento es más bien taciturno.

–¿Conocéis sus orígenes?

–Creo que nació en la región menfita.

–¿Podríais verificarlo?

–¿Tan importante es?

–Podría serlo.

–Debo consultar los archivos.

La búsqueda duró más de una hora.
–Eso es: Chechi es natural de una pequeña aldea, al norte de Menfis.
–Dado su cargo, lo verificasteis.
–Se encargó el ejército y no descubrió nada anormal. El controlador puso su sello de acuerdo con las normas y el servicio contrató a Chechi sin temor alguno. Espero que le liberéis en el más breve plazo.
–Los cargos contra él se acumulan. Ahora, al robo se le añade la mentira.
–¡Juez Pazair! ¿No estaréis exagerando? Si conocierais mejor a Chechi, sabríais que es incapaz de cualquier deshonestidad.
–Si es inocente, el proceso lo demostrará.

Iarrot sollozaba en el umbral de la puerta. El asno, desengañado, le contemplaba.
Suti sacudió al escribano mientras Pazair contemplaba la desaparición de Chechi.
–¿Qué ha ocurrido?
–Ha llegado, me ha exigido el acta, ha descubierto dos párrafos incompletos que la hacen ilegal, me ha amenazado con represalias y ha liberado al detenido... Como tenía razón en cuanto a la forma, he tenido que ceder.
–¿De quién habláis?
–Del jefe de la policía, Mentmosé.
Pazair leyó el acta. De hecho, Iarrot no había hecho constar los títulos y funciones de Chechi ni mencionado que el juez realizaba personalmente una investigación preliminar, sin haber sido requerido por un tercero. Así pues, el procedimiento era nulo.

Un rayo de luna se filtraba por los cruceros de una ventana de piedra e iluminaba el reluciente cráneo de Mentmosé, cubierto de ungüento perfumado. Con la sonrisa en los labios, recibió a Pazair con forzado entusiasmo.
–Vivimos en un país maravilloso, ¿verdad, querido juez? Nadie puede sufrir los rigores de una ley excesiva porque velamos por el bienestar de los ciudadanos.
–«Excesivo» es un término que está de moda. También el vigilante de los laboratorios lo ha utilizado.
–No merece reproche alguno. Mientras consultaba sus archivos, ha hecho que me avisaran del arresto de Chechi. Me he dirigido inmediatamente a vuestro despacho, convencido de que se había cometido un lamentable error. Y así era, por eso he liberado inmediatamente a Chechi.
–La falta de mi escribano es evidente –reconoció Pazair–, ¿pero por qué os interesa tanto ese químico?
–Experto militar. Como sus colegas, está bajo mi directa vigilancia; ninguna interpelación es posible sin mi acuerdo. Admitiré que lo ignorabais.
–La acusación de robo levanta la inmunidad parcial de Chechi.
–Acusación sin fundamento.
–Un quebrantamiento de forma no suprime la validez de la acusación.
Mentmosé se puso solemne.
–Chechi es uno de nuestros mejores expertos en armamento. ¿Creéis que iba a poner en peligro su carrera de un modo tan estúpido?

–¿Conocíais el objeto robado?
–¡Qué importa! No lo creo. Dejad pues de mostrar tanto celo para obtener una reputación de desfacedor de entuertos.
–¿Dónde habéis ocultado a Chechi?
–Fuera del alcance de un magistrado que se extralimita en sus derechos.

Suti aprobó a Pazair: no había más remedio que convocar un tribunal en el que jugarían a todo o nada. Pruebas y argumentos serían decisivos a condición de que los jurados no estuvieran a sueldo de sus adversarios, jurados a los que Pazair no podría recusar so pena de ser declarado incompetente. Los dos amigos se convencieron de que la verdad, proclamada durante un proceso público, iluminaría los más obtusos espíritus.
El juez desarrolló su estrategia ante Branir.
–Te arriesgas demasiado.
–¿Existe un camino mejor?
–Sigue el que tu corazón te revela.
–Creo necesario golpear en lo más alto para no dispersarme en detalles secundarios. Centrándome en lo esencial, lucharé más fácilmente contra las mentiras y las cobardías.
–Nunca te satisfarán las cosas a medias; necesitas todo el brillo de la luz.
–¿Me equivoco?
–El proceso que se anuncia exigiría un juez maduro y experimentado, pero los dioses te han confiado este asunto y tú lo has aceptado.
–Kem vigila la caja con el hierro celeste; la ha cubierto con una tabla sobre la que está sentado el babuino. Nadie se acercara.
–¿Cuándo convocarás el tribunal?
–Dentro de una semana, a más tardar; dado el carácter excepcional de los debates, haré que se acelere el procedimiento. ¿Creéis que he localizado el mal que merodea?
–Estás acercándote.
–¿Me autorizáis a solicitar un favor?
–¿Quién te lo impide?
–Pese a vuestro próximo nombramiento, ¿aceptaríais ser jurado?
El anciano maestro miró su planeta tutelar, Saturno, que brillaba con insólito fulgor.
–¿Lo habrías dudado?

CAPÍTULO 36

Bravo no se acostumbraba a la presencia del babuino bajo su techo pero, puesto que su dueño lo toleraba, no manifestó animosidad alguna. Kem, taciturno, se limitó a observar que aquel proceso era una locura. Fuera cual fuese su audacia, Pazair era demasiado joven en la profesión para conseguirlo. Aun percibiendo la reprobación del nubio, el juez no dejó de aguzar sus armas, mientras el escribano le proporcionaba formularios y archivos, debidamente verificados El decano del porche explotaría cualquier imperfección formal.

La intrusión del médico en jefe Nebamon pareció muy indiscreta. Elegante, tocado con una peluca perfumada, se mostraba contrariado.

–Me gustaría hablaros a solas.

–Estoy muy ocupado.

–Es urgente.

Pazair abandonó un papiro que relataba el proceso de un hombre acusado de haber explotado, en nombre del rey, tierras que no le pertenecían; pese a su posición en la corte, o mejor gracias a ella, había sido desposeído de sus bienes y condenado al exilio. Un procedimiento de apelación no había modificado las cosas.

Los dos hombres caminaron por una tranquila calleja, al abrigo del sol. Unas niñas jugaban a las muñecas; pasó un asno, cargado con cestos de legumbres; un anciano dormía en el umbral de su casa.

–No nos hemos comprendido, querido Pazair.

–Siento, como vos, que Sababu siga ejerciendo su culpable profesión, pero ningún texto legal autoriza a inculparla. Paga sus impuestos y no altera el orden público. Me han dicho, incluso, que algunos médicos famosos frecuentan su casa de cerveza.

–¿Y Neferet? ¡Os había pedido que la amenazarais!

–Y os prometí hacer lo que estuviera en mis manos.

–¡Brillante resultado! Uno de mis colegas tebanos estaba a punto de darle un puesto en el hospital de Deir el-Bahari. Afortunadamente, intervine a tiempo. ¿Sabéis que está haciendo sombra a reputados facultativos?

–¿Reconocéis pues su competencia?

–Por más dotada que esté, Neferet es una marginal.

–No es ésa mi impresión.

–Lo que vos penséis me es indiferente. Cuando se desea hacer carrera, es preciso doblegarse ante las directrices de los hombres influyentes.

–Tenéis razón.

–Acepto daros una última oportunidad, pero no me decepcionéis.

–No la merezco.

–Olvidad el fracaso y actuad.

–Estoy haciéndome algunas preguntas.

–¿Sobre qué?
–Sobre mi carrera.
–Seguid mis consejos, y no tendréis que preocuparos más.
–Me limitaré a ser juez.
–No comprendo...
–No sigáis molestando a Neferet.
–¿Os habéis vuelto loco?
–Y no toméis a la ligera mi advertencia.
–¡Vuestro comportamiento es estúpido, Pazair! Os equivocáis al apoyar a una joven condenada al más doloroso de los fracasos. Neferet no tiene porvenir; quien se una a su suerte será barrido.
–El rencor os nubla el cerebro.
–¡Nadie me ha hablado nunca en ese tono! Exijo excusas.
–Intento ayudaros.
–¿Ayudarme, a mí?
–Advierto que os deslizáis hacia la decadencia.
–¡Lamentaréis vuestras palabras!
Denes vigilaba la descarga de un barco de mercancías. Los marinos se apresuraban pues debían zarpar de nuevo hacia el sur a la mañana siguiente, para aprovechar las buenas corrientes. La carga de muebles y especias se dirigía hacia un nuevo almacén que el transportista acababa de comprar. Pronto absorbería a uno de sus más feroces competidores y vería crecer su imperio, que legaría a sus dos hijos. Gracias a las relaciones de su esposa, consolidaba día tras día sus vínculos con la alta administración y no encontraba obstáculos a su expansión.
El decano del porche no solía pasear por los muelles. Andando con la ayuda de un bastón, a consecuencia de un ataque de gota, el magistrado se acercó a Denes.
–No os quedéis aquí, van a empujaros.
Denes tomó del brazo al decano y le llevó hacia la parte del almacén, donde el trabajo ya estaba concluido.
–¿Por qué esta visita?
–Se prepara un drama.
–¿Y estoy mezclado en él?
–No, pero tenéis que ayudarme a evitar el desastre. Pazair preside mañana el tribunal. No he podido negarle la celebración de un proceso que ha requerido de acuerdo con las normas.
–¿Quién es el acusado?
–Ha guardado secreto sobre el acusado y sobre el acusador. Según los rumores, afecta a la seguridad del Estado.
–Los rumores divagan. ¿Cómo puede un juez tan pequeño encargarse de un expediente de tamaña magnitud?
–Bajo su reservado aspecto, Pazair es un verdadero ariete. Carga en línea recta y ningún obstáculo puede detenerle.
–¿Os sentís inquieto?
–Este juez es peligroso. Cumple su función como si fuera una misión sagrada.
–¡Habéis conocido a otros del mismo tipo! Pronto se embotaron.

–Este es más sólido que el granito. Ya tuve ocasión de comprobarlo; resiste de un modo anormal. En su lugar, un joven juez preocupado por su carrera habría retrocedido. Creedme, es un nido de problemas.
–Sois pesimista.
–Esta vez no.
–¿En qué puedo seros útil?
–Me corresponde designar dos jurados, porque he aceptado que Pazair juzgue en el porche. He elegido a Mentmosé, cuyo sentido común nos será indispensable. Con vos, me sentiré tranquilo.
–Mañana, imposible: debo verificar pieza a pieza una carga de vasos preciosos, pero mi esposa lo hará de maravilla.

El propio Pazair llevó la convocatoria a Mentmosé.
–Habría podido enviárosla con mi escribano, pero nuestras relaciones amistosas me imponen una mayor cordialidad.
El jefe de la policía no invitó a sentarse al juez.
–Chechi comparecerá como testigo –prosiguió Pazair–. Como sólo vos sabéis dónde se halla, llevadlo al tribunal. De lo contrario, nos veríamos obligados a hacerlo buscar por las fuerzas de policía.
–Chechi es un hombre razonable, si vos lo fuerais, renunciaríais a este proceso.
–El decano del porche ha considerado que podría sostenerse.
–Termináis con vuestra carrera.
–Eso preocupa a muchos últimamente; ¿debo preocuparme?
–Cuando se haya consumado vuestro fracaso, Menfis se reirá de vos y os veréis obligado a dimitir.
–Si sois designado jurado, no os neguéis a oír la verdad.

–¿Jurado, yo? –se extrañó Bel-Tran–. Jamás había pensado...
–Se trata de un proceso muy importante, de consecuencias imprevisibles.
–¿Es una obligación?
–De ningún modo; el decano del porche designa dos jurados, yo otros dos, y cuatro son elegidos entre los notables que han actuado ya.
–Os confieso mi inquietud. Participar en una decisión de justicia me parece más difícil que vender papiro.
–Deberéis pronunciaros sobre el destino de un hombre.
Bel-Tran reflexionó largo rato.
–Vuestra confianza me emociona. Acepto.
Suti hizo el amor con una rabia que sorprendió a Pantera, acostumbrada, sin embargo, al ardor de su amante. Insaciable, no podía separarse de ella, la cubría de besos y recorría con obstinación los caminos de su cuerpo. Lasciva, la muchacha supo mostrarse tierna después de la tormenta.
–Tu violencia es la de un viajero a punto de partir. ¿Qué me ocultas?
–Mañana es el proceso.
–¿Lo temes?
–Preferiría una pelea con los puños desnudos.
–Tu amigo me da miedo.
–¿Qué puedes temer de Pazair?

–No salvará a nadie, si la ley lo exige.
–¿Le has traicionado, sin decírmelo?
Ella le tumbó de espaldas y se tendió sobre él.
–¿Cuándo dejarás de sospechar de mí?
–Nunca. Eres una fiera hembra, la más peligrosa de las especies, y me has prometido mil muertes.
–Tu juez es más temible que yo.
–Me ocultas algo.
Ella se dejó caer a un lado, alejándose de su amante.
–Tal vez.
–Te he interrogado mal.
–Y, sin embargo, sabes lograr que mi cuerpo hable.
–Peuro mantienes tu secreto.
–¿Tendría, de lo contrario, valor para ti?
Suti se arrojó sobre ella inmovilizándola.
–¿Has olvidado que eres mi prisionera?
–Cree lo que te plazca.
–¿Cuándo huirás?
–En cuanto sea una mujer libre.
–La decisión es mía. Yo debo declararte como tal en el servicio de inmigración.
–¿Y a qué esperas?
–Voy en seguida.
Suti se vistió apresuradamente con su más hermoso paño y se puso al cuello el collar adornado con la mosca de oro.

Entró en el despacho cuando el funcionario se disponía a salir, mucho antes de la hora de cierre.
–Volved mañana.
–Ni hablar.
El tono de Suti era amenazador. La mosca de oro indicaba que el joven de recio aspecto era un héroe, y los héroes tenían la violencia fácil.
–¿Qué deseáis?
–El fin de la libertad condicional de la libia Pantera, que me fue atribuida en la última campaña de Asia.
–¿Garantizáis su moralidad?
–Es perfecta.
–¿Qué tipo de empleo desea?
–Ya ha trabajado en una granja.
Suti llenó el formulario, lamentando no haber hecho el amor con Pantera por última vez; sus futuras amantes tal vez no la igualaran. Antes o después habría sucedido; mejor era cortar los vínculos antes de que resultaran demasiado fuertes.
Mientras regresaba a su casa, rememoró ciertas justas amorosas que bien valían las hazañas de los mayores conquistadores. Pantera le había enseñado que el cuerpo de una mujer era un paraíso poblado de móviles paisajes y que el placer del descubrimiento se renovaba por sí mismo.

La casa estaba vacía. Suti lamentó su precipitación. Le hubiera gustado pasar la noche con ella, antes del proceso, olvidar los combates del día siguiente, saciarse de su perfume. Se consolaría con vino añejo.

–Llena otra copa –dijo Pantera abrazándole por detrás.

Qadash rompió los instrumentos de cobre los arrojó contra las paredes de su consulta dental, que había devastado a puntapiés. Al recibir la convocación del tribunal, una locura destructora se había apoderado de él.

Sin el hierro celeste, nunca más podría operar. Su mano temblaba demasiado. Con el metal milagroso habría actuado como un dios y habría recuperado la juventud y la plenitud del gesto. ¿Quién seguiría respetándole. quién alabaría sus méritos? Hablarían de él en pasado.

¿Podía retrasar su decadencia? Tenía que Luchar rechazar la decrepitud. Ante todo, reducir a la nada las sospechas del juez Pazair. ¿Por qué no tendría su fruerza, su entusiasmo, su determinación? Hacer de él un aliado era quimérico. El joven magistrado caería, y su justicia con él.

Faltaban pocas horas para el comienzo del proceso.

Pazair paseaba por la orilla con *Bravo* y Viento del Norte. Gratificados con un largo paseo al crepúsculo, tras una abundante cena, el peno y el asno jugueteaban sin perder de vista a su dueño. *Viento del Norte* marchaba en cabeza y elegía el camino.

Fatigado. el juez se interrogaba. ¿No se habría engañado, no habría quemado las etapas, no se habría metido en un sendero que llevaba al abismo? Desagradables pensamientos, en verdad. La justicia seguiría su curso, imperioso curso el del río divino. Pazair no era su dueño sino su servidor. Fuera cual fuese el resultado del proceso, se levantarían algunos velos.

¿Qué sería de Neferet si le destituían? El médico en jefe se encarnizaría con ella para impedirle ejercer. Afortunadamente, Branir velaba. El futuro sumo sacerdote de Amón integraría a la joven en el equipo médico del templo, fuera del alcance de Nebamon.

Saberla a salvo de un destino contrario devolvía a Pazair el valor necesario para enfrentarse con todo Egipto.

CAPÍTULO 37

El proceso se abrió, de acuerdo con la fórmula ritual, «ante la puerta de la justicia, en el lugar donde se escuchan las demandas de todos los demandantes, para distinguir la verdad de la mentira, en ese gran lugar donde se protege a los débiles para salvarlos de los poderosos»[52]. Adosado al pilono del templo de Ptah, el tribunal de justicia había sido ampliado para recibir a gran número cíe dignatarios y gentes del pueblo, curiosos ante el acontecimiento.

El juez Pazair, asistido por su escriba, estaba al fondo de la sala. A su derecha, el jurado. Se componía de Mentmosé, jefe de la policía, la señora Nenofar, Branir, Bel-Tran, un sacerdote del templo de Ptah, una sacerdotisa del templo de Hator, un propietario rural y un carpintero. La presencia de Branir, a quien algunos consideraban un sabio, probaba la gravedad de la situación. El decano del porche estaba sentado a la izquierda dc Pazair. Como representante de la jerarquía, garantizaba la regularidad de los debates. Los dos magistrados, vestidos con una larga túnica de lino blanco y tocados con una sobria peluca a la antigua, habían desenrollado ante sí un papiro que cantaba la gloria de la edad de oro en la que Maat, la armonía del universo, reinaba sin discusión.

–Yo, juez Pazair, declaro abierto este proceso que opone al demandante, el teniente de carros Suti, al acusado, el general Asher, portaestandarte a la diestra del rey e instructor de los oficiales del ejército de Asia.

Brotaron algunos rumores Si el lugar no hubiera sido tan austero, muchos habrían creído que era urna broma.

–Llamo al teniente Suti.

El héroe impresionó a la muchedumbre. Apuesto, seguro de sí, no parecía un iluminado o un soldado perdido enemistado con su jefe.

–¿Os comprometéis, por juramento, a decir la verdad ante este tribunal?

Suti leyó la fórmula que le presentaba el escribano.

–Como Amón es perdurable y como el faraón es perdurable, que viva, prospere y sea coherente, él cuyo poder es más terrible que la muerte, juro decir la verdad.

–Formulad vuestra demanda.

–Acuso al general Asher de fechoría, alta traición y asesinato.

A la concurrencia le costó contener su asombro, se elevaron algunas protestas.

El decano del porche intervino.

–Por respeto a la diosa Maat, exijo silencio durante los debates; el que lo viole será expulsado inmediatamente y condenado a una elevada multa.

La advertencia fue eficaz.

---

[52] Este era el texto escrito en la propia puerta.

–Teniente Suti –dijo Pazair–, ¿tenéis pruebas?
–Existen.
–De acuerdo con la ley –indicó el juez–, he llevado a cabo una encuesta que me ha permitido descubrir cierto número de hechos extraños que considero vinculados a la acusación principal. Formulo pues la hipótesis de una conspiración contra el Estado y una amenaza para la seguridad del país.
La tensión aumentó. Los notables que veían por primera vez a Pazair se asombraron ante la gravedad de un hombre tan joven, la firmeza de su actitud y el peso de su palabra.
–Llamo al general Asher.
Por ilustre que fuera, Asher estaba obligado a comparecer. La ley no autorizaba ni sustituciones ni representaciones. Aquel hombre bajo, con rostro de roedor, avanzó y prestó juramento. Llevaba atavío de campaña, paño corte, grebas y cota de mallas.
–General Asher, ¿qué respondéis a vuestro acusador?
–El teniente Suti, a quien yo mismo nombré para su puesto, es un hombre valiente. Le condecoré con la mosca de oro. Durante la última campaña de Asia llevó a cabo varias acciones brillantes y merece ser reconocido como un héroe. Le considero un arquero de élite, uno de los mejores de nuestro ejército. Sus acusaciones no son fundadas. Las rechazo. Sin duda, se trata de un extravío pasajero.
–¿Os consideráis pues inocente?
–Lo soy.
Suti se sentó al pie de una columna, frente al juez, a pocos metros de él; Asher tomó la misma postura, al otro lado, cerca de los jurados que observarían así, con facilidad, su comportamiento y las expresiones de su rostro.
–El papel de este tribunal –precisó Pazair– es establecer la realidad de los hechos. Si el crimen se demuestra, el asunto será remitido al tribunal del visir. Llamo al dentista Qadash.
Qadash, nervioso, prestó juramento.
–¿Os reconocéis culpable de una tentativa de robo en un laboratorio del ejército dirigido por el químico Chechi?
–No.
–¿Cómo explicáis vuestra presencia en el lugar?
–Iba a comprar cobre de primera calidad. La transacción no se realizó.
–¿Quién os había hablado de este metal?
–El responsable del cuartel.
–Es falso.
–Lo afirmo, yo...
–El tribunal dispone de su declaración escrita. En este punto, habéis mentido. Además, acabáis de reiterar la mentira tras haber prestado juramento, habéis cometido pues un delito de falso testimonio.
Qadash dio un respingo. Un jurado severo le condenaría a trabajos forzados en las minas. Uno indulgente, a una temporada de trabajos campesinos.
–Pongo en duda vuestras precedentes respuestas –prosiguió Pazair–, y repito mi pregunta: ¿quién os habló de la existencia y el emplazamiento del metal precioso?
Inmóvil, Qadash permaneció con la boca abierta.
–¿Fue el químico Chechi?

El dentista, lacrimoso, se derrumbó. A una señal de Pazair, el escribano le acompañó a su lugar.

–Llamo al químico Chechi.

Por un instante, Pazair creyó que el sabio de la triste figura y el bigote negro no comparecería. Pero se había mostrado razonable, según la expresión del jefe de policía.

El general pidió la palabra.

–Permitidme que me asombre. ¿No se tratará de otro proceso?

–A mi entender, estas personas no son ajenas al asunto que nos ocupa.

–Ni Qadash ni Chechi han servido a mis órdenes.

–Paciencia, general.

Asher, contrariado, miró al químico por el rabillo del ojo. Parecía relajado.

–¿Trabajáis efectivamente para el ejército en un laboratorio de investigaciones con el fin de perfeccionar el armamento?

–Sí.

–En realidad, ocupáis dos funciones: una oficial y a la luz del día en un laboratorio de palacio, otra mucho más discreta en un lugar oculto en el interior de un cuartel.

Chechi se limitó a hacer una señal con la cabeza.

–A consecuencia de una tentativa de robo, cuyo autor fue el dentista Qadash, trasladasteis vuestra instalación, aunque sin presentar denuncia.

–La discreción me obligó a ello.

–Especialista en aleaciones de metales y procedimientos de fundición, recibís los materiales del ejército, los almacenáis y lo anotáis en un inventario.

–Naturalmente.

–¿Por qué ocultáis lingotes de hierro celeste, reservado a usos litúrgicos, y una azuela del mismo metal?

La pregunta dejó pasmada a la concurrencia. Ni el metal ni el objeto salían de la esfera sacra del templo. Robarlos se condenaba con la pena capital.

–Ignoro la existencia de ese tesoro.

–¿Cómo justificáis su presencia en vuestro local?

–Malevolencia.

–¿Tenéis enemigos?

–Haciéndome condenar, se interrumpirían mis investigaciones y se perjudicaría a Egipto.

–No sois de origen egipcio sino beduino.

–Lo había olvidado.

–Mentisteis al vigilante de los laboratorios afirmando que habíais nacido en Menfis.

–Nos entendimos mal. Quería decir que me sentía por completo menfita.

–El ejército comprobó, como es debido, y corroboró vuestra afirmación. ¿No estaba el servicio de verificación bajo vuestra responsabilidad, general Asher?

–Es posible –murmuró el interpelado.

–Por lo tanto, avalasteis una mentira.

–Yo no, algún funcionario colocado bajo mis órdenes.

–La ley os hace responsable de los errores de vuestros subordinados.

–Lo admito, ¿pero quién va a sancionar semejante menudencia? Los escribas se equivocan cada día al redactar sus informes. Además, Chechi se ha convertido en un verdadero egipcio. Su profesión demuestra la confianza que se le otorgó y de la que se ha mostrado digno.

–Hay otra versión de los hechos. Conocíais a Chechi desde hace mucho tiempo; vuestro encuentro se remonta a vuestras primeras campañas en Asia. Sus dotes de químico os interesaron; le facilitasteis la entrada en territorio egipcio, borrasteis su pasado y organizasteis su carrera en el armamento.

–Puras especulaciones.

–El hierro celeste no lo es. ¿A qué lo destinabais y por qué se lo procurasteis a Chechi?

–Pura fábula.

Pazair se volvió hacia los jurados.

–Os ruego que toméis nota de que Qadash es libio y Chechi beduino de origen libio. Creo en la complicidad de estos dos hombres y en sus vínculos con el general Asher. Están confabulados desde hace mucho tiempo y pensaban dar un paso decisivo utilizando el hierro celeste.

–Eso es sólo lo que vos pensáis –objetó el general–. No tenéis ninguna prueba.

–Admito que sólo he establecido tres hechos reprensibles: el falso testimonio de Qadash, la falsa declaración de Chechi y la ligereza administrativa de vuestros servicios.

El general, arrogante, se cruzó de brazos. Hasta ahora, el juez estaba poniéndose en ridículo.

–Segundo aspecto de mi investigación –prosiguió Pazair–: el asunto de la gran esfinge de Gizeh. Según un documento oficial firmado por el general Asher, los cinco veteranos que formaban la guardia de honor del monumento perecieron en un accidente. ¿Lo confirmáis?

–Puse, efectivamente, mi sello.

–La versión de los hechos no corresponde a la realidad. Asher, turbado, descruzó los brazos.

–El ejército pagó los funerales de esos infelices.

–Con tres de ellos, el guardián en jefe y sus dos colegas que habitaban en el delta, no pude establecer la causa exacta de la muerte; los dos últimos habían sido jubilados y enviados a la región tebana. Estaban pues vivos tras el supuesto accidente mortal.

–Es muy extraño –reconoció Asher–. ¿Podremos escucharlos?

–Los dos murieron. El cuarto veterano fue víctima de un accidente; ¿pero no le empujaron para que cayera en su horno de pan? El quinto, aterrorizado, se ocultaba disfrazado de barquero. Murió ahogado o, más exactamente, asesinado.

–Si me permite una objeción –declaró el decano del porche–. Según el informe que ha llegado a mi despacho, el policía local defiende el accidente.

–De cualquier modo, dos de los cinco veteranos no murieron al caer de la esfinge, como el general Asher quería hacer creer. Además, el barquero tuvo tiempo de hablar conmigo antes de morir. Sus camaradas habían sido atacados y asesinados por un grupo compuesto de varios hombres y una mujer. Hablaban en una lengua extranjera. Esa es la verdad que ocultaba el informe del general.

El decano del porche frunció las cejas. Aunque detestaba a Pazair, no ponía en duda la palabra de un juez pronunciada en plena audiencia y que aportaba un hecho nuevo de espantosa gravedad. Incluso Mentmosé se sintió conmovido; el verdadero proceso comenzaba.

El militar se defendió con vehemencia.

–Firmo cada día muchos informes sin verificar personalmente los hechos, y me ocupo muy poco de los veteranos.

–A los jurados les interesará saber que el laboratorio de Chechi, donde estaba la caja que contenía el hierro, se hallaba en un cuartel de veteranos.

–No importa –consideró Asher, irritado–. El accidente fue comprobado por la policía militar y, simplemente, firmé el acta administrativa para que se organizaran los funerales.

–¿Negáis, bajo juramento, haber sido informado de la agresión contra la guardia de honor de la esfinge? –Lo niego. Y niego también cualquier responsabilidad, directa o indirecta, en la muerte de aquellos cinco infelices. No sabía nada del drama y de sus consecuencias.

El general se defendía con una convicción que le ganaría el favor de la mayoría de los miembros del jurado. Ciertamente, el juez sacaba a la luz una tragedia, pero a Asher sólo se le reprocharía otra falta administrativa y no uno o varios crímenes de sangre.

–Sin poner en cuestión las rarezas de este caso –intervino el decano del porche–, pienso que será indispensable una investigación complementaria. ¿Pero no sería mejor dudar de las declaraciones del quinto veterano? ¿No habrá inventado una fábula para impresionar al juez?

–Pocas horas más tarde, había muerto –recordó Pazair.

–Una triste coincidencia.

–Si fue efectivamente asesinado, alguien quiso impedir que siguiera hablando y compareciese ante este tribunal.

–Aun admitiendo vuestra teoría –indicó el general–, ¿en qué me afecta eso? Si lo hubiera comprobado, habría advertido, como vos, que la guardia de honor no había desaparecido en un accidente. Por aquel entonces, estaba preparando la campaña de Asia; esta tarea prioritaria me absorbía.

Pazair había esperado, sin creer demasiado en ello, que el militar sería menos dueño de sus nervios, pero conseguía rechazar los asaltos y esquivar los argumentos más incisivos.

–Llamo a Suti.

El teniente se levantó, grave.

–¿Mantenéis vuestras acusaciones?

–Las mantengo.

–Explicaos.

–Durante mi primera misión en Asia, tras la muerte de mi oficial, asesinado en una emboscada, vagabundeé por una región poco segura para reunirme con el regimiento del general Asher. Creí que me había perdido cuando fui testigo de una horrible escena. Un soldado egipcio fue torturado y asesinado a pocos metros de mí; yo estaba demasiado agotado para ayudarle, y sus agresores eran numerosos. Un hombre dirigió los interrogatorios y, luego, le degolló con ferocidad. Ese criminal, ese traidor a su patria, es el general Asher.

El acusado permaneció imperturbable.

Conmovida, la concurrencia contuvo el aliento. El rostro de los jurados se había ensombrecido bruscamente.

–Estas escandalosas palabras están desprovistas de cualquier fundamento –declaró Asher con una voz casi serena.

–Negar no basta. ¡Yo os vi, asesino!

–Mantened la calma –ordenó el juez–. Este testimonio demuestra que el general Asher colabora con el enemigo. Por eso no hay modo de coger al

rebelde libio Adafi. Su cómplice le advierte de antemano del desplazamiento de nuestras tropas y prepara con él una invasión de Egipto. La culpabilidad del general permite suponer que no es inocente en el asunto de la esfinge; ¿hizo matar a los cinco veteranos para probar las armas fabricadas por Chechi? Sin duda, una investigación complementaria lo demostrará relacionando entre sí los distintos elementos que he expuesto.

–Mi culpabilidad no se ha probado en absoluto –consideró Asher.

–¿Ponéis en duda la palabra del teniente Suti?

–Le creo sincero, pero se equivoca. Según su propio testimonio, ya no le quedaban fuerzas. Sin duda, sus ojos le engañaron.

–Los rasgos del asesino se grabaron en mi mente –afirmó Suti–, y me juré encontrarle. Entonces ignoraba que se trataba del general Asher. Le identifiqué en nuestro primer encuentro, cuando me felicitó por mis hazañas.

–¿habíais enviado exploradores a territorio enemigo? –preguntó Pazair.

–Naturalmente –respondió Asher. –¿Cuantos?

–Tres.

–¿Sus nombres fueron inscritos en el servicio de los países extranjeros?

–Es la norma.

–¿Regresaron vivos de la última campaña?

El general se turbó por primera vez.

–No, uno de ellos ha desaparecido.

–El que vos matasteis con vuestras propias manos porque había comprendido vuestro papel.

–Es falso. No soy culpable.

Los jurados advirtieron que su voz temblaba.

–Vos, que estáis cargado de honores, que educáis a los oficiales, habéis traicionado a vuestro país del modo más innoble. Es hora de confesar, general.

La mirada de Asher se perdió en la lejanía. Esta vez estaba a punto de ceder.

–Suti se equivocó.

–Mandadme inmediatamente al lugar, en compañía de oficiales y escribas –propuso el teniente–. Reconoceré el lugar donde enterré al infeliz. Traeremos sus despojos, será identificado y le daremos una sepultura digna.

–Ordeno una expedición inmediata –declaró Pazair–. El general Asher permanecerá detenido en el cuartel principal de Menfis, custodiado por la policía. Tendrá prohibido el contacto con el exterior hasta que Suti regrese, entonces continuaremos el proceso y los jurados darán su veredicto.

CAPÍTULO 38

En Menfís todavía resonaban los ecos del proceso Algunos ya consideraban al general Asher como el más abominable de los traidores, alababan el valor de Suti y la competencia del juez Pazair.

A éste le hubiera gustado consultar con Branir, pero la ley le impedía hablar con los jurados antes de que finalizara el caso. Declinó varias invitaciones de notables y se encerró en su casa. En menos de una semana, el cuerpo expedicionario regresaría con el cadáver del explorador asesinado por Asher. El general quedaría confundido y sería condenado a muerte. Suti obtendría un elevado cargo y, sobre todo la conspiración quedaría desmantelada y Egipto se salvaría de un peligro procedente, al mismo tiempo, del interior y del exterior. Aunque Chechi se escapara entre las mallas de la red, se habría conseguido el objetivo.

Pazair no había mentido a Neferet. Ni un solo instante dejaba de pensar en ella. Incluso durante el proceso su rostro se le imponía. Debía concentrarse en cada palabra para no sumirse en una ensoñación de la que ella era la única heroína.

El juez había confiado el hierro celeste y la azuela al decano del porche, que los había entregado en seguida al sumo sacerdote de Ptah. En colaboración con las autoridades religiosas, el magistrado tendría que averiguar su procedencia. Un detalle turbaba a Pazair: ¿por qué no habían denunciado el robo? La excepcional calidad del objeto y del material orientaba, en principio, las investigaciones hacia un rico y poderoso santuario, el único capaz de albergarlos

Pazair había concedido tres días de descanso a Iarrot y Kem. El escribano se había apresurado a dirigirse a su domicilio, donde acababa de estallar un nuevo drama doméstico, su hija se negaba a comer legumbres y ya sólo devoraba pasteles. Iarrot le consentía el capricho, su esposa lo rechazaba.

El nubio no se alejó del despacho; no necesitaba descanso en absoluto y se consideraba responsable de la seguridad del juez. Aunque fuera intocable, se imponía la prudencia.

Cuando un sacerdote de cráneo afeitado quiso entrar en casa del juez, Kem se interpuso.

–Debo transmitir un mensaje al juez Pazair.

–Confiádmelo. –A él y sólo a él. –Aguardad.

Aunque el hombre fuera esmirriado y no llevara armas, el nubio experimentaba una sensación de malestar.

–Un sacerdote quiere hablar con vos. Sed prudente.

–¡Veis peligros por todas partes!

–Llevaos, por lo menos, al babuino.

–Como queráis.

Entró el sacerdote, Kem permaneció detrás de la puerta, el babuino, indiferente, cascó la nuez de una palmera.

–Juez Pazair, os esperarán mañana por la mañana, al amanecer, en la gran puerta del templo de Ptah.

–¿Quién desea verme? –No tengo otro mensaje.

–¿Motivo?

–Os lo repito: no tengo otro mensaje. Afeitaos todos los pelos del cuerpo, absteneos de cualquier relación sexual y recogeos venerando a los antepasados.

–¡Soy juez y no pienso hacerme sacerdote!

–Sed puntual. Que los dioses os protejan.

Bajo la vigilancia de Kem, el barbero acabó de afeitar a Pazair.

–¡Ya estáis perfectamente liso y sois digno de tomar las órdenes! ¿Perderemos un juez para ganar un sacerdote?

–Simple medida de higiene. ¿No lo hacen, también, regularmente los notables?

–¡Y os habéis convertido en uno de ellos, es cierto! Lo prefiero así. En las callejas de Menfis sólo se habla de vos. ¿Quién se hubiera atrevido a atacar al omnipotente Asher? Hoy, las lenguas se desatan. Nadie le quería. Se murmura que ha torturado a algunos aspirantes.

Adulado ayer, pisoteado hoy, Asher veía cómo su destino se torcía en pocas horas. Circulaban los más sórdidos rumores sobre él. Pazair aprendió la lección: nadie estaba a salvo de la bajeza humana.

–Si no os hacéis religioso –supuso el barbero–, entonces vais, sin duda, a ver a una dama. A muchas les gustan los hombres bien afeitados, que parecen sacerdotes... ¡o que lo son! El amor no les está prohibido, es cierto, ¿pero no es excitante tratar con hombres que miran cara a cara a los dioses? Tengo aquí una loción a base de jazmín y de loto que he comprado al mejor fabricante de Menfis. Perfumará vuestra piel durante varios días.

Pazair aceptó. De ese modo el barbero haría correr por todas partes una información fundamental: el juez más intransigente de Menfis era también un coqueto amante. Quedaba por descubrir el nombre de la elegida.

Tras la marcha del charlatán, Pazair leyó un texto consagrado a Maat. Ella, venerable antecesora, era la fuente del gozo y de la armonía, hija de la luz, luz ella misma, actuaba en favor de lo que actuaba por ella.

Pazair le pidió que mantuviera la rectitud de su vida.

Poco antes del alba, mientras Menfis despertaba, Pazair se presentó ante la gran puerta de bronce del templo de Ptah. Un sacerdote le llevó a un lado del edificio, sumido en las tinieblas. Kem había desaconsejado ardientemente al juez que acudiera a la extraña convocatoria. A causa de su grado, no estaba habilitado para investigar en un templo. ¿Pero no desearía un religioso hacerle ciertas revelaciones sobre el robo del hierro celeste y de la azuela?

Pazair estaba conmovido. Penetraba en el templo por primera vez. Altos muros separaban del mundo profano el universo de los especialistas encargados de mantener la energía divina y hacerla circular para que no quebrara el vínculo entre la humanidad y las potencias creadoras. Ciertamente,

el templo era también un centro económico, con sus talleres, sus panaderías, sus carnicerías, sus almacenes, donde trabajaban los mejores artesanos del reino. El primer patio a cielo abierto era accesible a los notables durante las grandes fiestas. Pero más allá comenzaba el dominio del misterio, el jardín de piedra donde el hombre no debía ya levantar la voz para poder escuchar la de los dioses.

El guía de Pazair siguió por el muro del recinto hasta una pequeña puerta provista de una rueda de cobre que servía de esclusa; los dos hombres la hicieron girar y provocaron una circulación de agua con la que se purificaron el rostro, las manos y los pies. El sacerdote pidió a Pazair que aguardara en la oscuridad, en el umbral de una columnata.

Algunos enclaustrados, vestidos de lino blanco, salieron de sus moradas construidas a orillas del lago del que tomaron agua para sus abluciones matinales. Fueron formándose en procesión y depositaron legumbres y pan en los altares, mientras el sumo sacerdote, actuando en nombre del faraón[53], encendía una lámpara, rompía el sello de la naos donde reposaba la estatua del dios, vertía incienso y pronunciaba, al mismo tiempo que los demás sumos sacerdotes que llevaban a cabo igual rito en todos los templos de Egipto, la fórmula «Despierta en paz».

En una de las salas del templo interior se habían reunido nueve hombres. El visir, el portador de la Regla, el superintendente de la Doble Casa blanca[54], el encargado de los canales y director de las mansiones del agua, el superintendente de los escritos, el superintendente de los campos, el director de las misiones secretas, el escriba del catastro y el intendente del rey formaban el consejo de los nueve amigos de Ramsés el Grande. Cada mes, se consultaban en aquel lugar secreto, lejos de sus despachos y de su personal. En la paz del santuario gozaban de la serenidad necesaria para la reflexión. Su tarea les parecía cada vez más abrumadora desde que el faraón había dado órdenes insólitas, como si el imperio estuviera en peligro. Cada uno de ellos, en su servicio, debía proceder a una inspección sistemática para asegurarse de la honestidad de sus colaboradores de más rango. Ramsés había exigido resultados rápidos. Irregularidades y laxismo debían ser perseguidos con la mayor energía, y los funcionarios incompetentes despedidos. Cada uno de los nueve amigos, en sus entrevistas con el faraón, había visto al soberano preocupado, inquieto incluso.

Tras una noche de fructíferas conversaciones, los nueve hombres se separaron. Un sacerdote murmuró algunas palabras al oído de Bagey, que se dirigió hacia el umbral de la sala de las columnas.

–Gracias por haber venido, juez Pazair. Soy el visir.

Pazair, impresionado por la majestad del lugar, todavía lo estuvo más ante aquel encuentro. Él, un ínfimo juez de Menfis, gozaba el inmenso privilegio de hablar cara a cara con el visir Bagey, cuya legendaria severidad asustaba a toda la jerarquía.

---

[53] El faraón es el único “sacerdote” de Egipto; sólo él puede mantener el vínculo de la sociedad con lo divino. En los distintos templos de Egipto, los especialistas que celebran los ritos actúan por delegación del rey.

[54] El ministro de economía.

Más alto que Pazair, con el rostro largo y austero, Bagey tenía una voz velada, algo ronca. Su tono era frío, casi cortante.

–Quería veros aquí para que nuestra entrevista permaneciera en secreto. Si lo consideráis contrario a la ley, retiraos.

–Os escucho.

–¿Sois consciente de la importancia del proceso que dirigís?

–El general Asher es un gran personaje, pero creo haber demostrado su felonía.

–¿Estáis convencido?

–El testimonio de Suti es incontestable.

–¿No es vuestro mejor amigo?

–Es cierto, pero esta amistad no va a influir en mi sentencia.

–La falta sería imperdonable.

–Los hechos me parecen demostrados.

–¿No deben decidirlo los jurados?

–Me inclinaré ante su decisión.

–Atacando al general Asher, ponéis en cuestión toda la política de defensa en Asia. La moral de nuestras tropas quedará afectada.

–Si la verdad no hubiera sido descubierta, el país habría corrido un peligro mucho mayor.

–¿Han intentado dificultar vuestra investigación?

–El ejército ha sembrado de trampas mi camino, y estoy seguro de que se han cometido asesinatos.

–¿El quinto veterano?

–Los cinco veteranos fueron suprimidos de modo violento, tres en Gizeh y los dos supervivientes en su aldea. Estoy convencido. Al decano del porche le corresponde proseguir la instrucción pero...

–¿Pero qué?

Pazair vaciló. Estaba frente al visir. Hablar a la ligera le resultaría fatal, ocultar su pensamiento equivalía a mentir. Quienes habían intentado engañar a Bagey no pertenecían ya a su administración.

–Pero no tengo la sensación de que vaya a hacerlo con la tenacidad necesaria.

–¿Estáis acusando de incompetencia al más alto magistrado de Menfis?

–Tengo la sensación de que ya no le atrae el combate contra las tinieblas. Su experiencia le hace presentir tantas consecuencias inquietantes que prefiere permanecer apartado y no aventurarse por un sendero peligroso.

–La crítica es severa. ¿Le creéis corrompido?

–Sólo vinculado a personajes importantes a los que no desea contrariar.

–Nos hallamos muy alejados de la justicia.

–No es así como yo la entiendo, en efecto.

–Si el general Asher es condenado, apelará.

–Está en su derecho.

–Sea cual sea el veredicto, el decano del porche no os apartará del caso y os solicitará que prosigáis la inspección en los puntos oscuros.

–Permitid que lo dude.

–Hacéis mal, porque yo se lo habré ordenado. Quiero que todo salga a la luz, juez Pazair.

–Suti está de vuelta desde ayer por la noche –dijo Kem a Pazair.

El juez quedó estupefacto.

–¿Por qué no ha venido?

–Lo requieren en el cuartel. –¡Es ilegal!

Pazair corrió hacia el cuartel central, donde fue recibido por el escriba que había mandado el destacamento.

–Exijo explicaciones.

–Fuimos todos al escenario del drama. El teniente Suti reconoció el lugar, pero buscamos en vano el cadáver del explorador. He considerado prudente arrestar al teniente Suti.

–Es una decisión inaceptable mientras no haya concluido el proceso en curso.

El escriba reconoció el fundamento de la observación. Suti fue liberado en seguida.

Los dos amigos se dieron un abrazo.

–¿Has sufrido malos tratos?

–Ninguno. Mis compañeros de camino estaban convencidos de la culpabilidad de Asher; el fracaso les ha desesperado. Incluso la gruta ha sido devastada para borrar cualquier huella.

–Y, sin embargo, habíamos mantenido el secreto.

–Asher y sus partidarios habían tomado sus precauciones. Soy tan ingenuo como tú, Pazair; nosotros dos no podremos vencerles.

–En primer lugar, el proceso no se ha perdido; por lo tanto, dispongo de plenos poderes.

El proceso continuó a la mañana siguiente. Pazair llamó a Suti.

–Relatad vuestra expedición al lugar del crimen.

–En presencia de testigos juramentados, comprobé la desaparición del cadáver. Hombres de ingeniería han destrozado el lugar.

–Grotesco –estimó Asher–. El teniente inventó una fábula e intenta justificarla.

–¿Mantenéis vuestras acusaciones, teniente Suti?

–Vi, efectivamente, cómo el general Asher torturaba y asesinaba a un egipcio.

–¿Dónde está el cuerpo? –preguntó con ironía el acusado.

–¡Vos lo habéis hecho desaparecer!

–¿Yo, general del ejército de Asia, he actuado como el más vil de los malhechores? ¿Quién va a creeros? Existe otra versión de los hechos: ¿no os habréis librado de vuestro oficial de carro porque sois cómplice de los beduinos? ¿Y si el criminal fuerais vos y desearais acusar a otro para quedar libre? A falta de pruebas, la maniobra se vuelve contra su autor. Por eso exijo que seáis sancionado. Suti apretó los puños.

–Sois culpable y lo sabéis. ¿Cómo os atrevéis a dar una enseñanza a la élite de nuestras tropas cuando habéis matado a uno de vuestros hombres y habéis hecho caer en emboscadas a vuestros propios soldados? Asher habló con una voz apagada.

–Los jurados valorarán estas fabulaciones cada vez más delirantes. ¡Pronto seré considerado el exterminador del ejército egipcio!

La sonrisa burlona del general conquistó a la concurrencia.

–Suti habla bajo juramento –recordó Pazair–, y vos habéis reconocido sus cualidades de soldado.

–El heroísmo se le ha subido a la cabeza.

–La desaparición del cadáver no suprime el testimonio del teniente.

–Admitiréis, juez Pazair, que atenúa considerablemente su alcance. También yo hablo bajo juramento. ¿Vale mi palabra menos que la de Suti? Si asistió, efectivamente, a un crimen, se equivoca de asesino. Si acepta presentar ahora mismo excusas públicas, consentiré en olvidar su locura pasajera.

El juez se dirigió al demandante.

–Teniente Suti, ¿aceptáis esta proposición?

–Al salir del avispero donde estuve a punto de morir, me juré hacer condenar al más despreciable de los hombres. Asher es hábil, alimenta la duda y la sospecha. Ahora me propone renegar. Pero proclamaré la verdad hasta mi último aliento.

–Frente a la ciega intransigencia de un soldado que ha perdido la razón, yo, general y portaestandarte del rey, afirmo mi inocencia.

Suti tuvo ganas de arrojarse sobre el general y agarrarle por la garganta. Una lija mirada de Pazair le disuadió.

–¿Desea intervenir alguno de los presentes?

La concurrencia permaneció muda.

–Siendo así, invito a los jurados a deliberar.

El jurado se reunió en una sala de palacio. El juez presidió los debates en los que no tenía derecho a intervenir en uno u otro sentido. Su papel se limitaba a dar la palabra, a evitar los enfrentamientos y a mantener la dignidad del tribunal.

Mentmosé fue el primero que habló, con objetividad y moderación.

Se aportaron algunas precisiones a su discurso, cuyas conclusiones fueron aceptadas sin grandes modificaciones. Menos de dos horas más tarde, Pazair leyó el veredicto, del que Jarrot tomó nota.

–El dentista es considerado culpable de falso testimonio. Dada la poca gravedad de su mentira pronunciada y su brillante pasado de facultativo, y considerando su edad, Qadash es condenado a ofrecer al templo un buey bien cebado y cien sacos de grano al cuartel de veteranos que turbó con su intempestiva presencia.

El dentista, aliviado, se golpeó las rodillas.

–¿El dentista Qadash desea apelar y rechaza la sentencia?

El interpelado se levantó.

–La acepto, juez Pazair.

–No hay cargos contra el químico Chechi.

El hombre del bigotito negro no reaccionó. En su rostro ni siquiera apareció una sonrisa.

–El general Asher es considerado culpable de dos faltas administrativas, sin consecuencias para el buen funcionamiento del ejército de Asia. Además, las excusas invocadas se consideran válidas. Se le dirige pues una simple advertencia para que no se vuelvan a producir semejantes faltas de atención. Los jurados estiman que el asesinato no ha podido ser probado de modo formal y definitivo. El general no puede pues ser considerado, hoy, traidor ni criminal, pero el testimonio del teniente Suti no puede calificarse de difamatorio. Puesto

que los jurados no han podido pronunciarse definitivamente, dada la oscuridad que rodea varios hechos esenciales, el tribunal solicita que se prolongue la investigación para que la verdad se conozca lo antes posible.

CAPÍTULO 39

El decano del porche regaba un parterre de lirios que crecían entre los hibiscos. Viudo desde hacía cinco años, vivía solo en una mansión del barrio sur.

–¿Os sentís orgulloso de vos, juez Pazair? Habéis mancillado la reputación de un general querido por todos, habéis sembrado la confusión en los espíritus sin ni siquiera obtener la victoria de vuestro amigo Suti.

–No era ése mi objetivo.

–¿Qué buscabais?

–La verdad.

–¡Ah, la verdad! ¿No sabéis acaso que es más huidiza que una anguila?

–¿No he sacado a la luz los elementos de una conspiración contra el Estado?

–Dejad de decir estupideces. Ayudadme, más bien, a levantarme y verted agua al pie de los narcisos, con suavidad. Eso os distraerá de vuestra habitual brutalidad.

Pazair lo hizo.

–¿Habéis tranquilizado a nuestro héroe?

–Suti sigue encolerizado.

–¿Qué esperaba? ¿Derribar a Asher de un cabezazo?

–Vos creéis, como yo, que es culpable.

–Sois muy indiscreto. Un defecto más.

–¿Os han turbado mis argumentos?

–A mi edad, nada me conmueve.

–Estoy convencido de lo contrario.

–Me siento cansado, las largas investigaciones ya no son cosa mía. Puesto que vos comenzasteis, continuad.

–¿Debo entender que...?

–Me habéis comprendido perfectamente. He tomado una decisión y no cambiaré de opinión.

La noticia recorrió rápidamente el palacio y los edificios oficiales: ante la sorpresa generalizada, la jerarquía no arrebataba el caso Asher al juez Pazair. Aunque no hubiera tenido éxito, el joven magistrado había seducido a muchos dignatarios por su rigor. Sin beneficiar al demandante ni al demandado, no había ocultado las lagunas de la instrucción. Algunos habían olvidado su juventud para hacer hincapié en su porvenir, comprometido sin embargo dada la personalidad del acusado. Sin duda, Pazair se había equivocado dando demasiado crédito al testimonio de Suti, héroe de un día y fantasiosa personalidad; si la mayoría, tras madura reflexión, creía en la inocencia del general, todos estaban de acuerdo en que el juez había puesto de relieve

hechos turbadores. La desaparición de los cinco veteranos y el robo del hierro celeste, si no estaban vinculados a una imaginaria conspiración, parecían escandalosos episodios que no debían ser olvidados. El Estado, la jerarquía judicial, los dignatarios, el pueblo esperaban del juez Pazair la revelación de la verdad.

Aquel nombramiento calmó la cólera de Suti, que intentó olvidar su decepción en los brazos de Pantera; le prometió al juez no emprender nada antes de poner a punto una estrategia común. Mantenido en su dignidad de teniente de carros, no participaría en ninguna misión antes del veredicto definitivo.

El sol poniente doró las arenas del desierto y las piedras de las canteras; las herramientas de los obreros habían callado, los campesinos regresaban a las granjas, descansaban los asnos, liberados de su fardo. En los techos planos de las casas de Menfis, se tomaba el fresco comiendo queso y bebiendo cerveza. *Bravo* se había tendido cuan largo era en la tenaza de Branir, soñando en el pedazo de buey asado que acababa de degustar. A lo lejos, las pirámides de la llanura de Gizeh formaban triángulos de una absoluta pureza, mojones de la eternidad en el crepúsculo. Como cada anochecer del reinado de Ramsés el Grande, el país se dormiría en paz, convencido de que el sol vencería a la serpiente de las profundidades[55] y resucitaría al alba.

–Has superado el obstáculo –estimó Branir.

–Pobre éxito –objetó Pazair.

–Eres reconocido como un juez íntegro y competente, y has obtenido la posibilidad de proseguir la investigación sin trabas. ¿Qué más quieres?

–Asher ha mentido cuando hablaba bajo juramento. Un asesino que es también un perjuro.

–Los jurados no te han censurado. Ni el jefe de la policía ni la señora Nenofar han intentado absolver al general. Te han colocado ante tu destino.

–Al decano del porche le habría gustado quitarme el caso.

–Confía en tus capacidades, y el visir quiere un sólido expediente para intervenir a ciencia cierta.

–Asher tomó la precaución de destruir las pruebas; temo que mis investigaciones resulten estériles.

–Tu camino será largo y difícil, pero puedes conseguirlo. Pronto tendrás la ayuda del sumo sacerdote de Karnak y podrás acceder a los archivos de los templos.

En cuanto el nombramiento de Branir fuera efectivo, Pazair investigaría el robo del hierro celeste y de la azuela.

–Te has convertido en tu propio dueño, Pazair. Discierne la justicia de la iniquidad, sin escuchar los consejos de quienes las mezclan y las confunden para extraviar los espíritus. Este proceso era sólo una escaramuza; el verdadero combate debe librarse todavía. También Neferet estará orgullosa de ti.

En la luz de las estrellas brillaban las almas de los sabios. Pazair dio gracias a los dioses que le habían permitido conocer a uno en la tierra de los hombres.

---

[55] Cada noche, en el mundo subterráneo, el sol debe enfrentarse y vencer a Apofis, una gigantesca serpiente que se convertirá en el dragón de la mitología medieval.

Viento del Norte era un asno silencioso y meditabundo. Raras veces rebuznaba, ronco y desgarrador, hasta el punto de poder despertar toda una calleja.

Pazair despertó sobresaltado.

Era un rebuzno de su asno, en aquel amanecer en el que *Bravo* y él pensaban permitirse algún descanso. El juez abrió la ventana.

Al pie de la casa se habían reunido unas veinte personas. El médico en jefe Nebamon blandió su puño.

–Pobre Neferet. ¡He aquí los mejores médicos de Menfis, juez Pazair! Presentamos una denuncia contra nuestra colega Neferet por fabricación de drogas peligrosas, y solicitamos su exclusión del cuerpo médico.

Pazair desembarcó en la orilla oeste de Tebas a la hora de más calor. Requisó un carro de la policía, cuyo conductor dormía a la sombra de un voladizo, y le ordenó que se apresurara a llevarle a la aldea de Neferet.

Soberano absoluto, el sol inmovilizaba el tiempo, daba a las palmeras su eterno verdor y condenaba a los hombres al silencio y al sopor.

Neferet no estaba en su casa ni en su laboratorio.

–En el canal –indicó un anciano, arrancado por unos instantes del sueño.

Pazair abandonó el carro, flanqueó un campo de trigo, atravesó un huerto sombreado, tomó un sendero y llegó al canal donde los aldeanos acostumbraban bañarse. Bajó por la empinada pendiente, cruzó una barrera de cañas y la vio.

Hubiera debido gritar, cerrar los ojos, darse la vuelta, pero ninguna palabra brotó de su boca y se inmovilizó, tanto le fascinaba la belleza de la muchacha.

Desnuda, nadaba con la gracia de las que no luchan contra el agua y se dejan llevar. Con los cabellos recogidos en una toca de cañas, se zambullía sin brusquedad y reaparecía. Llevaba al cuello el collar adornado con la cuenta de turquesa.

Cuando le vio, siguió nadando.

–El agua está deliciosa, venid a bañaros.

Pazair se quitó el paño y avanzó hacia ella sin advertir el frescor. Ella le tendió la mano; él, enfebrecido, la tomó. Una onda les aproximó. Cuando sus pechos rozaron el torso del hombre, no retrocedió. El se atrevió a poner los labios en los suyos y a estrecharla entre sus brazos.

–Os amo, Neferet.

–Yo aprenderé a amaros.

–Sois la primera, no habrá otra.

La besó torpemente. Abrazados, regresaron a la orilla y se tendieron en una playa de arena, oculta entre las cañas.

–También yo soy virgen.

–Quiero ofreceros mi vida. Mañana mismo os pediré en matrimonio.

Ella, conquistada y ofrecida, sonrió.

–Amame, ámame con todas tus fuerzas.

Se tendió sobre ella y su mirada zozobró en aquellos ojos azules. Sus almas y sus cuerpos se unieron bajo el sol de mediodía.

Neferet escuchó el discurso de su padre, fabricante de cerrojos, y de su madre, tejedora en un taller del centro de Tebas. Ninguno de los dos se oponía a la boda, pero deseaban ver a su futuro yerno antes de pronunciarse. Ciertamente, la joven no tenía necesidad de su consentimiento, pero el respeto que sentía por ellos no le permitía desdeñarlo. Su madre puso algunas reservas: ¿no era Pazair demasiado joven? Por lo que a su porvenir se refería, subsistían algunas dudas y, además, se retrasaba el mismo día de la petición.

Su nerviosismo se contagió a Neferet. Un horrendo pensamiento le pasó por su cabeza: ¿habría dejado de amarla? ¿Y si, pese a sus declaraciones, sólo había buscado una aventura? No, era imposible. Su pasión sería tan duradera como la montaña tebana.

Finalmente, Pazair cruzó el umbral de la modesta morada. Neferet se mostró distante, como exigía la solemnidad del momento.

–Os ruego que me perdonéis; me he perdido en las callejas. Debo confesar que no tengo ningún sentido de la orientación; por lo general, me guía mi asno.

–¿Tenéis uno? –se extrañó la madre de Neferet.

–Se llama *Viento del Norte*.

–¿Joven y de buena salud?

–Ignora la enfermedad.

–¿Qué otros bienes tenéis?

–El mes próximo dispondré de una casa en Menfis.

–Juez, es un buen oficio –declaró el padre.

–Nuestra hija es joven –dijo la madre–. ¿No podríais esperar?

–La amo y deseo desposaría sin perder ni un instante.

Pazair tenía el aspecto grave y decidido, Neferet le contemplaba con ojos de mujer enamorada. Los padres cedieron.

El carro de Suti, lanzado a toda velocidad, cruzó el portal del cuartel principal de Menfis. Los guardias soltaron las lanzas y se arrojaron al suelo para evitar ser arrollados. Suti saltó en marcha mientras los caballos proseguían su galope por el gran patio. Subió de cuatro en cuatro los peldaños de la escalera que llevaba al cuartel de los oficiales superiores, donde residía el general Asher. De un golpe en la nuca, apartó al primer policía. De un puñetazo en el vientre, al segundo, y al tercero de un puntapié en los testículos. El cuarto tuvo tiempo de desenvainar su espada y herirle en el hombro izquierdo; el dolor multiplicó la rabia del teniente de carros que, con ambos puños unidos como si fueran un martillo, derribó a su adversario.

Sentado en una estera, con un mapa de Asia ante él, el general Asher volvió la cabeza hacia Suti.

–¿Qué vienes a hacer aquí?

–A destruiros.

–Tranquilízate.

–Escaparéis de la justicia, pero no de mí.

–Si me agredes, no saldrás vivo de este cuartel.

–¿Cuántos egipcios habéis matado con vuestras propias manos?

–Estabas agotado, tu vista se nublaba. Te equivocaste.

–Bien sabéis que no.

–Entonces, transijamos.

–¿Transigir?
–Una reconciliación pública haría muy buen efecto. Mi posición se fortalecería y tú ganarías un ascenso.
Suti se lanzó contra Asher y le apretó la garganta.
–¡Revienta, basura!
Unos soldados sujetaron al enloquecido Suti para impedir que estrangulara al general, después le molieron a golpes.

Magnánimo, el general Asher no denunció a Suti. Comprendía la reacción de su agresor aunque se equivocara de culpable. En su lugar, él habría hecho lo mismo. Aquel comportamiento hablaba en su favor.
En cuanto regresó de Tebas, Pazair hizo todo lo que estaba en sus manos para liberar a Suti, detenido en el cuartel principal. Asher aceptaba incluso levantar las sanciones por insubordinación e insultos a su superior si el héroe dimitía del ejército.
–Acepta –aconsejó Pazair.
–Perdóname, olvidé mi promesa.
–Contigo soy siempre demasiado indulgente.
–No vencerás a Asher.
–Soy perseverante.
–Y él astuto.
–Olvida el ejército.
–La disciplina me disgusta. Tengo otros provectos.
Pazair temía conocerlos.
–¿Me ayudarás a preparar un día de fiesta?
–¿Con qué motivo?
–Mi boda.

Los conjurados se reunieron en una granja abandonada. Todos se habían asegurado de que no les siguieran.
Desde que habían desvalijado la gran pirámide y robado los símbolos de la legitimidad del faraón, se habían limitado a observar. Los acontecimientos recientes les obligaban a tomar decisiones.
Sólo Ramsés el Grande sabía que su trono reposaba sobre arenas movedizas. En cuanto su poder se atenuara, tendría que celebrar la fiesta de la regeneración y, por lo tanto, confesar a la corte y al país que ya no poseía el testamento de los dioses.
–El rey resiste mejor de lo que habíamos supuesto.
–La paciencia es nuestra mejor arma.
–Transcurren los meses.
–¿Qué riesgo corremos? El faraón está atado de pies y manos. Toma medidas, endurece su actitud para con su propia administración, no puede confiar en nadie. Su carácter es firme, pero se desmorona; el hombre está condenado y es consciente de ello.
–Hemos perdido el hierro celeste y la azuela.
–Un error de cálculo.
–Yo tengo miedo. Deberíamos abandonar, restituir los objetos robados.
–¡Estúpido!

–No renunciaremos ahora que estamos tan cerca del objetivo.

–Egipto está en nuestras manos; mañana, el reino y sus riquezas nos pertenecerán. ¿habéis olvidado nuestro gran proyecto?

–Cualquier conquista supone sacrificios, y ésta más que cualquier otra. Ningún remordimiento debe detenernos. Algunos cadáveres al borde del camino no tienen importancia ante lo que vamos a realizar.

–El juez Pazair es un verdadero peligro. Nos hemos reunido a causa de su modo de proceder.

–Perderá el aliento.

–Desengañaos, es el más empecinado de los investigadores.

–No sabe nada.

–Ha dirigido su primer gran proceso de modo magistral. Algunas de sus intuiciones son temibles; ha acumulado elementos significativos y podría poner en peligro nuestra obra.

–Cuando llegó a Menfis estaba solo; ahora dispone de apoyos nada desdeñables. Si da un solo paso más en la dilección correcta, ¿quién podrá pararle? Deberíamos detener su ascenso.

–No es demasiado tarde.

CAPÍTULO 40

Cuando llegó el barco procedente de Tebas, Suti aguardaba a Neferet.

–Sois la más hermosa.

–¿Debo ruborizarme ante un héroe?

–Al veros preferiría ser juez. Dadme vuestra bolsa de viaje; creo que el asno será feliz llevándola.

Ella parecía inquieta.

–¿Dónde está Pazair?

–Está limpiando la casa, y no ha terminado todavía; por eso os recibo yo. ¡Me siento muy feliz por los dos!

–¿Vuestra salud?

–Sois la mejor de las curanderas. He recuperado mi fuerza y pienso utilizarla bien.

–Espero que sin cometer imprudencias.

–Tranquilizaos. No hagamos esperar a Pazair; desde ayer, sólo habla de vientos contrarios, de probable retraso y de no sé qué catástrofe que impediría vuestro viaje. Me pasma verle tan enamorado.

Viento del Norte se apresuró.

El juez había dado el día libre a su escribano, adornado con flores la fachada de su casa y fumigado el interior. Un delicado aroma de olíbano y jazmín flotaba en el aire.

El mono verde de Neferet y el perro de Pazair se miraron con desconfianza, mientras el juez tomaba en sus brazos a la terapeuta. Los habitantes del barrio, al acecho de acontecimientos insólitos, estuvieron informados en seguida.

–Me preocupan los pacientes que he abandonado en la aldea.

–Tendrán que acostumbrarse a otro médico; dentro de tres días nos trasladaremos a casa de Branir.

–¿Todavía deseas desposarme?

A guisa de respuesta, la levantó, la tomó en sus brazos y cruzó el umbral de la casita donde había pasado tantas noches soñando en ella.

Fuera se escucharon gritos de alegría. Oficialmente, Pazair y Neferet se convertían en marido y mujer, porque residían juntos bajo el mismo techo, sin más formalidades.

Tras una noche de fiesta en la que participó todo el barrio, durmieron abrazados hasta muy avanzada la mañana. Cuando despertó, Pazair la acarició con la mirada. Nunca hubiera creído que el goce le haría tan feliz. Con los ojos cerrados, ella le tomó la mano, posándola sobre su corazón.

–Júrame que nunca nos separaremos.

–Que los dioses nos conviertan en un solo ser e inscriban nuestro amor en la eternidad.

Sus cuerpos se ajustaban tan bien uno al otro que sus deseos vibraban al unísono. Más allá del placer de los sentidos, que saboreaban con un ardor y una voracidad de adolescentes, vivían ya un más allá de su pareja de la que ésta obtenía su perennidad.

–Bueno, juez Pazair, ¿cuándo abriremos nuestro proceso? He sabido que Neferet ha vuelto a Menfis. Veo que está dispuesta a comparecer.

–Neferet se ha convertido en mi esposa.

El médico en jefe hizo una mueca.

–Es molesto. Su condena mancillará vuestra fama; si apreciáis vuestra carrera, se impone un rápido divorcio.

–¿Mantenéis la acusación?

Nebamon soltó una carcajada.

–¿El amor os ha nublado el espíritu?

–He aquí la lista de los productos que Neferet ha fabricado en su laboratorio. Las plantas le fueron proporcionadas por Kani, jardinero del templo de Karnak. Como podéis comprobar, los preparados son conformes a la farmacopea.

–No sois médico, Pazair, y el testimonio de ese Kani no bastará para convencer a los jurados.

–¿Pensáis que el de Branir será más decisivo?

La sonrisa del médico en jefe se transformó en un rictus.

–Branir ya no ejerce y...

–Es el futuro sumo sacerdote del templo de Karnak y testimoniará en favor de Neferet. Con el rigor y la honestidad que se le reconoce, Branir ha examinado las drogas que vos calificáis de peligrosas, no ha encontrado ninguna anomalía.

Nebamon se encolerizó. El prestigio del viejo facultativo era tal que proporcionaría a Neferet una gran notoriedad.

–Os he subestimado, Pazair. Sois un hábil táctico.

–Me limito a oponer la verdad a vuestros deseos de hacer daño.

–Hoy, parecéis vencedor, mañana os desilusionaréis.

Neferet dormía en el piso, Pazair estudiaba un expediente en la planta baja. Por el rebuzno del asno comprendió que alguien se aproximaba.

Salió. No había nadie.

En el suelo encontró un fragmento de papiro. Una caligrafía rápida, sin faltas: «Branir está en peligro. Acudid pronto.»

El juez corrió en la oscuridad.

Los aledaños de la casa de Branir parecían tranquilos, pero la puerta, a pesar de lo avanzado de la hora, estaba abierta. Pazair atravesó la primera estancia y vio a su maestro sentado, apoyado en la pared, con la cabeza inclinada sobre su pecho.

En su cuello estaba hincada una aguja de nácar, manchada de sangre.

El corazón no hablaba ya en sus venas. Trastornado, Pazair se rindió a la evidencia. Habían asesinado a Branir.

Varios policías entraron y rodearon al juez. A su cabeza, Mentmosé.

–¿Qué estáis haciendo aquí?
–Un mensaje me ha avisado de que Branir corría peligro.
–Mostradlo.
–Lo he dejado en la calle, delante de mi casa.
–Lo verificaremos.
–¿Por qué esa suspicacia?
–Porque os acuso de asesinato.

Mentmosé despertó al decano del porche en mitad de la noche. Refunfuñando, el magistrado se sorprendió al ver a Pazair entre dos policías.
–Antes de hacer públicos los hechos –declaró Mentmosé–, deseo consultaros.
–¿Habéis detenido al juez Pazair? –Asesinato.
–¿A quién ha matado? –A Branir.
–Es absurdo –intervino Pazair–. Era mi maestro y le veneraba.
–¿Por qué sois tan afirmativo, Mentmosé?
–Flagrante delito. Pazair ha clavado una aguja de nácar en el cuello de Branir; la víctima ha sangrado poco. Cuando mis hombres y yo entramos en la casa, acababa de cometer su fechoría.
–Es falso –protestó Pazair–. Acababa de descubrir el cadáver.
–¿Habéis llamado a un médico para que examinara el cuerpo?
–A Nebamon.
Pese a la tristeza que le oprimía el corazón, Pazair intentó reaccionar.
–Vuestra presencia en aquel lugar y a estas horas, con una escuadra, resulta sorprendente. ¿Cómo la justificáis, Mentmosé?
–Ronda nocturna. De vez en cuando, actúo con mis subordinados. No hay mejor modo de conocer sus dificultades y resolverlas. Hemos tenido la suerte de sorprender a un criminal con las manos en la masa.
–¿Quién os ha enviado, Mentmosé, quién ha organizado esta emboscada?
Los dos policías agarraron a Pazair de los brazos. El decano se alejó con el jefe de la policía.
–Respondedme, Mentmosé: ¿estabais allí por casualidad?
–No por completo. Un mensaje anónimo ha llegado esta tarde a mi despacho. Al caer la noche me he apostado junto al domicilio de Branir. He visto entrar a Pazair y he intervenido en seguida, pero era demasiado tarde.
–¿Su culpabilidad es indudable?
–No le he visto clavar la aguja en el cuerpo de su víctima, ¿pero cómo dudarlo?
–El matiz es importante. Después del escándalo Asher, semejante drama... ¡Y pone en cuestión a un juez colocado bajo mi responsabilidad!
–Que la justicia cumpla con su deber, yo he cumplido con el mío.
–Queda un punto oscuro: el móvil.
–Es secundario.
–De ningún modo.
El decano del porche parecía turbado.
–Llevad a Pazair a un lugar seguro. Oficialmente, habrá abandonado Menfis para realizar una misión especial en Asia, relacionada con el caso Asher. La región es peligrosa; corre el riesgo de ser víctima de un accidente o de caer asesinado por un merodeador.

–Mentmosé, ¿no os atreveréis a...?

–Nos conocemos desde hace mucho tiempo, decano. Sólo nos guía el interés del país. No os gustaría que investigara para descubrir la identidad del autor del mensaje anónimo. Este ínfimo juez es un personaje muy molesto; a Menfis le gusta la tranquilidad.

Pazair interrumpió el diálogo.

–Os equivocáis atacando a un juez. Regresaré y descubriré la verdad. Por el nombre del faraón, juro que volveré.

El decano del porche cerró los ojos y se tapó los oídos.

Loca de inquietud, Neferet había avisado a los habitantes del barrio. Algunos habían oído el rebuzno de Viento del Norte, pero nadie pudo darle la menor indicación sobre la desaparición del juez. Avisado, Suti no obtuvo ninguna información digna de interés. La mansión de Branir estaba cerrada. La desorientada Neferet sólo podía consultar al decano del porche.

–Pazair ha desaparecido.

El alto magistrado pareció estupefacto.

–¡Qué idea! Tranquilizaos: cumple una misión secreta en el marco de su investigación.

–¿Dónde está?

–Si lo supiera, no tendría derecho a revelároslo. Pero no me ha dado detalles y no conozco su itinerario.

–¡No me ha dicho nada!

–Y le felicito por ello. En caso contrario, habría merecido una advertencia.

–¡Se ha marchado durante la noche, sin una palabra!

–No cabe duda, deseaba evitaros un momento penoso.

–Pasado mañana teníamos que trasladarnos a casa de Branir. Deseaba hablar con él, pero ya está camino de Karnak. La voz del decano se ensombreció.

–Pobre hija mía... ¿No estáis informada? Branir ha muerto esta noche. Sus antiguos colegas le organizarán unos magníficos funerales.

CAPÍTULO 41

El pequeño mono verde ya no jugaba, el perro rechazaba la comida, los grandes ojos del asno lloraban. Abrumada por la muerte de Branir y la desaparición de su marido, Neferet no tenía fuerzas para actuar.

Suti y Kem acudieron en su ayuda. Uno y otro corrieron de cuartel en cuartel, de administración en administración, de funcionario en funcionario, para obtener tina información, por mínima que fuera, sobre la misión confiada a Pazair. Pero las puertas se cerraron y los labios permanecieron mudos.

Desamparada. Neferet supo basta qué punto amaba a Pazair. Durante mucho tiempo había contenido sus sentimientos por miedo a comprometerse a la ligera. La insistencia del joven los había hecho aumentar día tras día. Había unido su ser al de Pazair. Separados, se marchitaría. Lejos de él, la vida perdía su sentido.

Acompañada por Suti, Neferet colocó unos lotos en la capilla de la tumba de Branir. El maestro no desaparecería, huésped de los sabios que comunicaban con el sol resucitado. Su alma obtendría la energía necesaria para realizar incesantes viajes entre el más allá y las tinieblas de la tumba, desde la que seguiría brillando.

Nervioso, Suti fue incapaz de rezar. Salió de la capilla, recogió tina piedra y la arrojó a lo lejos. Neferet posó la mano en su hombro.

–Volverá, estoy segura.

–He intentado ya, diez veces, poner al maldito decano del porche entre la espada y la pared. Es más resbaladizo que una serpiente. Sólo saber decir dos palabras: «Misión secreta.» Y ahora, se niega a recibirme.

–¿Qué proyecto has concebido?

–Marchar a Asia y encontrar a Pazair.

–¿Sin ninguna pista seria?

–Conservo amigos en el ejército.

–¿Te han ayudado?

Suti bajó la mirada.

–Nadie sabe nada, como si Pazair se hubiera convertido en humo. ¿Imaginas su angustia cuando sepa la muerte de su maestro?

Neferet tenía frío.

Abandonaron el cementerio con el corazón en un puño.

El babuino policía devoró un muslo de pollo con feroz apetito. Agotado, Keni se lavó en un barreño de agua tibia y perfumada, y se puso un paño limpio.

Neferet le sirvió carne y legumbre.

–No tengo hambre.
–¿Cuánto tiempo hace que no habéis dormido?
–Tres días, tal vez más.
–¿Ningún resultado?
–Ninguno. No he ahorrado esfuerzos, pero los informadores permanecen mudos. Sólo tengo una seguridad: Pazair ha abandonado Menfis.
–Entonces se ha marchado a Asia...
–¿Sin decíroslo?

Desde el techo del gran templo de Ptah, Ramsés el Grande contemplaba la ciudad, febril a veces, alegre siempre. Más allá de la muralla blanca, los verdeantes campos, bordeados de desiertos donde vivían los muertos. Tras haber dirigido casi diez horas de ritual, el soberano estaba aislado disfrutando el aire vivificante del anochecer.
En palacio, en la corte, en las provincias, nada había cambiado. La amenaza parecía haberse alejado, arrastrada por la corriente del río. Pero Ramsés recordaba las profecías del viejo sabio Ipu-Ur que anunciaban que el crimen se extendería, que la gran pirámide sería violada y los secretos del poder caerían en manos de un reducido número de insensatos, dispuestos a destruir una civilización milenaria para satisfacer sus intereses y su locura.
De niño, al leer el célebre texto bajo la férula del instructor, se había rebelado contra aquella visión pesimista; si reinaba, la apartaría para siempre. Vanidoso y fútil, había olvidado que ningún ser, ni siquiera el faraón, podía extirpar el mal del corazón de los hombres.
Hoy, más solo que un viajero perdido en el desierto mientras centenares de cortesanos le incensaban, debía combatir unas tinieblas tan espesas que pronto ocultarían el sol. Ramsés era demasiado lúcido como para albergar ilusiones; aquella lucha estaba perdida de antemano porque ignoraba el rostro del enemigo y no podía tomar la iniciativa.
Prisionero en su propio país, víctima ofrecida a la más horrible de las decadencias, con el espíritu corroído por un mal incurable, el más adulado de los reyes de Egipto se zambullía en el fin de su reinado como en el agua glauca de una ciénaga. Su postrera dignidad era aceptar el destino sin proferir los lamentos de un cobarde.

Cuando los conjurados se reunieron, una franca sonrisa adornaba sus labios. Se felicitaron por la estrategia adoptada, coronada por un sino favorable. ¿Acaso la suerte no sonreía a los conquistadores? Si habían brotado criticas, aquí y allá, fustigando el comportamiento de alguno o condenando una imprudencia, ya no estaban justificadas en aquel período triunfal, preludio del nacimiento de un nuevo Estado. Olvidada ya la sangre derramada, desaparecidos los últimos remordimientos.
Cada uno había hecho su parte del trabajo, nadie había caído bajo los golpes del juez Pazair; al no ceder ante el pánico, el grupo de conjurados había demostrado su cohesión, precioso tesoro que sería preciso conservar en el futuro y próximo reparto de poderes.
Ya sólo quedaba una formalidad que cumplir para apartar definitivamente el fantasma del juez Pazair.

El rebuzno del asno avisó a Neferet de una presencia hostil. En plena noche, encendió una lámpara, abrió la contraventana y miró hacia la calle. Dos soldados golpeaban su puerta. Levantaron los ojos.

–¿Sois Neferet?

–Sí, pero...

–Seguidnos.

–¿Por qué motivo?

–Orden superior.

–¿Y si me niego?

–Tendremos que obligaros a ello.

Bravo gruñó. Neferet habría podido gritar y despertar al barrio, pero tranquilizó al perro, se echó un chal en los hombros y bajó. La presencia de aquellos dos soldados debía de estar relacionada con la misión de Pazair. ¿Qué importaba su seguridad si obtenía, por fin, una información seria?

El trío atravesó la ciudad dormida a marchas forzadas en dirección al cuartel central. Llegados a buen puerto, Neferet fue entregada por los soldados a un oficial que, sin decir palabra, la condujo al despacho del general Asher.

Sentado en una estera, rodeado de papiros desenrollados, siguió concentrado en su trabajo.

–Sentaos, Neferet.

–Prefiero permanecer de pie.

–¿Queréis leche tibia?

–¿Por qué me convocáis a hora tan insólita?

La voz del general se hizo agresiva.

–¿Conocéis la razón de la partida de Pazair?

–No tuvo tiempo de decírmelo.

–¡Qué obstinación! No ha aceptado su derrota y ha querido traer el famoso cadáver que no existe. ¿Por qué me persigue con tanto odio?

–Pazair es juez, busca la verdad.

–¡La verdad se reveló en el proceso, pero no le gustaba! Sólo contaban mi destitución y mi deshonor.

–Vuestro estado de ánimo no me interesa en absoluto, general. ¿Tenéis algo más que decirme?

–Si, Neferet.

Asher desenrolló un papiro.

–He recibido este informe hace menos de una hora. Lleva el sello del decano del porche; ha sido verificado.

–¿Cuál es... cuál es su contenido?

–Pazair ha muerto.

Neferet cerró los ojos. Deseó apagarse como un loto marchito, desaparecer en un soplo.

–Un accidente en un sendero montañoso –explicó el general–. Pazair no conocía la región. Con su imprudencia habitual, se lanzó a una loca aventura.

Las palabras le abrasaron la garganta, pero Neferet tenía que hacer la pregunta.

–¿Cuándo repatriaréis su cuerpo?

–Proseguimos la búsqueda, pero sin esperanzas. En aquel paraje, los torrentes son furiosos y las gargantas inaccesibles. Me inclino ante vuestra pena, Neferet; Pazair era un hombre de calidad.

–La justicia no existe –dijo Kem deponiendo sus armas.

–¿Habéis visto a Suti? –preguntó Neferet inquieta.

–Gastará sus pies en los caminos, pero no renunciará antes de haber encontrado a Pazair; sigue convencido de que su amigo no ha muerto.

–Y si...

El nubio inclinó la cabeza.

–Seguiré investiganído –afirmó Neferet.

–Es inútil.

–El mal no debe triunfar.

–Triunfa siempre.

–No, Kem; si así fuera, Egipto no existiría. La justicia fundó este país y Pazair quería verla brillar. No tenemos derecho a doblegarnos ante la mentira.

–Estaré a vuestro lado, Neferet.

Neferet se sentó a orillas del canal, en el lugar donde había encontrado por primera vez a Pazair. Se aproximaba el invierno; violento, el viento hizo oscilar la turquesa que llevaba al cuello. ¿Por qué no la había protegido el precioso talismán? Vacilante, la joven frotó la piedra preciosa entre el pulgar y el índice mientras pensaba en la diosa Hator, madre de las turquesas y soberana del amor.

Aparecieron las primeras estrellas brotando del más allá; sintió violentamente la presencia del ser amado, como si la frontera de la muerte desapareciese. Un loco pensamiento se convirtió en esperanza: ¿el alma de Branir, el maestro asesinado, no habría velado por su discípulo?

Sí, Pazair volvería. Sí, el juez de Egipto disiparía las tinieblas para que la luz reviviera.